«Una fascinante e importante exploración de cómo se incuban y difunden las ideas que cambian el mundo.» STEVEN PINKER

Los orígenes de las ideas radicales

ANTES DE LA TORMENTA

Gal Beckerman

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Introducción
1. Paciencia
2. Coherencia
3. Imaginación
4. Debate
5. Enfoque
6. Control
Interludio. Ciberespacio
7. La plaza
8. Las antorchas
9. El virus
10. Los nombres
Epílogo
Agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

¿Por qué algunas ideas radicales pasan a la historia y otras fracasan?

Tendemos a pensar en las revoluciones como algo ruidoso: frustraciones y demandas que se gritan en las calles. Pero las ideas que las alimentan se han concebido tradicionalmente en espacios mucho más silenciosos, en rincones apartados donde una vanguardia puede imaginar realidades alternativas y deliberar sobre cómo llegar a ellas. Este extraordinario libro es una búsqueda de esos espacios, a lo largo de siglos y continentes, y una advertencia de que —en un mundo dominado por las redes sociales— podrían extinguirse pronto.

Antes de la tormenta es un gran panorama que se abre con la correspondencia del siglo XVII que puso en marcha la revolución científica y avanza en el tiempo para examinar los motores del cambio social: las peticiones que aseguraron el derecho al voto en la Gran Bretaña de 1830, los fanzines que dieron voz al descontento de las mujeres a principios de la década de 1990, e incluso las aplicaciones de mensajería encriptadas utilizadas por los epidemiólogos que luchaban contra la pandemia a la sombra de una administración inepta. En cada caso, Beckerman muestra que nuestros movimientos sociales más definitorios —desde la descolonización hasta el feminismo— prosperan cuando se les da el tiempo y el espacio para gestarse antes de difundirse ampliamente.

Pero Facebook y Twitter están sustituyendo estos espacios productivos y privados, en detrimento de los activistas de todo el mundo, por plataformas monolíticas públicas y que están interconectadas. ¿Por qué fracasó la primavera árabe? ¿Por qué Occupy Wall Street nunca llegó a tener fuerza? ¿Ha aprovechado Black Lives Matter todo su potencial? Beckerman revela lo que le falta a este nuevo ecosistema de medios sociales —desde la paciencia hasta la concentración— y ofrece una receta para que las ideas radicales vuelvan a crecer.

Lírico y profundo, Antes de la tormenta mira al pasado para ayudarnos a imaginar un futuro diferente.

ANTES DE LA TORMENTA

Los orígenes de las ideas radicales

Gal Beckerman

Traducción castellana de Iván Barbeitos

CRÍTICA

Para Debbie,
si no fuese por ti...

Da igual la forma en la que experimentemos el mundo: a través de la lente del habla, la palabra impresa o la cámara de televisión; nuestras metáforas mediáticas clasifican el mundo para nosotros, lo secuencian, lo enmarcan, lo amplían, lo reducen, lo colorean, argumentan cómo es el mundo.

NEIL POSTMAN

No puedes limitarte a seguir gritando.

BARACK OBAMA

Introducción

La clase de cambio que derriba las normas sociales y las ortodoxias arraigadas ocurre muy lentamente al principio. La gente no solo corta la cabeza del rey. Durante años e incluso décadas chismorrean sobre él, lo imaginan desnudo y ridículo, lo degradan de deidad a mortal falible (con una cabeza que se puede cortar). Esto es cierto para todo tipo de revoluciones. La esclavitud aparece, y un pequeño grupo de personas comienza a preocuparse por la lacra moral que supone que unos humanos posean en propiedad a otros humanos, sopesando lo que podría hacerse al respecto. Su conversación los transforma en un grupo con un propósito, la abolición; y, tarde o temprano, el debate se va transformando en acción y más tarde en un cambio de mentalidades e, incluso, en leyes.

Nos atrapa el momento en que la multitud se une en la calle: la adrenalina, el gas lacrimógeno, los cánticos ensordecedores, un policía a caballo persiguiendo a un manifestante solitario o un hombre de pie frente a un tanque. Pero si retrocedemos al instante en que un bloque sólido de realidad compartida se rompe por primera vez, generalmente lo que vemos es a un grupo de personas conversando. Para ser más específicos (y por recuperar un término que Silicon Valley ha convertido en jerga sin sentido), están incubando. Y la incubación de nuevas ideas radicales es un proceso muy definido con determinadas características: un espacio muy angosto, mucho calor, apasionados susurros y un cierto grado de libertad a la hora de debatir y trabajar por un objetivo claro y común.

Saul Alinsky, el organizador comunitario cuyo *Tratado para radicales* se convirtió en una biblia para activistas, escribió que las revoluciones exitosas siguen la estructura de tres actos de una obra de teatro. «El primer acto presenta a los personajes y la trama. En el segundo acto la trama y los personajes se desarrollan a medida que la obra se esfuerza por mantener la atención del público. Y en el acto final el bien y el mal tienen su dramática confrontación y resolución».[1] El problema de la generación de revolucionarios que Alinsky estaba observando desde su atalaya a fines de la década de 1960 era que estaban impacientes. Se apresuraron hacia el tercer acto, deseando llegar a la «revelación» que surge del bien derrotando al mal. Sin embargo, este atajo no era en realidad un atajo; era una «confrontación por la confrontación; un estallido fugaz, y vuelta a la oscuridad absoluta».

Es en esos dos primeros actos cuando se produce la incubación. Alinsky sabía muy bien que sin la imaginación, la planificación, el debate y la persuasión se podía llevar a cabo una protesta fantástica que te dejase con la boca abierta, pero con las manos vacías.

¿Dónde tiene lugar este tipo de incubación hoy en día? ¿Tal vez en las redes sociales? ¿En sitios como Twitter y Facebook, donde un hashtag que se ha vuelto viral todavía posee un potencial subversivo?

En términos generales, nos hemos percatado de que en nuestra vida personal las plataformas son buenas para algunas cosas y no para otras. Son hiperactivas. Son sociales de la misma forma en que lo es una fiesta bulliciosa, donde revoloteas de conversación en conversación, atraído durante unos minutos por la loca historia o el divertido chiste de alguien, pero al final de la velada te sientes agotado. Estos son espacios construidos, ante todo, para obtener beneficios. En este aspecto, ya no somos ingenuos. Y como anfitriones de nuestras conversaciones, las empresas que las crearon han privilegiado un cierto tipo de charla y limitado el potencial de otros. Están diseñados de esa manera. Y aunque todavía vemos estas

herramientas como un medio para la conexión, ahora sabemos, intuitivamente, qué formas de expresión atraen los *likes* y pulgares hacia arriba que son la recompensa en forma de dopamina por participar. Necesitamos producir el contenido que desencadena las sensaciones más fuertes (y «desencadenar» es la palabra adecuada): indignación, tristeza, repugnancia.

Si las redes sociales nos han hecho fácilmente manipulables, arrastrándonos a través de interminables series de fotos y comentarios rimbombantes, las implicaciones para los movimientos sociales no deberían ser demasiado difíciles de entender. Desde el alzamiento de la Primavera Árabe, que comenzó en 2010, hasta el #MeToo a finales de la década, los movimientos de las redes sociales también se moldearon para adaptarse a la forma de estos amplificadores: explosiones de información difundida a gritos, destinadas a captar la atención y satisfacer emocionalmente, pero no concebidas para durar. Nuestras conversaciones digitales a menudo dan la sensación de estar sucediendo a través de megáfonos, desprovistas de cualquier intimidad real. Nuestros movimientos sociales, esos crisoles de cambio radical, ahora tienen esta misma cualidad.

Durante las semanas posteriores a la toma de posesión de Donald Trump, asistí a varias protestas casi todos los fines de semana. Eran días en los que todos mis conocidos sentían que deseaban *hacer* algo, canalizar la conmoción de su victoria —ni siquiera era aún indignación desatada, solo conmoción— en algún tipo de acción cívica. Nunca me han gustado mucho las manifestaciones, pero estuve en unas cuantas con mi esposa e hijas (que hicieron sus propios carteles; uno de ellos, escrito con goteante pintura roja, rezaba: «No es el odio, sino el amor, lo que hace grande a Estados Unidos»). Me resultó agradable estar con otras personas, desfilando por el centro de Manhattan, pero también me percaté, en un momento de cinismo o de lucidez, de que todos a mi alrededor posaban incesantemente para las cámaras de sus propios teléfonos, al igual que yo mismo; las fotos, por

supuesto, estaban destinadas a ser compartidas en las redes sociales. No fui a más protestas tras esas primeras semanas, pero las imágenes de mis hijas y sus carteles siguen vivas en Facebook. Era el tercer acto descrito por Alinsky.

Pese al enorme poder que las redes han conferido a los movimientos sociales, permitiendo la movilización a una velocidad tremenda y a una escala sin precedentes, consiguiendo que mucha gente vaya a la plaza o al centro de Manhattan en cuestión de horas, también los están debilitando. La paradoja, como describió Zeynep Tufekci en su libro *Twitter and Tear Gas*, es que el megáfono puede atraer «un momento de atención plena» a los activistas «cuando tienen poca o ninguna experiencia a la hora de enfrentarse juntos a los desafíos». [2] Ahora uno se puede saltar a la torera el arduo trabajo de desplegar la ideología y la estructura organizativa, la construcción de una identidad fuerte y el establecimiento de objetivos, simplemente creando movimientos sociales con toda la profundidad y solidez de un emoji con el puño en alto.

Como Twitter o Facebook realmente no tienen espacio para ello, lo que se acaba perdiendo es la incubación.

En realidad, no es que no pueda suceder en internet. La elección de Donald Trump fue, en parte, una prueba de la exitosa destilación del submundo blanco supremacista y misógino de la derecha alternativa. Sus puntos de vista eran demasiado tóxicos para la corriente principal, por lo que o bien crearon sus propios universos encerrados en sí mismos o se vieron obligados a entrar en ellos, primero en sitios como Reddit, que seguían la vieja estructura de las intensas salas de chat de los inicios de internet, y posteriormente en foros como 4chan u 8chan o plataformas más oscuras, como Gab. Una y otra vez saltaban dentro de agujeros cada vez más profundos donde, entre ellos, podían animarse unos a otros, elaborar teorías de la conspiración, discutir sobre la mejor manera de transmitir sus enfoques a un público más amplio, idear memes y competir por el

liderazgo. Muchas de las líneas argumentales que se crearon allí —sobre invasiones transfronterizas, fuerzas nefastas que controlan la riqueza y los medios de comunicación o quejas sobre los efectos castrantes del feminismo— acabaron encontrando su camino hacia esta cultura por boca del presidente.

Fue incubación por pura necesidad, cuando las ideas son tan nocivas que las empujamos fuera de nuestra vista y luego nos preocupamos por cómo podrían estar fermentando sin ser observadas. Lo hemos visto con la pornografía infantil en la Dark Web y los esfuerzos de reclutamiento de ISIS, y este es el tipo de ejemplos que surgen en la mente cuando consideramos los espacios cerrados en la actualidad. Es una pena, porque al asociar estos rincones aislados solo con lo que es más destructivo y aborrecible ignoramos su valor, especialmente para aquellas fuerzas prosociales que necesitan urgentemente tales espacios.

Pensemos en el movimiento Black Lives Matter, sin duda uno de los más exitosos de los últimos diez años. Comenzó en 2013 como un hashtag, literalmente, y fue teniendo sus auges y caídas: su visibilidad alcanzó su punto máximo después de casos brutales (y a menudo grabados en vídeo) de violencia policial, como sucedió en 2020 de manera arrolladora.

Las redes sociales permitieron a los activistas introducir y luego reforzar una idea para una enorme audiencia, la sorprendentemente obvia idea de que la humanidad de los negros debe tomarse en serio. No es posible sobreestimar el potencial de un medio que permite tal propagación, que puede llegar a impulsar una agenda, que hizo ineludibles las partes de nuestra historia colectiva que habían sido apartadas de los focos. Durante aquel verano de 2020, fue una verdadera fiebre, pero realmente benigna, y llevó a la gente a manifestarse en masa, a poner carteles con el hashtag en su césped delantero, a pensar y hablar sobre la raza. De manera casi instantánea, algunos símbolos hasta el momento considerados inviolables, como las barras y estrellas de la bandera de la Confederación, llegaron a ser

considerados repugnantes por muchos más estadounidenses. Y entonces terminó el verano.

Una cosa son las ideas, y otra la lenta acumulación de poder. Y los propios activistas de Black Lives Matter llegaron a sentir cómo las redes sociales obstaculizaban esto último. ¿Dónde podrían establecer sus objetivos comunes? ¿Dónde podrían formular la estrategia y pasar de la emoción a la ideología (que en este movimiento abarcaba desde la reforma hasta la revolución)? ¿Dónde podrían sentar las bases para crear políticas, organizarse para elegir legisladores simpatizantes con la causa o dirigir las protestas para lograr fines específicos, locales e incluso imprecisos? ¿Dónde podrían reunirse para esa tarea tan difícil de reconfigurar y reorganizar las estructuras que sustentaban esos símbolos derribados?

Mi primer encuentro con el concepto de la incubación se produjo mientras investigaba a los disidentes de la Unión Soviética. Al igual que los de la derecha alternativa —aunque, por supuesto, no se parecen en nada—, se vieron obligados a crear sus propios espacios más privados para comunicarse entre sí. El estado controlaba literalmente todos los medios de publicación, hasta el punto de registrar cada máquina de escribir para que una sola pulsación de tecla pudiera rastrearse hasta su propietario. El *samizdat* fue su solución. Compuesto en capas de papel cebolla (a veces hasta diez o quince hojas mecanografiadas al mismo tiempo) y pasado de mano en mano, se convirtió en la forma en que los disidentes construyeron y mantuvieron la oposición a un estado totalitario. Escribieron sobre lo que estaban haciendo, recopilando listas de violaciones de derechos humanos y civiles. Elaboraron ensayos sobre lo que deberían hacer y luego otros ensayos que refutaron esas directrices. Los escritos de Occidente también fueron traducidos y diseminados. La red se formó y fortaleció en torno a esta forma de comunicación. Era un acto peligroso, ya que si uno era sorprendido frecuentemente con *samizdat* podía acabar deportado a algún

lugar del lejano oriente soviético, pero esto solo incrementó el nivel de compromiso de los disidentes.

A partir del *samizdat* construyeron una sociedad civil en la sombra para debatir y pensar libremente cuando su entorno represivo hacía imposibles estas actividades. Esta sociedad duró unas cuantas décadas, y cuando la Unión Soviética finalmente se vino abajo, un acontecimiento precipitado ante todo por la insostenibilidad del sistema económico, ya existía una idea alternativa de ciudadanía, incubada durante muchos años, que expresaba un conjunto de valores que pronto se convertirían en la norma (al menos hasta que llegó un nuevo autoritarismo en la década de 2000 con Vladímir Putin). El *samizdat* y los ideales que mantenía ocultos bajo la superficie impidieron que, cuando su país comenzó a implosionar, los líderes soviéticos dejaran que su gente muriera de hambre o los atropellaran con tanques: la visión de los disidentes estaba allí, bien conservada, y no podía ser aplastada sin más.

En los archivos, cada vez que tocaba las hojas de papel casi translúcidas, sentía su fragilidad y contemplaba la simple escritura en tinta negra, me sorprendía la eficacia del *samizdat*. Exigía concentración, ya que el elevado riesgo que suponía su creación significaba que era preciso reflexionar cuidadosamente sobre lo quería decir. También permitía un intercambio. Las páginas en sí contenían múltiples voces, múltiples propuestas y respuestas, todo dentro de los límites de un proyecto mayor. El *samizdat* creó un mundo privado para los disidentes. Nadie podía entrar a menos que se le hubiera entregado una copia. Esto les daba la libertad de cometer errores, poner en práctica nuevos conceptos y fantasear con un nuevo orden más humano. Y estas páginas estaban bajo su control. Nadie dictaba la forma del *samizdat* ni limitaba su contenido. Si alguien tenía, por ejemplo, un poema provocador sobre Brézhnev que quería difundir o un ensayo sobre las posibles ventajas del capitalismo, solo tenía que encontrar papel y una máquina de escribir (generalmente en el mercado negro), y la red recogía y difundía su contribución.

El medio que usamos para la conversación moldea los tipos de conversaciones que podemos tener, e incluso fija los límites de nuestro pensamiento. Esta fue la gran idea de Marshall McLuhan: la transición de la cultura oral a la escrita y posteriormente a la electrónica trajo consigo un cambio en la forma en que los seres humanos procesaban la realidad, y los alteró por completo. [3] En la década de 1980, Neil Postman, en su *Divertirse hasta morir,* tomó el testigo de McLuhan y dirigió su ira hacia la televisión, que en su opinión estaba afectando negativamente el discurso público. Su forma de expresarlo fue que «su formato excluye el contenido»; [4] en otras palabras, un medio era un recipiente que podía contener ciertos tipos de pensamientos y no otros. Para él, la inmediatez visual de la televisión dejaba de lado el argumento racional, que la prensa había facilitado con éxito hasta ese momento. No podemos sino imaginar qué habría pensado de algo como TikTok.

En el ámbito de las redes sociales, ¿qué se excluye y qué se incentiva? Si nos acercamos a estos modos de comunicación ahora omnipresentes con esta pregunta, se hace evidente que no se prestan especialmente a que las ideas radicales se mantengan en el tiempo, que se cohesionen lentamente. Y hay mucho en juego. A pesar de que ahora levantamos las cejas con incredulidad cuando los titanes de Silicon Valley dicen que sus plataformas digitales existen para «cambiar el mundo», hemos dejado de pensar en cualquier otro medio a través del cual se pueda cambiar el mundo. Las plataformas ejercen su dominio. Creemos erróneamente que son el equivalente a las cafeterías del siglo XVIII (donde, alimentada por la cafeína y los periódicos, se incubó la democracia), pero lo cierto es que no nos ayudan a dar ese primer paso más esencial en el proceso de hacer el cambio. Solo permiten que las ideas estallen y regresen a la oscuridad.

Sin embargo, la historia de las revoluciones es larga y está repleta de otras posibilidades. ¿Cómo deberíamos considerar el *samizdat* y todas las otras formas comunes de interactuar a través de la escritura que permitieron

que se formaran opiniones e identidades opuestas, es decir, la larga corriente subterránea que existe al menos desde la invención de las letras móviles de la imprenta hasta la aparición de las salas de chat de AOL? ¿Qué pasa con las cartas, peticiones, manifiestos, pequeños periódicos y revistas? Los grandes libros de grandes hombres y mujeres eclipsan estos medios subterráneos, pero se encuentran justo al otro lado de nuestra borrosa memoria de todo lo que vino antes de internet, todavía allí y aún visible por el momento, una forma alternativa de comprender lo que significa para un medio de comunicación el proceso de unión de las personas.

Este libro surgió de un impulso para explorar esta fuente sin explotar y comprobar si ofrecía lecciones para nuestras agotadas identidades del siglo XXI. «Las maravillas de la tecnología de la comunicación en el presente han producido una falsa conciencia sobre el pasado», escribió Robert Darnton, historiador de Harvard; «una sensación de que la comunicación no tiene historia, o no tenía nada importante que considerar antes del advenimiento de la televisión e internet». [5] El propio Darnton ha pasado gran parte de su carrera intentando comprender cómo se incubó la Revolución Francesa. En uno de sus libros, observó cómo los trozos de poesía que se burlaban del monarca, pasados de mano en mano y de bolsillo en bolsillo entre estudiantes, clérigos y empleados, ayudaron a provocar el vasto cambio de mentalidad que condujo a la violenta agitación.

Deseaba regresar a esos momentos de origen, al nacimiento de la revolución científica, al despertar del anticolonialismo o a la génesis de la tercera ola del feminismo, y buscar los medios de comunicación que crearon ese primer acto. Estas historias pueden parecer en cierto modo familiares, conocidas tal vez por unos resultados que alteran el mundo, pero cada una de ellas da una pista sobre qué es exactamente lo que provoca el surgimiento de ideas radicales. Nos centraremos en ese elemento de estas historias, nos acercaremos al tintero que descansa en el escritorio de un aristócrata del siglo XVII, al vapor que desprende una imprenta en Accra en

la década de 1930, o a las tijeras y el pegamento en el dormitorio de una adolescente en la década de 1990. Las historias son independientes, pero superpuestas se convierten en una especie de palimpsesto a través del cual, asomándonos, podemos ver patrones, e incluso algo así como verdades, de lo que permitió que crecieran los conceptos más amenazantes y liberadores.

Estas formas predigitales de comunicación exigían paciencia. Ya que llevaba tiempo producirlas y transmitirlas de una persona a otra, ralentizaban los procesos, lo que a su vez favorecía una acumulación progresiva de conocimiento y conexión. También ofrecían coherencia, de tal modo que las ideologías y sentimientos dispersos se moldearon en una sola perspectiva convincentemente nueva. Aquellos que se unían a tales conversaciones, que eran deliberadas y tal vez de gestación más difícil, ganaban un sentido más firme de identidad y solidaridad, lo que a su vez los liberaba para imaginar cómo podrían ordenar el mundo de manera diferente. Junto con la imaginación venían el debate, la afinación y el avance hacia objetivos compartidos. Estos eran medios de comunicación que proporcionaban enfoque, que permitían a las personas hacer frente a su insatisfacción con un verdadero conjunto de reglas y convenciones, y reducirla a una punta de lanza. Y, quizá lo más importante, los activistas, disidentes y pensadores que usaban estas herramientas también las controlaban. Creaban las plataformas y, al crearlas, podían establecer sus parámetros y asegurarse de que sirvieran a sus fines.

A todas estas historias les agregaré capas de nuestro pasado más reciente, procedentes de los movimientos que hemos visto con nuestros propios ojos o en internet, de jóvenes revolucionarios egipcios y supremacistas blancos que empuñan antorchas. Un medio que se mueve muy rápido, que llega a nosotros a través de vastas redes, que favorece al público y a los actos dedicados al público, que crea flujos constantes y variados de información y nos une a través de altibajos emocionales siempre será bueno para difundir ideas de manera rápida y amplia. Sin embargo, en mi opinión, el contraste

con las formas de comunicación que calibran y realmente permiten el surgimiento de esas ideas quedará bastante marcado. Las cosas deberían verse diferentes después de haber recorrido todo el camino desde el siglo XVII.

Una vez que estemos equipados con el conocimiento de lo que es necesario, la siguiente pregunta será, naturalmente, cómo lo encontramos hoy en día dentro de los límites de nuestras vidas siempre conectadas. No podemos prescindir de internet, pero podemos apreciar mejor esos contenedores digitales que usamos y reconocer lo que excluyen. Y allí donde nos encontremos con el intenso calor de la incubación, no debemos asumir que únicamente sirve para propósitos oscuros. La historia, como veremos, nos dice lo contrario. Esos primeros y segundos actos, en la calma en la que las revoluciones son solo conversaciones apasionadas entre los afligidos y soñadores, son también el momento en el que comienza el cambio progresivo. Necesitamos descubrir o crear de nuevo las etapas en las que esos actos pueden desarrollarse. De lo contrario, arriesgamos un futuro en el que la posibilidad de nuevas reformas, de formas alternativas de vivir juntos en sociedad, permanezca fuera de nuestro alcance.

1

Paciencia

Aix-en-Provence, 1635

Son la cuatro de la madrugada en una noche de luna llena. Junto con una constante lluvia, una luz amarillenta cae sobre un puñado de ajetreados hombres que se encuentran apostados en la azotea de la casa de un aristócrata, realizando mediciones y tomando notas. Entre ellos se encuentran un sacerdote local y un encuadernador, quienes se turnan para mirar hacia el cielo nocturno a través de un largo telescopio de latón, mientras que otro grupo está manejando frenéticamente la palanca de un enorme cuadrante, midiendo la altitud de varias estrellas. En una esquina, paradigma de la calma, se sienta un artista con su cuaderno de bocetos y su carboncillo, dibujando la luna, cuando una sombra comienza a mancharla. El eclipse finalmente está comenzando.

El instigador de toda esta actividad llega tarde, pero asciende lentamente por una escalera, gimiendo por el esfuerzo. El estómago le arde, como siempre, y su vista es tan pobre que apenas puede ver unos metros frente a él. Sin embargo, se niega a recibir ayuda. Se trata de Nicolas- Claude Fabri de Peiresc, dueño de la casa, filósofo natural y, lo que es más importante, vínculo entre las mentes más grandes de Europa. Ahora es un anciano

enfermizo que ha estado esperando durante las últimas dos décadas la llegada de este preciso instante.

Sin embargo, lo cierto es que se resiste a disfrutarlo. Peiresc no es alguien propenso a disfrutar de un sueño hecho realidad. Es pura autodisciplina, incluso en temas relacionados con la indumentaria o la alimentación. Nunca usa seda. Si bebe vino, es blanco y muy diluido. La única comida que se permite en exceso son los melones, y solo porque sostiene que son especialmente beneficiosos para la salud. Está lleno de dudas sobre este ambicioso experimento, que involucra a docenas de participantes aficionados separados por miles de kilómetros, observando simultáneamente un fenómeno celeste y registrando con precisión lo que ven. Él mismo ha reclutado a cada uno de ellos, con los que ha mantenido correspondencia durante meses, haciéndoles superar sus aprensiones e inseguridades, convenciéndolos de la importancia de su propósito más general: la recopilación de datos que, una vez recogidos, ofrecerán una medida exacta de longitud. Si todo funciona como se espera, el resultado cambiará totalmente el mapa del mundo conocido. [1]

Sin embargo, incluso su promotor es consciente de que la probabilidad de fracaso es considerable, y la prueba le llega a través de un catalejo. Peiresc ha dado instrucciones a tres hombres del lugar para que suban a una colina cercana a las afueras de Aix-en-Provence y vayan registrando los eventos de la noche. Pero han de señalar su llegada encendiendo una hoguera. A medida que avanza el eclipse, dirige continuas miradas hacia el lugar indicado y no atisba ni el más mínimo rastro de una llama en la distancia.

Su mente se dirige al resto de los observadores. Está el padre Michelange de Nantes, en una cumbre rocosa en Siria; un diplomático, François Galaup de Chasteuil, en el Líbano; otro misionero, Agathange de Vendôme, en Egipto; Thomas d'Arcos, un antiguo cautivo de berberiscos y musulmán converso, en Túnez; y en el continente europeo, una serie de

amigos eruditos en Italia, Francia, Alemania y los Países Bajos. Incluso participa un sacerdote jesuita en Quebec. ¿Qué pasa si ellos tampoco han acudido a sus puestos?

Horas más tarde, esa misma mañana, Peiresc recurre, en su sobrecargado estudio, cubierto de alfombras carmesí y sombrías pinturas al óleo, a la actividad que mayor consuelo le ofrece, incluso en momentos oscuros: escribe una carta. Como a menudo en su solitaria vida, la pluma, la tinta, el papel y algo de silencio le permiten reanudar el continuo intercambio con sus docenas de amigos, a muchos de los cuales nunca ha conocido ni conocerá en persona. Enumera las razones de su ansiedad a Pierre Gassendi, el erudito sacerdote que es uno de sus principales colaboradores. La noche estaba demasiado nublada. Su equipo no estaba preparado. Debido a las «prisas», el grupo de su tejado incluso había «mirado el lado equivocado del cuadrante para recopilar las cifras». [2] Y en cuanto a los hombres en la colina, ya se ha enterado de lo que sucedió: «Comenzó a llover y, asustados por los truenos y relámpagos, se retiraron a una ermita, sin tener el coraje o la inclinación de regresar para anotar al menos la puesta de la luna». [3] El desahogo continúa, sumerge su pluma y garrapatea las palabras en el amarillento papel: «Toda la preparación ha sido en vano». [4]

La imprenta, que en aquel momento aún no tenía ni doscientos años de existencia, se considera hoy en día como el medio de comunicación revolucionario de la época de Peiresc. La capacidad de reproducir folletos y libros hizo posible que un sacerdote disidente como Martín Lutero transmitiera sus opiniones y ganara seguidores con rapidez, y que cada texto impreso fuese un susurro al oído de un posible converso. Sin embargo, el correo regular permitió una revolución más silenciosa. Durante cientos de años, las cartas fueron una tecnología avanzada, el primer ejemplo de pensamiento que viajaba grandes distancias, disociado corporalmente del

pensador, pero desde Cicerón hasta el período moderno temprano se movían de un lugar a otro de manera tan lenta y errática que a menudo se leían más como discursos alternos que como una verdadera conversación. Esto cambió radicalmente en la época de Peiresc, cuando el correo comenzó a ser más rápido y relativamente más fiable. La posibilidad de correspondencia regular favorecía ahora la colaboración, que las teorías fueran compartidas y disputadas, gracias a la lenta acumulación de conocimiento procedente de la fricción de dos personas intercambiando ideas y observaciones.

Para Peiresc, las cartas eran unidades de intercambio intelectual. Sentado en su estudio, como una araña satisfecha instalada en medio de una tela cada vez más grande, escribía y dictaba unas diez al día. También fueron su único legado, que es parte de la razón por la que en la actualidad su nombre nos resulta desconocido. Nunca publicó libros, pero cuando murió, dos años después del eclipse, dejó tras de sí unos 100.000 documentos de papel en forma de despachos, memorandos y notas de lectura, que fueron el trabajo de toda su vida. [5]

Se trataba de pensamientos en proceso de difusión. Las cartas eran adecuadas para estudiar nuevos conceptos, lo que las hacía especialmente valiosas para un hombre que pasó su vida poniendo a prueba el dogma establecido. El siglo XVII no fue precisamente una época propicia para realizar tal actividad de manera clara y abierta, no a menos que uno desease terminar como Giordano Bruno. Solo tres décadas antes, el fraile dominico italiano había sido despojado de su hábito, atado a una estaca y quemado vivo en el Campo de' Fiori en Roma por sugerir que nuestro planeta podría no ocupar el centro del universo. [6] Otros podían asumir estos riesgos, e incluso anunciar sus ideas acompañadas de fanfarria de trompas, si así lo deseaban, pero no era ese el estilo de Peiresc. Su ego no era inmune al deseo de tener un libro a su nombre, y tenía planes para muchos, pero sobre

todo por precaución, y también porque era muy impaciente, las cartas fueron su forma de expresión predilecta.

El experimento del eclipse, aunque elegante en su imaginación, estiró el poder de las cartas hasta más allá de su capacidad. Estaba intentando organizar una observación en grupo entre corresponsales dispersos que nunca habían reflexionado sobre la luna, o incluso sobre qué significaba la longitud. Peiresc había pasado cientos de horas escribiendo a estos corresponsales, enviando innumerables páginas de instrucciones, junto con diagramas y burdos instrumentos de medición. Creía firmemente que la mecánica del mundo natural se comprendería de forma acumulativa, a lo largo de generaciones, en un proceso de verificación, corrección y nueva verificación. «La brevedad de la vida humana no permite que una sola persona sea suficiente; es necesario considerar las observaciones de un buen número de otras personas de siglos pasados y futuros para discernir lo que mejor se ajusta», escribió en una ocasión. [7] No obstante, cuando se trataba de sus más lejanos colaboradores, tanto geográfica como intelectualmente, era una tarea agónica tan solo persuadirlos para que practicaran la notación adecuada, y mucho más para que confiaran en la autoridad de sus propios ojos.

El eclipse en sí mismo no era tan importante, sino que era un simple marcador de tiempo, un reloj gigante en el cielo, visible desde todas partes. Peiresc esperaba que este reloj lo ayudara a completar por fin uno de sus numerosísimos proyectos vitales, una lista parcial de los cuales incluía una investigación de pesos y medidas antiguas, un estudio del calendario romano del año 354 (cuya copia más antigua tenía en su estudio), un catálogo de piedras preciosas que él y el pintor flamenco Peter Paul Rubens habían estado recopilando juntos, la publicación de todas las versiones samaritanas del Pentateuco en hebreo, arameo y árabe, y una historia

exhaustiva de la región de la Provenza.[8] No obstante, el proyecto de la longitud era posiblemente su objetivo más personal e idiosincrático. Por un lado, era un proyecto sin duda ambicioso, pues le resultaba imposible llevarlo a cabo él solo, y por otro, su obsesión por la longitud tenía un propósito especialmente práctico: calcular con precisión el largo y el ancho del mar Mediterráneo.

Peiresc amaba ese mar y todo lo que tuviera que ver con las personas y culturas que lo rodeaban. Cualquier dato sobre él le resultaba sumamente interesante. En las raras ocasiones en que salió de Aix, fue para visitar el puerto de Marsella. Allí podía respirar el aire cargado de salitre, y observar a toda la humanidad desfilando por los muelles de madera. Tenía tanta curiosidad por las costumbres de los musulmanes, samaritanos y cristianos orientales como por los antiguos griegos. Una vez escuchó el canto de unos esclavos galeotes de un barco atracado, y encontró un músico que lo ayudó a transcribir la melodía en notación musical para poder registrar la canción de los «moros negros». Sin embargo, tanto para Peiresc como para todos sus colaboradores, las dimensiones exactas del mar continuaban siendo un misterio. Durante generaciones, los marineros habían navegado a duras penas desde el estrecho de Gibraltar, alrededor de las islas Cícladas y hasta la costa del Imperio Otomano con poco más que una cierta familiaridad heredada con la orografía costera, un astrolabio y dibujos de mil quinientos años de antigüedad.

Para conseguir una mayor precisión había que conocer la longitud del mar, pero la cifra había sido una incógnita para astrónomos y cartógrafos durante tanto tiempo que, en 1598, el rey Felipe III de España llegó a ofrecer una generosa pensión vitalicia a la primera persona que lograse averiguarlo.[9] El problema era ante todo logístico. Aunque la latitud se podía saber simplemente midiendo la altura del sol del mediodía, la longitud requería una observación simultánea: personas situadas en al menos dos lugares diferentes que observasen algún fenómeno fijo en el

cielo y registrasen con precisión en qué momento exacto lo había visto cada uno. La diferencia en el tiempo, explicó Peiresc en una carta, «era igual a la diferencia en la longitud». [10]

Peiresc imaginó por primera vez tal proceso de observación colectiva en 1610, cuando tenía treinta años y acababa de terminar de leer el sensacional *Noticiero sideral* de Galileo Galilei, en el que el astrónomo detallaba sus descubrimientos realizados a través de su telescopio, incluido su avistamiento de las cuatro lunas de Júpiter. El libro ofrecía pruebas concretas de que existían otras fuerzas operando en el universo y era posible que la Tierra no ocupase un lugar tan central como se creía; después de todo, nuestro planeta parecía influir muy poco en las órbitas de las lunas de Júpiter. Peiresc se quedó tan estupefacto como el resto de la clase intelectual de Europa, pero lo que más le llamó la atención fue la utilidad de estas distantes lunas. Desde ese momento, comenzó a observar y registrar sus revoluciones cada noche en papel pautado hasta que logró ser capaz de predecir sus movimientos (los satélites, escribiría poco después, se encontraban «exactamente donde nuestros cálculos los situaban al completar sus órbitas»). [11] Esas lunas podían ser el reloj celeste que necesitaba para su proyecto de cálculo de longitud, por lo que se apresuró a enviar a su joven asistente a un viaje a través del Mediterráneo, desde Marsella hasta la ciudad costera libanesa de Trípoli, pasando por las islas de Malta y Chipre. En cada una de las paradas debía observar Júpiter y sus lunas, mientras Peiresc hacía lo mismo en Aix. En teoría, la posterior comparación de los datos registrados les proporcionaría la ubicación longitudinal exacta de todos los emplazamientos. Sin embargo, este primer intento fue un estrepitoso fracaso, ya que los telescopios aún eran demasiado simples e imprecisos para realizar observaciones con el detalle necesario. Además, el joven asistente no se mostró especialmente contento de tener que realizar tal viaje. En su primera carta desde «ultramar»,

escribió a Peiresc: «Si Dios me permite regresar a nuestra casa, el mar nunca más me tendrá como su súbdito». [12]

Desde entonces había pasado un cuarto de siglo, y Peiresc todavía soñaba con calcular la longitud haciendo que muchas personas miraran al cielo a la vez en la misma noche. Con el tiempo, había cambiado las lunas de Júpiter por la de la Tierra como un punto de referencia más visible, y la observación de las fases de un eclipse a través de un telescopio. Ahora, a los cincuenta y cinco años, finalmente estaba en condiciones de hacer realidad tal experimento colectivo.

Nacido en una familia de magistrados y modestos terratenientes en el sureste de Francia, Peiresc se había pasado toda su vida coleccionando corresponsales. Primero, como estudiante de derecho durante sus viajes a Inglaterra, los Países Bajos e Italia (donde conoció personalmente a Galileo tras una conferencia sobre matemáticas en Padua) [13] , y más tarde, incluso después de regresar a Aix-en-Provence para ocupar un puesto en el Parlamento de Provenza, nunca dejó de expandir su red de conexiones. Con el tiempo, se había unido, como uno de sus miembros más destacados, a la autoproclamada República de las Letras, la red de docenas y docenas de académicos universitarios, aristócratas eruditos y clérigos repartidos por toda Europa. Juntos, estaban explorando los nuevos misterios de la época: los astronómicos, los microscópicos y los geográficos.

La República era una entidad colaboradora que se asemejaba al consejo editorial de una revista científica (antes de que tales publicaciones y el concepto de ciencia tal y como lo conocemos realmente existieran), y se mantuvo así mediante una maraña de cartas. Los corresponsales se escribían unos a otros sobre sus diversas ideas, esbozaban teorías y sellaban sus relaciones mientras compartían fósiles o dibujos anatómicos. Ciertos elementos de lo que llegaría a caracterizar a la comunidad científica tomaron una primera forma a través de estas misivas. Era «un laboratorio en el que se elaboraban y ponían en práctica las ideas sobre

civismo», [14] escribe Peter Miller, uno de los pocos académicos que han estudiado las cartas de Peiresc. Y cada carta, como las describió otro historiador, era «una suerte de conversación gentil y caballerosa», lo que permitía al escritor «crear una intimidad e inmediatez a distancia, sin alienar al corresponsal con argumentos». [15] Los autores de las cartas se embarcaron juntos en un proyecto de búsqueda de la verdad objetiva, y hacían las veces de centros de intercambio de ideas, verificando teorías y ofreciendo información. La carta como transmisor de voz, calibrada para expresar cortesía y amistad, demostró ser un medio particularmente útil para esta investigación conjunta. Y Peiresc siempre acertaba con el tono. Era encantador y generoso, y mostraba una curiosidad genuina por los descubrimientos de los demás.

De una forma u otra, desde el Renacimiento siempre había existido una República de las Letras, cuando cobró nueva vida un concepto clásico que se originó con Cicerón; sin embargo, cuando realmente levantó el vuelo fue durante la Reforma y las consiguientes guerras religiosas que convulsionaron Europa desde 1500 hasta 1700. Los viajes durante estos conflictos se volvieron peligrosos para los estudiosos, y con la mayoría de las universidades controladas por una u otra secta beligerante, la República se convirtió en una institución de aprendizaje independiente, ubicada por encima de la refriega. Peiresc y otros contemporáneos la consideraron casi como un culto, entusiasmados por la sensación de que estaban generando conocimiento en una especie de carrera de relevos y pasándolo de una generación a la siguiente. Tal y como escribió René Descartes, el conocido filósofo francés contemporáneo de Peiresc: «Con las personas posteriores comenzando donde las anteriores lo dejaron, y vinculando así las vidas y el trabajo de muchos, todos podemos avanzar juntos mucho más lejos de lo que cada persona individualmente podría». [16]

Una simple ojeada al estudio de Peiresc en Aix muestra cuánta energía existía en la República y lo eclécticos que eran sus intereses. Las cartas

llegaban a su casa en un flujo constante, a menudo varias veces al día, y en ocasiones los sobres emitían el dulce y enfermizo aroma del vinagre, usado como desinfectante contra la peste. Recopilar, observar y comparar: tal era la ética que guiaba la práctica de los miembros de la República, muchos de los cuales, al igual que Peiresc, eran anticuarios, propietarios de colecciones de curiosidades. Peiresc contaba con una enorme biblioteca de libros impresos, encuadernados en cuero, colocados en sus estantes, y manuscritos sueltos por doquier, junto a vasijas antiguas y gemas grabadas. Tenía embriones conservados en frascos, y detallados dibujos de las riquezas poco comunes de la naturaleza, desde hongos bulbosos hasta pieles de hipopótamo. A veces, algún objeto más grande presidía el estudio, como una momia o un colmillo de elefante. Los cajones estaban llenos de medallas y monedas con siglos de antigüedad; a la muerte del propietario, esa colección contaba con diecisiete mil piezas. A sus pies, y holgazaneando entre todas esas cosas, estaban los esponjosos gatitos de angora de pelaje blanco y ojos azules que le encantaba criar, pero de los que estaba dispuesto a desprenderse si eso significaba que podría agregar una pieza preciosa a su colección («Si fuera útil prometer uno de los gatitos para obtener el jarrón de Vivot, no dudes en comprometerte»).[17] Sus intereses también se extendían más allá de la puerta de la casa. Tenía vastos huertos donde cultivaba más de veinte especies de pomelo y sesenta variedades de manzana. Injertaba olivos y elaboraba vino con las uvas malvasía que abundaban en la finca de su familia.[18]

En aquella época, antes de que la erudición se convirtiera en una búsqueda especializada reservada a profesionales, un polímata aficionado como Peiresc se adentraba en cualquier campo al que le llevase su curiosidad: botánica, zoología, numerología y, por supuesto, astronomía. La mecánica de todo, fuera el latido del corazón, la reproducción de las flores o la caída de los cometas, tenía que ser examinada. Incluso en el ámbito de lo fantástico: Peiresc se tomó en serio los informes sobre un hombre al que le

crecía un arbusto en su estómago, una ciudad en la que todos afirmaban estar poseídos por el diablo y una mujer francesa cuyo embarazo había durado veintitrés meses. Tampoco se burlaba de los avistamientos de monstruosos animales gigantes o con cabeza de hidra. [19] ¿Por qué debería hacerlo, cuando las noticias de criaturas extrañas y hermosas como el caballo de cuello largo conocido como jirafa y el elegante flamenco rosa de extremidades delgadas habían resultado ser ciertas? Peiresc escribió que, dado que había visto unas maravillas que nunca habría creído que pudieran existir, trataba de «no desdeñar absolutamente nada hasta que la experiencia nos abra el camino a la pura verdad». [20]

Esta devoción decidida por cuestionar la naturaleza de cada cosa llegó hasta tal punto que Peiresc eligió conscientemente llevar una vida ascética. Cuando su padre le encontró una buena pareja con la que contraer matrimonio, la hija del presidente del Tribunal de Cuentas de Provenza, Peiresc explicó que «no podía cuidar de una esposa e hijos y ser al mismo tiempo libre de seguir mis estudios y patrocinar a hombres eruditos». [21] Permaneció soltero toda su vida.

Aun así, no estaba solo en sus actividades intelectuales. Escribía cartas durante todo el día (principalmente en francés o italiano, y a veces en latín), y podía confiar en un sistema cada vez más predecible y seguro para llevarlas a su destino. Una carta de Aix a París tardaba alrededor de una semana, a Roma cerca de dos semanas y al norte de África seis semanas. Las rutas se estaban volviendo más fiables y lo suficientemente regulares para referirse a sus cartas a París como enviadas «par le Parisien» («vía parisina»), mientras que el correo Aviñón- Roma era simplemente «l'ordinaire» («vía ordinaria»). [22]

Estas cartas funcionaban como algo más que simples comunicaciones entre personas, ya que eran como mensajes llevados a lo largo de una corriente de agua con muchos afluentes, a menudo copiados y transmitidos a lectores más allá del destinatario originalmente previsto o leídos en voz

alta en reuniones académicas. Este extracto de una anotación en una de las cartas de Peiresc en 1635 muestra cuán lejos podían viajar: «Abrí una carta que el señor Diodati [París] le envió a usted, que incluía una que el señor Schickard [Tubinga] escribió a Bernegger [impresor en Estrasburgo], pidiéndole que le enviara sus observaciones sobre el eclipse. Se la mostré a Gaultier [Aix] y le pedí a Garrat [secretario de Peiresc] que le dijera [a Gaultier] que lo comparara con su observación. Utilicé el mismo canal para enviar una segunda carta de Galileo, cuyo original había enviado a Diodati, y la copia de otra carta de Galileo enviada por Rossi [pariente de Galileo en Lyon]». [23]

Fue a todos estos amigos y colaboradores en la República a los que recurrió Peiresc en busca de ayuda cuando decidió volver a dedicarse al proyecto de la longitud. A principios de 1628 organizó un registro más modesto de un eclipse, con él mismo solo en su tejado y unos pocos amigos en un pueblo cercano a Aix y en París, y aquella vez el método funcionó. Las mediciones fueron «precisas» a pesar, bromeó, «de la barbarie y la tosquedad existente en nuestro pobre país». [24] Utilizando los datos recopilados, pudo corregir la diferencia de longitud entre París y Aix, que se vio reducida en más de dos grados.

Sin embargo, no se conformaba con eso. Sus miras todavía estaban puestas en la medición precisa del largo y el ancho del mar Mediterráneo. La búsqueda de otro eclipse lunar se puso en marcha, y cuando descubrió que uno tendría lugar en la noche del 28 al 29 de agosto de 1635, Peiresc comenzó a trabajar de inmediato. Para reunir las observaciones que necesitaba, llegaría más allá de los confines cerebrales de la República de las Letras, hasta individuos estacionados en los confines del mapa. Su valor era su ubicación geográfica, pero antes de poder reclutarlos, tendría que convencerlos, ya que, en algunos casos, estarían asumiendo un enorme riesgo.

El rediseño de un mapa puede parecer una causa mundana en la que concentrar una atención tan intensa, pero las cartas cuentan una historia diferente. Peiresc tuvo que atraer con suavidad a estos observadores potenciales hacia una nueva relación con la naturaleza, una que no resulta en absoluto familiar o segura. Las cartas demostraron ser bastante útiles en este proceso de conversión. El medio era un conducto para el pensamiento lento. Las cartas actuaban como aceite lubricante en los engranajes de la producción de ideas, como los comentarios jocosos que despejaban la garganta por el camino, como las líneas sobre las líneas en las que una mente podía divagar, como una informalidad que no exigía definición, pero daba espacio para que el argumento se construyera con ligereza. Tales fueron las cualidades que lograron que las cartas se convirtieran en un elemento tan importante en la comunidad de protocientíficos, pero también resultaron útiles para presentar una nueva visión del mundo. El aspecto meditabundo de las cartas, la paciencia incrustada en ellas evitó lo que de otro modo podría dar la impresión de ser una confrontación abierta de un sistema de verdad que intenta superar a otro.

Peiresc comenzó sondeando a posibles participantes. Cuando dos comerciantes portugueses de piedras preciosas pasaron por Aix en su camino hacia la India, les preguntó si tal vez sabían de algún occidental erudito, judío o cristiano, asentado en esas tierras extranjeras que pudiera tomar medidas durante un eclipse, ya fuese lunar o solar, y enviárselas de regreso. [25] Los contactos potenciales fueron examinados por Peiresc. ¿Eran lo bastante serios y fiables? Sus cartas están llenas de estas preguntas urgentes. Cuando se entera, dos meses antes del eclipse, de la existencia de un nuevo obispo llamado Isaac que vive en las estribaciones del Monte Líbano, Peiresc escribe a un tercero para obtener toda la información que pueda sobre este hombre asentado en un emplazamiento tan curioso. Quería recibir «todos los datos que pudieras darme con respecto a la edad, el país,

los buenos modales y la enseñanza del obispo Isaac, en qué lugar lo has conocido, y especialmente, del conocimiento que podría tener del árabe, el latín y otros idiomas. Y si tiene intereses más curiosos que comunes, y dónde obtuvo su título de obispo...». [26]

A principios de 1635, Peiresc comenzó una correspondencia con el padre Celestin de St. Lidwine, que vivía en un monasterio carmelita en Alepo. Las primeras cartas de Peiresc son típicas, y en ellas da a Celestin una idea de sus propias influencias. «Si encontraras, por casualidad, ya sea entre los monjes griegos o los derviches, algún libro sobre música, un poco antiguo, no solo en griego, sino en árabe u otros idiomas orientales, principalmente de aquellos donde podrían conservarse algunas notas de música antigua, emplearía con gusto mi dinero». [27]

Muy pronto, también está tratando de persuadir a Celestin para que se una al proyecto de longitud, prometiendo que incluso un buen conjunto de observaciones podría ayudar a calcular las distancias reales entre los lugares y «una infinidad de otras grandes cosas dignas de elogio en nuestro siglo y para la posteridad». También sugiere que Celestin podría involucrar a astrónomos locales en el proyecto, ofreciéndose a poner sus propios datos a su disposición, «para su placer en la comparación con los nuestros».

No obstante, el mayor desafío que se le presentaba era que los hombres educados en estos lugares distantes a menudo eran devotamente religiosos. Se trataba sobre todo de misioneros o monjes solitarios y, por su propia naturaleza, renuentes a este tipo de empresas. La investigación del mundo natural por cuenta propia, o peor aún, en grupo, era una amenaza para la Iglesia Católica. Esto era especialmente cierto cuando se trataba de fenómenos como cometas o eclipses. La estrechez de miras de la Iglesia acerca de una Tierra ubicada de manera inamovible en el centro del universo se veía amenazada con frecuencia por estos eventos fugaces que se producían en el firmamento. Incluso la simple curiosidad parecía en cierto modo sospechosa. Aunque Europa había experimentado el Renacimiento y

la Reforma, movimientos que habían incrementado la subjetividad y la voluntad individual, la Iglesia seguía exigiendo aún deferencia a la doctrina, con la máxima pronunciada por San Agustín en el siglo v aún vigente: «No es necesario indagar en la naturaleza de las cosas como lo hicieron los griegos [...] Basta con que el cristiano esté convencido de que la única causa de todas las cosas creadas, ya sean celestiales o terrenales, visibles o invisibles, es la bondad del Creador, el único Dios verdadero». [28]

Por si esta inquietud sobre la intromisión de la filosofía natural no fuera suficiente, también estaba el caso de Galileo. No hacía mucho, uno de los hombres más famosos de Europa, a sus sesenta y nueve años, había sido obligado a arrodillarse ante la Inquisición y a reconocer frente a diez cardenales sus «errores y herejías», de las que se comprometía a «abjurar» y a «maldecir y detestar» para siempre. Su crimen había sido la redacción de un libro que argumentaba enérgicamente (y de una manera que parecía burlarse del Papa como un idiota de mente simple) que la visión estática y geocéntrica del universo por parte de la Iglesia era errónea. El libro de Galileo *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo* fue denunciado y prohibido por blasfemo, y su autor fue sentenciado a arresto domiciliario hasta el final de sus días. La ira de la Iglesia hizo temblar a toda la República de las Letras. Descartes, al recibir la noticia en la Holanda protestante, escribió a un amigo en París que tal vez debería «renunciar» a la publicación de su propio libro *El Mundo,* que profundizaría en las revoluciones de la Tierra alrededor del sol. [29]

Peiresc, que siempre había sentido fascinación y no poca envidia por Galileo, se entristeció al enterarse de su persecución. «El pobre Galileo tuvo que declarar solemnemente que no apoyaba la opinión de que la Tierra se movía y, sin embargo, en su diálogo utilizó sólidas razones para apoyar esta teoría», escribió en una carta después del veredicto. [30] Sin embargo, la principal lección que sacó de este episodio, después de una vida en la que ambos hombres habían seguido caminos muy diferentes hacia los mismos

fines, fue que era mejor trabajar de manera gradual y silenciosa. Peiresc logró mantener sus buenas relaciones con la Iglesia al tiempo que se codeaba con los intelectuales que cuestionaban sus preceptos más sagrados. En el supuesto de que algún día se viera en la obligación de defenderse, podría alegar que tanto él como sus corresponsales estaban simplemente explorando la creación divina en todas sus manifestaciones. Confiaba en que incluso la Iglesia acabaría cambiando su enfoque dogmático. Había miembros de la jerarquía vaticana que mantenían una discreta correspondencia esporádica con los filósofos naturales de la República de las Letras, aceptando de manera implícita los nuevos descubrimientos, aunque la tradición les impidiera reconocerlo abiertamente. Al transgredir los límites de la especulación aceptable, Galileo había hecho estallar las viejas formas de pensar, y es su nombre el que recordamos hoy, no el de Peiresc. Sin embargo, el paciente anticuario tenía otro enfoque: prefería la conversión silenciosa y razonada de una carta frente a la declaración ruidosa de un libro, no solo porque así se evitaban ciertos riesgos, sino por las ideas colectivas que podían generarse, aunque fuera de manera «cuidadosa y progresiva». [31]

Esta naturaleza cautelosa se reveló en toda su magnitud cuando Peiresc apeló al poderoso cardenal Francesco Barberini, sobrino del Papa, para reducir la sentencia de Galileo. Peiresc sabía que Barberini, aunque era un piadoso defensor del gobierno de su tío (había asistido personalmente al juicio de Galileo), se sentía atraído por la filosofía natural. Para fortalecer su vínculo, Peiresc solía enviar al cardenal algún raro espécimen de vez en cuando: una vez incluso le había enviado una gacela, pequeña y de color marrón, con afilados cuernos acanalados, que él mismo había recibido de un corresponsal del norte de África, quien la comparó con un unicornio. [32] «La fragilidad a veces es digna de excusa y perdón», suplicó Peiresc en defensa de Galileo. [33] Trató de minimizar el impacto del *Diálogo*, refiriéndose a él como un alegre y casi cómico malabarismo de abstracciones, y no como la

inteligente acusación contra la Iglesia que ciertamente era. Cuando Barberini ignoró su súplica, Peiresc escribió de nuevo, profundizando en su argumento. El castigo de Galileo algún día parecería tan desatinado como lo fue el infligido a Sócrates por Atenas, «tan denostado por otras naciones y por los propios descendientes de aquellos que le causaron tantos problemas». [34] Peiresc siempre se mostró obsequioso en su trato («Me inclino ante vos con la mayor sumisión de la que soy capaz», comenzaba una de las cartas), pero no se esforzó demasiado por ocultar que, a sus ojos, Galileo era un genio maltratado. Los argumentos y regalos como la gacela acabaron teniendo cierto efecto. Al astrónomo se le concedió su solicitud de trasladar su arresto domiciliario a Florencia, y agradeció profusamente a Peiresc su intervención, describiéndola como «una empresa en la que muchos otros que reconocen mi inocencia han permanecido en silencio». [35]

Cuando los hombres más próximos a la Iglesia se resistieron a las súplicas de Peiresc para unirse a su experimento, intentó acercarse a ellos con un espíritu similar, entablando abiertamente un diálogo sobre el cristianismo y lo que la doctrina permitía y no permitía. Para él, existía escaso conflicto interno, pues la filosofía natural era simplemente el proceso de descubrimiento de la gloria de Dios. La Iglesia no debía resistirse a estos descubrimientos, sino más bien expandirse para incluirlos, deleitarse en estas nuevas maravillas y ver en ellas una razón para aumentar la fe. «El libro de la naturaleza es el libro de los libros, y no hay nada tan concluyente como la observación de las cosas», escribió Peiresc al padre Celestin en abril de 1635, cuatro meses antes del eclipse. [36]

También apeló al pragmatismo de sus corresponsales, como lo hizo con otro misionero capuchino con sede en Alepo, Michelange de Nantes. Cuando el sacerdote expresó su preocupación teológica, Peiresc respondió que mirar a través de un telescopio «no sería perjudicial para su piadosa y caritativa búsqueda de almas. Por el contrario, esto podría algún día servir como un señuelo para atraer a otros a seguir tu ejemplo». [37] También hizo

hincapié en que su trabajo astronómico podría ayudar a establecer un calendario eclesiástico más preciso. Y a aquellos que aún dudaban, señalaba el apoyo de poderosos cardenales que habían ordenado observaciones en Italia y el Levante, concretamente a sacerdotes y astrónomos en Roma, Padua y Nápoles para que preparasen sus telescopios y acatasen las solicitudes de Peiresc.

Alentar su participación era solo el primer paso. Peiresc todavía tenía que enseñarles cómo llevar a cabo exactamente una observación metódica. Para confiar en sus registros, tenía que establecer algunas normas, una forma de pensar que también era una innovación de la época. Necesitaba guiarlos sobre cómo posicionar sus cuerpos cuando mirasen a través de un telescopio, y cómo verificar los datos. Las lecciones asumieron diferentes formas. Para aquellos que pasaban por Aix, Peiresc fue estableciendo lentamente lo que se acabaría conociendo como la École Provençale, un verdadero programa de capacitación para aspirantes a astrónomos aficionados, para lo cual instaló un sencillo observatorio en su tejado. Aquellos que no pudieron llegar allí o ya estaban asentados en el extranjero recibieron detallados manuales de instrucciones.

En una carta de mayo de 1635 al padre Agathange de Vendôme, que presenciaría el eclipse desde El Cairo, Peiresc fue bastante explícito sobre dónde y cómo debía realizar sus observaciones: «Debe tratar de apostarse en lo alto de las pirámides o en algún otro sitio elevado, para ver la salida del sol en el horizonte, y para controlar la progresión del eclipse. Sin embargo, no debe confiar en lo que pueda ver con sus propios ojos, sino que debe usar el telescopio [...] porque, a simple vista, la luna iluminada parece más grande de lo que es en realidad, y como resultado, la parte eclipsada parece más pequeña». [38] El padre Agathange tendría que usar un cuadrante para tomar medidas de estrellas fijas y de la altura del sol al mediodía (para la latitud), y, según escribió Peiresc, era mejor hacer todo esto el día anterior. El sacerdote tendría que ser muy exacto sobre cómo marcaba la

hora, ya fuera con un reloj bien calibrado o, mejor aún, comprobando la posición de las estrellas.

Resultó que Agathange no era un estudiante especialmente aplicado, y tras leer su desorganizado informe sobre el eclipse, Peiresc decidió que tendría que esforzarse por mejorar su preparación para el siguiente. En una carta, en la que a duras penas logró controlar su malestar, Peiresc escribió que enviaría un nuevo conjunto de instrucciones. [39]

Uno de los observadores del eclipse más inusuales de Peiresc fue Thomas d'Arcos, un antiguo secretario de un cardenal que había sido capturado por piratas y llevado a Túnez, donde vivía como esclavo desde hacía cinco años cuando Peiresc contactó con él por primera vez, en 1630. D'Arcos atrajo de inmediato la atención de Peiresc gracias a su descripción escrita de cómo había visto los huesos de un gigante y cómo los había tocado con sus propias manos. [40] Siempre en busca de curiosidades, Peiresc se quedó muy intrigado y respondió ofreciéndose a ayudar a obtener la liberación de d'Arcos, involucrando a altos funcionarios, e incluso hasta al mismo rey de Francia, si fuese necesario. Para cuando llegó la oferta de Peiresc, d'Arcos había logrado asegurar su propia libertad, aunque permaneció en Túnez e incluso se convirtió a la religión islámica unos años más tarde, cambiando su nombre de Thomas a Osmán.

D'Arcos a menudo enviaba a Peiresc misteriosos objetos materiales procedentes del folclore local, y el filósofo natural se dedicaba a desmitificarlos. Uno de los intercambios se produjo a propósito de una piedra de forma extraña que los árabes afirmaban que contenía el alma de un emperador del pasado atrapado en su interior. Peiresc la examinó de cerca y respondió que se trataba simplemente de un erizo de mar fosilizado. D'Arcos escribió de nuevo, insistiendo en que, si la piedra era lavada con sangre, sonaría la voz del emperador condenado. Las cartas solían tener esta dinámica: d'Arcos proporcionaba los mitos o «creencias» locales y Peiresc se afanaba en verificar su origen. Los mencionados huesos del supuesto

gigante, cuyos dientes d'Arcos envió a Aix (cada uno con un peso de un kilo y medio), resultaron ser, tras la detenida inspección de Peiresc, los restos de un elefante norteafricano extinto hacía mucho tiempo.

Muchas cosas viajaron de un lado al otro del Mediterráneo. De d'Arcos partieron enjoyados mangos de dagas, camaleones vivos y monedas de la antigua Cartago, y de Peiresc, barriles de vino, solicitudes de libros árabes específicos y, finalmente, unas tres mil quinientas palabras sobre el proyecto de longitud y cómo d'Arcos podría participar.

La obsesión de Peiresc por observar el eclipse pasó entonces a dominar la correspondencia, con un flujo constante de lecciones provenientes de Aix. Al igual que el folclore y los mitos desacreditados por Peiresc, aquella también era una oportunidad para empujar a d'Arcos, un espíritu afín, aunque extraviado, a pensar como un filósofo natural. Peiresc deseaba estacionarlo en Cartago, confiando en que la rica historia del lugar resultase auspiciosa. Cuando d'Arcos no pudo recopilar ningún dato para un eclipse del 3 de marzo de 1635, propuesto como prueba para el eclipse de agosto, alegando que un ataque de gota le impidió participar, Peiresc respondió con irritación, pidiéndole que hiciera todo lo posible para observar el siguiente, que comenzaría «alrededor de las 2:30 después de la medianoche». [41] Dos semanas más tarde, Peiresc envió una nueva carta, y su detallada explicación ofrecía un indicio del tipo de instrucción utilizado también con los demás integrantes de la misión: «Desde la última carta escrita a toda prisa sobre el tema del eclipse [...] me encargué de enviarte en cualquier caso un pequeño cuadrante de cartón que se puede adherir a un trozo de madera o a un pedazo de cartón más fuerte, y levantar las dos miras que yacen planas hasta que alcancen un ángulo recto con respecto a la superficie del instrumento». E insistió una y otra vez: «Tome la altura de la parte superior o inferior del borde de la luna cuando observe el comienzo o la progresión del eclipse». [42]

Resulta agotador imaginar el volumen de instrucciones que Peiresc se comprometió a hacer llegar a sus colaboradores. Durante toda la primavera y el verano de 1635, las cartas animaron, engatusaron y halagaron a aquellos hombres. Peiresc les estaba enseñando no solo cómo llevar a cabo un experimento científico, sino cómo pensar de manera diferente, cómo convertirse en científicos. Y si su tintero se secaba, en todos los sentidos posibles, y a veces se desviaba hacia la desesperación, ello se debía a que los necesitaba irremediablemente, ya que le resultaba imposible descubrir el misterio de la longitud por sí solo.

Repartidos por todo el Mediterráneo durante la noche del 28 de agosto, mientras Peiresc caminaba ansiosamente por su tejado, los observadores aficionados hicieron todo lo posible para obedecer sus precisas instrucciones. Algunos carecían de confianza o del equipo adecuado: Cassien de Nantes, en El Cairo, tuvo que admitir que, aunque había tratado de ser meticuloso, «a falta de los instrumentos adecuados, no me fue posible anotar las medidas que usted pedía». [43] Otros mostraron la habilidad suficiente, y otros perdieron interés.

En Alepo había un par de participantes. El padre Celestin, el monje carmelita, había tratado de seguir la sugerencia de Peiresc de que viera el eclipse desde lo alto del Monte Casio, una pequeña montaña en la costa norte de Siria, muy por encima de cualquier niebla terrestre. Comenzó a reunir una expedición de unas pocas docenas de hombres en las semanas previas al eclipse, pero a Peiresc no le agradó el plan, pensando que sería demasiado caro y «demasiado ambicioso para mi gusto», y que Celestin y su tripulación podrían no ser bien recibidos por los lugareños, cuyos «celos y mala fe» serían peligrosos para el proyecto. [44] «Uno debe abstenerse de llevar a cabo incluso las acciones más inocentes cuando se salen un poco de la corriente principal», escribió el cauteloso Peiresc sobre lo que

seguramente sería la extraña visión de unos monjes en lo alto de una montaña mirando fijamente al cielo nocturno. [45] Peiresc dio instrucciones a un mercader amigo suyo que se dirigía a Alepo para cancelar el viaje. Resultó que Celestin ni siquiera había recibido el telescopio que Peiresc le había enviado para que lo utilizara aquella noche, y se vio obligado a observar el eclipse a simple vista, por lo que al comprobar las notas de observación de Celestin, a Peiresc le invadió la desesperación. Afortunadamente, esa noche había otras dos personas participando en el proyecto en la ciudad siria: el monje capuchino Michelange de Nantes y un comerciante y canciller del consulado francés, Balthasar Claret. [46] Peiresc tenía mucha fe en Claret, que había sido boticario cuando era joven y, por lo tanto, sabía cómo manejar instrumentos de medida y entendía el valor de la precisión. Claret se apostó en el tejado del consulado y tomó medidas cuidadosas que Peiresc más tarde encontraría impresionantes y extremadamente útiles.

Hubo gran expectación en los meses posteriores al eclipse. A pesar de sus recelos, y de los mensajes sobre percances y telescopios perdidos, Peiresc todavía tenía la esperanza de que, en conjunto, las diversas observaciones le permitieran llevar a cabo algún nuevo descubrimiento. Aun así, sus cartas están llenas de ansiedad, transmitida en un sinfín de preguntas a sus colaboradores. ¿Usaron su ojo derecho o izquierdo? ¿Qué tipo de telescopio? ¿Quién más estaba presente? En noviembre de 1635 había recibido la mayoría de los datos de Italia y Francia. A principios de diciembre, escribió de nuevo a los sacerdotes capuchinos en Siria y Egipto, instándolos a enviar sus observaciones, y se sintió frustrado cuando llegaron algunas de sus anotaciones, que parecían copiadas de las tablas astronómicas ya existentes. Peiresc preguntó a uno de sus colaboradores cómo alguien podría preferir «creer lo que dicen los matemáticos sobre la longitud, la latitud y las dimensiones de las estrellas en lugar de examinar la verdad por sí mismos». [47]

A principios de 1636, había comenzado a recurrir a otras personas para presionar a aquellos que aún no le habían enviado todas sus notas. Algunos de los participantes en la misión dudaban por temor a que su trabajo no hubiera sido lo suficientemente exacto. Peiresc les aseguró que quería verlo todo y les rogó que enviaran lo que tuviesen, fuese lo que fuese. Envió a un amigo comerciante a ver a Michelange de Nantes con la esperanza de «hacerle entrar en razón», transmitiéndole que no debería inhibirse solo por miedo a que sus notas fuesen incompletas. [48] Peiresc esperaba ver «todo el "tejido" de su observación» porque «incluso los errores muy a menudo también resultan útiles». Deseaba que estos participantes, inmersos como estaban en doctrinas infalibles, comprendiesen finalmente que a menudo para alcanzar el conocimiento era necesario recolectar fragmentos rotos.

Cuando logró recibir al fin todas las mediciones utilizables, desde Roma, Egipto, Padua, Nápoles, Líbano, Florencia, Túnez, París, Holanda y Alemania, entre otros lugares, Peiresc trazó estos puntos en los mapas existentes del Mediterráneo, y encontró algo que declaró inmediatamente en una carta como «asombroso y digno de ser tenido en cuenta». [49] No solo vio cuán equivocada estaba la longitud terrestre aceptada de numerosas ciudades, sino que se reveló que todo el Mediterráneo oriental era doscientas leguas (aproximadamente mil cien kilómetros) más corto de lo que se había supuesto hasta ese momento. Y esto tenía sentido dada la experiencia de los marineros, que a menudo tenían que ignorar sus mapas primitivos, haciendo ajustes en sus rutas basados en su propio conocimiento del mar y su costa, maniobras «para las cuales nunca podían discernir la causa y la razón», escribió Peiresc. [50] Las nuevas correcciones tuvieron el efecto de «reducir el espacio» del mar, de tal modo que «no había nada más fácil de entender». Era una transcripción más ajustada de la naturaleza.

Peiresc se quedó entusiasmado por lo colaborativo que finalmente había sido todo el asunto, gracias a la labor de personas serias y curiosas a las que él, centro neurálgico de la operación, había unido. Y, presente en las

innumerables correspondencias, en cada intercambio de cartas, estaba su intento de inculcar una sensibilidad, lo que consideraba más importante que cualquier habilidad específica. La recompensa de la paciencia fue la lenta difusión hacia el exterior de una red de entendimiento común. A través de las cartas, estaba reclutando discípulos para esta nueva, y aún peligrosa, forma de contrastar las percepciones con la realidad. En cierto modo, fue este aspecto de la experiencia, realizada por un disperso grupo de religiosos y comerciantes, lo que más acabó sorprendiendo a los marineros y cartógrafos. Tras el experimento, como Peiresc escribió a d'Arcos, ahora era capaz de explicar con regocijo a los «marineros más expertos de Marsella [...] y los mismos que trazaban las rutas marinas» por qué durante siglos los mapas utilizados para navegar por el Mediterráneo oriental resultaron inútiles. [51] Y estos hombres, tan conocedores del mar, al escuchar la forma en que había descubierto sus dimensiones verdaderas, se quedaron «extasiados y fuera de sí».

Se conserva una docena de retratos de Peiresc, pintados en diferentes momentos de su vida, en los que puede apreciarse su decreciente vitalidad, pero en todos ellos la parte que más llama la atención son sus ojos: parecen casi totalmente negros, y en ellos apenas se distingue el iris de la pupila. Destacan también sus labios, que invariablemente forman una línea recta, y en su vestimenta su amplio cuello de tela blanca y su solideo negro, inmutables, simples, que le dan cierto aire a monje cansado. En el último retrato, realizado a carboncillo por el artista francés Claude Mellan en su camino de regreso de Roma en 1636, los párpados de Peiresc son aún más pesados, su nariz aguileña apunta bruscamente hacia abajo, sus labios están aún más apretados: un hombre cansado y erudito, ansioso por volver a sus cartas. [52] Para entonces, las muchas enfermedades contra las que había luchado a lo largo de los años, incluidos terribles problemas del tracto

urinario, le habían pasado factura, y su vejiga se había desintegrado casi por completo, dejándolo febril y sumamente dolorido la mayor parte del tiempo.

Su muerte, ocurrida el 24 de junio de 1637, a la edad de cincuenta y seis años, menos de dos años después del eclipse, se produjo *in medias res*. Sus muchos proyectos quedaron casi todos incompletos. Para los demás miembros de la República de las Letras, su muerte supuso un vacío repentino allí donde antes se daba una actividad frenética. Los homenajes vinieron de todo el continente, de la comunidad erudita de hombres que habían sido sus socios intelectuales todos esos años, de comerciantes y marineros en los muelles de Marsella, y de los intrépidos exploradores que habían encontrado un patrón en Peiresc. El cardenal Barberini organizó la redacción de un libro en su memoria que lamentaba su muerte en todas las lenguas conocidas del mundo, poemas elegíacos en cuarenta idiomas, incluidos el quechua, el copto y el japonés, una suerte de «queja sobre la raza humana». [53]

Más que cualquier otra cosa, esos 100.000 pedazos de papel que forman su vasto archivo fueron su mayor contribución al mundo. Eran restos de comunicaciones, de las horas y horas que había dedicado cada día a escribir a sus corresponsales, recogiendo fragmentos de información, nuevos objetos, nuevas teorías, pasándolos, intercambiándolos con otros, durante décadas. Cuando su amigo Gassendi escribió su biografía, lo hizo en parte para capturar el carácter de un hombre que había sido influyente como pocos y, sin embargo, no había dejado un monumento claro sobre sí mismo. El libro, uno de los primeros grandes relatos de la vida de un erudito, destacó en Peiresc lo que él mismo valoraba por encima de todo: la conversación como conducto del conocimiento.

Entre los muchos proyectos inacabados que quedaron en su estudio tras su muerte estaban sus planes para cartografiar la superficie de la luna. Había estado tratando de obtener una representación precisa del paisaje

lunar durante más de dos décadas, desde que vio por primera vez la luna a través de un telescopio y se sorprendió al descubrir que era tan abrupta y desformada como una roca gigante, no la pulida losa de mármol que siempre había imaginado. En el verano de 1636, Peiresc encontró al hombre para tal trabajo: Claude Mellan, el mismo artista francés que dibujaría su retrato ese año. Cuando Mellan pasó por Aix ese mes de agosto, Peiresc le encargó hacer grabados en placa de cobre de las diferentes fases de la luna, sentado con él en el tejado de su casa mientras miraba a través del telescopio y esbozaba cuanto veía. [54]

Mellan tan solo llegó a completar tres grabados basados en sus dibujos de Aix: la luna cuando estaba llena y en su primer y último cuarto. Las imágenes son increíblemente exactas para su tiempo, y captan la superficie brillante y accidentada de un mundo misterioso e inexplorado. Sin embargo, como tantos otros esfuerzos de Peiresc, este proyecto murió con su investigador. Los grabados fueron importantes para Peiresc, no como un premio del que adueñarse y que pudiera colgar en la pared, sino como una especie de atlas lunar, el primero en su género, una verdadera referencia. Con todas las gloriosas imperfecciones de la superficie de la luna representadas al detalle, con sus cráteres y montañas, un grupo de observadores podría llevar a cabo sus investigaciones con aún más precisión. Junto con los telescopios, podrían usar el mapa para rastrear el progreso de un eclipse futuro. Y, posteriormente, hacer lo que se les había enseñado: compartir entre ellos lo que habían visto.

2

Coherencia

Mánchester, 1839

Desenrollada, la petición —páginas y páginas pegadas unas con otras y repletas de firmas— se extendía casi cinco kilómetros. Los firmantes eran hombres y mujeres que sudaban por su pan: trabajadores de la industria textil de Bradford, mineros de carbón del sur de Gales, tejedores de Ashton-under-Lyne, ebanistas londinenses, taberneros... En total, incluía los nombres de 1.280.959 personas. [1] Enrollada en un cilindro, la petición era descomunal, casi inamovible, la representación física de un nuevo electorado. Y el 14 de junio de 1839, cuando por fin fue cuidadosamente trasladada a la Cámara de los Comunes y llegó hasta el escritorio del secretario, fue recibida con risas tan estentóreas que el volumen de las carcajadas de los miembros se consideró lo bastante importante como para que fuera anotado en el registro de la Cámara. «¡Vaya ridícula pieza de maquinaria!», exclamó un miembro, señalando el pergamino e interrumpiendo el discurso del parlamentario que tenía el ingrato trabajo de presentar las quejas. [2]

Las risas continuaron mientras se leía una oración elaborada por los peticionarios, comenzando con su esperanza más radical: «Para que le agrade a la honorable Cámara tomar la petición en su consideración más

seria, y dedicar su mayor esfuerzo para aprobar una ley, otorgando a todo hombre de edad legal, sano mental y no contaminado por el crimen, el derecho a votar a los diputados que formen parte del Parlamento». [3]

Lo que se solicitaba era el sufragio universal. La petición no era precisamente una novedad, aunque sí lo fuera el método para expresarla, que por su impacto y su falta de precedentes equivalía básicamente a depositar un barril de pólvora en medio de la Cámara. Durante siglos, desde la Carta Magna hasta la apasionada defensa de los derechos naturales por parte de Thomas Paine, la identidad nacional británica se había basado en la fantasía de su isla como una democracia perfecta, pero aquello era mentira; solo una pequeña parte de la población tenía derecho de voto.

El hecho de que una petición que recogía la desesperación de la clase trabajadora pudiera llegar al Parlamento se debió en gran parte el resultado de la energía y el ego de un solo hombre, un hombre que era muy consciente de que su empresa era absolutamente quijotesca y, sin embargo, dedicó todos sus esfuerzos a intentar que saliera adelante. Feargus O'Connor, irlandés de pura cepa y gruesas patillas pelirrojas, fue el líder rimbombante, magnético y escandaloso de lo que ahora podría llamarse con razón una movilización social. Había tomado lo que era esencialmente un tecnicismo de la ley británica, consagrado por Eduardo I en el siglo XIII, que permitía a cualquier sujeto solicitar a la Corona y al Parlamento una reparación, y lo había utilizado a una escala y con un propósito revolucionario que no tenía parangón hasta el momento. Para un pueblo excluido de la representación política, que no importaba a nadie en el poder porque no tenía poder, este era el único punto de apoyo a su disposición, «el único modo pacífico y constitucional», tal y como lo había expresado Edmund Burke en 1775, aunque apenas se había utilizado. [4] Hasta entonces se había recurrido a él principalmente para asuntos pequeños, locales y personales, y, sin embargo, allí estaban, con la esperanza de que aquella laguna legal resultase tan amenazadora como una soga de horca.

En vez de eso, fueron ridiculizados. La petición había dado un objetivo, había conseguido unir a esta clase obrera recién consciente de sí misma, convirtiendo en algo más las partículas de ira que flotaban en el aire sobre las fábricas y los estrechos y húmedos espacios de trabajo de los mineros del carbón. El acto de firmar sus nombres en este documento los había unificado, tomando su frustración incipiente, su resentimiento por una vida de trabajo interminable, exacerbado por la privación de derechos, canalizándolo hacia un propósito común. Solo eso ya podría considerarse como una victoria de O'Connor. Sin embargo, ¿qué pasaría si aquella saeta simplemente rebotaba en su objetivo? O'Connor nunca albergó esperanzas reales de que el Parlamento aceptase sin más sus exigencias, pero si se limitaban a considerar sus esfuerzos como una simple y ridícula broma, ¿qué pasaría entonces? A pesar de todo lo que la petición había hecho para empoderar, alentar y cohesionar, O'Connor también había visto sed de sangre en los ojos de estos hombres y mujeres, y le preocupaba que, si fracasaba aquel esfuerzo, su última y mejor esperanza, se desataría el caos.

O'Connor había viajado febrilmente y sin descanso por todo el país para solicitar las firmas. En el año anterior a la presentación de la petición al Parlamento, pronunció 147 grandes discursos y pasó 123 días de viaje.[5] La Gran Bretaña de la década de 1830, aun con sus extensas líneas ferroviarias y la proliferación de periódicos nacionales, todavía era una vasta colección de regiones atomizadas, cultural, económica e incluso lingüísticamente aisladas entre sí. O'Connor se convirtió en una atracción en sí mismo, con «su figura fornida y musculosa, sus prominentes hombros, su ensortijado cabello pelirrojo sobre el cuello de su abrigo, su persuasiva sonrisa, sus insinuantes modales y su fluido verbo», como lo describió uno de sus compañeros agitadores.[6] Era un orador nato con carisma natural, descendiente de una familia de ricos terratenientes protestantes del condado

de Cork, caballeros radicales como su padre y su tío, que habían sufrido prisión y exilio forzado por su apoyo a la independencia irlandesa. O'Connor se había formado como legislador, y ganó por sorpresa una elección a la Cámara de los Comunes en 1832, postulándose en una plataforma de representación de los no representados. Sin embargo, no duró mucho en el cargo. Tuvo que dejar su escaño tres años más tarde, cuando los parlamentarios que se oponían a su radicalismo consiguieron destituirle, alegando que no poseía la decencia mínima necesaria para ser miembro de la Cámara. Una vez fuera del Parlamento, se lanzó a promover el sufragio universal y otras causas radicales.

El objetivo de organizar una petición a nivel nacional fue propuesto por primera vez por un grupo de artesanos en Londres, dirigido por William Lovett, un ebanista que era tan frío y cerebral como O'Connor era ardiente e impulsivo. En una reunión masiva en febrero de 1837 en el pub Crown and Anchor, Lovett presentó una lista de demandas que, de cumplirse, arrancarían el monopolio que ejercían las clases privilegiadas sobre el poder político.[7] Además del sufragio universal masculino, querían abolir el requisito de que los miembros del Parlamento tuvieran propiedades, ofrecer salarios a los elegidos y permitir que los ciudadanos votaran de manera anónima por sus representantes. No obstante, los artesanos londinenses eran en sí mismos una élite entre las clases trabajadoras, y Londres, con cuatrocientos oficios diferentes, era una comunidad demasiado dispersa para liderar la causa. Para que aquella petición estuviera a la altura de su ambición, era preciso recurrir a la ira que latía incesantemente en el norte industrial.

Esto es lo que intuyó Feargus O'Connor. Y se lanzó a promover lo que se conoció como la Carta del Pueblo. Tomó el control de la situación, hasta tal punto que Lovett se resintió de inmediato, escribiendo a O'Connor: «Llevas tu fama contigo en todas las ocasiones para hundir en la sombra todos los

demás asuntos: eres el gran "YO SOY" de la política, la gran imagen del radicalismo». [8]

Si O'Connor se veía a sí mismo como «una especie de rey sin corona de las clases trabajadoras», como dijo uno de los primeros historiadores del movimiento, [9] también fue porque era capaz de canalizar sus frustraciones. Conocía su amarga historia reciente. Siete años antes de la petición, en 1832, el Parlamento había aprobado una ley para ampliar el derecho a voto, pero la promesa de cambio creó esperanzas que luego fueron aplastadas («una medida tan popular que se quedó en nada tan pronto», escribió O'Connor). [10] El Proyecto de Ley de Reforma aprobado aún imponía fuertes limitaciones sobre quién tenía derecho a votar, manteniendo el privilegio en manos de los propietarios y la clase terrateniente. En una nación de 13 millones de habitantes, el proyecto de ley aumentó el electorado de alrededor de 400.000 a unas 653.000 personas, es decir, aproximadamente uno de cada seis hombres. En Irlanda, la brecha era aún más profunda: de 7,8 millones, solo 90.000 podían votar.

Y este Parlamento recién reformado, controlado por el supuestamente liberal partido *whig*, continuó ciego a las realidades de la gente trabajadora. En 1834, una nueva Ley de Pobres creó casas de trabajo para los desempleados, instituciones humillantes que afeitaban las cabezas de quienes entraban en ellas, separaban por la fuerza a las familias y luego pagaban los salarios más bajos posibles por el trabajo manual. Algunos preferían dejarse morir de hambre. Los sindicatos eran objeto de ataques, y algunos fueron declarados ilegales. En uno de los casos más infames, seis trabajadores agrícolas de Dorset fueron enviados a una colonia penal de Australia simplemente por prestar juramento a su sociedad agrícola local. [11] Cualquier esfuerzo por aligerar la vida de los trabajadores nunca pasaba siquiera de las puertas del Parlamento. Una campaña para limitar la jornada laboral a diez horas tampoco fue a ninguna parte.

Mientras tanto, la industrialización avanzaba a buen ritmo. Cada vez más tejedores se veían desplazados por telares mecanizados. Los lazos de la familia y la comunidad se desmoronaban a medida que las mujeres y los niños, muy demandados como mano de obra barata, entraban a trabajar en las fábricas textiles. En su estudio sobre Mánchester de este período, Friedrich Engels, quien posteriormente se convertiría en el colaborador de Karl Marx, dijo que sentía que estaba presenciando una forma lenta de «asesinato». Las condiciones de vida eran pésimas. La gente vivía hacinada, «hasta una docena de trabajadores en una sola habitación, de modo que por la noche el aire se vuelve tan viciado que casi se asfixian». [12] Pasaban sus días en viviendas húmedas y mal ventiladas que estaban rodeadas de montones de cadáveres de animales en descomposición y verduras podridas. «Son tratados como bestias salvajes y nunca tienen la oportunidad de disfrutar de una vida tranquila», escribió Engels. Incluso los esclavos y siervos parecían estar mejor, concluyó. Y en 1837 las cosas empeoraron aún más cuando una depresión transatlántica elevó el precio del grano y otros bienes de primera necesidad. La clase obrera tenía cada vez menos que perder.

La causa creció hasta finales del verano y principios de otoño de 1838, salpicada por reuniones masivas. [13] En agosto, una de estas reuniones, celebrada en Birmingham, atrajo a 200.000 personas. O'Connor siempre fue el orador más destacado y vestía invariablemente como un caballero: chaleco oscuro, pañuelo al cuello y sombrero de copa de ala ancha, aunque sus palabras iban dirigidas, como dijo una vez, a aquellos con «chaquetas de fustán, manos con ampollas y barbillas sin afeitar». [14] Acudían en masa. Una reunión, en septiembre, se celebró en Kersal Moor, una extensión verde a las afueras de Mánchester que desde hacía tiempo se había visto reducida a un color marrón polvoriento por la celebración semanal de carreras de caballos.

«A las doce en punto», informó un periódico, «la mitad del terreno estaba ya ocupado, y la inmensa multitud que se había congregado presentaba una apariencia verdaderamente horrible». [15] Los vendedores ofrecían sopa de guisantes y anguila en gelatina, patatas al horno y manitas de oveja. Había carritos de café y hombres que brindaban con jarras de cerveza de jengibre y vino caliente, mientras la ciudad era una silueta en la distancia: chimeneas cilíndricas, que arrojaban bocanadas de humo y se erguían hacia el cielo como tubos de órgano, alimentando una espesa nube negra que flotaba sobre ellas.

Durante los últimos meses de 1838, en ocasiones la violencia parecía estar apenas contenida. Había marchas nocturnas con antorchas para hombres y mujeres cuyo único tiempo libre era el que tenían después de la jornada laboral. Un observador de Northampton describió una escena de una de estas procesiones mientras se abría paso por las calles de la ciudad, pancartas en alto, «haciendo que los cielos resuenen con el estruendoso tronar de sus vítores». [16] Lo que vio le causó una impresión extraordinaria: «La tosca apariencia de miles de artesanos que no tuvieron tiempo al salir de la fábrica para pasar por su casa y [...] cuyos rostros estaban por tanto manchados de sudor y suciedad contribuía al extraño aspecto de la escena. Las procesiones tenían con frecuencia una inmensa extensión, a veces de hasta cincuenta mil personas; y a lo largo de toda la fila ardía una corriente de luz, iluminando el cielo elevado, como el reflejo de una gran ciudad en una conflagración general». A menudo, también se podían oír disparos de armas de fuego.

Por mucho que los encontrara emocionantes, O’Connor también temía estos estallidos de emotividad, pues le preocupaba que pudieran transformarse fácilmente en imprudencia y autodestrucción. Todo aquello tenía que canalizarse en algo constructivo, pues de otro modo, ¿hacia dónde iría tal energía? En diciembre, el Parlamento prohibió lo que los periódicos locales habían llamado manifestaciones «monstruosas». O’Connor declaró

que había llegado el momento de enfocar su ira y no dejar que se disipara en simples gritos. El objetivo era sumar tantos nombres como fuera posible a la petición. Las concentraciones masivas provocaron en la gente una sensación de fuerza, por lo que muchos no le veían el sentido a una campaña de petición tan ardua y laboriosa, pero O'Connor argumentó que este acto colectivo era radicalmente nuevo y que era su apuesta final. «Es lo último, lo definitivo», decía a una audiencia tras otra. «Para silenciarlos, es necesario que se enteren: que cada hombre, mujer y niño firme la Petición; desarmad a todos vuestros enemigos a la vez. Si se puede hacer con un simple trazo de pluma, vale la pena llevar a cabo el experimento». [17]

La ira que estaba alimentando el movimiento llevaba un tiempo intensificándose, pero en realidad era descontento sin ningún principio organizador. En 1838 había más de seiscientas asociaciones que se habían creado en respuesta al decepcionante Proyecto de Ley de Reforma o que se habían establecido más recientemente en apoyo a la Carta. [18] El propio O'Connor había estado alentando muchos de estos grupos en sus años fuera del Parlamento, como la Gran Unión del Norte, en cuya creación había participado activamente, una coalición de grupos radicales alrededor de los centros manufactureros de Birmingham y Mánchester. Sin embargo, solo entonces su causa estuvo lo suficientemente consolidada para merecer un nombre: el cartismo.

En sus memorias, John Bates, que había sido cartista en su juventud, recordó la sacudida provocada por la petición: «Había asociaciones en todo el país, pero existía una gran falta de cohesión [...] Los radicales carecían de unidad de objetivo y método, y había pocas esperanzas de lograr algo significativo. Sin embargo, cuando se redactó la Carta del Pueblo, que definía con claridad las demandas urgentes de las clases trabajadoras,

sentimos que teníamos un verdadero vínculo de unión; y así transformaron nuestras asociaciones radicales en centros cartistas locales». [19]

Para O'Connor, la petición era algo más que una demostración de agravio, una piedra para lanzar contra las ventanas de un Parlamento distante y desconectado. En su opinión, su verdadero valor residía en el trabajo físico real de reunir las firmas: la necesidad de ir de puerta en puerta, de convencer a los demás, de fijar con tinta la lealtad de cada uno a una causa. Esto uniría a facciones muy dispares de la clase obrera y les permitiría verse a sí mismos como una clase independiente. En abril de 1838 intentó explicar esto mismo en una reunión en Dewsbury, diciendo que lo más importante, lo que la Carta del Pueblo ayudaría realmente a lograr, era «una unión basada en principios que no solo permitirían a los radicales pensar de la misma forma, sino también ser conscientes de que realmente compartían las mismas ideas. Nada era tan necesario como que supieran cómo pensaban los demás, y con ese conocimiento casi podrían alcanzar cualquiera de los objetivos que se propusieran». [20] La petición les permitiría reconocerse mutuamente como portadores de la misma carga, como una comunidad de los excluidos.

Aun así, no tuvo un comienzo fácil. En la primavera de 1839, los delegados cartistas de todos los rincones del Reino Unido se reunieron en Londres para crear un cuerpo representativo, una convención nacional encargada de recopilar y entregar la petición terminada. Y, de inmediato, se encontraron con un problema inesperado. El número de firmas estaba muy lejos de los cientos de miles que esperaban. Ciertamente, no reflejaba las enormes multitudes que se habían unido a las manifestaciones. El problema era en parte logístico: tan solo había un limitado número de horas en un día para llegar a los obreros que trabajaban en las fábricas desde el amanecer hasta pasado el anochecer. En algunos casos, era la Renta Nacional, una pequeña donación destinada a apoyar la convención, lo que resultaba prohibitivo. [21] Además de esto, también existía una barrera mental. Este tipo

de impulso proactivo y agresivo por los derechos políticos plenos era nuevo, y en nada se parecía a las peticiones locales con las que la gente estaba familiarizada. «Es tal el estado de esclavización del condado de Gloucester que la gente no se atreve a firmar una petición», escribió un cartista después de tratar de reunir nombres del Bosque de Dean. Incluso en un condado como Warwickshire, un centro de activismo radical, se habían recogido menos de seis mil nombres de una población de setenta y siete mil. «No estoy a la altura de la tarea», escribió el abatido organizador local. «Ya no podemos decir que sea una "Petición Nacional". La suposición sobre la que nos basamos ha demostrado ser falsa». [22]

O'Connor fue nombrado enviado especial de la convención a persuadir a los reacios, y fue durante estos viajes en la primavera de 1839 cuando vio con sus propios ojos el propósito para el que servía la petición, lo que podía hacer por los trabajadores a pesar de sus dificultades actuales. Era un método con un coste casi nulo. «Allí donde haya una hoja de papel de medio centavo, una pluma y unas gotas de tinta, tienen los materiales necesarios para una petición», escribió un cartista. [23] El acto de recoger estos materiales inspiró solidaridad entre aquellos que trabajaban con reglas para dibujar las hojas a mano, iban de puerta en puerta para hacer campaña, se colaban en las fábricas o instalaban mesas en mercados concurridos para pedir firmas. Cuando un activista del cartismo tenía que defender su causa, estaba reforzando sus *propias* creencias, llevándose a sí mismo hacia un compromiso más profundo al tiempo que convencía a los demás. Y para el trabajador dubitativo que finalmente se decidía a firmar, aquello era como una promesa, la rúbrica de un contrato, un acto más oficial y solemne que casi cualquier otro en la vida de estas personas empobrecidas. La petición llegó en un momento en que una cultura transmitida en gran parte de manera oral se estaba volviendo cada vez más alfabetizada. La petición se encontraba en esta encrucijada. La mitad del trabajo era convencer a los vecinos, amigos y conciudadanos con palabras; la otra mitad era lograr que

firmaran con sus nombres. Y solo a través de su firma se sintieron por fin plenamente consagrados a la causa.

Según el experto en cartismo Malcolm Chase, la recogida de firmas fue un «proceso educativo crucial para crear conciencia política». [24] De la misma manera que las cartas de Peiresc habían abierto nuevos canales de conversación y pensamiento para sus corresponsales, la petición fue como unos golpes en la puerta de mucha gente, pero también hizo algo más: además de sacar a la superficie nuevas ideas y sentimientos, también proporcionó un objetivo unitario, una forma de que toda aquella palabrería adquiriese un sentido claro. En su autobiografía, William Lovett, el ebanista londinense que había imaginado la petición por primera vez, la describió como «el medio más eficiente para crear, guiar y determinar la opinión pública». Cuanto más se involucraban en ella, y cuantas más firmas reunían, más se identificaban como una clase con derechos establecidos. El hecho de añadir su nombre a una petición era, en cierto modo, igual que votar, el único tipo de votación que se le permitía a la clase trabajadora. «Las peticiones exponen el cartismo a plena luz del día», observó O'Connor, «y nos sitúan abiertamente ante la mirada de los hasta ahora ciegos a la causa». [25]

Las comunidades se constituyeron en torno a esta actividad, que les daba forma y propósito. En una ciudad como Kidderminster, no lejos de Birmingham, cuando los trabajadores locales se enteraron de la existencia de la petición, establecieron lo que llamaron un «comité provisional» para organizar una «reunión preliminar de las clases trabajadoras». [26] Allí leyeron la petición en voz alta y luego celebraron otra reunión para adoptarla formalmente, y el grupo de los 150 firmantes iniciales de la petición comenzaron a llamarse a sí mismos Asociación de Trabajadores de Kidderminster. Cada miembro se comprometió a reunir todas las firmas que pudiese, y durante las siguientes ocho semanas lograron reunir unas dos mil quinientas.

Toda una cultura surgió de este acto crucial e íntimo llevado a cabo por cada persona de forma individual. Cuando la Carta comenzaba a tener problemas por falta de nombres, se formaban aún más asociaciones y grupos de petición de voto. Debido a que los cartistas concibieron esta petición como una expresión de la voluntad de «la gente» en general, también hizo espacio para las mujeres y los niños, que hasta ese momento estaban excluidos de esta clase de actividad política. Anteriormente, las peticiones a menor escala habían prohibido explícitamente a las mujeres, y lo que estaba pasando en aquel momento suponía un cambio sin precedentes. «En todos los sitios en los que he estado hay mujeres interesadas en firmar. De hecho, demuestran aún más interés que los hombres», dijo un activista a una multitud en la región de los Midlands. [27] Y no se conformaron con firmar, ya que comenzaron a crear sus propios comités y atrajeron a sus amigas y vecinas, a pesar de que cualquier nueva reforma electoral estaba destinada a aplicarse solo a los hombres. De los 1,2 millones de nombres que finalmente se recopilaron, se ha estimado que unos 200.000 fueron de mujeres trabajadoras. [28]

Los periódicos cartistas recién fundados informaron puntualmente sobre este esfuerzo masivo, pero ninguna publicación fue más importante que el *Northern Star*, periódico creado por el propio O'Connor. Fundado en 1837, con oficinas centrales en Leeds, se había convertido en un solo año en el más leído de Gran Bretaña, superando incluso a *The Times,* con una tirada semanal que alcanzaba los cincuenta mil ejemplares. Además de ensalzar a O'Connor, quien escribía una columna regular llena de chistes y poesía irlandesa, y cuyo perfil apareció en el quinto número en un grabado en acero destinado a ser recortado y colgado en las casas de simpatizantes cartistas, el periódico informaba en detalle sobre los acontecimientos en cada enclave cartista, enumerando los recuentos de firmas recogidas, estableciendo objetivos y creando una sensación de impulso colectivo.

En la primavera de 1839, la convención en Londres comenzó a publicar informes más positivos.[29] En Glasgow se recogieron veinte mil firmas en cuatro días. Y en la ciudad de Hayle, en Cornualles, los representantes cartistas vieron cómo muchas personas esperaban en la fila hasta las diez de la noche para firmar. «Hay más sentimiento político en este país del que posiblemente ha existido nunca en cualquier otra nación del mundo», declaró un editorial de un periódico radical. «Da la impresión de que cada hombre se ha convertido en un político».[30]

Las risotadas en el Parlamento, como no podía haber sido de otra manera, fueron el preludio al rechazo de la petición. El 12 de julio, un mes después de que fuera presentada en su totalidad, se convocó una votación sobre si la petición debía ser considerada. El debate sobre esta cuestión duró apenas unas pocas horas y, con la excepción de los discursos de un puñado de apasionados miembros radicales, fue en gran medida desdeñoso. Los cartistas presenciaron abatidos desde la galería cómo una abrumadora mayoría votaba en contra de debatir siquiera la petición, 235 a 46.

Y luego vino la represión. «Dado que el objetivo de los cartistas es golpearnos en la cabeza y robarnos nuestra propiedad», comentó un influyente miembro del partido *whig*, lord Broughton, conversando con el entonces primer ministro, «al menos podemos enfrentarnos a tal catástrofe planteando una buena resistencia; podemos fracasar en el empeño, pero también podemos tener éxito».[31] Las armas y los soldados comenzaron a fluir por todo el país. Un cargamento de las Armerías Reales llegó, por ejemplo, a la pequeña ciudad de Leigh, en Lancashire, con 150 espadas, 300 fusiles de largo alcance, 300 pistolas y 6.000 piezas de munición.[32]

Incluso durante esas semanas de verano después de que la petición se presentara en el Parlamento, pero antes de la votación, había señales de hacia dónde se dirigían las cosas. El 4 de julio, unos pocos cientos de

cartistas se congregaron alrededor de la Bull Ring, una plaza ubicada en el centro de Birmingham y presidida por una estatua de bronce del vicealmirante Horatio Nelson, con una mano apoyada en un ancla gigante y la otra metida en su chaleco. Había pancartas y banderas, incluyendo una con una calavera y unas tibias cruzadas. [33] Y luego, de repente, se produjo el caos. Sesenta oficiales de la Policía Metropolitana de Londres, empuñando porras y dirigidos por el alcalde a caballo, fueron enviados por el Ministerio del Interior con autorización para arrestar a cualquier cartista que fuese sorprendido arengando a una multitud. Durante media hora, hasta que una unidad militar local, la Cuarta Guardia Real de Dragones Irlandeses, llegó y tomó el control, los cartistas lanzaron piedras y fueron golpeados sangrientamente. Tres policías fueron apuñalados. Y al final de la noche, ochenta cartistas habían sido arrestados, obligados a vaciar sus bolsillos de piedras y conducidos hasta la cárcel.

Los líderes del movimiento fueron arrestados a continuación, incluido William Lovett, que fue acusado de sedición por escribir, a raíz del incidente de Bull Ring, que «no habrá seguridad para la vida, la libertad o la propiedad, hasta que el pueblo tenga cierto control sobre las leyes que está llamado a obedecer». [34] Pasaría el siguiente año en la cárcel.

¿Qué ocurriría ahora? El propio O'Connor se encontraba en York acusado de difamación por una columna que había escrito. En su ausencia, no había nadie que hablara en favor del uso de la «fuerza moral», y las voces de los cartistas más militantes tomaron el relevo. Siempre había habido, entre los líderes de la clase obrera, hombres impacientes por aprovechar los instintos más salvajes del movimiento. Un comité que se reunió en Birmingham después del fracaso de la petición decidió convocar una huelga general de un mes en la que cada hombre y mujer, en cada fábrica y taller, se abstuviera de trabajar. Iba a comenzar en unas pocas semanas, el 12 de agosto.

O’Connor estaba horrorizado. Una huelga no era una mala táctica, pero sabía que podía acabar en desastre a menos que los cientos de comunidades cartistas actuaran de manera coordinada, con la misma voluntad y método que habían reunido para la Carta. No era ningún misterio cómo lo percibirían las autoridades. Como dijo *The Scotsman*: los cartistas, «si no están directamente locos, ciertamente están bajo la influencia de la malignidad más diabólica, y están siguiendo un curso que está más allá de toda duda posible destinado a conducir a la insurrección y la anarquía». [35] Y en el caso de que la huelga fracasara, quedarían privados de la poca influencia que les quedase. «Si son derrotados, estarán perdidos para siempre», resumió O’Connor. [36]

Como muestra de su poder sobre el nuevo movimiento, O’Connor logró reducir significativamente la duración de la huelga, proponiendo en su lugar que durase tres días, una perspectiva mucho menos amenazadora. Cuando finalmente tuvo lugar, a mediados de agosto, se llevó a acabo de una manera tan dispersa que su impacto real fue muy escaso, tal como O’Connor había temido.

Con la transición del verano al otoño de 1839, el movimiento colapsó entre la incertidumbre y la descomposición. Una vez se había hablado del cartismo como «un simple vapor en las nubes», escribió O’Connor. Y ahora temía que volviera a este estado gaseoso y difuso. El movimiento quedaría «limitado a los debates locales y al poder regional, lo que sería preciso evitar a toda costa porque nada es tan necesario como que todas las corrientes de la opinión pública se armonicen y mezclen para alentar ahora una marea abrumadora contra los enemigos del pueblo». [37] Tan solo la petición había logrado hasta ahora algo parecido a esto.

Las autoridades intentarían más tarde culpar a O’Connor de toda la violencia posterior, convencidas de que el gran «YO SOY» era sin duda la

fuerza motriz que se ocultaba detrás de cada trama. Sin embargo, cualquiera podía ver que en realidad era el resultado del vacío provocado por el fracaso de la petición, de unas manos ahora inquietas y sin ningún objetivo claro.

En las primeras horas del 4 de noviembre, la lluvia azotaba a los cartistas que se habían reunido en las colinas que dominan Newport, el centro industrial del sur de Gales. Había unos pocos miles, en su mayoría mineros de carbón y trabajadores del hierro de las ciudades circundantes del valle como Nantyglo, Pontypool, Blackwood, Newbridge y Risca.[38] En sus bolsillos, llevaban tarjetas caseras que registraban su número y división en el harapiento ejército. Durante semanas habían estado soñando con un ataque a Newport que podría aislarlo de Londres y encender otras revueltas en todo el país. El clima hacía difícil la comunicación, y el grupo más grande, de unos cinco mil hombres, había permanecido helado y calado hasta los huesos la mayor parte de la noche frente al Welsh Oak, un pequeño pub del pueblo, pasando bebidas y disparando nerviosos y ocasionales tiros de pistola. Ya había amanecido cuando su líder, un comerciante de lino de cincuenta y cinco años llamado John Frost, exalcalde de Newport convertido en militante cartista, hizo que comenzaran a desfilar en formación militar, asediando la ciudad desde el oeste. Aquellos que los vieron desfilar a través de las colinas se asustaron por la rabia finalmente liberada. «Llegaron como una masa aterradora de hombres, muchos de ellos medio borrachos, gritando, maldiciendo y agitando grandes garrotes», escribió un testigo recordando lo que vio de niño mientras se escondía detrás de su padre, quien estaba protegiendo a su familia con un trabuco de empuñadura de madera.[39]

El entonces alcalde de Newport, al enterarse al amanecer de la llegada de hombres armados, arrestó preventivamente a algunos cartistas locales y los retuvo en el Hotel Westgate, convertido en su cuartel general, fortificado por la presencia de treinta y un soldados de infantería del Cuadragésimo Quinto Regimiento, estacionado cerca del lugar. Se encerraron y esperaron,

escuchando el terrible sonido de los cartistas rompiendo ventanas con las culatas de sus armas y cantando a voz en grito mientras se abrían paso por la ciudad. Cuando llegaron al hotel, exigieron la liberación de los prisioneros y la rendición del alcalde. Más hombres bajaban hacia la plaza frente al hotel y se abrían paso hacia el vestíbulo. A medida que los cuerpos se iban juntando unos con otros, una masa de picas se movía arriba y abajo con creciente frenesí, y de repente sonó el primer disparo en el aire.

Desde el hotel, los soldados tenían una buena vista de la calle y de la multitud armada, y comenzaron a disparar sus mosquetes por turno de dos en dos a través de un gran ventanal, retirándose luego a recargar sus armas mientras otros dos tomaban el relevo.[40] La gente cayó, gritando, y las tropas cartistas comenzaron a salir en estampida, chocando con sus propios camaradas en la retaguardia y dejando a su paso calles llenas de picas y armas. Los cartistas aún encarcelados en el hotel comenzaron a destrozar cada mueble que podían encontrar, llenos de rabia contra los soldados que acababan de disparar contra sus amigos. Los soldados de infantería abrieron entonces la puerta y descargaron sus armas sobre sus cautivos, el aire ahogado por un espeso humo gris.

La refriega duró unos veinte minutos. «Se produjo una escena terrible», escribió un agente especial que presenció todo desde dentro del hotel, «más terrible de lo que soy capaz de expresar: los gemidos de los moribundos, los gritos de los heridos, los rostros pálidos y fantasmales y los ojos inyectados en sangre de los muertos, además de las ventanas destrozadas y los pasillos con restos humanos hasta los tobillos».[41] Algunos de los heridos y los moribundos se arrastraban en busca de escondites donde guarecerse.

Los cartistas que habían atacado la ciudad, con sus armas ahora abandonadas, no dejaron de correr hasta llegar al campo. De los que se podían contar, hubo veintidós muertos y cincuenta heridos graves. El bolsillo de un joven caído contenía dos tarjetas. Una, con su rango en el levantamiento, que decía «N.º5 de la División H»; y la otra, la prueba hecha

jirones de su pertenencia a un grupo cartista local, la Asociación de Hombres Trabajadores de Aberdare. [42]

Durante el invierno de 1839, con la nación todavía recuperándose del Levantamiento de Newport, Thomas Carlyle, el ensayista e historiador escocés, publicó un panfleto titulado *Cartismo* en el que trataba de determinar, con cierta simpatía por la causa, el motivo de toda esta agitación de la clase obrera. La rebelión se había convertido en caos, y sin embargo deseaba encontrar, escribió, «una interpretación clara del pensamiento que en el fondo atormenta a estas almas salvajes desarticuladas, luchando allí, con alboroto incoherente, como tontas criaturas doloridas, incapaces de expresar lo que hay en ellas». [43]

La gran virtud de la petición había sido hacer que la clase obrera resultase coherente para sí misma, y también para las clases altas y medias. La violencia había arruinado tal coherencia, haciendo que el cartismo pareciera, en efecto, «desarticulado», y permitió que sus muchos críticos entre la élite política y empresarial lo desdeñaran como un movimiento desenfocado y desesperadamente furioso. «Se consideran a sí mismos como las masas, pero no son más que polvo en un torbellino», publicó el *London Examiner.* [44]

O'Connor estaba desolado por lo que había sucedido en Newport. El mismo día en que los cartistas galeses comenzaron a reunirse en las colinas con sus armas, acababa de regresar de una estancia de un mes en Irlanda. No está claro cuánto sabía sobre lo que iba a ocurrir, no más «que un extraterrestre», según insistió, pero es muy poco probable que hubiera apoyado la toma violenta de una sola ciudad. [45] O'Connor siempre había pensado que, tras el fracaso de la petición, el cartismo tenía que apoyarse en una campaña nacional, expandir su ambición y su alcance, no contraerse en facciones que se limitaran a cuchichear y almacenar armas. Durante sus viajes a Irlanda ese otoño, había estado tratando de establecer un sistema de clubes cartistas interconectados que ayudarían a elegir candidatos radicales

en las próximas elecciones generales al Parlamento. Los métodos constitucionales respaldados por duras palabras aún le parecían el camino más claro.

Lo que los cartistas necesitaban era un nuevo objetivo nacional, volver a poner en el camino correcto a todos los activistas y comunidades que parecían estar fuera de control en los últimos meses. Y O'Connor se dio cuenta de que la crisis le presentaba una oportunidad: su objetivo podría ser salvar la vida de John Frost.

El líder del levantamiento de Newport había huido del lugar con lágrimas en los ojos. Se escondió durante un día en un camión de carbón, pero fue arrestado cuando al caer la noche salió del camión mojado y cansado y corrió a refugiarse en la casa de un impresor simpatizante con el cartismo, para cambiarse de ropa y comer algo. Sus dos colaboradores pronto fueron capturados también: William Jones, un actor ambulante, escondido en el bosque aferrado a una pistola, y, unas semanas más tarde, Zephaniah Williams, un posadero librepensador, detenido en Cardiff con una bolsa de monedas de oro a bordo de un barco con destino a Portugal. El gobierno pidió un juicio rápido. Y así Jones, Williams y Frost se encontraron el último día de 1839 en un tribunal en Monmouth, donde fueron juzgados por el poco común cargo de alta traición: nadie había sido juzgado y castigado por tal crimen desde 1820. [46]

En las semanas previas al juicio, O'Connor se lanzó a recaudar dinero para la defensa legal de los acusados. Después de todo, esto era lo que mejor sabía hacer frente a diferentes audiencias cada noche, durante sus viajes de ciudad en ciudad. Incluso dispuso que los beneficios de la edición del 21 de diciembre del *Northern Star* fueran cedidos al equipo legal de Frost. Era un momento tenso, pues muchos cartistas asumían que una condena acabaría provocando una revuelta armada total a nivel nacional. Se

extendió el rumor de que el *Northern Star* se imprimiría en tinta roja como señal para que comenzara la revolución, pero O'Connor no tenía intención de hacer tal cosa. En la edición del 4 de enero, mientras asistía personalmente al juicio sentado en la sala del tribunal, el *Star* publicó en un editorial que cualquier incitación a la violencia sería «desacertada en extremo, y debe ser cuidadosamente sofocada en todas partes. El tiempo de los gritos y los insultos ya ha pasado». [47]

Tras una semana de audiencias en las que se escrutó minuciosamente el rostro de Frost en busca de la más mínima contracción o mueca, el jurado deliberó durante menos de media hora. Los tres hombres fueron declarados culpables. «Fue entonces cuando su semblante cambió por primera vez», informó *The Observer* sobre el comportamiento de Frost. «Su gran agitación interna se vio traicionada por el movimiento convulso de sus labios, y cuando las palabras fatales resonaron en la Corte, se hundió de nuevo en el banquillo abrumado por el dolor». [48] Luego vino el castigo. La muerte por sí sola era claramente una sentencia demasiado ligera. El juez leyó los detalles de la sentencia una semana después: «Usted, John Frost, y usted, Zephaniah Williams, y usted, William Jones, serán llevados al lugar de donde vinieron, y serán arrastrados desde allí hasta el lugar de la ejecución, y a cada uno de ustedes se le colgará del cuello hasta que muera, y después la cabeza de cada uno de ustedes será separada de su cuerpo, y el cuerpo de cada uno, dividido en cuatro cuartos, será dispuesto como Su Majestad lo considere oportuno, y que Dios Todopoderoso tenga misericordia de sus almas». [49]

Los cartistas vieron así confirmados sus peores temores de pura impotencia. No había recurso para ellos, no había poder político que pudieran obtener, ningún voto que pudieran emitir. Incluso el dinero que habían contribuido a la defensa legal de Frost resultaba inútil. Muchos querían venganza. Sin embargo, O'Connor optó por recuperar un medio en el que había llegado a confiar, la mejor, tal vez única, manera de recordar a

los cartistas que eran cartistas, parte de un colectivo agraviado que debía ser escuchado: presentar una nueva petición.

Aunque la primera petición había fracasado, sin duda había dado forma al movimiento, haciéndolo crecer y definiendo su dirección. La respuesta emocional al destino de Frost, debidamente canalizada, podría inspirar un esfuerzo similar, aunque con el objetivo más concreto de conmutar una sentencia de muerte que el gobierno del partido *whig* estaba ansioso por ejecutar rápidamente. El tribunal decretó el castigo de los tres hombres el 16 de enero, e incluso con una apelación pendiente, parecía poco probable que pudieran salvarse. De puertas adentro, el gobierno tenía la intención de utilizar esta sensacional forma de ejecución para enviar un claro mensaje a la clase trabajadora. El miembro del gabinete lord Broughton registró en su diario que había unanimidad en este punto y que incluso el primer ministro, lord Melbourne, sentía que tales medidas «eran indispensables para evitar la anarquía». [50]

Esta vez, la recolección de firmas se produjo con gran rapidez y a una escala tremenda. La petición nacional había tardado semanas y meses en alcanzar una masa crítica, pero en ese segundo intento los cartistas estaban logrando sumar un número similar de partidarios en cuestión de días. [51] En Sunderland, se reunieron 17.000 nombres en tres días; en Oldham, 18.000 en solo dos; y en Birmingham, 30.000 en seis. Escocia resultó ser particularmente fructífera: los cartistas en Aberdeen, utilizando sus tácticas de petición puerta por puerta, obtuvieron 15.000 firmas; y en Edimburgo, se recogieron 5.000 firmas más en favor de Frost de las recabadas para la petición de 1839. Dundee también ofreció más de 20.000 firmas. Y en Paisley, donde el ayuntamiento tomó la iniciativa, se acumularon 14.784 firmas en el lapso de catorce horas.

Esto era una clara señal de que la petición estaba creando algo duradero, un movimiento capaz de responder con rapidez cuando era necesario. Durante el último año y medio, el caldo de cultivo que se había creado por primera vez en torno al trabajo en la petición, todas aquellas pequeñas asociaciones locales, parecía haberse vuelto autosuficiente. Había sociedades antialcohólicas, grupos que recaudaban dinero para funerales, clubes colectivos de lectura de periódicos, conferencias y fiestas al aire libre. El gesto de poner el nombre sobre el papel había creado un nuevo tipo de lealtad a un conjunto de valores y a aquellos que los compartían. Había canciones cartistas, reuniones de fin de semana y pícnics masivos. Muchos pubs se autoidentificaron como orgullosamente cartistas, y se podía encontrar una edición del *Northern Star* en cada mesa manchada de restos de cerveza. [52] Los cartistas decoraron sus casas con esos retratos de líderes cartistas que venían con ediciones especiales del *Northern Star*. Podían encargar productos cartistas en las tiendas cartistas: betún, tinta, textiles o una mezcla de maíz en polvo para el desayuno. Firmaban sus cartas «Tuyo en el cartismo» o «Tu hermano en la causa del derecho contra el poder». Los fanáticos comprometidos incluso llamaron a sus hijos Feargus, aunque no sin algunas repercusiones. Uno de estos niños, Feargus O'Connor Holmes, hijo de cardadores de lana de Keighley, pasó sus años escolares en un colegio en el que el director se refería a él como F, pues se negaba a pronunciar siquiera el nombre del activista radical. [53] Y cuando el pequeño Feargus O'Connor Mabbot fue bautizado, el vicario de Selby comentó a los padres con sarcasmo: «Supongo que lo que desean es que el niño acabe en la horca».

La prensa informaba con asombro sobre la enorme cantidad de firmas tan rápidamente reunidas por estas comunidades. Y, finalmente, se logró el objetivo. La horca ya estaba instalada fuera de la cárcel de Monmouth cuando el gobierno cedió de repente. Se rumoreaba que la razón fue la boda de la reina Victoria con el príncipe Alberto, que tenía lugar el 10 de febrero,

y que existía la preocupación de que toda esa pompa quedase en cierto modo afectada por los horribles informes de la decapitación y el descuartizamiento de los condenados. Sin embargo, la verdadera razón fue otra. La campaña de petición hizo imposible ignorar el hecho de que una enorme cantidad de gente se oponía a tal castigo. El recuerdo del Levantamiento de Newport todavía estaba fresco, por lo que parecía sensato prestar atención a la voluntad popular. En una carta al Parlamento a principios de febrero, un ministro del gobierno, lord Normanby, explicó su lógica a la reina y cómo «los acontecimientos que han tenido lugar desde sus juicios» habían hecho que fuera «aconsejable recomendar a Su Majestad que extienda la misericordia real a dichos prisioneros, y cambie su condena por el destierro». Serían finalmente exiliados. [54]

Un día después de su decisión, Frost, Jones y Williams fueron despertados en mitad de la noche y trasladados con sus cadenas a Portsmouth sin la oportunidad de despedirse de sus esposas e hijos. Unas semanas más tarde fueron embarcados en el *Mandarin*, un buque de convictos que se dirigía a la Tierra de Van Diemen, hoy conocida como Tasmania. Fueron condenados a pasar el resto de sus vidas allí en trabajos forzados. El barco se retrasó unos días, pues uno de los mástiles resultó dañado en el puerto durante una tormenta y hubo que hacer reparaciones. Un simpatizante logró subir a bordo disfrazado de misionero, y pudo ver a Frost encadenado en la bodega, con el rostro «pálido, demacrado y surcado de profundas arrugas». [55] No había forma de escapar de aquel viaje, pero era un destino mucho mejor que el castigo que el estado había tenido la intención de imponer.

Para O’Connor, el resultado fue un vigoroso espaldarazo. Aunque la victoria podría haber parecido pequeña para algunos, pues se cambió la ejecución por una vida de trabajo duro en una lejana tierra extranjera, para él era una clara validación de la petición como táctica, del poder que podía llegar a ejercer. No era poca cosa lograr alterar una decisión del gobierno, y

O’Connor consideró que aquel suponía el primer éxito real de los cartistas. Habían centrado su atención colectiva, evitado que se desintegrase como movimiento y emergido con nueva fuerza. Dorothy Thompson, una estudiosa del cartismo, consideraba la conmutación de la pena capital como un punto de inflexión, un acto que, al ser «el resultado de una presión constitucional pacífica», socavó la mayor amenaza y a la vez la mayor ventaja que tenían las autoridades, su «violencia fundamental». [56] O’Connor se apresuró a impulsar otra petición, para ganar un perdón real completo para los tres hombres. En mayo del año siguiente, 1841, los cartistas habían recogido casi 1,5 millones de firmas, superando el alcance de la Carta del Pueblo y casi obteniendo la aprobación (el voto decisivo del presidente de la Cámara rompió el empate, y la clemencia fue rechazada). [57]

Sin embargo, O’Connor no llegaría a presentar esa petición. Poco después de que el barco de Frost zarpara hacia la Tierra de Van Diemen, quinientos cartistas fueron encarcelados, incluida la mayoría de sus líderes. En marzo, O’Connor fue llevado a juicio nuevamente por difamación sediciosa. Se dijo que uno de sus discursos y un editorial del *Star* promovían la rebelión violenta. O’Connor, fiel a su carácter, convirtió la sala del tribunal en un escenario. «Me consolaré con la reflexión de que he contribuido a perfumar toda la atmósfera con un aroma, la esencia del cartismo», escribió después del juicio. [58] Su declaración, expuesta como si estuviera de pie ante una multitud de cientos de miles en Kersal Moor, duró casi cinco horas.

No había duda de que sería declarado culpable y sentenciado. En muchos sentidos, había estado esperando este momento, la estación final en su trayecto como único líder cartista. Por supuesto, según dijo a sus seguidores, era inocente de los cargos. Su persecución era una reacción injusta al Levantamiento de Newport, pero estaba dispuesto a aceptar su martirio. «Esta será mi última columna durante algún tiempo», escribió en el *Star* tras su sentencia en el mes de mayo. «Unas pocas horas después de

que hayan leído esto, seré encerrado en una mazmorra sombría, no por ningún mérito particular propio, sino como consecuencia de nuestra desunión. En estas circunstancias, supondrán que estoy a punto de regañarlos y reprenderlos; pero no, amigos y compañeros, el último destello de mi lámpara se dedicará a iluminarlos en el camino hacia la libertad». [59]

Pasaría dieciocho meses encerrado en el castillo de York, detrás del imponente muro de piedra y el foso que custodiaba el complejo construido originalmente por Guillermo el Conquistador. Su celda, aunque más espaciosa que las demás, era húmeda y oscura, y al principio fue tratado como cualquier otro prisionero, pese a ser una de las figuras políticas más conocidas del país: su único privilegio era el permiso para usar su propia ropa. Sin embargo, O'Connor, fiel a sí mismo, siempre el caballero influyente y persuasivo, pronto obtuvo también permiso para traer algunos de sus muebles, e incluso algunas aves exóticas enjauladas que le hicieron compañía. Tenía vino y su propia comida («Sus comidas, según tenemos entendido, proceden de una de las posadas de la ciudad», informó el *York Gazette*). [60] Incluso logró burlar la única prohibición explícita procedente del gobierno, y acabó escribiendo nuevamente su columna para el *Star*. También podía leer sus páginas, en ediciones que le hacían llegar semanalmente de contrabando, y lo que leía era gratificante: el cartismo, aunque lejos todavía de su objetivo, iba madurando en todos los sentidos deseados.

El futuro también parecía más brillante. En julio recibió la noticia de que una reunión de activistas de Mánchester había establecido la Asociación Nacional de la Carta. Habían creado lo que era, a efectos prácticos, el primer partido político de clase trabajadora de la historia. A partir de los grupos de votación, pequeñas células de activistas habían formado agrupaciones locales, con individuos que pagaban una suscripción trimestral de un centavo, lo que les otorgaba el derecho de elegir a sus líderes nacionales. Las cuotas recaudadas se repartían entre estos consejos

cartistas locales y la organización nacional. Esa era la visión de O'Connor de un movimiento con raíces locales, pero unificado en su objetivo a nivel nacional. El presidente fundador, un trabajador de una fábrica de Mánchester, fue el primer líder político en el Reino Unido de cualquier partido en ser elegido mediante el voto popular, a través de los votos de miembros individuales, y no en una humeante habitación trasera.

El propio O'Connor no viviría para ver el cumplimiento final de la misión cartista, quedaba aún mucho tiempo, pero sí presenció muchas más peticiones. En 1842, el movimiento intentó de nuevo reunir firmas para una Carta Nacional y se superó a sí mismo: obtuvo 3,3 millones, un tercio de la población adulta de Gran Bretaña. Con un peso de trescientos kilos, la petición, aún enrollada, no cabía por la puerta de la Cámara de los Comunes. El marco de la puerta fue desmontado, y aun así no fue suficiente, por lo que el rollo de hojas, de casi diez kilómetros de largo, tuvo que ser desplegado y apilado ante los asombrados ojos de los miembros.[61] William Lovett, que observaba desde la galería, dijo que parecía como si hubiese llovido papel. Acto seguido, la petición fue rechazada por 287 votos a 49. Incluso hubo una tercera petición, en el año revolucionario de 1848, que supuestamente reunió seis millones de firmas, aunque esta cifra fue disputada por la Cámara. Para entonces, O'Connor había regresado al Parlamento como miembro, solo para sucumbir precipitadamente a la bebida y la depresión. Murió en 1855.

Fue necesario esperar hasta la Ley de Reforma de 1867 para que se otorgara el derecho al voto a algunos hombres trabajadores, e incluso entonces no a todos, y luego hasta 1918 para que surgiera algo parecido al sufragio universal, incluyendo ahora sí a las mujeres. No obstante, aunque tardó mucho en lograrse, el impacto inmediato del cartismo fue convertir las peticiones en actos políticos, que unían a los firmantes y amplificaban su voz. La petición como concepto alcanzó su apogeo durante los años cartistas de lucha. De 1838 a 1848 hubo un promedio de 16.000 peticiones

en cada sesión del Parlamento, en comparación con las 4.498 que hubo en todo el período de cinco años que concluyó en 1815. [62] Solo en 1843 hubo 33.898 peticiones. Los miembros de ese nuevo electorado solicitaban, entre muchas otras cosas, la mejora de las condiciones laborales, la limitación del número de horas de la jornada laboral, la eliminación de los aranceles que elevaban el precio del grano y la abolición de la Ley de Pobres. Las peticiones los hicieron visibles.

3

Imaginación

Florencia, 1913

Más de seis mil espectadores se agolparon en el Teatro Verdi aquella noche, apretados como «sardinas en lata», según informó el *Corriere della Sera*, «un público impaciente y excitado», equipado con huevos, pasta seca y fruta podrida. [1] Odiaban lo que iban a escuchar, y lo sabían antes incluso de entrar en el gran recibidor. Los jóvenes que tomaron el escenario estaban en una gira interminable de incitación que había comenzado tres años antes, con noches como esa, una *serata,* con teatro de desprecio. El objetivo eran sus compatriotas italianos entre el público: por su forma de vida, su irresponsabilidad y pasividad, sus anticuadas costumbres, y su servil adoración al pasado, encarnada por su devoción a la propia Florencia, en la que los jóvenes escupían, afirmando que la ciudad era un cementerio únicamente apto para los muertos vivientes.

Entre los asistentes al teatro esa noche estaba Mina Loy, una artista británica de treinta años, que recientemente había tropezado, por accidente, con el apasionado círculo de estos hombres, los llamados futuristas. Solía llevar vestidos holgados y pendientes colgantes, su largo cabello negro en un moño deslavazado y una mirada perpetuamente ansiosa en su rostro. Mina había llegado a Florencia cinco años antes con un marido que desde

entonces la había abandonado con dos hijos. Su carrera como pintora, una vez prometedora —incluso había expuesto en el Salon d'Automne de París —, se estaba hundiendo poco a poco.[2] Era una época, le escribió a un amigo, «de una timidez escalofriante, de una incapacidad absoluta a la hora de encajar en la realidad».[3] Los artistas en el escenario —un escultor, un poeta, un pintor— no tenían ningún miedo de presentarse ante su público, declamando sus visiones radicales, leyendo manifiestos que rompían en pedazos todas las antiguas piedades. Observándolos, sintió lo que ella llamaría un «risorgimento»: una resurrección.[4]

Estaba desesperada por superar su bache creativo. ¿De qué otra manera se podría explicar que, solo unos meses antes, en el otoño de 1913, después de conocer a los futuristas más destacados en el Giubbe Rosse, un café en la Piazza della Repubblica, se viera de repente enredada emocionalmente con dos de ellos? Eran una especie de rivales, y ambos estaban presentes en el escenario aquella noche de diciembre. Uno era el maestro de ceremonias del movimiento, Filippo Tommaso Marinetti, quien se autodenominaba la «cafeína de Europa»,[5] que con su bigote de manillar y sombrero hongo parecía un villano de película muda a punto de atar a una mujer a las vías del tren. El otro era Giovanni Papini, el líder melancólico y serio de la facción florentina y editor de la revista literaria *Lacerba*, quien, debido a su permanente entrecejo fruncido, se refería a sí mismo duramente como el «hombre más feo de Italia».[6]

Mina observaba, asombrada, cómo se dirigían a su agitada audiencia. Ardengo Soffici, uno de los futuristas florentinos, describiría más tarde la escena vista desde el escenario. Parecía, escribió, como «un infierno. Incluso antes de que cualquiera de nosotros abriera la boca para hablar, la sala ya estaba hirviendo, agitada, resonando con voces salvajes, casi como una plaza llena de gente esperando ansiosa una ejecución».[7] Esta era la catarsis enfurecida que los futuristas habían esperado. Y mientras la coliflor y los trozos de pastel llovían sobre sus cabezas, leyeron sus manifiestos y

proclamaron sus visiones utópicas (o distópicas, según el oyente). Querían que sus ideas, ideas radicales, degradantes y aterradoras, despertaran al somnoliento pueblo italiano. Es difícil saber si el público percibió algo más que la impresión de un insulto a través de los abucheos ensordecedores, las trompetas de juguete y los cencerros, silbatos y llaves tintineantes, pero los futuristas perseveraron. Anhelaban una Italia moderna y juvenil, un nuevo tipo de italiano, uno que reflejara toda la emoción de las nuevas máquinas del siglo XX, que eran relucientes, metálicas, vibrantes y rápidas. Cuando Papini leyó su manifiesto en Florencia, ciudad que, según dijo, estaba «marcada por el pasado como por una enfermedad», el escenario ya estaba lleno de comida. «¡Arrojad ideas, no patatas, idiotas!», gritó Carlo Carrà, el pintor del grupo. [8]

A su pesar, Mina encontró el espectáculo estimulante. La velada acabó con una bombilla estrellándose contra el rostro de Marinetti mientras intentaba leer una declaración política y un hombre colgando de sus pies sobre el balcón. La policía, saltando al escenario porras en mano, puso fin al espectáculo. [9] Mina llegó a la conclusión de que, si aquellos intelectuales estaban volviendo loca a tanta gente, su arte debía ser del tipo que aplastaba las ilusiones. Mina escribió extasiada una carta a un amigo diciendo que la noche había resultado tan reparadora «como quince días a la orilla del mar». Los manifiestos de Marinetti y sus lugartenientes eran la ventana más clara a sus mentes y sus aspiraciones como movimiento. De naturaleza pública, los textos también funcionaban como un cuaderno de bocetos, un espacio imaginativo donde los individuos o facciones podían soñar en voz alta de forma muy elaborada.

Sin embargo, a pesar de lo liberadoras que pudiesen resultar aquellas ideas, aquel sabotaje del mitin y la tradición de arrojar comida, Mina también encontró algo inquietante en aquel lugar. La principal ambición de los participantes era provocar una guerra que esperaban que fuera tan devastadora que purificara el país y les permitiera comenzar desde cero. La

violencia de esa noche era parte del objetivo. El dolor y la sangre eran la forma más rápida de revitalizar a los hombres, y su única preocupación eran precisamente los hombres. Mina encontró desagradable el exacerbado machismo que inundaba sus escritos, pues atacaba la humanidad de las mujeres (una burla típica de Marinetti en una *serata*: «Ya estoy harto de la feminidad de la multitud y la debilidad de su virginidad colectiva»). El único papel real de las mujeres en su futuro idealizado parecía ser la procreación. [10]

Mina no podía negar que los futuristas estaban teniendo cierto efecto sobre ella: «A nivel personal, estoy rejuveneciendo mucho», escribió a una amiga, aunque reconoció que podía ser «la única mujer» a los que los futuristas habían engatusado. [11] ¿Había alguna manera de extraer todo lo vigorizante mientras pasaba por encima de lo que la degradaba y deshumanizaba? Marinetti había dado a luz el movimiento a través de sus manifiestos, y cada uno de los que siguieron añadía una nueva dimensión a la imagen colectiva, otro aliento en su existencia como movimiento. Si existía alguna posibilidad de canalizar sus impulsos violentos hacia una visión que pudiese incluirla a ella, que pudiera garantizar su propia salvación no solo como artista sino como mujer de su tiempo, sin duda era a través de la clase de textos que escuchó leer en la *serata.* Para entablar una conversación con ellos de igual a igual, Mina tendría que aprender a hablar el lenguaje de los manifiestos.

En 1909, Marinetti había retomado un medio de comunicación que había permanecido casi inactivo desde 1848, cuando Karl Marx y Friedrich Engels escribieron su *Manifiesto comunista*, y lo revivió de manera realmente espectacular. El manifiesto, con su tiempo verbal imperativo y futuro, concedía a su redactor, o más bien le exigía, la libertad de ejercer su imaginación radical: esto es lo que haremos y esto es lo que seremos. La

«Fundación y Manifiesto del Futurismo» de Marinetti, como él mismo llamó a ese documento original, fue algo más que una cuestión de expresión personal. Necesitaba la primera persona del plural. «Mis amigos y yo nos habíamos quedado despiertos toda la noche», comenzaba Marinetti. El formato le permitía hablar de manera directa e inmediata a toda una generación y hacer afirmaciones que iban mucho más allá de lo que aún podía lograr. «Tenemos la intención de exaltar la acción agresiva, el insomnio febril, el paso rápido del corredor, el salto mortal, el puñetazo y la bofetada», escribió. [12] El manifiesto era el medio perfecto para conjurarse. Si los cartistas lograron a partir de las peticiones la capacidad de cohesionarse como movimiento, los manifiestos proporcionaron a los futuristas un espacio para articular sus fantasías, siempre el primer paso para hacerlas realidad. Los manifiestos formaban parte de un proceso iterativo, cada uno de ellos instigando el siguiente, que a su vez se basaría en la audacia del anterior, ampliando y a veces corrigiendo la visión y el tono que iban determinando en conjunto.

Marinetti provocó una reacción en cadena. Su primer manifiesto atraería a algunos de los artistas y escritores jóvenes más brillantes y prometedores que por entonces trabajaban en Italia, quienes a su vez producirían docenas de manifiestos más en los siguientes dos años, cada uno articulando un aspecto distinto de los principios básicos del grupo. En febrero de 1910, poco después de la salva inicial de Marinetti, apareció el «Manifiesto de los pintores futuristas», firmado por cinco artistas, incluido Umberto Boccioni, creador de algunas de las obras futuristas más duraderas, en el que se exigía que los artistas escogiesen temas más relevantes. Al igual que los temas religiosos habían inspirado a los pintores en el pasado, «debemos inspirar los milagros tangibles de la vida contemporánea». [13] En otras palabras, el verdadero tema futurista del arte era la nueva tecnología (fábricas, trenes y aviones), que se debía tratar con el mismo tono reverencial que una vez estuvo reservado para el niño Jesús. Este manifiesto fue completado unos

meses más tarde con el «Manifiesto técnico de pintura futurista», que introdujo la idea de «dinamismo». Al igual que las emergentes obras cubistas, el arte debía capturar el movimiento en lugar de la quietud, la experiencia de abrirse camino a través de una ciudad bulliciosa. Y, a la manera futurista, los pintores establecieron algunos preceptos. «Exigimos la supresión total del desnudo en la pintura durante diez años», escribieron, no porque fuera inmoral, sino porque consideraban que era un tema muy manido al que se debía dar un descanso. [14]

Y así fue. Un manifiesto sobre escultura apuntaba a uno anterior sobre música, y otro más, sobre el estado de la arquitectura, aludía a los dos anteriores. Marinetti fue el catalizador, pero cada salto de la imaginación impulsaba el siguiente, con docenas de manifiestos aterrizando semana tras semana, cada uno empujando el estado de las cosas un poco más allá. Su tipografía sugería una conversación interna salvaje, mediante letras mayúsculas, palabras que ocupaban toda la página, tan desorientadora y estimulante como la experiencia de estar de pie en medio de un grupo de febriles oradores. El manifiesto original de Marinetti establecía la estructura y el patrón, una queja acompañada por una prescripción radical, pero la forma había adquirido una gran resonancia. La visión de cada manifiesto podría considerarse descabellada y casi imposible de imaginar (la música debería eliminar la «tiranía del ritmo», y se sugería una escultura en la que «la acera pueda escalar hacia su mesa»), [15] pero, como mínimo, había que seguir unos pasos para saber cómo aprovechar la modernidad. El arte era únicamente el objetivo inmediato de sus martillazos. Las grietas se extenderían por toda la sociedad, hasta la forma misma en que los italianos se veían a sí mismos y a sus destinos.

Esta voluntad de destrucción tenía raíces que eran tanto filosóficas como nacionalistas. Marinetti nació en Alejandría, Egipto, de un padre abogado que había esperado hacer su fortuna allí. El desarraigado joven creció en escuelas jesuitas, y desde muy joven escribió un flujo constante de poesía.

Más tarde, como estudiante en la Sorbona de París, se sintió atraído por las ideas de fin de siglo más populares y provocativas que circulaban entonces: la idea de Friedrich Nietzsche según la cual el mundo necesitaba superhombres que fueran «valientes, despreocupados, burlones y violentos» y que estuvieran constituidos de manera única para liderar, combinada con el anarquismo de Georges Sorel, que se basaba en el desdén de los compromisos y el incrementalismo de la democracia liberal.[16] Era una mezcla embriagadora y emocional, aceptada con fervor por muchos jóvenes de la época. Marinetti lo adornó todo con nociones operísticas de gloria y sacrificio. Como era de esperar, era un enamorado de Wagner, el grandioso compositor obsesionado con los mitos, que «agita el calor delirante en mi sangre, hasta las fibras más ocultas de mi propio ser».[17]

En 1905, Marinetti había comenzado a publicar una revista, *Poesia*, que imprimía en su propio apartamento en Via Senato en Milán. Cuando su padre murió dos años después, dejando a Marinetti una herencia que de repente lo convirtió en un hombre rico, fundó su propia editorial e incluso creó un premio literario con una recompensa de mil liras. Se convirtió en todo un empresario cultural, bien conocido por atraer a los escritores más vanguardistas y anarquistas, y por sus punzantes críticas al asfixiante conformismo de la burguesía. Cuando su obra de teatro *La donna è mobile* fue recibida con fuertes abucheos en su noche de estreno en Turín, a principios de 1909, Marinetti salió al escenario y agradeció al público la sonora pitada, que consideró «un gran honor». Aquella ira le satisfacía, ya que era una emoción que consideraba saludable para los italianos. Al día siguiente, el periódico local, *Il Lavoro*, emitió su veredicto sobre el extraño individuo con bombín que se había enfrentado a la multitud: «A ese hombre le falta un tornillo».[18]

Marinetti sentía que la propia Italia había decepcionado a su generación. Un estado-nación bastante reciente, pues por entonces solo tenía cincuenta años, que a sus ojos aún no había alcanzado la grandeza. Para los futuristas,

el país estaba dirigido por líderes impotentes y excesivamente cautelosos, demasiado serviles con el Papa y paralizados por una democracia parlamentaria que no proporcionaba unidad nacional ni un sentido de propósito a sus ciudadanos. Lo que Marinetti y su grupo buscaban era algo épico y rápido, una causa patriótica que pudiera sacar a Italia de su estupor. Tal como él lo veía, la aniquilación cultural era solo un preludio de la violencia real y sangrienta, el camino más rápido hacia el rejuvenecimiento. Marinetti empleaba palabras e imágenes que hoy en día resultan obscenas. «Glorificaremos la guerra, la única higiene posible para el mundo», escribió en su primer manifiesto. «Militarismo, patriotismo, el gesto destructivo de los portadores de libertad, las ideas hermosas por las que vale la pena morir y el desprecio por las mujeres». [19] Esta última parte no era una ocurrencia de última hora, sino un requisito previo para la creación de un nuevo hombre, que no se viese obstaculizado por lo que consideraba los efectos paralizantes de la feminidad.

Ese manifiesto inicial, que apareció en los periódicos de Bolonia, Nápoles y Verona, y posteriormente, como una bomba, en la portada del diario francés *Le Figaro* el 20 de febrero de 1909, era el intento de Marinetti de instigar la demolición para que pudiera surgir algo nuevo bajo los escombros. Los detalles sobre lo que sería ese algo todavía eran difusos. Aparte del incesante llamamiento a arrasar con todo («¡Destruiremos museos, bibliotecas, academias de todo tipo!», llegó a exclamar Marinetti), el énfasis estaba en la modernidad y la juventud. «El mayor de nosotros tiene treinta años», escribió Marinetti, entonces de treinta y dos años, «así que tenemos al menos una década para terminar nuestro trabajo. Cuando tengamos cuarenta años, otros hombres más jóvenes y fuertes probablemente nos arrojarán a la papelera como manuscritos inútiles, ¡y así queremos que suceda!». No obstante, los detalles se dejaron para manifiestos posteriores. Esa forma de comunicación estaba diseñada para traficar con anhelos. Los futuristas eran un grupo de artistas luchadores y,

como tales, no estaban en condiciones de imponer sus deseos más allá de su pequeño círculo. «Los manifiestos con frecuencia compensan en exceso la impotencia de la posición [de los escritores] con exageraciones teatrales, y su confianza a menudo es fingida, en vez de basarse en una autoridad real», escribió el crítico literario Martin Puchner. [20] Aun así, en la elaboración de estos textos, con sus visiones salvajes, los escritores de manifiestos llegan a creer en su propia capacidad de «crear puntos de no retorno, para hacer historia y para modelar el futuro».

El «Manifiesto contra la Venecia amante del pasado» de Marinetti fue un ejemplo perfecto de lo rimbombantes que podrían ser estos documentos. Lo publicó en 1910, subiendo con sus amigos a la cima de la torre del reloj sobre la Piazza San Marco y dejando caer miles de copias sobre los turistas cuando regresaban del Lido al atardecer. El odio de los futuristas hacia esta ciudad era furibundo. «Apresurémonos a llenar sus pequeños y apestosos canales con los fragmentos de sus palacios plagados de lepra y podredumbre», rezaba el manifiesto, superándose a sí mismo en cada frase. «Quememos las góndolas, mecedoras para cretinos, y luego elevemos al cielo la imponente geometría de los puentes de metal con obuses emplumados de humo, para abolir las líneas curvas de la vieja arquitectura». [21] Unos meses más tarde, Marinetti regresó a Venecia para una *serata* en el Teatro La Fenice, y esta vez fue aún más lejos, leyendo de otro manifiesto en el que llamaba prostitutas a los venecianos, afirmando que sus vidas solo valían para atender a los turistas como guías y camareros de hotel. Si no podían contribuir a la gloria del futuro de Italia, dijo a la multitud, «deberían arrojarse, uno encima del otro, como sacos de arena, para hacer un dique en los límites exteriores de la laguna, mientras preparamos una gran Venecia fuerte, industrial, comercial y militar en el Adriático, nuestro gran lago italiano». [22]

Estas abominables exaltaciones de fantasía y el tono beligerante encajaban dentro de los límites de los manifiestos, pero además también

absolvían a los futuristas de su responsabilidad. Podían exponer los pensamientos más brutales para afirmar a renglón seguido que eran solo arte, y de hecho los propios manifiestos continúan siendo el legado estético más característico de todo el movimiento. Sin embargo, también ponían aquellas ideas en circulación, y las palabras arrogantes alimentaban una sensación arrogante de que el mundo podría ser arrastrado, retorciéndose ensangrentado, hacia el futuro. Al ofrecer algunos consejos sobre «el arte de hacer manifiestos», Marinetti dijo que requerían «violencia y precisión». [23] Deben ser claros y accesibles, una serie explícita de pasos para llegar a futuros inverosímiles, pero también capaces, al mismo tiempo, de empujar e irritar a su audiencia, de conducirlos hacia un precipicio y lograr que se arrojen a él.

Mina no sabía a qué atenerse. Los futuristas habían encendido algo, una llama en su interior. Sin embargo, la misoginia del «superhombre rimbombante», como llamaba a Marinetti, no dejaba de incomodarla. Cuando ella se enfrentó a él por su «desprecio» de las mujeres, él afirmó que rechazaba categóricamente las categorías bíblicas de *femme fatale* y Madonna, y a los hombres que se relacionasen con ellas. Lo que le molestaba, según dijo, no eran las mujeres como individuos, sino el género femenino en general «como depósito divino del Amor». [24]

Mina no creyó una palabra. Había algo en la forma en que hacía malabares despreocupadamente con estas peligrosas creencias que sugería inmadurez, como los niños que se iban a dormir con soldados de juguete mientras se burlaban de las niñas. «Estoy en medio de una conversión al futurismo», le escribió a su amiga, «pero nunca me convenceré a mí misma. No hay esperanza en ningún sistema que *combat le mal avec le mal*, que luche contra el mal con el mal. Y esa es realmente la filosofía de Marinetti, aunque es una de las personalidades más atrayentes con las que jamás he

tenido contacto». [25] Más que atrayente, aparentemente irresistible, ya que en el otoño de 1913 Mina comenzó un juguetón romance con él, poco después de que se conocieran, en el que «su habilidad táctil estaba al nivel de la celeridad de su oratoria», según reveló en una novela en clave sobre su período en el entorno del movimiento, dándole a Marinetti el elaborado seudónimo Brontolivido y, lo más revelador, cambiando el nombre de «Futuristas» por el de «Flabbergasts» (algo así como «Asombrosos»). [26]

Llevaba cinco años en Florencia, un largo período en una vida que había sido peripatética desde que huyó de Inglaterra a los dieciocho años. Su padre era un inmigrante judío húngaro que trabajaba como sastre, y su madre era una inglesa de clase trabajadora que, avergonzada de la religión de su esposo, trató de ocultarla durante la mayor parte de su vida. Mina nació con el apellido Löwy, inequívocamente judío, que cambió a Loy al presentar sus pinturas por primera vez en París. Sus padres querían que tuviera un matrimonio respetable y elevara a la familia a la clase media. Esas eran todas las esperanzas que habían depositado en ella. Sin embargo, Mina tenía otros planes, y utilizó su pintura como una forma de distanciarse del ambiente sofocante de su casa, asistiendo a la escuela de arte, primero en Londres, luego en Múnich y finalmente en París, donde se vio atraída por una comunidad de artistas y pensadores excéntricos, incluida Gertrude Stein. En 1903, se casó con Stephen Haweis, un pintor y fotógrafo inglés, pero la relación se deshizo después de que el primer retoño de Mina, una niña, muriera de meningitis dos días después de su primer cumpleaños. Cada uno de ellos se buscó un amante, y ella quedó embarazada de nuevo, pero no de su esposo. Estaba abrumada por el dolor y una autocompasión atormentadora que se sentía, escribió, como «un terrible gólem de la fatalidad que destrozaba mis aspiraciones». [27]

Mina gustosamente se habría divorciado de Haweis, pero ese camino estaba vedado para ella. Su principal fuente de ingresos provenía de su padre, quien le hizo prometer que a cambio del dinero mantendría un

matrimonio estable. En 1907, la pareja se mudó a Florencia intentando revivir su relación, uniéndose a la comunidad de expatriados y a la escena artística que entonces florecía en la ciudad toscana. Al menos, allí el clima era cálido. Durante unos años se mantuvieron en un amargo punto muerto, e incluso tuvieron otro hijo juntos, pero a finales de 1912 Haweis decidió que ya no aguantaba más, y pronto se embarcó para Australia, dejando a Mina y a los dos niños en una gran villa en la vecindad de Costa San Giorgio, justo al otro lado del río Arno y del centro de la ciudad, luchando por encontrar una vez más su camino artístico.

Cuando conoció a Marinetti, quien tras la emocionante *serata* en el Teatro Verdi visitaba Florencia con frecuencia para verla a finales de 1913 y principios de 1914, comenzó a sentir el retorno de su energía creativa. Sin embargo, ya no era la pintura lo que la llamaba, sino los manifiestos. Ella también deseaba un medio que le permitiera reinventarse, y si estos hombres pudiesen ayudar a dar forma a su movimiento por medio de aquellas declaraciones, ¿por qué no debería ella participar también?

Durante parte de ese invierno, Marinetti realizó un viaje a Rusia para conocer a artistas intrigados por sus manifiestos y sus actos públicos, y finalmente acabó creando lo que se convertiría en el brazo ruso del futurismo (formado por pintores como Kazimir Malévich y poetas como Vladímir Mayakovski, algunos de los cuales pronto producirían su propio manifiesto de fundación: «Una bofetada en el rostro del gusto público»). Mina encontró una manera de continuar su lucha intelectual con Marinetti y con los elementos del futurismo que la repelían: ella misma también escribió un manifiesto, entrando en el imaginativo espacio que habían abierto los hombres. Fue una elección llamativa para alguien que siempre se había considerado a sí misma como una artista visual, pero su renacimiento también la estaba convirtiendo en escritora y poeta, y el manifiesto que redactó en enero de 1914 sería su primera publicación escrita, publicación

que poco después aparecería en Estados Unidos, en una pequeña revista, *Camera Work*, dirigida por el fotógrafo y promotor de arte Alfred Stieglitz.

Lo que más saltaba a la vista de los «Aforismos sobre el futurismo» de Mina es que era mucho más personal y autoafirmativo que otros manifiestos; en lugar de idear un «ellos» a los que despreciar (como en «*nosotros* apuntamos hacia el futuro, pero *ellos* están atrapados en el pasado»), Mina se dirigía a un «tú», que fácilmente podría concebirse como su propia conciencia o, tal vez, como una representación unitaria de las mujeres en general.[28] Había mucha menos «precisión» en esas líneas a veces crípticas, y ciertamente menos «violencia», pero intentaba usar los tropos del movimiento, el espíritu de los otros manifiestos, con un nuevo fin: la autoliberación. Aunque comenzaba con un tono que la alineaba con Marinetti —«MUERE en el pasado / Vive en el futuro»—, inmediatamente se movía hacia un registro más profundo. Estaba obsesionada con el problema de vivir de buena fe, confiar en los propios sentimientos y no verse obstaculizada por las convenciones sociales y culturales. Era un tema futurista, la ruptura de la cáscara para llegar a la yema de la verdadera experiencia, pero lo aplicaba de manera mucho más brusca a su propia existencia como mujer. «La VIDA solo está limitada por nuestros prejuicios», escribió. «Destruye esos prejuicios, y dejarás de estar a merced de ti mismo». El manifiesto exigía cambios, no de alguna fuerza externa sino de una interna, del «tú» al que se dirigía. Despejaba los «barbechos de la espacialidad mental» con el objetivo de abrir un «lugar para que seas lo bastante valiente y lo bastante hermoso como para obtenerlo del yo realizado. / A tu pesar, gritamos las obscenidades, gritamos las blasfemias, que tú, siendo débil, solo te atreves a susurrar en la oscuridad».

¿Quién era ese ser débil y susurrante al que se dirigía? Esa no era la voz colectiva y asertiva de los otros manifiestos. Mina, sin lugar a dudas, era una mujer que luchaba con preguntas que los hombres no se estaban haciendo a sí mismos, preguntas sobre si estaban mentalmente preparados

para ser nuevas personas en un mundo nuevo. Estaba sugiriendo un cambio, desde el espíritu aniquilador que quería destruir todas las superficies físicas, todas esas bibliotecas y museos condenados, hacia un ajuste de cuentas más psicológico, desmantelando actitudes y certezas pasadas. No podía desfilar junto a los futuristas para arrasar ciudades o demostrar su valía en la guerra, pero si la lucha pasaba a ser una lucha interna, una cuestión de conquistarse a sí mismo, esa era una batalla a la que sí podía unirse. Mina terminaba su manifiesto igual que lo comenzaba, con un llamamiento a «ACEPTAR la tremenda verdad del futurismo», una verdad que acababa de reinterpretar para sí misma a través de su propio manifiesto. «Dejando de lado todas esas / nimiedades».

Mina no fue la primera mujer en usar un manifiesto para tratar de abrirse camino en el movimiento. Valentine de Saint-Point fue una poeta y artista francesa situada en el centro mismo de la sociedad parisina de salones, modelo y musa del escultor Rodin y bailarina experimental, que a menudo aparecía con trajes extravagantes que incluían corpiños de cuentas de cuello alto y elaborados tocados de plumas de avestruz. Poco después del manifiesto inicial de Marinetti, escribió su «Manifiesto de la mujer futurista», que comenzaba respondiendo directamente a su «desprecio»: «La humanidad es mediocre. La mayoría de las mujeres no son ni superiores ni inferiores a la mayoría de los hombres. Todos son iguales. Todos merecen el mismo desprecio». [29] Rechazaba la noción de que la masculinidad y la feminidad residiesen exclusivamente en hombres y mujeres. Todos poseían ambas cualidades, y todos necesitaban más masculinidad. «Lo que más falta tanto en las mujeres como en los hombres es la virilidad. Por eso el futurismo, a pesar de todas sus exageraciones, tiene razón. Para restaurar algo de virilidad a nuestras razas, tan adormecidas en la feminidad, tenemos que entrenarlas para ser más viriles, incluso hasta el punto de alcanzar la animalidad bruta. Por ello, tenemos que imponer a todos, hombres y mujeres, que son igualmente débiles, un

nuevo dogma de energía para alcanzar un período de humanidad superior». El empujón que su manifiesto esperaba proporcionar al futurismo fue, al final, una afirmación de sus supuestos básicos y del camino marcado por Marinetti, y solo quería que se aplicara por igual a las mujeres: «que la mujer encuentre una vez más su crueldad y su violencia, que la hacen cebarse en los vencidos solo porque están vencidos, hasta el punto de mutilarlos».

Mina tomó un rumbo algo distinto. En su manifiesto eliminó los aspectos antiliberales y antihumanistas más preocupantes del futurismo. En cierto modo, intuyó lo que Marshall Berman, el historiador cultural, vería posteriormente como el peligro de una ideología que percibía la modernidad como una ola imparable y purificadora. «¿Qué pasa con todas las personas que son arrastradas por esas mareas?», preguntaba Berman. «Su experiencia no aparece por ningún lado en la imagen futurista. Parece que algunos tipos muy importantes de sentimiento humano están muriendo, incluso en una época en la que las máquinas están cobrando vida». [30] El manifiesto de Mina fue su intento de devolver el sentimiento humano al movimiento, a su objetivo, alejándolo del culto a la muerte y haciendo hincapié en todo lo que reafirmaba la vida de lo que decían los futuristas: lo que podría suponer para una mujer si se borraran las viejas convenciones sociales.

¿Acaso los «Aforismos sobre el futurismo» la convirtieron en futurista? En cierto modo, sí. Al escribir su propio manifiesto, había entrado en una conversación con los demás. No obstante, todavía tenía que lidiar con hombres dominantes que no alterarían fácilmente su pensamiento. Para ellos, la modernidad se lograría si se volvían más implacables, desmontando el mundo material que los rodeaba, y no, como ella había sugerido, replanteándose sus ideas preconcebidas y sus sistemas de valores.

Sin embargo, tenía más esperanzas sobre Papini, el intelectual florentino moderado y cohibido que ocupaba el centro del movimiento, y también

estaba fascinada por su rostro, que le permitió pintar en el invierno de 1914. «Su mata de cabello castaño claro y rizado se disparaba desde la enorme frente profundamente fruncida en una gran expresión de sorpresa», escribió en sus notas. [31] Su boca parecía pertenecer a «un chiquillo impertinente». El coqueteo entre ambos se produjo de forma mucho más silenciosa (y, en opinión de Mina, mucho más profunda) que su romance en curso con Marinetti. Una temprana autobiografía de Papini, *Un hombre acabado*, revelaba a un hombre prodigiosamente inteligente que, sin embargo, luchó por aceptar su propia «concreción», con las limitaciones de su clase y su extraño aspecto. [32] Mina reconoció en Papini su propio dilema. Ella también se sentía atrapada entre un impulso de grandeza y una frustración con su existencia vivida como mujer. Papini también parecía, en el fondo, mucho menos doctrinario que sus camaradas futuristas. Al igual que Mina, estaba más interesado en la forma en la que los manifiestos permitían lanzar nuevas proposiciones, exprimir y pellizcar la realidad, y menos en cómo podían producir directrices que hubiera que seguir. Desde la distancia, era posible escuchar solo gritos en los manifiestos, pero si se examinaban más de cerca y como un intercambio continuo, revelaban el funcionamiento de las ideas, el sentido de su proceso. Y era esta cualidad la que más atraía a Papini; tal y como escribió en el manifiesto de apertura de *Lacerba*, la revista que fundó en 1913, prefería «el boceto antes que la composición, la maceta antes que la estatua, el aforismo antes que el no perder». [33]

Mina vio en él un posible aliado. Sin embargo, Papini, cerebral, distante y envidioso del encanto y el control de Marinetti sobre el movimiento, la acabaría decepcionando tanto a nivel personal como ideológico. A pesar de toda su filosofía, Papini estaba tan obsesionado con Marinetti y era tan competitivo que se lanzó hacia los extremos, comportándose de forma tremendamente impetuosa, y a menudo de manera contraproducente. Justo cuando Mina comenzó una apasionada relación con él, Papini se retiró a París. En un poema que Mina escribiría más tarde, «Canciones a Joannes»,

Marinetti aparece como «un niño», mientras que Papini es «un asceta con aureola», pero demasiado preocupado por el otro hombre como para reconocer el amor.[34] En el preciso momento en que se fue, en marzo de 1914, Marinetti volvió a todo vapor, invitando a Mina a un viaje a Roma para la apertura de una galería de arte futurista que presentaría una de sus pinturas: un retrato del propio Marinetti. «Su proximidad era en cierto modo térmica», escribió sobre la dinamo bigotuda.[35] «En carne viva» por su «amor abortado» por Papini, Mina «sufrió la saludable sacudida de sentirse al mismo tiempo animada y defraudada». Estaba dispuesta a ceder a esa «vivacidad tan característica» de Marinetti.

En la galería, Mina se presentó como futurista por primera vez, mezclándose con los demás que bebían cada palabra de Marinetti. En un momento dado, la conversación se centró en Papini y un artículo reciente que había escrito para *Lacerba*, uno que Mina trataba de fingir que no existía. Era un ataque violento, casi homicida, contra las mujeres, que no podía reconciliar con el hombre del que había comenzado a enamorarse. Titulado «La masacre de las mujeres», el artículo era claramente un desesperado intento de Papini de superar a Marinetti: «Las mujeres deben desaparecer. Es inútil, amigos futuristas, predicar el desprecio por las mujeres si luego continuamos viviendo junto a ellas. Si se vive en su compañía, difícilmente se puede evitar amarlas; y al amarlas, difícilmente se puede evitar servirlas; y al servirlas, somos unos cobardes, pues estamos traicionando nuestro verdadero destino».[36]

De pie ante sus acólitos en Roma, Marinetti no desperdició la oportunidad para atacar públicamente a Papini (de quien sospechaba que ya estaba compitiendo por los afectos de Mina). La fealdad del otro hombre, declaró Marinetti, era tal que «me produce una reacción física solo sentarme con él en la misma habitación».[37] Posteriormente, tal vez pensando en Mina, abordó el tema del artículo. «Una mujer», dijo Marinetti, «es un animal maravilloso, y cuando hablo por escrito de

cualquier parte de su cuerpo lo hago desde el más puro aprecio». [38] Afirmó que adoraba a las mujeres. ¿Por qué debería poder describir todo lo que le daba placer, excepto sobre «una vagina, que me da infinitamente más», dijo, para sorpresa de los presentes? «Sin duda es una palabra muy hermosa».

Mina no pudo evitar quedar impresionada por lo poco que Marinetti se preocupaba por las convenciones o la corrección en ese momento. En su propio manifiesto, Mina trató obsesivamente de que este tipo de «obscenidades» fueran gritadas y no susurradas, y eso es lo que Marinetti estaba haciendo. «Había dicho una palabra: claramente, sin tapujos; y había derribado las barreras de la prudencia», escribió más tarde, examinando los acontecimientos de aquella tarde. «Tales toques primordiales de simplicidad podrían redirigir el universo», y tal vez también los propios objetivos del futurismo. Sin embargo, una vez más, también había reducido crudamente a las mujeres a las partes de su cuerpo, a su capacidad para satisfacer sus propios deseos. No había ninguna razón verdadera para pensar que los superhombres le concederían el más mínimo espacio.

Y entonces, de repente, durante el verano de 1914, el trabajo de definir el verdadero objetivo del futurismo pasó a ser algo innecesario, pues estalló la guerra, una guerra de verdad. El derramamiento de sangre había aparecido en los manifiestos futuristas desde el principio, y si la guerra llegaba se acercarían a ella «cantando y bailando», según escribió Marinetti. [39] La guerra ofrecía una oportunidad para la renovación, para la regeneración, para el tipo de caos en el que los hombres podrían ponerse a prueba y alcanzar la gloria; en definitiva, para realizar una «transición apocalíptica», como la describió un manifiesto. [40] La sangre se invocaba tan a menudo que apenas parecía referirse a lo que realmente fluye a través de los cuerpos humanos. En 1913, Papini escribió, sin el más mínimo atisbo de ironía, que «la sangre es el vino de los pueblos fuertes; la sangre es el aceite para los

engranajes de esta enorme máquina que está volando del pasado al futuro, porque el futuro se convierte rápidamente en el pasado. Sin el sacrificio de muchos hombres, la humanidad retrocederá; sin un holocausto de vidas, la muerte nos derrotará». [41]

Cuando ese mes de agosto estalló una guerra que acabaría afectando a toda Europa, desde Francia hasta Rusia, los futuristas sintieron que la historia había hecho por fin acto de presencia. Lo abstracto se volvió real, y su persistente defensa del poder redentor de la guerra los convirtió de la noche a la mañana en los principales adalides de la intervención de Italia. Se publicaron más manifiestos, y se abandonó definitivamente la pretensión de ser una simple manifestación artística. «Solo la guerra sabe rejuvenecer, acelerar y agudizar la inteligencia humana, alegrar y airear los nervios, liberarnos del peso de las cargas diarias, dar sabor a la vida y talento a los imbéciles», escribió Marinetti en un manifiesto dirigido a los estudiantes unos meses después del estallido del conflicto. [42]

Los futuristas deseaban la guerra por la guerra en sí misma, por lo que lo principal era involucrarse en ella, sin que importase mucho a qué bando apoyaran. El gobierno italiano, actuando exactamente como temían los futuristas, se declaró neutral, sin unirse a Alemania y Austria (sus aliados desde 1882) ni oponerse a ellos. Para los futuristas, y todos los fervientes nacionalistas, la elección fue más simple, porque durante mucho tiempo habían tratado de arrancar las ciudades de habla italiana de Trento y Trieste del Imperio Austrohúngaro. La quema de banderas austríacas era una característica regular de los mítines futuristas. Marinetti y sus amigos querían respaldar a la entente, liderada por Francia e Inglaterra, y tomar por la fuerza la tierra que les pertenecía. A sus ojos, la postura del gobierno italiano sobre este asunto era una señal más de la decadencia del orden liberal.

Había otras razones por las que Francia les resultaba atractiva. Como sede de la *avant-garde*, fue donde se imprimió el manifiesto original de

Marinetti en una portada. El país parecía más preparado para hacer frente a los trastornos de la modernidad. En opinión de Papini, supuso la elección del «vino tonificante frente a la indigesta cerveza». [43] En una nueva especie de manifiesto, «Síntesis futurista de la guerra», que también servía como cartel publicitario, el argumento a favor de la entente se presentaba como una comparación entre sustantivos separados por un signo gigante de «mayor que» que enfrentaba el futuro con el pasado. [44] Por un lado, estaban las potencias centrales, Alemania («timidez», «crudeza» y «pesadez») y Austria («idiotez» e «inmundicia»). Y por el otro, Francia («inteligencia», «coraje», «rapidez», «elegancia» y «explosividad»), junto con Inglaterra («espíritu práctico» y «sentido del deber»). Era un manifiesto de formato esquemático, evidencia de que toda la creatividad que el medio había abierto, tan atractiva para Mina, se estaba agotando. Ese manifiesto era la representación más o menos literal de una flecha apuntando en una dirección.

El estallido de la guerra sorprendió a Mina veraneando con los niños en Vallombrosa, un pueblo en las montañas al este de Florencia, hogar de un monasterio convertido en hotel y rodeado por un bosque de altos pinos. Estaba molesta por la ausencia de noticias desde el frente (la prensa italiana sufría la censura) y la complacencia general y la falta de interés entre los expatriados y los italianos ricos que tomaban el sol a su alrededor. La guerra, en su opinión, terminaría con rapidez, y no había razón para pensar que se verían afectados en absoluto. Entre los poemas que comenzó a escribir en ese momento había uno que reflejaba perfectamente aquella atmósfera: «Mientras, junto al hotel / las vacuas matronas italianas / debaten sobre el mejor uso de la ropa de cama / entre el pinchazo regular de las agujas». [45] Mina pasaba la mayoría de los días caminando por el bosque, vestida aún estilosamente, con espectaculares capas de lana, largos collares de cuentas y sombreros de gran tamaño adornados con flores y plumas, esperando ansiosamente el correo y las noticias de Marinetti o Papini.

Sus relaciones amorosas parecían haber precipitado un conflicto abierto entre los dos líderes futuristas. Plenamente conscientes de que eran rivales, llegaron a odiarse, y Papini se sirvió de las páginas de *Lacerba* para denunciar a Marinetti como una fuerza autoritaria que había perjudicado el movimiento. Tras su viaje a Roma con Mina en marzo, Marinetti había estado constantemente de gira. Había pasado unas semanas en Londres, presentando su largo poema *Zang Tumb Tuuum,* una epopeya bélica compuesta en un estilo que llamó «palabras en libertad», que, como había explicado en un manifiesto reciente, renunciaba a la sintaxis, la gramática y la puntuación («Estos pesos espesores ruidos huele torbellinos moleculares cadenas redes corredores de analogías rivalidades y sincronismos»). [46] Papini también estuvo lejos de Florencia durante la mayor parte de la primera mitad de 1914. Cuando Mina coincidió con él brevemente, se comportó de manera distante y parecía obsesionado con Marinetti, como si estuviese poniendo a prueba sus lealtades.

Cuando estalló la guerra, la brecha entre ambos pareció cerrarse ligeramente. Todos aquellos pensadores, fuesen cuales fuesen sus ligeras discrepancias políticas y artísticas, estaban firmemente del lado de la intervención y obsesionados con el desafío de llevarla a cabo. Por ello, la guerra redujo sus pequeñas diferencias e incluso, por un tiempo, algunos de los enfrentamientos personales.

A Mina la guerra también le resultó emocionante y estimulante durante sus primeros meses, como una profecía cumplida, pues le permitió, si no ignorar la misoginia del futurismo, al menos dejarse llevar por la intensidad del conflicto que se acercaba. Comenzó incluso a fantasear con ir al frente para ver la batalla de cerca. Marinetti, según pudo saber, estaba ocupado organizando en secreto una legión de voluntarios para luchar junto a los franceses hasta que Italia abandonase su neutralidad. Estaba tan ansioso por experimentar el combate que estaba dispuesto, escribió a un amigo, a ofrecerse «como voluntario, o como una simple bala de cañón para ser

colocado en un enorme cañón de largo alcance». [47] Resultaba abrumador ver de repente ante ellos la guerra que tanto habían deseado, y Marinetti y sus camaradas entraron en un frenesí de actividad tratando de aprovechar las circunstancias. En medio de todo esto, sin embargo, se tomó libre el mes de agosto para conducir hasta las montañas y sorprender a Mina con una visita, su primera reunión desde su viaje a Roma en la primavera.

Dieron largos paseos bajo el dosel de pinos, y Mina pudo sentir la habitual mezcla de atracción y repulsión hacia su presencia. Se comportaba de manera tan desagradable como siempre. «Tienes un cerebro maravilloso», le dijo ella, « pero es como una granada de mano. ¡Me asombra que no te hagas daño a ti mismo!» A lo que él respondió: «Sería muy bueno para ti si pudieras dejar de pensar». Había venido para ofrecerle una cosa: a sí mismo, «como artículo de poco valor, pero auténtico», escribió ella más tarde. Él juró incluso que le había sido fiel desde Roma, una afirmación que ella encontró ridícula. Todos sus gestos y sus proclamas hacían imposible que confiara en él. «Me siento bastante unida con mi propio sexo», le dijo a modo de explicación, por lo que alinearse con él la obligaría a cometer una especie de traición. [48]

Se arrepintió de inmediato de su postura. Todos sus amigos expatriados estaban planeando abordar barcos rumbo a Estados Unidos antes de que los viajes transatlánticos por mar se volvieran demasiado peligrosos. Había poco suelo sólido bajo sus pies. Su conexión con el movimiento al menos la había situado en medio de un drama, que deseaba continuar a toda costa. Un estadounidense presente en Vallombrosa incluso la oyó decir que se proponía ir a Milán y tener un hijo con Marinetti antes de que él se marchara a la guerra. Este delirio pasajero acabó por convertirse en un chisme que llegó a oídos de un columnista del *Chicago Evening Post* que, un mes después, publicó la historia de Marinetti, «un artista de los manifiestos», Papini, «un filósofo pragmático», y Mina, «la mujer que provocó un cisma en el movimiento futurista». La columna describía a

Mina como la causante de que los dos bohemios «se atacaran mutuamente en sus publicaciones periódicas». Esa mujer «que ama a Marinetti, expresó, aunque de manera algo teatral, el augusto deseo, tan marcado en la antigua literatura hebrea, de intentar "preservar la semilla" de los hombres valiosos». [49]

Regresó a Florencia ese otoño, un año después de haber conocido a los futuristas que tanto habían sacudido su vida creativa. Los niños se quedaron en Vallombrosa con su nodriza. En aquel momento ya estaba casi enteramente dedicada a la poesía, con un estilo de verso libre realmente abstracto, que utilizaba para deconstruir sus sentimientos hacia Marinetti (rebautizado como «Raminetti») y Papini («Miovanni», un hombre «que vive fuera del tiempo y el espacio»). Algunos de sus poemas incluso aparecieron ese año en *The Trend*, una pequeña revista de la ciudad de Nueva York, en la que fue mencionada en las notas sobre los colaboradores como alguien que «se ha interesado vivamente por los futuristas italianos, liderados por F. T. Marinetti, y por ellos ha renunciado al pincel y ha tomado la pluma». [50] Mina encontró graciosa esta descripción, que la hacía parecer parte del movimiento cuando, en realidad, como escribió a su agente, corrigiendo el malentendido, «los auténticos futuristas no me consideran en modo alguno parte de su movimiento. Como mucho, se podría decir que la única influencia de Marinetti sobre mí fue que logró despertarme de mi letargo». [51] Sin embargo, ¿qué había encontrado exactamente al despertarse?

Según la guerra fue avanzando, los manifiestos se fueron volviendo cada vez más maníacos y extravagantes. Sus autores jadeaban ante la posibilidad de encontrarse con un momento que cambiaría el mundo, un momento en el que los futuristas, santificados por la batalla, surgirían como los primeros hombres. ¿Cómo hacer realidad esta renovación? ¿Cómo imaginarlo? Y,

sobre todo, ¿cómo empujar a sus compatriotas hacia la necesaria guerra? ¿Cómo despertar los espíritus al patriotismo y fortalecer a la nación? Sus tratados pasaron a estar más próximos a la logística de la reingeniería social —el subtexto de los manifiestos anteriores pasó a ser texto claro y directo —, comenzando con los elementos más triviales y superficiales de la vida cotidiana.

Por un lado, apareció «Ropa futurista masculina: un manifiesto», de Giacomo Balla, que criticaba el atuendo que era «ajustado, incoloro, fúnebre, decadente, aburrido y antihigiénico». [52] Balla fue aún más específico en su segundo manifiesto, escrito un mes después de que estallara la guerra: «El traje antineutral: un manifiesto», que exigía ropa estampada con formas brillantes y geométricas; [53] el propio Marinetti vestía uno de estos llamativos «trajes antineutrales» rojo, verde y blanco, como la bandera italiana. También surgió el «Teatro Sintético Futurista», creado por varios autores a principios de 1915, que daba instrucciones sobre cómo usar el teatro «para influir en el espíritu italiano y dirigirlo hacia la guerra». [54] Un manifiesto, publicado en marzo de 1915, titulado sencillamente «La reconstrucción futurista del universo», [55] abordaba una amplia serie de reformas, grandes y pequeñas, incluyendo por ejemplo la forma y el propósito de los juguetes para niños. El juguete futurista debía provocar en los niños «risas totalmente espontáneas», tener «máxima usabilidad» (sin tener que recurrir a proyectiles, alfileres, etc.), centrarse en sus «impulsos imaginativos», así como en el «ejercicio continuo y la agudización de su sensibilidad», pero también prepararlos para el «coraje físico». La inclinación a la lucha y la guerra podía alentarse mejor con «juguetes gigantescos, peligrosos y agresivos que funcionasen al aire libre». Los manifiestos aún podían ser un cuaderno de bocetos extremadamente útil.

Marinetti dejó de subirse los escenarios a esquivar hortalizas volantes. En retrospectiva, aquellos espectáculos no habían sido más que ensayos

generales para el combate que ahora tenía lugar en las calles. Las primeras manifestaciones contra la neutralidad se produjeron en Milán gracias a su impulso, y en septiembre incluso fue encerrado en el calabozo durante seis días por este motivo. Mina siguió de cerca sus hazañas, y cuando salió de la cárcel escribió sobre «el Bruto», que estaba «probablemente soñando con convertirse en emperador de Italia». [56] Siguieron muchas más protestas. La lucha entre neutralistas e intervencionistas no se estaba llevando a cabo a gran escala, sino entre grupos de élites e intelectuales, estudiantes y grupos políticos. La habilidad de Marinetti a la hora de incitar y arengar a una audiencia hizo de él alguien particularmente influyente.

El 11 de abril de 1915, después de meses de protestas, Marinetti fue arrestado nuevamente en la Piazza Barberini de Roma al frente de una manifestación de miles de personas. Junto a él estaba Benito Mussolini, el dinámico activista socialista que recientemente había sido expulsado de su partido tras abrazar la causa intervencionista. Ambos hombres, carismáticos y partidarios de la participación en la guerra, se habían elogiado mutuamente en el período previo a la manifestación. Unas semanas antes de sus arrestos, Marinetti incluso afirmó que Mussolini era seguidor del movimiento, diciendo que «sus acciones recientes, sus actitudes y su rebelión son claras demostraciones de una conciencia futurista». [57] Al día siguiente, en su ensayo *Il Popolo d'Italia*, Mussolini dijo: «Somos solidarios con el futurismo, y conscientes de su fuerza y de lo que representa». Y en los discursos de Mussolini se podían escuchar ideas que hubiesen encajado a la perfección en un manifiesto futurista: «Queremos actuar, producir, dominar la materia, disfrutar del tipo de triunfo que extrema las ilusiones, que multiplica las energías de la vida y apunta hacia otros fines, hacia otros horizontes, hacia otros ideales». [58]

A medida que se acercaba la guerra, Mina continuaba intentando comprender qué beneficio había obtenido del movimiento. Se encontraba sola, pues Marinetti se dedicaba en exclusiva a incentivar frenéticamente la

contienda («Está engordando y sus ojos parecen cada vez más brutales», escribió a una amiga) [59] y se sentía cada vez más distante de Papini. Estaba empezando a darse cuenta de que la mayor influencia del futurismo sobre ella era que le había permitido abrir los ojos a su propia exclusión. Incluso en estos espacios intelectuales de pensamiento sin restricciones, en los cafés donde todo estaba permitido, donde incluso se podía decir la palabra «vagina», la visión más emocionante del futuro que estos hombres podían imaginar exigía la relegación de las mujeres al hogar. Por un lado estaba Papini con sus fantasías enfermizas de destrucción; por otro, Marinetti diciéndole que incluso si las mujeres obtenían algún día el derecho a voto, la mujer seguiría existiendo solo dentro de los estrechos límites de la feminidad «como madre, como esposa y como amante». [60]

En aquel momento de crisis, Mina aún seguía encontrando atractivos los manifiestos. Se podría decir que había interiorizado tanto la sintaxis como la semántica de un movimiento que, pese a no estar de acuerdo con él, solo podía reivindicar utilizando su lenguaje. En realidad, era más que eso: ella veía el manifiesto como un medio que le daba algo de libertad, una forma de reflexionar sobre lo que realmente quería y luego afirmarlo, para dar rienda suelta a lo urgente y fantástico. Incluso si no podía mover a los hombres hacia lo que buscaba del futurismo, el mero intento de hacerlo, de seguir siendo parte de esta dialéctica, resultaba estimulante para ella. Después de todo, el manifiesto había ofrecido a los hombres una herramienta para impulsarse unos a otros y, en última instancia, a toda la nación hacia una guerra hasta entonces inimaginable. Tal vez podría ayudarla también a ella a lograr cosas aún invisibles y desconocidas. Así pues, un día de noviembre de 1914, se sentó ante una hoja de papel en blanco y escribió en la parte superior: «Manifiesto feminista».

El conflicto que más le importaba ahora era la «guerra de sexos». El manifiesto comienza con una declaración: «El movimiento feminista, tal y como se ha institucionalizado en la actualidad, resulta inadecuado. Mujeres,

si deseáis demostrar vuestra valía, os encontráis en vísperas de una devastadora agitación psicológica, por lo que todas vuestras ilusiones deben salir a la luz: las mentiras milenarias deben desaparecer, y no caben medias tintas. Los rasguños en la superficie del montón de basura de la tradición NO conducirán a reformas, por lo que el único método posible es la demolición absoluta». [61] Esto era algo recurrente y directo y mucho menos opaco que su manifiesto anterior, y su audiencia estaba en gran parte formada por mujeres.

De entrada, las categorías de «amante y madre» debían ser descartadas, escribió Mina, pero esto no era más que el comienzo. Un feminismo centrado exclusivamente en lograr la igualdad iba por mal camino, ya que nunca se alcanzaría. Los dos sexos se encontraban en un estado de guerra permanente, y este era el hecho más importante para tener en cuenta. «Los hombres y las mujeres son enemigos, con la enemistad de los explotados hacia el parásito y del parásito respecto a los explotados», escribió. «El único punto en el que los intereses de los sexos se fusionan es en el abrazo sexual». Las mujeres necesitaban dejar de «mirar a los hombres para descubrir lo que no son», y en su lugar «buscar dentro de sí mismas lo que sí son».

Insistía en que las mujeres debían tomar la liberación con sus propias manos y dejar de esperar a que los hombres reparasen en ellas. En su afán de independencia, dejó que el manifiesto y la libertad que le permitía la llevaran hacia algunas conclusiones radicales. Las mujeres se veían privadas de la oportunidad de cultivarse, en parte porque se apoyaban en su «pureza física» como fuente de valor. ¿La solución? «La destrucción quirúrgica incondicional de la virginidad en toda la población femenina durante su pubertad». (Mina descubrió más tarde que ni siquiera fue la primera mujer en proponer esto, testimonio de lo desesperadas que estaban las feministas de la época por liberarse del confinamiento de sus roles asignados). Era sin duda un enfoque fuertemente influido por el futurismo,

con medios brutales y revolucionarios, despojados de sentimientos humanos, pero también era su propia opinión, un camino para que las mujeres pudiesen recuperar el poder sobre sus propios cuerpos, y con ello su autoestima. También afirmaba el derecho a disfrutar del sexo y la maternidad independientemente de si estaba fuera o dentro de la institución del matrimonio. Para una mujer, los hijos deben ser «el resultado de un período definido de desarrollo psíquico en su vida, y no necesariamente de una posible confirmación molesta y desgastada de una alianza».

Si Marinetti había usado el manifiesto para «despreciar» a las mujeres, ella había tomado la forma, le había dado la vuelta y luego la había usado para arrojar su propio desprecio a la visión limitada y sexista de su potencial. Los manifiestos conversaban entre sí. El proceso consistía en que los manifiestos podían usarse para modificar viejas ideas, o incluso negarlas. Y es lo que Mina había hecho en el suyo, reconociendo su deuda con el futurismo al tiempo que rompía definitivamente con el movimiento y todo lo que representaba para ella.

Cuando Italia entró por fin en la guerra, en mayo de 1915, Mina ya se había desvinculado totalmente del futurismo. Papini finalmente se había separado de Marinetti el año anterior, escribiendo en *Lacerba* una serie de artículos que lo denigraban a él y a su ideología como «propaganda juvenil, agradable a oídos de la multitud [...] Puro amateurismo». [62] Mina también se había dado cuenta de lo poco que sus dos amantes la habían reconocido como una persona de pleno derecho; había sido simplemente un conducto para los celos y el odio que sentían el uno por el otro. «Nunca vivas para ver el día en que el hombre al que quieres pronuncia entre sollozos el nombre del otro en el abrazo final». [63] Desde lo más profundo de su tristeza inicial, expresó un sentimiento que no podía ser más antifuturista: «El

futuro ha dejado de existir como futuro. Lo único que uno puede saber con certeza es que, por el momento, el corazón continúa latiendo». [64]

Mina se presentó voluntaria como enfermera en un hospital quirúrgico local, para prepararse para servir en la Cruz Roja Italiana. Allí pasó los días asistiendo a los médicos y sintiéndose, curiosamente, animada por las escenas dramáticas, una idea de lo que cabría esperar cuando los hombres empezaran a regresar del campo de batalla. «No tienes idea de hasta qué punto los gritos y alaridos humanos pueden ser campos de barbecho para la inspiración psicológica», le confió a un amigo en Nueva York. «Estoy tremendamente feliz entre la sangre, el desorden y el olor a yodoformo; incluso me he recortado las uñas para poder ayudar en las operaciones, y he tenido que desinfectar mis manos con yodo muchas veces. Todo esto supone un enorme cambio para mí». [65]

Italia finalmente se unió a la batalla europea en respuesta a un incremento constante de la agitación intervencionista, en el que se incluye el regreso al país del seductor poeta nacionalista Gabriele D'Annunzio, quien recorrió ciudades y pueblos reuniendo a la gente, así como las negociaciones secretas con las potencias de la entente para otorgar a Italia la tierra que quería obtener de Austria. Los futuristas se sintieron como si hubieran logrado una gran victoria. En ese punto intermedio, tras la declaración de guerra, pero antes de que las tropas comenzaran a dirigirse a la realidad de la batalla (para experimentar un genuino derramamiento de sangre), existía la sensación de que se estaba cumpliendo por fin un sueño largamente imaginado y esperado. Los manifiestos parecían haberlo manifestado todo. En el siguiente número de *Lacerba*, que según declaraciones de Papini sería el último, un titular de pancarta gritaba: «¡Hemos ganado!».

Marinetti, que tenía por entonces treinta y ocho años, es decir, estaba a falta de dos años para alcanzar su fecha de vencimiento autoimpuesta, se apresuró a intentar alistarse a principios de mayo, tan pronto como la guerra

parecía inminente, pero fue considerado no apto debido a una hernia. Para poder vestirse de uniforme, posiblemente lo que más deseaba en el mundo, se sometió a una cirugía apresurada, y luego a otra por un ataque de flebitis. Cuando Italia entró oficialmente en la guerra, estaba convaleciente en la cama, y sus seguidores tuvieron que llevarlo a su balcón, desde donde pudo presenciar cómo una gran multitud celebraba enfervorecida la noticia.

Los manifiestos habían creado un espacio para los futuristas, permitiéndoles imaginar un mundo que sería impulsado violentamente hacia lo nuevo, creando escombros y cenizas sin pensar en lo que vendría después o lo que podría perderse en el camino. También fue una puerta atractiva para Mina, pero no pudo y no quiso caminar a través de ella. Y, en cualquier caso, su mente estaba fija en otra parte. Mientras el hombre que la había «fortalecido» se dirigía a la guerra, y ella se veía obligada a quedarse en Florencia, le dijo a su agente en una carta: «Lo que siento ahora es política femenina, pero de una manera cósmica que puede no encajar en ninguna parte». [66]

Con su «Manifiesto feminista» inédito y escondido en su maleta, Mina partió hacia Nueva York al año siguiente, dejando a Marinetti, Papini y el recién llegado Mussolini la tarea de buscar su futuro sin ella.

4

Debate

Accra, 1935

Los británicos se consideraban a sí mismos imperialistas benignos, y cuando se trataba de la libertad de expresión, querían creer que los mismos ideales liberales que guiaban su propia sociedad prevalecían incluso para sus súbditos. Los funcionarios que dirigían la política colonial eran en su mayoría lo suficientemente inteligentes como para entender que controlar a una población a través de la censura podría muy bien resultar contraproducente. Tal y como lo expresó un memorando de 1934: «Como principio general, la legislación que interfiere con la libertad de prensa es altamente indeseable y proporciona un objetivo efectivo para la crítica pública de la Administración». [1] Lo ideal era que los colonizados tuvieran al menos alguna forma de desahogarse. Por este motivo, en Accra, la capital de la colonia británica conocida como la Costa de Oro, los periódicos locales funcionaban desde mediados del siglo XIX y hasta el XX como espacios en los que se podía encontrar un ligero y respetuoso desacuerdo con las autoridades coloniales, espacios que se toleraban sin problemas.

Los emborronados periódicos de África Occidental, elaborados en pequeños lotes en antiguas imprentas y publicados de forma irregular, se servían de una especie de laguna legal, al igual que las peticiones en la

Inglaterra del siglo XIX: una excepción que concedía un poco de voz a los que no tenían voz. Aquellos periódicos ofrecían una posibilidad, al menos para aquellos africanos occidentales alfabetizados, de establecer su propia agenda, a pesar de sus roles como subordinados. Esa era la idea de J. B. Danquah cuando, en 1931, puso su ambición al servicio de la creación del primer diario de propiedad africana de la Costa de Oro, *The Times of West Africa*. Danquah era una estrella de la «sociedad» de Accra, la minúscula élite africana, hijos de familias costeras ricas, que en los años posteriores a la primera guerra mundial habían comenzado a estudiar en el Reino Unido, convirtiéndose en médicos y abogados, y luego regresado a la colonia con inquietudes y una elevada educación. El gobierno indirecto, repartido entre los administradores coloniales blancos de la capital y, en el interior agrícola, unos pocos jefes de confianza, tradicionales y en absoluto conflictivos, dejaba poco espacio a la voluntad de esta élite, y también beneficiaba al poder colonial al impedir la creación de cualquier identidad nacional real que pudiera ascender más allá del nivel de la tribu.

Este bloqueo era precisamente lo que Danquah esperaba romper con su periódico. La propia ciudad de Accra había experimentado un auge rentable del cacao en la década de 1920, y se había convertido en el hogar de una nueva clase de africanos educados localmente, los primeros de sus familias en ir a las escuelas públicas o gestionadas por misioneros, convirtiéndose en anglófonos alfabetizados: maestros y contables, oficiales de policía y empleados mineros, operadores de centrales telefónicas y comadronas. Junto con la pequeña comunidad de profesionales empleados por Danquah, esta era una población creciente que deseaba hacer algo más que limitarse a subsistir. Se congregaban en el nuevo Palladium el sábado por la noche para ver películas como *Vampiresas 1936,* de Busby Berkeley, visitar el Methodist Book Depot (que vendía novelas en inglés, radios de transistores, mapas y bolígrafos), o quedarse boquiabiertos en el hipódromo de Accra, donde las élites se reunían el fin de semana bajo sus lujosos sombreros para

ver a los caballos. Los clubes de mejora personal guiaban a estos ciudadanos recién alfabetizados a través de las obras de Shakespeare. Y el periódico de Danquah proporcionaba el foro para dar forma a una sensibilidad común sobre el futuro. Aquellos que habían experimentado la vida en Inglaterra querían una vía rápida hacia la modernidad, para descubrir sus propios equivalentes a la nacionalidad y la sociedad europeas. Mientras tanto, los educados localmente todavía estaban apegados a las viejas costumbres. Un tema como la poligamia, por ejemplo, podría llegar a ser muy polémico, [2] y *The Times of West Africa* constituía el medio perfecto para que pudiese desarrollarse el debate. En el fondo, lo que se debatía en realidad era cómo podría la ideología africana lograr su independencia, liberándose de la dominación británica.

Londres, al comprender que los periódicos se habían convertido en un espacio de verdadera efervescencia, se dio cuenta rápidamente de los límites de su liberalismo. A finales de 1932, un nuevo gobernador, sir Shenton Thomas, llegó a Accra con la intención de tomar medidas enérgicas contra lo que consideraba excesivo debate y agitación en los periódicos locales. «Es necesario imponer un mayor control», insistió a sus superiores, «en vista de los temas irresponsables y engañosos que aparecen continuamente en los periódicos locales y que las clases a medio educar parecen creer sin más». [3] El inspector general de policía del gobernador se mostró de acuerdo, y agregó: «No hay un solo editor de renombre o con sentido de responsabilidad en ninguno de los periódicos locales». [4] Mientras la élite siguiera siendo un grupo pequeño y selecto, sus aspiraciones eran toleradas, pero las «clases a medio educar» se estaban empezando a unir a la conversación. Thomas fue explícito sobre este punto: «Los más afectados son los analfabetos, y los hombres jóvenes de educación incompleta. Les leen el periódico y le dan vueltas y vueltas a todo lo que escuchan». [5]

Un restrictivo conjunto de proyectos de ley fue anunciado a principios de 1934 para calmar la cacofonía. Los propietarios y editores de estos

periódicos, dijo el gobernador Thomas a altos funcionarios de la Oficina Colonial, «difícilmente podrían considerarse civilizados».[6] Las reglas propuestas se toparon con una protesta pública sin precedentes en el Palladium. Los periódicos ofrecían a los súbditos coloniales una vía de escape que nunca habían tenido. La prohibición de la prensa («un órgano inofensivo y muchas veces el único medio a través del cual se escuchan nuestros gritos»)[7] constituiría una grave injusticia «impuesta a un pueblo realmente indefenso». Los periódicos en sí estaban llenos de cartas y comentarios. Muchos escritores, como si estuvieran en sus últimos días de libertad, se burlaban del gobernador Thomas sin piedad, utilizando los periódicos precisamente de la manera que tanto temía la Oficina Colonial.

Danquah se unió a una pequeña delegación para ir a Inglaterra y enfrentarse al secretario colonial en persona, pero la reunión fue un desastre. Thomas, que ante las protestas había renunciado a su puesto como gobernador, esperaba la llegada del grupo y había logrado predisponer al secretario en su contra antes de su llegada. Danquah, escribió, era «un hombre con el que era peligroso conversar», que también era «manifiestamente antiblanco y antigobierno», y *The Times of West Africa* era «famoso por sus actitudes resentidas y calumniosas hacia el gobierno y la raza europea en general».[8] La delegación fue tratada como una panda de niños problemáticos.[9] Apenas pudieron decir una palabra, y cuando la hora del almuerzo comenzó a acercarse, «el Secretario Colonial no paró de mirar el reloj, como diciendo: "Venga, acaben de una vez, que tengo que ir a comer"», escribió Danquah en su informe, que posteriormente fue publicado. La reunión fue la prueba que Danquah necesitaba para concluir que el reinado supuestamente suave de los británicos, que parecía ofrecer la posibilidad de un eventual autogobierno, era una farsa, y que la idea de una autonomía gradual podía considerarse «muerta». Danquah se percató de que fueron precisamente los periódicos los que habían hecho que los británicos

se dieran cuenta a su vez de que «las colonias se están volviendo peligrosamente conscientes de sí mismas».

Justo cuando, abatidos, estaban embarcando de regreso a Accra, se aprobó una de las ordenanzas propuestas a través del consejo legislativo de la Costa de Oro. La sedición era ahora ilegal en la colonia, un delito penal, lo que suponía una cuchilla que podía caer en cualquier momento. Una publicación considerada sediciosa podría ser clausurada. Los editores eran responsables y podían ser multados e incluso encerrados en prisión. Danquah no aguantó más: cerró *The Times of West Africa* y decidió quedarse en Londres, donde se puso a trabajar investigando la historia del imperio llamado Ghana, que desapareció en el siglo XIII después de cientos de años de dominio. Cuando regresara a Accra dos años después, sería con el nombre que esperaba dar a su país, si alguna vez lograba su independencia.

No obstante, durante su período como editor, Danquah había demostrado lo que un pequeño periódico, repleto de muchas voces fuertes, podía hacer por una comunidad privada de su poder, cómo podría ser un espacio en el que resolver sus diferencias y debatir sobre su identidad. Y justo cuando el respetable Danquah, vestido siempre con un traje a medida y corbata a rayas, abandonaba la escena, un nuevo editor, un nigeriano de mentalidad radical que había pasado los últimos años en Estados Unidos, navegaba hacia el puerto de Accra, buscando ir más allá, crear un periódico que sería el crisol para crear al Nuevo Africano.

Cuando Nnamdi Azikiwe llegó a Accra el 31 de octubre de 1934, no le dio demasiada importancia a la nueva ley o a lo que podría significar para sus planes. Deseaba cambiar nada menos que la forma en que el continente se veía a sí mismo, y, en comparación con eso, ¿qué importaba el pronunciamiento de algún funcionario británico? Se había desviado de la

vida cómoda y la carrera académica que se le ofrecía en Estados Unidos para cumplir una promesa que se había hecho a sí mismo, por escrito y jurada «ante Dios y el hombre» el último día de 1933, cuando todavía enseñaba ciencias políticas en la Universidad de Lincoln en Pensilvania: «Dedicaré mi vida a la emancipación del continente africano de las cadenas del imperialismo, y a la redención de mi país de los grilletes del dominio extranjero», escribió. [10] Quería convencer a una «nueva África», henchida de respeto hacia sí misma. Y la única herramienta disponible para cumplir esta misión era el nuevo diario que estaba a punto de fundar y dirigir: *The African Morning Post.*

Para Azikiwe (o Zik, como sus lectores pronto lo conocerían), aquello supuso un regreso. La última vez que había visto la Costa de Oro fue diez años antes, y lo hizo como un polizón cansado y hambriento de diecinueve años. Él y dos amigos, todos soñando con América, habían pagado a un marinero para que los escondiera debajo de un bote salvavidas en un barco que se dirigía de Lagos a Liverpool, donde planeaban trabajar para pagarse el paso a través del Atlántico. Sin embargo, un terrible mareo les obligó a desembarcar en la costa de África Occidental, no lejos de Accra, y pronto la madre de Zik, después de haber viajado todo el camino desde Nigeria hasta dar con él, estaba arrodillada ante Zik, con lágrimas en los ojos, suplicándole que regresara a casa.

Fue un comienzo ignominioso para las aventuras de su vida, pero Zik pronto llegó a Estados Unidos, y sus años allí forjaron su carácter. Había llegado agarrado a una biografía muy gastada de James A. Garfield que le habían dado cuando era un adolescente en la provincia nigeriana de Onitsha. Contaba la historia de un niño pobre, nacido en una cabaña de troncos, que se había hecho a sí mismo a través de la educación y el trabajo duro para convertirse en el vigésimo presidente de Estados Unidos. [11] Sin embargo, cuando finalmente encontró el verdadero país con todo su desorden, se le borró esta preconcepción dulcemente ingenua. En algunos

momentos sí sintió la libertad y las posibilidades prometidas. Estuvo presente en la primera victoria electoral de Franklin Delano Roosevelt y durante el New Deal. Visitó Harlem y la vecindad de Sugar Hill, donde los luchadores ambiciosos vivían en grandes casas de ladrillo. Sin embargo, desde sus primeros pasos en el país, al llegar a una escuela preparatoria en Harpers Ferry, Virginia Occidental, lugar de la desafortunada redada del abolicionista John Brown, se había visto igualmente afectado por las noticias casi constantes de linchamientos. Estaba solo y era pobre, y se sentía doblemente alienado como hombre negro y como extranjero. Durante un verano en Pittsburgh vivió a base de limonada y pan, trabajando en un grupo de excavadores de zanjas. Se sentía tan deprimido que una noche trató de suicidarse, tumbándose sobre las vías del tren, pero un desconocido lo salvó justo cuando el conductor activaba los frenos de emergencia. Incluso capturaría su estado de ánimo en un poema teñido de blues: «Sin amigos, abatido, / la tristeza llena mi mente. / Toda esperanza se ha ido, y ahora / quiero morir dignamente». [12]

A partir de ahí, su situación comenzó a mejorar. Entró a estudiar en la Universidad de Howard, donde tomó clases con algunas de las mejores mentes estadounidenses y africanas de esa generación: ciencias políticas con Ralph Bunche y filosofía con Alain Locke. En sus cursos de antropología, África, su hogar, era presentada como la cuna de la raza humana. Pudo aprovechar el fermento de finales de la década de 1920 y comienzos de la década de 1930: el panafricanismo de Marcus Garvey, los escritos de W. E. B. Du Bois y George Padmore, el activista anticolonialista nacido en Trinidad. Financiado siempre por medio de becas, se trasladó a la Universidad de Lincoln en 1929 (donde entre sus compañeros de clase se encontraban Thurgood Marshall y Langston Hughes), y allí completó dos cursos de posgrado en religión y en antropología en la Universidad de Pensilvania, tras lo cual se preparó para comenzar un doctorado en la Universidad de Columbia, en Ciencias Políticas.

No obstante, justo cuando estaba a punto de mudarse a la ciudad de Nueva York, decidió hacer un alto en su camino y hacer balance. Había aprendido a jugar al fútbol americano e incluso fue iniciado en la fraternidad Phi Beta Sigma, pero tenía muy claro que él no era de ese lugar y nunca lo sería, por lo que su destino siempre fue regresar tarde o temprano a su pueblo. Sin embargo, había un problema: ahora estaba sobrecualificado y demasiado americanizado para las autoridades británicas, que seguramente no verían con buenos ojos la llegada de una mente independiente con sus ambiciones. ¿Qué trabajo significativo podría encontrar en el África occidental colonial? Su ideal sería regresar a Nigeria. La madre de Zik era de la realeza igbo, y su padre era un funcionario de la administración británica, un trabajo que le había permitido a Zik viajar por toda Nigeria en su juventud, por lo que hablaba con fluidez el yoruba, el hausa y el igbo, los tres principales idiomas tribales del país. Por desgracia, sus peticiones de trabajo en su propio país fueron ignoradas: la administración pública no lo quería, y tampoco las escuelas misioneras.

Los periódicos eran su último recurso; había hecho sus pinitos como periodista en Estados Unidos, escribiendo, entre otras cosas, sobre deportes para *The Philadelphia Tribune*. En una de sus cartas a varios editores, Zik presentó su filosofía política como más «pragmática» que «radical» (o, más bien, en sus propias palabras, como «radical cuerda»). «Vuelvo a casa semigandhiano, semigarveyista, semietnocéntrico y no chovinista», escribió. [13] Todo esto fue recibido con silencio. Había pocas oportunidades de trabajo para un autodenominado «líder en potencia».

Se puso entonces en contacto con Alfred J. Ocansey, un hombre de negocios de la Costa de Oro que, gracias a la venta de automóviles, camiones y otros bienes, se había convertido en poco tiempo en uno de los comerciantes africanos más exitosos de Accra. Ocansey también había ampliado sus negocios hacia el sector del entretenimiento, abriendo su muy popular Palladium Movie House y Music Hall (inspirado por su visita al

London Palladium). Vio oportunidades en la nueva y educada clase media de funcionarios y empleados: allí había un mercado que necesitaba oferta de diversión. El Palladium se convirtió en su centro neurálgico, un lugar donde los músicos crearon el llamado highlife, una mezcla única de fox-trot y calipso que dio lugar a una versión africana de big band con mucha guitarra. La alta sociedad de Accra hacía cola con vestidos de noche, sombreros de copa y levitas para escuchar a bandas como los Jazz Kings y los Cape Coast Sugar Babies, y los maestros de escuela y las enfermeras se sentaban en sus balcones, mientras Ocansey, el gran empresario, ganaba dinero a espuertas.

Zik hizo una ambiciosa propuesta al empresario: financiar un nuevo periódico y dejar que él, el profesor Azikiwe, fuera el editor, llegando incluso a prometer que podría conseguir que la empresa fuera rentable. Para su sorpresa, Ocansey respondió que le gustaba la idea, y el día del regreso de Zik el empresario estaba esperándolo en el puerto. Cuando Accra apareció ante sus ojos, desde la fortaleza blanca del castillo de Christiansborg hasta la torre del reloj de la nueva Escuela Achimota, inaugurada solo unos años antes, la cabeza de Zik se llenó de sueños sobre lo que podría hacer con su periódico. «Me susurré a mí mismo que, algún día, estaría en condiciones de guiar a la opinión pública del país cuya capital se encontraba en ese instante ante mí», escribió más tarde sobre aquel embriagador momento. [14]

Accra no tenía instalaciones de desembarco, por lo que los pasajeros tuvieron que subirse en botes tripulados por barqueros de Ga, que cantaban mientras remaban, deteniéndose de vez en cuando para tomar bocados de *kenkey*, albóndigas de maíz. Zik se subió a uno de los inestables botes, zarandeados por las olas. Era el único africano, y proyectaba un aire de seriedad con sus gafas de búho y una elegante parte afeitada en el costado de su cabeza, todo apenas compensando su agradable rostro juvenil. Según iban llegando a tierra firme, los barqueros levantaban a cada pasajero en

una silla sobre las olas hasta el muelle de aduanas. Uno a uno, fueron alzando a los pasajeros blancos, y pronto Zik se percató de que sería el último en subir. Cuando protestó, un joven con el pecho desnudo lo miró a los ojos con sorpresa e indignación. Tenía que esperar, le dijo, ya que primero había que servir a los «amos». [15]

Había mucho trabajo por hacer. Y, a principios de 1935, tan pronto como Ocansey hubo comprado las máquinas de impresión y Zik, alojado en el Hotel Trocadero, hubo contratado como personal a un pequeño grupo de media docena de graduados de la escuela secundaria, *The African Morning Post* comenzó a rodar. Su impresión a menudo tenía borrones, y los lectores se quejaban de la composición tipográfica, que dejaba letras y, a veces, palabras enteras fuera del marco de la página, pero el *Post* alcanzó rápidamente una tirada de dos mil ejemplares en solo unos meses, igualando a los otros cuatro o cinco periódicos de la ciudad. En la parte superior de la portada, justo bajo el nombre del periódico, se podía leer cada día una auténtica declaración de intenciones: «Independiente en todas las cosas y no neutral en nada que afecte el destino de África». [16] Era sin duda el más abiertamente político de los periódicos de Accra, moldeado por el anticolonialismo de Zik, su nacionalismo, su exposición al socialismo, su profundo orgullo africano y su cerebral sensibilidad.

En aquel momento, un periódico africano no se parecía en nada a las publicaciones profesionalizadas y bien dotadas de personal que podían verse en Estados Unidos o Europa. El escritor Richard Wright, que visitó Accra más de una década después, comentó que las oficinas de los periódicos eran «pequeñas y desordenadas; muchas de las rotativas son accionadas a mano; el personal, en cuanto a su calidad, es extremadamente pobre; y los salarios de los reporteros son increíblemente bajos». Aquellos

no eran periódicos «en el sentido en que Occidente utiliza el término», escribió. [17]

No obstante, había algo más que realmente diferenciaba a *The African Morning Post* de la prensa occidental, y es que era un periódico compuesto casi en su totalidad de contribuciones de sus lectores. Contenía algunas noticias reales, una combinación de envíos de Reuters e informes locales sobre bodas y bailes, pero sobre todo estaba lleno de cartas, columnas de opinión y artículos independientes enviados por su pequeña comunidad de lectores educados y de habla inglesa. Esto fue en parte por necesidad: Zik sencillamente no tenía presupuesto para llenar las páginas con informes originales de sus propios periodistas. «Estaremos encantados de poner todo el espacio posible en esta revista a disposición de los colaboradores», informó un editorial. [18] La propia plantilla también solicitaba estas contribuciones para alentar la participación personal por parte de sus lectores. Si veían sus propias palabras impresas en las páginas, podrían sentirse más inclinados a seguir siendo lectores leales del periódico. A menudo, esto implicaba tener que persuadir a los escritores reacios, con escaso dominio del inglés, para que aceptasen entrar en la refriega, aconsejándoles, como había hecho veinte años antes *The Gold Coast Leader*, otro de los periódicos locales de propiedad africana, que «sean ustedes mismos, sin intentar imitar a nadie; digan lo que desean decir a su manera y con eso es más que suficiente: no se vean en la obligación de abusar del diccionario en busca de palabras sofisticadas con las que apabullar a sus lectores». [19]

Aun así, pese a que el formato del periódico, más parecido a un panel de mensajes variados que a un transmisor unidireccional de información, venía en cierto modo impuesto por cuestiones económicas, el resultado se adaptaba muy bien al objetivo de Zik. Al igual que en el caso anterior de Danquah, Zik concibió *The African Morning Post* principalmente como un espacio común en el que pudiera reunirse su principal público objetivo, es

decir, la población alfabetizada de Accra. Su sección central fue apodada «Grumblers' Row» («La fila de los protestones») y estaba destinada al debate y a las quejas. La calidad de la escritura en tal sección era sorprendentemente libre y espontánea. No es que los colaboradores hubieran olvidado a sus señores británicos, sino que casi todas las colaboraciones se publicaban de manera anónima o bajo seudónimo (atribuidas a nombres ingeniosos como U. N. Nativo o ridículos como Langosta). Este sistema ofrecía a la gente la oportunidad de decir sin temor lo que pensaba, sin tener que poner a prueba su nivel de audacia. Danquah había abierto la puerta a esta posibilidad, pero Zik había entrado en ella con paso firme, exponiendo todos los días un nuevo argumento o contraargumento acerca de la naturaleza de su existencia como súbditos coloniales y la necesidad de ver más allá de su estado fracturado como una colección de tribus.

En una de las primeras columnas del periódico, Zik escribió que la Nueva África que había imaginado «debe estar formada por africanos y seres humanos, no solo de tribus como Fanti o Ga, Temne o Mende, Yoruba o Ibo, Bantú o Tuareg, Bubi o Hausa, Jollof o Kru». [20] Danquah, con su visión de un África Occidental moderna, sin duda habría estado de acuerdo, pero mientras que él había trabajado por la superación personal y el reconocimiento británico, Zik deseaba que los africanos se vieran a sí mismos de manera diferente, un tema que él y sus lectores-colaboradores confirmaban en cada número, orgullosos y dignos, por fin, de dirigir sus propios asuntos.

Zik sentaba las bases todos los días con su columna, «Inside Stuff» («Temas internos»), y otros editoriales, pero cualquier número de escritores podía también intervenir, generalmente ocultos bajo el anonimato, para defender, aprobar o contradecir cualquier tema, desde la lacra del desempleo hasta los pros y los contras del matrimonio igualitario, pasando por la costumbre creciente entre los jóvenes, posiblemente nefasta, de ir al

cine. *The African Morning Post* se convirtió en poco tiempo en lo más parecido a un foro público que jamás había existido en la Costa de Oro, al menos según la posterior definición del filósofo alemán Jürgen Habermas. Para Habermas, la esfera pública era el lugar donde los ciudadanos podían aparecer como individuos, de forma independiente, fuera del control del gobierno y de cualquier lealtad al clan, y deliberar juntos sobre las noticias del día, formando opiniones colectivas que luego podrían actuar como una fuerza política compensatoria. En su relato sobre el nacimiento de la esfera pública, este entorno único se creó por primera vez en las cafeterías de Inglaterra y Francia en el siglo XVII, facilitado por los periódicos, que proporcionaron un punto de apoyo para el debate. La visión de Habermas ha llegado a ser considerada como utópica y estrecha de miras: por un lado, a pesar de escribir sus trabajos formativos durante la década de 1960, no incluía a todas las personas que quedaban fuera de esas conversaciones de cafetería. Los miembros de su «esfera pública» constituían una porción muy específica de la sociedad, lo que también es cierto para los lectores de Zik, una minoría en medio de las masas analfabetas. No obstante, el concepto permite comprender con exactitud lo que se estaba creando en las páginas de «Grumblers' Row».

En 1937, por ejemplo, las empresas británicas formaron un cártel para establecer un precio más bajo para el cacao que estaban comprando a los agricultores africanos. Su alianza comprometía seriamente los medios de vida de los impotentes productores de la Costa de Oro, que dependían del cultivo comercial. Muy pronto, *The African Morning Post* estalló con docenas de columnas de lectores anónimos, incluida una que lamentaba cómo el cártel estaba «llevando a los agricultores africanos a un estado de angustia» [21] y otra al día siguiente que argumentaba que los propios agricultores eran los verdaderos culpables por no resistir lo suficiente: «Debo decir que, sean cuales sean los argumentos contra el cártel, los europeos no son los únicos culpables de lo que está pasando. Normalmente,

cuando ven que estamos defendiendo nuestros derechos, suelen dar un paso atrás. No nos respetan». [22] Cinco mil productores de cacao finalmente se unieron a un boicot y lograron mantener un frente unido, reduciendo las ventas de cacao en un 90 % y negándose a comprar productos europeos, a excepción de productos esenciales como azúcar, queroseno, cerillas y tabaco, hasta que los compradores aceptaron un acuerdo en sus términos.

Lo que lograron crear las indignadas voces en las páginas del periódico fue algo más que solidaridad. El hecho de ser capaz de respetar las diferencias de opinión también establecía un terreno común. Cada escritor estaba igualmente involucrado en el mismo proyecto de crear una nueva relación con la tierra y con su opresión a manos de los británicos. El debate les permitía echar un vistazo a las divisiones de tribu o estatus social y establecer nuevas lealtades, para crear, en palabras del politólogo e historiador Benedict Anderson, «redes de parentesco infinitamente flexibles». [23] Al igual que Habermas, Anderson consideraba a los periódicos como el núcleo de las personas recién despertadas políticamente y había entendido con exactitud lo que estaba sucediendo en las páginas de *The African Morning Post*. «Esos compañeros lectores», escribió Anderson, «con quienes estaban conectados a través de las páginas impresas, formaban, en su invisibilidad secular, particular y muy visible, el embrión de la comunidad imaginada a nivel nacional». [24]

Una edición típica: martes, 4 de junio de 1935, un día de «cielo despejado» sobre Accra. [25] La portada contiene algunas noticias, tanto extremadamente locales («Joven de Christiansborg obtiene su título de licenciado en Administración de Empresas») como internacionales («El Partido Socialista forma un nuevo gabinete en Francia»), pero es en las páginas interiores donde las cosas se ponen interesantes. Una lectora llamada «Angelina» publica una columna con sus opiniones sobre el seguro de vida, un concepto

novedoso para ella, que descubrió en un ejemplar robado de la revista *Time*. «Angelina» insta a las mujeres africanas a «convencer a sus maridos para que suscriban una póliza de seguro» para protegerse en caso de cualquier tragedia. Otro artículo, titulado «Descargo de responsabilidad», es de un lector que se vale de «este popular y muy respetado diario» para refutar una publicación de otro periódico en la que se le acusaba de agredir a una mujer («Victoria Mahney no es mi esposa, y no la he traído de Sierra Leona a la fuerza y hambrienta»). Junto a los anuncios de las nuevas cuchillas de afeitar Chrysler Plymouth Six y Satab de 1935 («La cuchilla que se burlará de cualquier barba»), la mayor parte de la página 6 está ocupada por un artículo sobre una normativa política de alguien que usa el seudónimo Gump. Bajo el título «¿Qué es la civilización?», ataca el dominio blanco y declara que el cristianismo es una religión hipócrita por predicar la igualdad mientras mantiene a los africanos subyugados. «Desprecian a los negros; dicen que los negros están mentalmente incapacitados para equipararse con el hombre blanco. Los misioneros y no misioneros sienten un profundo odio hacia los negros, y sin embargo siempre están promulgando insistentemente el principio de "ama a tu prójimo como a ti mismo"». Gump termina su artículo exhortando a sus compatriotas de la Costa de Oro «a extinguir las diferencias tribales y los caprichos inútiles, si realmente queremos que nuestra nación progrese de acuerdo con nuestros propios intereses».

Las preocupaciones y opiniones de los lectores de todo tipo encontraban su camino hacia las páginas del periódico, pues la prioridad era llenarlas, pero Zik se esforzaba claramente por dar especial prominencia a aquellas que reforzasen su propio proyecto de crear una Nueva África. Ese número del 4 de junio tiene un editorial sin firmar titulado «Mentalidad africana a», que se hace eco de lo expuesto por Gump: «Se reivindica cada día el hecho de que el cerebro del africano es capaz de igualar y, a veces, superar, los logros de otras razas». En la propia columna de Zik, se explaya extensamente sobre el «erudito de la Costa de Oro» promocionado en la

portada ese día por graduarse en la Universidad de Lincoln, el alma mater del propio Zik. «El africano es esencialmente un luchador, y siempre sabe que puede lograr todo cuanto se proponga», escribe.

La otra columna habitual, además de la de Zik, era «Hombres, mujeres y cosas», de Dama Dumas (seudónimo). En la columna de ese día, Dama Dumas, con un tono a la vez severo y juguetón, defendía la necesidad de la educación, reprendiendo a las jóvenes urbanas que «a pesar de su elegancia parisina y su talento para las intrigas son totalmente analfabetas». Dama Dumas se llamaba en realidad Mabel Dove, y era hija de un famoso abogado que había estudiado en Inglaterra. Mabel ocupaba el centro neurálgico de la pequeña alta sociedad de Accra y había estado brevemente casada con Danquah. Precisamente en el *Times of West Africa*, en una columna llamada «Ladies' Corner» («El rincón de las damas»), había perfeccionado por primera vez la voz crítica pero jocosa e inteligente que se convirtió en el complemento perfecto de las aportaciones de los lectores del periódico. Sus opiniones sobre innumerables temas, desde la elegancia de ciertos atuendos hasta la necesidad de que las mujeres jóvenes se resistiesen al sexo prematrimonial, nunca dejaban a nadie indiferente, y siempre provocaban respuestas enojadas o aprobatorias. Era una feminista que también animaba a sus lectores a cultivarse, sugiriendo incluso qué novelas de Charles Dickens podrían leer. Su sensibilidad elitista, destinada a elevar a la clase recién educada, procedía en gran medida de las influencias que había recibido en Inglaterra, pero se equilibraban con un profundo orgullo africano.[26] La mayoría de las columnas comenzaban con una pregunta, como por ejemplo: «Si una dama india de alto rango puede presentarse en el Palacio de Buckingham con su propio traje nacional, y ello se ve como algo perfectamente apropiado y de buen gusto, ¿qué es exactamente lo que impide al resto de las mujeres adoptar una actitud similar?».[27] Y las páginas del periódico a menudo se convertían en un foro con muy diversas opiniones, como cuando el Club Literario de los Jóvenes celebró un debate

sobre la pregunta: «¿Es la forma europea de matrimonio beneficiosa para el africano?». Las opiniones iniciales eran negativas, pero ella no estaba de acuerdo y pensaba que el «matrimonio nativo» —refiriéndose con ello a la poligamia— era algo «primitivo», «obsoleto» y «un poco desagradable para nosotras, las mujeres modernas». [28] Durante semanas, las opiniones sobre el tema de los lectores y sus respuestas ocuparon páginas y páginas.

Este toma y daca impreso no solo mantenía a los lectores enganchados, sino que también permitía una reconciliación de diferentes visiones de la independencia. ¿Cómo sería ese Nuevo Africano? ¿Cuánto de la cultura y la práctica tradicionales tendría que ser desechado para conseguir una identidad nacional moderna? Estas preguntas se deslizaban a través de cada columna y respuesta del lector. El propio Zik ya había cruzado el Rubicón en este sentido. Nigeriano, educado en América y residente en Accra, se veía a sí mismo como la encarnación de algo mucho más grande que la tribu o incluso el territorio colonial. Buscaba un futuro de países africanos independientes, en pie de igualdad con una Francia o una Alemania, cada estado unido por un conjunto de valores comunes tanto como por un fuerte arraigo a su tierra natal.

Mabel Dove estaba mucho más cerca de ser una Nueva Africana, por lo que uno de los mayores debates que logró poner en marcha, cuando todavía escribía como Marjorie Mensah en el periódico de Danquah, fue sobre si ella misma existía o, para ser más precisos, si una mujer realmente podía estar detrás de su columna de opinión. Muchos lectores la consideraron una ficción aspiracional creada por las élites. Tenían dudas de que una mujer con un ingenio e inteligencia tan agudos pudiera ser real y, de ser así, si esto sería deseable. El debate comenzó con un colaborador que afirmaba que «la elocuencia y la firmeza» que poseía como escritora eran imposibles de imaginar en una mujer de la Costa de Oro. [29] Otro hombre especuló que podía haber sido educada en Europa. Oculto bajo la controversia sobre quién realmente escribía las columnas había un debate sobre los futuros

roles de género. Si los africanos abrazaran la independencia y la modernidad, ¿tendrían que lidiar también con la igualdad de los sexos? Por supuesto, Mabel respondía a todos esos ataques desde su columna, defendiendo a todas las mujeres. «¿Qué piensan realmente de nosotras? Ustedes, y muchos otros como ustedes, tienen las ideas más peculiares sobre las mujeres que he leído jamás, especialmente sobre las mujeres de la Costa de Oro. ¿De verdad creen que ninguna de nosotras es capaz de escribir una columna en un periódico?» [30] La controversia llegó a ser tan grande («¡Publique su foto!», exigían muchas cartas) que incluso se creó un espectáculo de cabaret local en el que un hombre travestido interpretaba el personaje de «Miss Marjorie Mensah» cantando el número «Of Course I Am a Lady» («Por supuesto que soy una dama»). [31]

Los muchos lectores que estaban escribiendo y eligiendo seudónimos grandiosos para expresar sus opiniones sin que se descubriese su identidad estaban creando casi inadvertidamente una esfera pública, que en opinión de Zik estaba haciendo una labor significativa. Estos debates en las páginas del *Post* a veces eran serios —un foro llegó a preguntar directamente a los lectores: «¿Es la Costa de Oro una nación?»— [32] y otras veces triviales, pero eran la única manera de hacer avanzar un movimiento antiimperialista. Mientras los británicos establecieran los términos de identidad, explotando las divisiones tribales para mantener a la nación fracturada e impidiendo que tomara forma cualquier tipo de conciencia nacional o sociedad civil, podían argumentar que no había una clase social con la suficiente preparación y capacidad de liderazgo para tomar las riendas. El acto de debatir en las páginas del periódico no solo estaba creando esa clase social, sino que era una prueba irrefutable de que ya existía.

En menos de un año, Zik había cumplido su promesa a Ocansey y había aumentado la circulación mucho más allá de lo que el empresario había

creído posible. En 1936, el *Morning Post* tenía ya diez mil lectores diarios, algunos suscriptores de Nigeria, Sierra Leona y Camerún. Como su plantilla era pequeña e inexperta, Zik se veía obligado a trabajar sin descanso. Se despertaba todos los días antes del amanecer y corría desde su habitación, en el último piso del Hotel Trocadero, hasta la oficina, donde cada día revisaba con lupa las pruebas del periódico. Luego se dirigía con ellas al polvoriento taller de impresión, donde gritaba órdenes a los trabajadores que manejaban viejas rotativas que a menudo se rompían a mitad de impresión. Zik podía comportarse de manera distante y dictatorial con su personal, que nunca parecía estar a la altura de sus estándares. Se sentía un profesional, un hombre de mundo, trabajando en un ambiente que lo saboteaba continuamente.

Debido a su educación y su porte, Zik había sido aceptado por la alta sociedad de Accra, y jugaba al tenis cada dos días en el Rodger Club con miembros de la élite e incluso algunos administradores coloniales blancos. Sin embargo, allí nunca llegó a sentirse realmente cómodo y tras sus gafas continuó siendo una figura mayormente solitaria y centrada en su trabajo. Como dijo su editor asistente en el periódico, Zik estaba «incómodo en esta sociedad en la que seguía siendo a la vez un "extraño" y alguien bastante especial. Era admirado y vitoreado por miles, pero la mayoría de la gente se quedaba asombrada por su aura al entablar contacto cercano y personal. Se congregaban a su alrededor, sonriendo ampliamente y estrechándole la mano tras sus conferencias, pero la cosa cambiaba mucho durante las charlas en igualdad de condiciones». [33] En su propia opinión, la suya era la soledad del Nuevo Africano. En su mente y en las páginas de su periódico, vivía en el futuro, pero día a día las viejas lealtades y estructuras de poder, reforzadas por la tradición y las armas, aún parecían mucho más grandes que él.

Había, sin embargo, algunas pruebas de su éxito, de que estaba moviendo a la gente en la dirección que deseaba, aunque solo fuera por la

irritación de un número creciente de detractores. A pesar de los partidos de tenis amistosos, Zik tenía una mala opinión sobre lo que él consideraba como el viejo *establishment* africano, y pensaba que la élite era demasiado pasiva y los líderes tribales, por su parte, cómplices del dominio británico: se sentían demasiado cómodos con aquella situación. ¿O tal vez es que se beneficiaban de ella? En su léxico, todos ellos representaban la «Vieja África» que, según insistía repetidamente en sus columnas, «debe ser destruida porque es totalmente incompatible con la Nueva África». [34] Abría sus páginas a la frustración de una generación más joven que no veía perspectivas para sí misma y estaba resentida con el statu quo y con cualquiera, negro o blanco, que pareciera beneficiarse de él. Zik incluso utilizó con éxito el *Morning Post* para promover un nuevo partido político populista, el Partido Mambii (*mambii* significa «pueblo» en lengua Ga), contra el partido del *establishment*, que competían por escaños en el consejo legislativo de la colonia, un cuerpo en gran parte ceremonial destinado a ofrecer la ilusión de participación política (la constitución garantizaba una mayoría británica y daba la última palabra al gobernador).

Para los jefes tribales, que habían salido ganando con el gobierno indirecto y ejercían un poder aún mayor que el que tenían antes del colonialismo, Zik no era más que un agitador externo. En una sesión del consejo legislativo, uno de los jefes más respetados de la Costa de Oro, Nana Sir Ofori Atta (casualmente, medio hermano de Danquah), habló de Zik sin mencionar directamente su nombre. «Hemos oído hablar mucho sobre el supuesto nacimiento de una "Nueva África"», dijo. «Los promotores de la Nueva África están difundiendo doctrinas que solo pueden tender a causar problemas en este país». Veía un peligro real en la forma en que los jóvenes estaban siendo «educados para faltar al respeto y mostrar un abierto desprecio hacia jefes y ancianos». [35]

A Zik le gustaba lo que estaba sucediendo en sus páginas, la forma en que parecía estar incrementando la autoestima de los habitantes de Accra e

instando a la élite a pensar de manera más expansiva. Si eso significaba que a veces sus lectores se expresaban de manera rimbombante o con demasiada violencia, criticando a los administradores, condenando el colonialismo, abrazando el panafricanismo (y a veces incluso el comunismo), todo ello era parte de la sana fricción que esperaba crear.

Tan libres y animadas eran las páginas del *Morning Post* que se podría decir que Zik había olvidado totalmente la amenaza que se cernía sobre él desde el primer número: la ordenanza aprobada por el consejo legislativo (a pesar de que todos los miembros africanos se habían opuesto frontalmente a ella) que le daba al gobernador el derecho de determinar si una publicación tenía «intención sediciosa» y luego imponer multas y sentencias de cárcel a escritores y editores. La normativa dejaba abierta a la interpretación lo que se entendía exactamente por «sedicioso»: podía ser cualquier cosa, desde incitar a la rebelión contra el gobierno colonial hasta simplemente provocar «odio, desprecio o desafección contra la administración de justicia en la Costa de Oro». [36]

El vilipendiado gobernador Shenton Thomas había sido reemplazado por sir Arnold Hodson, quien tenía un enfoque muy diferente sobre su labor. Hodson se había ganado el apodo de *Sunshine Governor* («Gobernador Luz de Sol») en su puesto anterior en Sierra Leona, y su filosofía de gobierno pronto quedaría meridianamente clara: conceder a la prensa algo de espacio para hacer su trabajo. Aparte de lanzar propaganda probritánica a través de la radio estatal, pondría en práctica una suerte de negligencia benigna. Confiaba en que un lugar como «Grumblers' Row», pese a toda su argumentación y su opinión apasionada, sería simplemente demasiado estruendoso para presentar una amenaza real. «Es bien sabido», escribió poco después de asumir el cargo de gobernador, «que el exceso y la exageración acaban siendo tarde o temprano contraproducentes para sus propios fines y ejercen poca influencia en la gran masa de la opinión pública». [37]

Con Hodson instalado en su puesto, había muy pocas razones para temer que la inquietud burbujeante en el *Morning Post* creara algún problema para Zik. En el segundo año de vida del periódico, parecía que era capaz de hacer exactamente lo que Danquah había logrado y mucho más, sin trabas reales. Zik incluso había entablado una relación con el nuevo gobernador, y en abril de 1936, cuando Zik se casó con Flora Ogoegbunam, una joven de su ciudad de Onitsha, sir Arnold estuvo presente en la boda. Bajo la torre del reloj de ladrillo rojo de la iglesia metodista de Accra, con Zik vestido con una levita negra y pantalones a rayas, el gobernador le entregó un regalo: los discursos reunidos del primer ministro conservador de Gran Bretaña, Stanley Baldwin, en un libro titulado *This Torch of Freedom* («Esta antorcha de libertad»). [38]

El artículo que estuvo a punto de poner fin al experimento de Zik fue publicado por el *Morning Post* en su edición del 15 de mayo de 1936, y formaba parte de la andanada habitual de columnas y contracolumnas. En este caso el autor, identificado solo con el seudónimo de Efectivo, estaba respondiendo a un editorial anterior que planteaba la pregunta deliberadamente provocativa: «¿Creen en Dios los europeos?». [39] Efectivo sostenía que sí, que lo hacían, pero que era un dios «basado en el engaño y la mentira» y a quien los africanos no debían adorar. El hombre blanco «cree en el dios cuya ley es "Vosotros, los fuertes, debéis debilitar aún más a los débiles". Vosotros, los "civilizados" europeos, debéis "civilizar" con ametralladoras a los "bárbaros" africanos. Vosotros, los europeos "cristianos", debéis "cristianizar" a los africanos "paganos" con bombas, gases venenosos, etc.». El autor de la columna no se guardó nada para sí. El racismo de los colonizadores era de lo más rancio: los europeos «ponen un mono en una silla con una cadena alrededor de su cuello y dejan que un niño africano agarre la cadena, para hacerles una foto que titulan "Dos

monos", para que los africanos se den cuenta de que para los europeos los africanos son básicamente monos. Sí, este es el único dios que el europeo conoce y en el que cree».

Al final del artículo, Efectivo afirmaba que él solo rezaba al «dios de Etiopía, a quien mis antepasados adoraban en un período en que los europeos vivían en cuevas», y que se sentía en igualdad de condiciones con cualquier hombre blanco que pudiera reclamar superioridad. «El europeo me respeta y yo lo respeto a él. En el caso de que sobrepase sus límites y se vuelva insultante, a menudo lo pongo en su lugar en un santiamén. No se mete conmigo porque sabe cuál sería el resultado».

Zik había tenido sus reservas sobre la publicación de ese artículo. El problema no era que hubiera cruzado alguna línea roja —pues las opiniones anónimas en sus páginas alcanzaban habitualmente tales extremos—, sino que la identidad del hombre que escribía como Efectivo lo hacía desconfiar. Era Isaac Theophilus Akunna Wallace- Johnson, un autodenominado «africano internacional» que había nacido en Sierra Leona y pasado la mayor parte de su vida frecuentando círculos sindicales y comunistas, e incluso estudiando en una universidad patrocinada por la Internacional Comunista en Moscú a fines de la década de 1920 (donde Jomo Kenyatta, el futuro líder keniano, fue su compañero de cuarto). Cuando Wallace-Johnson aterrizó en la Costa de Oro casi al mismo tiempo que Zik, el fiscal general de la colonia comentó que el escritor había sido adiestrado en Moscú «en el arte de la propaganda subversiva» y que había «regresado a África Occidental como agitador profesional».[40] Copias de *The Negro Worker* («El trabajador negro») proliferaron a su paso.

A Zik no le importaba el radicalismo de Wallace-Johnson, ya que después de todo compartían los mismos objetivos anticoloniales, pero diferían mucho en las tácticas, en cómo llegar a donde querían llegar. Wallace-Johnson deseaba una revolución inmediata. Admiraba a Lenin, Stalin y Trotski y valoraba la idea de una vanguardia que liderase el

camino. Zik, no estaba de acuerdo y sostenía que primero se necesitaba una «revolución intelectual», y que su periódico estaba haciendo el trabajo de llevarla a cabo.[41] «Llamé su atención sobre la historia de la Italia moderna», escribió Zik, describiendo su primer encuentro con Wallace-Johnson. «Como se había necesitado un Mazzini para revolucionar el pensamiento de los italianos, y un Cavour para planificar el futuro del nacionalismo italiano, antes de que un Garibaldi entrara en escena como hombre de acción». Wallace-Johnson respondió que con el método de Zik se tardarían siglos en lograr la independencia, mientras que el suyo podría alcanzarla en décadas.

Lo que Zik no podía soportar era que Wallace-Johnson usara su enfoque radical para sabotear el enfoque de Zik, lanzando una bomba en medio de su esfera pública. Por ello, cuando Alfred Ocansey, el editor del periódico, le hizo llegar el artículo y le pidió que lo publicara, Zik se resistió. No confiaba en Wallace-Johnson, y también sabía que debido al uso del seudónimo él mismo sería el responsable último de su posible «intención sediciosa». Sin embargo, Ocansey insistió y Zik, frustrado, pasó el artículo a uno de sus editores asistentes para que se ocupase de ello.

Lo que Zik no sabía era que el gobernador Hodson, a pesar de su presencia en la boda de Zik, llevaba tiempo buscando una oportunidad como esa. En febrero de 1936, varios meses antes de que Zik publicara el artículo de Wallace-Johnson, Hodson había presentado una solicitud a la Oficina Colonial que había conmocionado a sus superiores. Quería «poder absoluto para suprimir un periódico de inmediato, si, en mi opinión, tal acción está justificada».[42] La campaña de propaganda radiofónica había fracasado, y los periódicos parecían estar fuera del alcance de cualquier posible reforma, pues estaban «controlados por los rojos» y buscaban, mediante la publicación de muchas voces enojadas y descontentas, «causar problemas y romper el Imperio». Hodson sentía un desdén especial hacia Wallace-Johnson, quien, aunque no dirigía un periódico, parecía estar

siempre involucrado en todas las provocaciones. Cada vez más irritado, Hodson escribió al gobierno central en Londres quejándose de que estaba seguro de que, a diferencia de los gobernantes británicos, «los franceses no tolerarían semejante comportamiento ni por un segundo». [43]

La llamada en la puerta de Zik se produjo ocho días después de que el artículo de Wallace-Johnson «¿Tiene un Dios el africano?» apareciese en el *Morning Post.* Era un sábado por la mañana, cuando se encontraba en su suite en el Trocadero. Allí, flanqueado por varios oficiales armados, estaba el superintendente de policía, D. G. Carruthers, quien también era uno de los compañeros habituales de tenis de Zik en el Gold Coast Lawn Tennis Club en Adabraka. Carruthers actuaba como si no conociera de nada al hombre que tenía delante. «¿Es usted el Sr. Nnamdi Azikiwe?», preguntó. Zik respondió que sí. «¿Editor jefe de *The African Morning Post*?» «Sí», respondió Zik de nuevo. «Tengo un comunicado penal para usted». [44] Dicho esto, Carruthers entregó un documento que acusaba a Zik de cuatro cargos de violar la ordenanza de sedición, todos relacionados con el artículo de Wallace-Johnson. Zik leyó la página y no tardó en percatarse de que cada cargo conllevaba una pena máxima de dos años de prisión o una multa de cien libras. Comenzó a sentir un sudor frío, con sus delgados hombros encorvados hacia adelante, y Carruthers de repente abandonó su pose impersonal. «Zik, espero que te des cuenta de que solo estoy cumpliendo con mis obligaciones», le dijo. «Por supuesto, D. G., me hago cargo». Carruthers sonrió y preguntó si seguía en pie el partido de tenis programado para esa noche.

Wallace-Johnson no tardó en ser arrestado cuando los detectives obtuvieron pruebas de que era él quien se ocultaba bajo el seudónimo de Efectivo. Su juicio fue el primero en celebrarse, en otoño, y terminó con un veredicto de culpabilidad, aunque el radical se las arregló para evitar la

prisión (se le dio dos semanas para pagar una multa de cincuenta libras en lugar de cumplir una sentencia de tres meses). La levedad del castigo enfureció tanto al gobernador Hodson que comenzó a redactar una nueva legislación que le permitiese deportar de la colonia a cualquier persona acusada de sedición.

El mal trago se prolongó para Zik mucho más tiempo; el juicio se retrasó nueve veces durante el transcurso de 1936, que fueron largos meses de espera e incertidumbre. Mientras tanto, trató de dirigir el periódico como antes, poblándolo de tantas voces como fuera posible, pero podía sentir la fría represión de Hodson. Cuando Zik finalmente se presentó ante un juez, en enero de 1937, no tardó en ser declarado culpable. El juicio de Wallace-Johnson ya había establecido que el *Morning Post* había publicado contenido sedicioso, y como editor jefe Zik fue considerado cómplice del crimen. «Esta es una ofensa muy grave para un editor de un periódico publicado en un territorio en gran parte analfabeto como la Costa de Oro», dijo el juez a Zik. [45] Fue condenado a una sentencia de seis meses y multado con cincuenta libras, pero un error técnico por parte del juez salvó a Zik de la prisión, y bajó por los escalones del tribunal con aire agitado pero desafiante. Estaba preparado «para sufrir lo inevitable», dijo a la multitud, si con ello contribuía a acelerar el paso de África «en su camino hacia la redención y la autodeterminación». [46]

Abrazó su martirio. El día después del juicio escribió una columna describiéndose a sí mismo como el «espíritu viviente de una idea, la idea de una Nueva África», que ahora debía enfrentarse a «las penurias y tribulaciones de Getsemaní, y el Gólgota y el Calvario». Había llegado a la Costa de Oro, «la Galilea de mi vida», a la edad de treinta años y ahora tenía treinta y tres años, y se sentía cerca de su «crucifixión». [47] Sus lectores, los principales colaboradores del periódico, tan dueños del periódico como él, ahora se sentían también asediados. Eran su fuerza vital, escribió. «¿Por qué entonces debería sentirme intimidado cuando sé que el

África que está volviendo a nacer está conmigo, y suspira conmigo, y sueña conmigo, y comparte conmigo la misma visión, en este trigésimo tercer año de mi fugaz existencia en este planeta?». Si el *Morning Post* había logrado crear un nuevo tipo de público, Zik estaba hablando con y para dicho público.

Zik recurrió la sentencia unos meses después, en marzo, y fue entonces cuando se puso claramente de manifiesto el carácter especial del periódico. La sección «Grumblers' Row», y gran parte del resto del periódico, tenía una capacidad de lucha que se basaba en su anonimato. Los escritores podían salir corriendo de detrás de los árboles, arrojar sus piedras y luego volverse a esconder. Y esto, en última instancia, fue precisamente lo que acabó salvando a Zik y todo su esfuerzo.

Fue representado por Frans Dove, el abogado más respetado de África Occidental (y padre de Mabel Dove, también conocida como Dama Dumas). Dove decidió basar su defensa en negar el supuesto fundamental de la acusación de la Corona británica: que Zik era realmente el editor jefe de *The African Morning Post*. Antes de que pudiera comenzar el procedimiento de apelación, Dove preguntó a los tres jueces de la Corte de Apelaciones de África Occidental (compuesta por los presidentes de los tribunales supremos deNigeria, Costa de Oro y Sierra Leona, tres caballeros ingleses blancos con pelucas de lana) si antes podía plantear una objeción preliminar pero básica. Quería una explicación de por qué consideraban que Nnamdi Azikiwe tenía alguna conexión con el caso.

El fiscal general respondió airado que se trataba de una pregunta absurda. Dijo que no cabía duda alguna de que Nnamdi Azikiwe era «Zik» y que todos los escolares del país sabían quién era Zik: el editor jefe de *The African Morning Post*, que publicó un artículo sedicioso en sus páginas. Dove respondió que, aunque entendía «la identificación popular de Zik con Azikiwe y de Azikiwe con *The African Morning Post*», y que esto podría significar algo para el ciudadano común, en realidad no significaba nada

«para la ley». [48] Sobre el papel, los seudónimos separaban la pluma del cuerpo. El nombre Nnamdi Azikiwe no aparecía en ninguna parte del periódico, solo el de «Zik», por lo que a menos que la Corona pudiera identificar irrefutablemente al hombre sentado ante ellos como el editor jefe, no era responsable de los cargos que se habían presentado contra él.

Dove había ideado una jugada de jaque mate utilizando contra sí misma la lógica del sistema judicial británico, que determinaba la culpabilidad a través de la identificación y la confesión. El fiscal general se puso en pie de inmediato y declaró que le sorprendía mucho que Dove estuviera tratando de engañar a la corte de esta manera, y que con mucho gusto proporcionaría una prueba legal de identidad. Luego solicitó el registro del arresto original de Zik por su compañero de tenis D. G. Carruthers. En la transcripción, leída en voz alta, se le preguntó claramente a Zik si era Nnamdi Azikiwe y si era el editor jefe de *The African Morning Post.* «Así quedó registrado, Señorías», dijo el fiscal general con tono triunfal.

Dove estaba preparado para esto. La sala del tribunal se quedó en silencio, y los tres jueces miraron desde sus bancas con verdadera curiosidad por el próximo movimiento del abogado. Se puso de pie y dijo con voz tranquila que era cierto que, con motivo de su arresto, el 23 de mayo de 1936, Nnamdi Azikiwe había admitido que era el editor jefe del periódico. Sin embargo, eso era irrelevante. ¿Había establecido la fiscalía en algún momento que él era el editor jefe en la fecha de autos del viernes 15 de mayo de 1936, es decir, cuando el artículo de Wallace-Johnson apareció impreso? «En ese preciso instante, nadie en el tribunal parecía siquiera capaz de respirar», afirmaría luego uno de los amigos de Zik. [49] Los jueces plantearon la pregunta al desinflado fiscal general, quien tuvo que admitir que no, que no podía ofrecer ninguna prueba de que Zik hubiera sido identificado legalmente como editor jefe el 15 de mayo. Eso, dijo entonces uno de los presidentes del tribunal, suponía un «golpe mortal» para la acusación de la Corona.

El juicio terminó en cuestión de minutos. El presidente del Tribunal de Apelación de África Occidental rechazó la condena de Zik y ordenó que la multa de cincuenta libras fuera reembolsada de inmediato. Zik apenas tuvo un momento para asimilarlo todo cuando estalló lo que más tarde describió como una «explosión de hilaridad». [50] Fue levantado sobre los hombros de sus amigos mientras la policía gritaba: «¡Orden en la sala!». Llevaron a Zik fuera del juzgado y luego por Pagan Road hasta las oficinas de *The African Morning Post*, donde, escribió más tarde, «el personal se unió a la multitud mientras recorríamos las calles de Accra, cantando y bailando alegremente por mi absolución». Los propios lectores y colaboradores habían venido en persona para celebrar una victoria que sentían como suya.

El juicio y la victoria de Zik sobre los amos coloniales causaron una gran impresión en la creciente comunidad de lectores de periódicos en Accra, consolidando su derecho a disfrutar de un espacio público y de la pequeña libertad de debatir entre ellos. Kwame Nkrumah, un joven maestro formado en la Escuela Achimota que había hecho una visita a Zik el año anterior en busca de consejo, escribiría más tarde en sus memorias que sus propios sentimientos nacionales se vieron «resucitados gracias a los artículos escritos en *The African Morning Post*». Nkrumah había pensado en convertirse en sacerdote católico, pero tras dicha visita decidió estudiar en Estados Unidos. Zik redactó una carta de recomendación para la Universidad de Lincoln, y Nkrumah comenzó sus estudios allí en el otoño de 1935. No obstante, continuó siguiendo muy de cerca los acontecimientos que tenían lugar en su país, al igual que Langston Hughes, quien escribió un poema sobre su viejo amigo de la Universidad. [51] Nkrumah, el hombre que eventualmente se convertiría en el primer ministro y presidente de Ghana (y uno de los primeros líderes del África subsahariana en obtener la independencia de su país), escribiría que el caso de sedición de Zik fue «la

primera bocanada de humo que advertía que se había declarado un incendio, un fuego que resultaría imposible de extinguir». [52]

¿Qué era exactamente ese incendio? Eran las primeras llamas de una identidad nacional, nacidas de opiniones que se frotaban entre sí como nunca lo habían hecho, mientras los ciudadanos de una nación compartida discutían sobre su presente y su futuro. Zik se sentía satisfecho, por supuesto, pero también se tomó un tiempo para pararse a pensar y preguntarse qué estaba haciendo en la Costa de Oro. Había sido un año agotador. Su esposa, Flora, echaba de menos a su familia y a su país de origen, Nigeria. Y su propia relación con Ocansey se había vuelto tensa, y no sabía si tendría el mismo tipo de control editorial sobre el periódico que había tenido antes de su detención. Con estas dudas ya creciendo, se enteró de que un pequeño periódico iba a cerrar y vendía su rotativa. Rápidamente encontró inversores y aprovechó la oportunidad para comprar una imprenta a vapor, una Wharfedale Stop Cylinder, inventada a mediados del siglo XIX y ya fuera de uso en Europa y América. Estaba muy usada, pero aún funcionaba. Zik dispuso que todas las piezas se trasladaran en un camión hasta Accra, y tan pronto como la tuvo montada, registró una nueva empresa de comunicación: Zik's Press.

Pronto, tan solo tres meses después de su absolución, se encontraba en un barco en el puerto de Accra, mirando de nuevo hacia la costa. Esa vez, sin embargo, tenía a su esposa con él y una imprenta a bordo, así como una reputación de ser algo más que un joven inteligente con una educación estadounidense. Había demostrado ser capaz de reunir a un público lector, una comunidad consciente de sí misma a la que no le importaba irritar a las autoridades británicas mientras caminaba a tientas hacia su propia independencia. Ahora se dirigía a Lagos, donde fundaría un nuevo periódico, el *West African Pilot*, con la esperanza de continuar lo que había comenzado. Aún tendría que pasar otro cuarto de siglo antes de que Nigeria lograra declarar su independencia del Reino Unido, y cuando por fin lo

hizo, Nnamdi Azikiwe prestaría juramento como el primer presidente de la nueva república.

5

Enfoque

Moscú, 1968

Tras la muerte de Stalin en 1953, la Unión Soviética pudo por fin respirar libremente. Los años posteriores fueron un período conocido como el Deshielo, y como muchos otros en su generación, Natalya Gorbanevskaya pudo aprovechar el esperanzador rayo de luz tras largos años de miedo y asesinatos generalizados. Nikita Jrushchov, el nuevo líder, pronunció su «discurso secreto» en 1956, denunciando el culto a la personalidad y el gobierno represivo de Stalin. Nuevos pensamientos, nuevas formas y colores, se fueron abriendo paso poco a poco. Las pinturas de Picasso se exhibieron en Moscú y Leningrado, y Natasha, como todos la llamaban, se apresuró a acudir a admirarlas con sus amigos de la facultad.

No obstante, para los intelectuales urbanos ese vertiginoso período también trajo consigo un nuevo conjunto de complicaciones. Apenas unos meses antes de que el cubismo llegara al Hermitage, los tanques soviéticos aplastaron brutalmente la revolución húngara. El tema era que había dejado de resultar obvio qué podría enemistar a la gente con el régimen. Bajo el mandato de Stalin, poner a prueba los límites de la libertad significaba muy probablemente ser lanzado escaleras abajo hasta el sótano de una prisión, enviado a un Gulag siberiano o condenado al pelotón de fusilamiento. Pero

¿hasta dónde se podía llegar ahora? El terreno, aunque despejado de minas antipersona, todavía tenía muchos agujeros en los que caer y rocas afiladas en las que tropezar. ¿Qué desencadenaría las represalias del régimen? ¿Hasta qué punto se podía criticar y qué se podía criticar exactamente? ¿Qué arte estaba permitido? ¿Y qué tipo de verdades difíciles podrían pronunciarse a un volumen más alto que un susurro?

El campo de pruebas para estas preguntas fue el llamado *samizdat*. La palabra significaba algo así como «autopublicación», generalmente en forma mecanografiada, y era en todos los sentidos un producto único del Deshielo. A principios de la década de 1960 era el método clandestino para leer las novelas, cuentos, poemas, ensayos políticos y memorias que nunca pasarían más allá de los censores estatales soviéticos. Los textos *samizdat* se convirtieron rápidamente en la forma de escritura más interesante, transmitida de mano en mano, una especie de fruta prohibida. (Un famoso chiste de la época relata a una madre diciendo que cuando su hija se negó a leer *Guerra y paz*, le dio el libro y le encargó que lo redactase como *samizdat*, y entonces se lo leyó sin rechistar de principio a fin.)

A una aspirante a poetisa como Natasha, que llevaba escribiendo versos desde que era una niña, el Deshielo la hizo sentir que por fin podía expresarse más abiertamente, pero las oportunidades para dar a conocer sus trabajos aún eran escasas. Cuando era estudiante de lingüística en la Universidad de Moscú a fines de la década de 1950, sus primeros poemas aparecieron en el periódico del muro de la universidad: páginas de hoja ancha impresas y pegadas alrededor del campus, para ser leídas de pie. Algunos estudiantes la tacharon de «decadente y pesimista» por sus sentimientos oscuros y amorosos. [1] También se dio cuenta de lo peligrosa que podía ser la poesía en la Unión Soviética. Tras la aniquilación de la revolución húngara, algunos de los amigos de Natasha fueron arrestados por sus poemas, e incluso ella misma fue enviada a la famosa prisión de Lubianka (el lugar donde, de hecho, los reclusos eran fusilados no mucho

antes). Bajo la presión de la KGB, reveló todo sobre la creación del folleto que contenía los poemas ofensivos. Por entonces, a los veintiún años, todavía se consideraba a sí misma como una buena ciudadana soviética, miembro del Komsomol, los jóvenes pioneros, pero después se arrepintió y nunca se perdonó a sí misma por traicionar a sus amigos. [2]

A principios de la década de 1960, su vida como escritora se vio beneficiada por la difusión del *samizdat*, dándole la oportunidad de agregar sus versos a la corriente de poesía subterránea. Al principio, copiaba sus poemas a mano y los compartía con amigos, pero después de comprar una vieja máquina Olympia por cuarenta y cinco rublos para escribir su tesis, comenzó a mecanografiarlos, para lo cual utilizaba papel carbón, que le permitía crear cuatro copias a la vez. [3] Natasha reproduciría la misma colección hasta ocho veces, para «publicar» una tirada *samizdat* inicial de treinta y dos. Sus poemas sobre la alienación y la soledad se difundirían a medida que sus lectores fueran creando sus propias copias. «Entro en mi propio ser como un avión fuera de control», escribió en un poema, incluido en su primera publicación *samizdat* de 1964, año en que comenzó a elaborar compendios anuales. En otro de los poemas, afirmó que «no soy una llama, no soy una vela, sino una luz; soy una luciérnaga sobre la hierba húmeda y descuidada». [4]

El *samizdat* atraía cada vez en mayor medida a Natasha hacia una comunidad de disidentes. Por el mero hecho de participar en un acto artístico, aunque su temática fuese más personal que política, ya se encontraba desafiando a un régimen y a una ideología que buscaba el control sobre toda la producción cultural. A principios de la década de 1960 ayudó a organizar dos revistas de poesía *samizdat*, llamadas *Syntax* y *Phoenix*, que irritaron tanto a las autoridades que sus editores fueron detenidos, acusados de ser criminales y enviados a campos de prisioneros. Pese a todo ello, Natasha continuó escribiendo. En 1962 incluso fue llevada por un amigo a conocer a Anna Ajmátova, madrina de los poetas disidentes

del país. El círculo de jóvenes acólitos de Ajmátova incluía entonces a Joseph Brodsky, quien pronto sería denunciado y llevado a juicio por lo que se consideraron poemas «pornográficos y antisoviéticos». Más tarde, a los setenta años, la presencia regia e intransigente de Ajmátova causaría una fuerte impresión en Natasha, quien se reafirmaría en su identidad como poeta, con todas las dificultades que eso conllevaba.

Si bien el *samizdat* comenzó como una forma de autoexpresión, Natasha también estaba empezando a ser consciente de hasta qué punto podía unificar a la comunidad de artistas y escritores disidentes que por entonces estaban empezando a sufrir cada vez más ataques. El medio ofrecía una forma de fusión y una divisa común para superar el cierre de todas las vías habituales de creación cultural. Sin embargo, cuando la apertura que había permitido la entrada de algo de luz en sus vidas como creadores comenzó a cerrarse de nuevo, entonces y solo entonces se percataron de hasta qué punto sería útil a la hora de apoyar su creciente oposición y centrarla en un objetivo claro, martilleando día tras día la inamovible fuerza del estado.

El Deshielo terminó para Natasha y sus amigos el día en que Andréi Siniavsky y Yuli Daniel fueron detenidos en septiembre de 1965. Ambos eran escritores reconocidos y respetados. Hasta ese momento, cada vez que los distribuidores de *samizdat* habían sido procesados casi siempre era por crímenes falsos o dudosos, pero Siniavsky y Daniel fueron llevados a juicio específicamente por sus palabras. Fueron acusados con base en el nuevo artículo 70, que afirmaba que la «propaganda y agitación antisoviéticas» eran ilegales y podían ser castigadas con penas de prisión.

El 5 de diciembre de 1965, un día festivo oficial que celebraba la constitución soviética, los disidentes se reunieron para protestar en la plaza Pushkin, ubicada en el centro de Moscú, una perspectiva aterradora que se producía poco más de una década después de la muerte de Stalin. Las

pancartas que desplegaron daban una idea de su estrategia: no llamar a la revolución o al derrocamiento, sino simplemente pedir al estado soviético que cumpliese con sus propias leyes, los principios de derechos civiles y humanos codificados en la carta magna del país. «Respeten la Constitución, la Ley Básica de la URSS», pedían, igual que exigían que «el juicio de Siniavsky-Daniel sea público». [5] Un par de meses más tarde, Siniavsky fue sentenciado a siete años y Daniel a cinco en los campos de trabajos forzados de Mordovia.

Natasha los conocía bien a ambos. A menudo había visitado a Siniavsky, a cuyo seminario de poesía soviética había asistido como estudiante, y una vez había conocido a Yuli Daniel en su casa. Esta era su comunidad, con todas sus disputas y asuntos amorosos, y la sentencia cayó sobre ella como una losa. Lo que ocurriría durante los siguientes dos o tres años quedó bien reflejado en el título de uno de los libros *samizdat* sobre las diversas represiones: «El proceso de la reacción en cadena». [6] Siempre se producía, por este orden, una detención, un juicio y luego el exilio o el encarcelamiento, y el *samizdat* comenzó a servir como una suerte de registro de todo lo que ocurría, de todos los hechos, incluidos los testimonios secretos de los juicios y el desarrollo de esas pocas manifestaciones abiertas de protesta que a menudo eran disueltas en segundos. La aparición del *samizdat* producía más detenciones, lo que llevaba a su vez a crear más *samizdat*. De esta manera, a lo largo de 1966 y 1967, Natasha vio como muchos de sus amigos eran enviados personalmente a campos de prisioneros o intentaban ocuparse de los que estaban en ellos, dejando atrás a sus familias. Los días en los que la poesía se consideraba subversiva simplemente porque sus temas no eran lo suficientemente alegres eran cosa del pasado, pero ahora estaban librando una guerra contra el régimen y la única arma real de la que disponían era el papel cebolla.

Natasha hizo pública su participación en esta batalla en febrero de 1968, cuando firmó una carta dirigida a la troika de líderes que entonces dirigían el país y alentaban la represión —Nikolái Podgorni, Alekséi Kosygin y Leonid Brézhnev— para exigir que sus amigos, arrestados por la publicación de los *samizdat*, fueran sometidos a un juicio abierto, como ordenaba la ley. «Mientras una acción arbitraria de este tipo continúe sin ser condenada, nadie puede sentirse seguro».[7] Natasha sabía que estaba asumiendo un enorme riesgo y que estaba en una situación particularmente vulnerable. Vivía con su madre y su hijo, Yasik, en una unidad de un apartamento comunitario ruidoso y poco iluminado con baños y cocinas compartidos. El padre de Natasha había muerto en el frente en 1943, y ella había crecido con su madre viuda. Su propia decisión de criar a un niño sola, con la ayuda de su madre, por supuesto, fue voluntaria pero inusual. Había un aura de excentricidad generalizada en torno a Natasha. En una foto de 1968, cuando tenía treinta y dos años, se la puede ver vestida con pantalones holgados, un oscuro suéter de punto sin forma definida y zapatillas de deporte. Su cabello está despeinado y tan solo le llega a la barbilla. Sus puntiagudas gafas de ojo de gato dominan su rostro. Y está embarazada de nuevo, una vez más sin la participación del padre del niño.

Dos días después de enviar su carta de protesta, sintió la mano del estado agarrándola por el cuello, y de la manera más extraña e inquietante. A principios del último trimestre de su embarazo, se despertó enferma un día y, temiendo que hubiera un problema con el bebé, ingresó en un hospital de maternidad donde le diagnosticaron anemia. Como en una historia de terror, una vez ingresada no se le permitió salir. En una serie de notas que logró sacar de contrabando, fue describiendo la terrible experiencia en tiempo real. «¿Por qué me mantienen aquí?», escribió. «Después de cada "Hay que esperar hasta mañana" me derrumbo como un saco vacío».[8] Después de unos días, un psiquiatra la examinó y consideró que su insistencia en ser dada de alta era un síntoma de esquizofrenia. Luego la desnudaron a la

fuerza y la metieron en una ambulancia, donde fue trasladada a la principal institución psiquiátrica de Moscú, conocida como Kashchenko.

La pesadilla continuó con la ropa: «Otra forma de aplastarte y humillarte. Con las bragas (de punto) por las rodillas, medias sin elástico que se caen una y otra vez. Todas desfilando con la misma horrible apariencia, apenas seres humanos, y mucho menos mujeres». La mayoría de las mujeres estaban, en efecto, mentalmente enfermas: «Hay una sala de recreación aquí, con un televisor y una radio. Eché un vistazo, pensando que podría pasar el tiempo viendo la televisión. La televisión aún no estaba encendida, y dos parejas se movían alrededor de la radio, al son de algún tango de posguerra: mujeres pobres y miserables, con vestidos espantosos, entrelazadas, balanceando lánguidamente sus caderas».

Esta era la forma en que la KGB la castigaba. Solo su embarazo había permitido que aterrizara allí y no en un campo de prisioneros. Trató de ser fuerte. «Si querían asustarme, traumatizarme o hacerme perder la cabeza, no lo consiguieron», escribió en su última nota. «Estoy esperando el nacimiento de mi hijo con bastante calma, y ni mi embarazo ni su nacimiento me impedirán hacer lo que deseo, que incluye participar en cada protesta contra cualquier acto de tiranía». Tras casi dos semanas, de repente y sin explicación alguna, fue enviada a casa.

Durante los días posteriores a su liberación, tras reunirse de nuevo con sus amigos, y todavía muy embarazada, comenzó a imaginar un uso adicional del *samizdat*, extendiendo su papel de documentación, creando un espacio central para recopilar una lista detallada de los errores cometidos por la Unión Soviética.

A Natasha le agradó el tono de las cartas de protesta escritas colectivamente por sus amigos disidentes: frío como el hielo, preciso, casi jurídico, asociando las acciones realizadas por el estado a citas legales. Tal y como

expresaría más tarde, sentía un amor verdadero por la objetividad. Su deseo era usar este enfoque en la creación de un «periódico» *samizdat*, que reflejara la forma en que su comunidad estaba siendo golpeada una y otra vez en 1968. A pesar de que algunas noticias de las detenciones y juicios llegaban a Occidente, y a veces incluso se transmitían a la Unión Soviética en las frecuencias de onda corta de la BBC o la Voz de América, estos eran solo los casos más conocidos. Natasha quería reunir todo lo que estaba sucediendo, la experiencia completa de vivir lo que estaban empezando a considerar una época «neostalinista». Era fácil perder la cuenta de las muchas injusticias que se producían en la realidad cotidiana de su persecución, sentir cómo muchos dardos daban en el blanco, pero no saber cómo ir más allá de una respuesta emocional, o hacer algo más que prepararse para recibir más golpes. Este periódico les ayudaría a enfocar sus esfuerzos, les permitiría recoger las piezas dispersas y juntarlas, fijando su atención en la construcción de una argumentación continua. También les permitiría agrupar a las diversas corrientes de disidencia en todo el imperio: los perseguidos por su religión, los sospechosos por su lealtad a su grupo nacional o étnico y, por supuesto, los marginados políticos, algunos golpeados simplemente por insistir en la verdad, y otros solo por estar ligeramente fuera de sintonía con la visión unitaria del Partido Comunista. Cada uno veía su difícil situación como única, pero gracias al periódico estarían literalmente en la misma página.

En ese periódico, Natasha y sus amigos decidieron eliminar toda opinión personal y dejar que los hechos hablaran por sí mismos. El resultado fue que los periodistas occidentales los empezaron a tomar más en serio, pero esta decisión sobre el estilo también fue una forma de resistencia. Para un régimen que, desde Lenin, valoraba la prensa principalmente por su potencial propagandístico, una fuente de noticias neutral como la que ella estaba imaginando, comprometida con una recitación clínica y aséptica de información, resultaba casi subversiva.

Natasha tenía tiempo para dedicarse a su objetivo; la fecha del parto se acercaba rápidamente y le habían concedido un permiso por maternidad en su trabajo como traductora en el Instituto Estatal de Diseño Experimental e Investigación Técnica de Moscú. También poseía habilidades editoriales tras años de producción de *samizdat*, y era una mecanógrafa razonablemente veloz. Había otros intelectuales que tenían más prestigio entre los disidentes, pero consideraban el trabajo de recopilación y reescritura como algo por debajo de su nivel. Natasha no le tenía miedo al trabajo y estaba ansiosa por hacer algo útil. Y así, en la primavera de 1968, a finales de marzo, sintiendo cómo su hijo se movía dentro de ella, Natasha deslizó una de las páginas de papel carbón en su Olympia y comenzó a escribir.

En la parte superior del número 1, Natasha le puso al periódico un título a la vez serio e irónico: *Año de los Derechos Humanos en la Unión Soviética*.[9] La Declaración Universal de los Derechos Humanos había sido firmada veinte años antes, hecho que no fue precisamente conmemorado en la Unión Soviética. Por si acaso, agregó el Artículo 19 como epígrafe: «Toda persona tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye la libertad de crear y mantener opiniones sin interferencias, y de buscar, recibir y difundir información e ideas a través de cualquier medio de comunicación, incluso más allá de sus fronteras». El nombre que acabó calando fue el que usó como subtítulo, *Crónica de los hechos actuales,* en homenaje a un resumen de noticias en ruso de la BBC, y posteriormente comenzaría a conocerse simplemente como *Crónica*.

Natasha redactó el primer número en su apartamento con su máquina de escribir, aunque no sin antes pagar a alguien en el mercado negro para que alterara las teclas de su Olympia y evitar así que las autoridades pudieran relacionar su *samizdat* sobre política con su *samizdat* sobre poesía. Eran veinte páginas muy comprimidas, con siete copias al carbón. Terminó la redacción a finales de abril y estableció la fecha de publicación del 30 de

abril de 1968 (a partir de entonces, los números aparecerían cada dos meses el último día del mes). Seis de las copias fueron repartidas entre amigos para ser reescritas a su vez, y una fue entregada a un corresponsal occidental. Las notas garabateadas que contenían toda la información en la que se basaba el número fueron quemadas de inmediato.

Desde esa primera edición, Natasha y sus amigos usaron *Crónica* para liberarse de la carga de todo el daño que se les había hecho. En ese sentido era bastante restringido, pues al principio todos los acontecimientos descritos se referían al pequeño círculo de intelectuales en Moscú y Leningrado, comenzando con un relato del juicio de cuatro de ellos que habían sido procesados por elaborar *samizdat*. Incluso el reciente calvario de Natasha encontró su camino hacia las páginas del primer número: «Sin previo aviso y sin el conocimiento de sus familiares y conocidos, Gorbanevskaya fue trasladada el 15 de febrero de la clínica de maternidad n.º 27, donde estaba siendo retenida tras una amenaza de aborto espontáneo, a la sala 27 del hospital Kashchenko». [10]

El periódico suponía una novedad. Se presentaba como un espacio carente de valor. El estilo de escritura era refrescante, casi elegante. Más tarde, Liudmila Alekséyeva, una de las disidentes que más contribuyó en la mecanografía de *Crónica*, describiría lo que ella llamaba un «estilo frío e impersonal» de la siguiente manera: «No ofrecía comentarios, ni expresiones literarias, ni saltos mortales verbales; solo información básica». [11] La ausencia de adornos le pareció a Natasha un auténtico acto creativo. No se parecía en nada a la experiencia que había tenido escribiendo poesía, que, según decía, le parecía tan natural y necesaria como respirar, sino que era una especie de cincelado voluntario de la emoción que era satisfactoria a su manera, pues agudizaba el enfoque y la concentración.

Dos semanas después de la publicación del primer número decidió hacer una reimpresión, lo que en su caso significaba sentarse y redactarlo todo de

nuevo. Su amigo Pável Litvínov, nieto del ministro de Asuntos Exteriores de Stalin, Maksim Litvínov, se había convertido en un prominente disidente que había aportado mucha información para el primer número. Por ello, también permitió que Natasha usara el apartamento de su familia durante el día como un lugar seguro para escribir, principalmente para mantener el proyecto oculto a la madre de Natasha. Mientras trabajaba allí el mediodía del 13 de mayo sintió las primeras contracciones del parto. Intentó aguantar todo lo posible, pero cuando el dolor se volvió insoportable simplemente dejó la página en la máquina de escribir y una nota para que Litvínov terminara el trabajo. Se trasladó sin ayuda al hospital, donde dio a luz a su segundo hijo a la 1.30 de la madrugada. Semanas más tarde, una vez recuperada, fue a visitar a Litvínov y encontró la página en la máquina de escribir exactamente donde la había dejado. Era su proyecto, su iniciativa, tal vez apreciada por el resto de los disidentes, pero aún no se consideraba esencial. Tendría que demostrarles su importancia. Terminó de volver a escribir el número 1 y comenzó el número 2, que se publicaría el 30 de junio de 1968. [12]

En el segundo número, Natasha comenzó a innovar, agregando más secciones al periódico. La más importante era «Noticias breves», una especie de cajón de sastre que incluía violaciones legales de todo tipo y actualizaciones sobre el estado de los diversos casos y prisioneros. [13] El primer artículo del número 2, por ejemplo, decía: «Un torno ha arrancado los dedos de la mano de Vadim Gaenko en el campo n.º 11 de Mordovia. Gaenko, de Leningrado, está cumpliendo cuatro años en virtud de los artículos 70 y 72 del Código Penal de la RSFSR por participar en un círculo marxista ilegal y publicar el periódico *La Campana*». También incluía una larga lista de afectados por la «represión política extrajudicial», con los nombres de noventa y una personas que habían sido expulsadas de sus trabajos o del partido por varios supuestos delitos, como firmar cartas de protesta o enseñar libros prohibidos.

La mayor parte del material procedía de amigos que escribían lo que sabían en hojas de papel o lo memorizaban y luego se lo contaban a Natasha, cuya identidad como editora era un secreto a voces. Con este segundo número, Natasha también amplió su campo de acción fuera de los centros urbanos, al incluir una carta de un grupo de tártaros de Crimea en la que describían el dolor psíquico persistente que les había provocado la expulsión forzada y brutal de sus tierras durante la era de Stalin. Con el fin de que *Crónica* actuara convincentemente como un informe legal para el agraviado ciudadano soviético, para que se centrara en la disidencia, tenía que extenderse más allá de las preocupaciones de la intelectualidad de Moscú y Leningrado.

Por entonces, Natasha ya dedicaba la mayor parte de su tiempo al periódico, recorriendo la ciudad en busca de material, reuniéndose con familiares de prisioneros para informarlos tras las visitas a los campos orientales, y luego luchando por escribirlo todo en las crecientes páginas de *Crónica*. Era un trabajo arduo y secreto. Su único consuelo era que no creía que a la KGB le preocupara demasiado su publicación.

Justo cuando comenzaba a sentirse cómoda en su identidad de editora oculta, escribiendo furtivamente en apartamentos prestados, Natasha sintió el impulso de participar en una forma más física de protesta. El 21 de agosto, los tanques soviéticos entraron en Checoslovaquia con el objetivo de aplastar la Primavera de Praga. Todavía se sentía culpable por la forma en que había abandonado a sus amigos a raíz de la revolución húngara, y aquella era su oportunidad para redimirse. Tenía que mostrar solidaridad hacia el pueblo de Checoslovaquia y los movimientos liberalizadores del nuevo líder del país, Alexander Dubček.

Natasha y un grupo de amigos, incluidos Litvínov y Larisa Bogoraz, la esposa del escritor encarcelado Yuli Daniel, decidieron protestar organizando una sentada pacífica en la Plaza Roja. Nunca antes se había intentado un acto de disidencia pública tan flagrante en lo que era

esencialmente un territorio sagrado, a pocos metros del cuerpo momificado de Lenin. Durante la preparación, confeccionaron banderas checas y pancartas con lemas como «Por tu libertad y la nuestra», que luego Natasha ocultó debajo del colchón en el cochecito de su hijo de tres meses. Justo antes de la hora señalada, a mediodía del 25 de agosto, llevó a su bebé dormido, Osya, hasta la Plaza Roja, con un par de pañales y pantalones de tela adicionales doblados a sus pies. Se encontraron en Lobnoye Mesto, la plataforma circular de piedra elevada en forma de escenario frente a la Catedral de San Basilio, donde se decía que Iván el Terrible había llevado a cabo decapitaciones; y justo cuando la campana de la catedral anunció el mediodía, los siete amigos sacaron sus pancartas y banderas y se sentaron en silencio en medio de la bulliciosa plaza. En cuestión de minutos fueron detenidos y encerrados. Natasha grabó sus recuerdos de inmediato para incluirlos en el siguiente número de *Crónica*: «La gente apenas había comenzado a reunirse a nuestro alrededor cuando unos hombres vinieron corriendo hacia nosotros con el evidente objetivo de disolver nuestra manifestación, golpeando a los espectadores más cercanos para abrirse paso. Saltaron sin miramientos sobre nosotros y derribaron y destrozaron nuestras pancartas sin molestarse siquiera en dedicar una mirada a lo que estaba escrito en ellas. Nunca olvidaré el sonido de la tela rasgándose brutalmente». [14]

Una multitud organizada por la KGB para soliviantar a los peatones, en su mayoría aún confusos por lo que estaba ocurriendo, comenzó a gritar a los manifestantes: «¡Seguro que son judíos!» y «¡Sin piedad contra los antisoviéticos!». Mientras tanto, unos Volgas negros, los coches preferidos por la KGB, aceleraron a través de la plaza y la policía saltó de ellos, levantando bruscamente a los manifestantes sentados del suelo y subiéndolos con violencia a los vehículos. Natasha se quedó sola, de pie junto al cochecito de su bebé mientras aquellos extraños la insultaban a voz en grito. El bullicio acabó despertando al bebé, y ella rápidamente le

cambió el pañal en medio de la multitud frenética. Luego, otro Volga se detuvo junto a ella dando un frenazo, y Natasha fue metida a la fuerza en el coche, colocándole con brusquedad al niño en los brazos antes de que la puerta se cerrara de golpe y dos transeúntes no demasiado imparciales se unieran a ellos como testigos. «Me abalancé hacia la ventana, la bajé e intenté gritar: "¡Viva Checoslovaquia libre!", pero a mitad de frase el supuesto testigo me dio un fuerte golpe en la boca. El hombre se sentó junto al conductor y dijo: "A la comisaría número 50". Volví a asomarme a la ventanilla y esa vez logré gritar: "¡Me están llevando a la comisaría número 50!"». El testigo sentado a su lado en el auto golpeó a Natasha una vez más, «lo cual fue a la vez doloroso y humillante».

Natasha, como todavía estaba amamantando a un bebé, fue liberada casi de inmediato. Unos días después escribió una carta que apareció en *The New York Times*, entre otras publicaciones. Como única participante «aún en libertad», Natasha describió lo que sucedió en la Plaza Roja y se mostró orgullosa de que, según sus propias palabras, «pudimos atravesar, aunque fuese brevemente, el lodo de las mentiras desenfrenadas y el silencio cobarde y, por lo tanto, demostrar que no todos los ciudadanos de nuestro país están de acuerdo con la violencia llevada a cabo supuestamente en nombre del pueblo soviético». [15]

Con sus colaboradores más próximos, Litvínov y Bogoraz, encarcelados y condenados inmediatamente al exilio siberiano, Natasha se sentía cada vez más sola. Se le ordenó presentarse en el Instituto Serbski de Medicina Psiquiátrica, donde un comité de psiquiatras y oficiales de la KGB declararon que sufría una «leve esquizofrenia». El comité recomendó que «fuera declarada demente y alojada en un hospital psiquiátrico de categoría penal para tratamiento obligatorio». [16] Sin embargo, el fiscal estatal simplemente ordenó que se cerrara el caso y nombró a su madre como su tutora oficial. Natasha se lanzó de nuevo al trabajo de *Crónica*, sin saber de cuánto tiempo disponía aún.

A finales de 1968, *Crónica* se había convertido en una publicación habitual en la Unión Soviética, un *samizdat* que aparecía regularmente y que contaba una historia actual y altamente detallada de la represión. De la misma manera que un pequeño periódico local puede dotar de significado a un grupo, como hizo *The African Morning Post, Crónica* ayudó a los disidentes a verse a sí mismos como una comunidad en guerra contra su propio estado. El acoso, los registros nocturnos, los exilios y las largas penas de prisión adquirieron un nuevo significado en esas páginas escritas a máquina. Al contarlo todo en dichas páginas en forma de datos objetivos, los disidentes llegaron a sentirse parte de una sola narrativa en la que solo ellos exigían responsabilidades. Y, para el quinto número, el círculo de lectores se había expandido enormemente, tanto que la mayoría no sabía de la existencia de la pequeña y acosada madre soltera de dos hijos que se encontraba detrás de todo ello.

En el número 5, Natasha se dirigió por primera vez directamente a sus lectores como audiencia con entidad propia. El «Año de los Derechos Humanos», 1968, estaba llegando a su fin, y deseaba explicarles que la revista proseguiría su labor: «Gracias a los cinco números de *Crónica* publicados hasta la fecha, uno puede formarse al menos una impresión parcial de cómo se ha producido la supresión de los derechos humanos y el movimiento a favor de los mismos en la Unión Soviética. Ningún participante en este movimiento puede sentir que su tarea ha terminado con el fin del año de los derechos humanos. El objetivo general de la democratización, y el objetivo más concreto perseguido por *Crónica*, aún no se han alcanzado, ni mucho menos. Por ello, *Crónica* se seguirá publicando en 1969». [17]

Natasha comenzó a recibir comentarios positivos de lo más inesperados. La publicación que había creado era tan neutral y abierta como un tablón de

anuncios, y pronto muchos comenzaron a enviar sus propias contribuciones. Los arrugados pedazos de papel que comenzaron a llegar poco después de la publicación del primer número contenían detalles más o menos relevantes sobre ofensas que las personas habían presenciado o experimentado por sí mismas. Si parecían creíbles, Natasha los incluía en la sección «Noticias breves» del número siguiente. En poco tiempo, aquellos trozos de papel comenzaron a alimentar gran parte del contenido de *Crónica*. Las notas se transmitían en cadena, de mano en mano, de la misma manera que se difundía el propio periódico en el que se publicaban. Y a juzgar por lo que le estaba llegando, la cadena se estaba haciendo cada vez más larga, con noticias que llegaban de ciudades como Kiev, Járkov y la lejana Perm, ubicadas a largas horas en tren de la capital.

Cada eslabón de la cadena tan solo conocía los otros dos eslabones a los que estaba unido, y Natasha deseaba mantenerlo así. En ese mismo número 5, hizo explícito por escrito lo que ya se había convertido en práctica. Cualquiera que estuviese interesado «en asegurarse de que el público soviético esté informado sobre lo que sucede en el país puede pasar fácilmente información a los editores de *Crónica*», escribió. «Basta con comunicarlo a la persona de quien se ha recibido el periódico, quien se lo comunicará a la persona de quien lo ha recibido a su vez, y así sucesivamente. Sin embargo, se desaconseja intentar rastrear toda la cadena de comunicación, o de lo contrario se le considerará un posible informante de la policía». [18]

El único inconveniente de este sistema era que tenía la apariencia de ser secreto y conspirativo, y ese no era un mensaje que Natasha quisiera transmitir. Ella no veía *Crónica* como una empresa ilegal. Todo su modus operandi era la transparencia, o *glasnost* en ruso, a la hora de descubrir el funcionamiento interno de la Unión Soviética en beneficio de los ciudadanos interesados. El concepto de un periódico clandestino tenía un arquetipo importante en el propio órgano de propaganda prerrevolucionaria

de Lenin, *Iskra*, impreso en el extranjero e introducido de contrabando en la Rusia zarista, donde tenía que ser ocultado y referido solo en susurros. *Crónica* se basaba en un impulso distinto: no tenía la intención de crear un ejército revolucionario en las sombras, sino de sacar a la luz los continuos abusos y el comportamiento represor del estado soviético. Si, como resultado de este proceso, se llegara a concebir una especie de revolución, ello sería producto de este lento despertar de la ofuscación y la ilusión que el estado utilizaba con tanta habilidad para ocultar su represión.

Natasha quería que los informes se esforzaran por lograr una precisión total. En opinión de Lenin, expresada en 1901, la prensa era «no solo un propagandista y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo». [19] Los disidentes no buscaban hacer propaganda, agitar u organizar, sino que únicamente estaban interesados en romper el sentimiento claramente soviético de tener dos personalidades: una que susurraba verdades en privado y otra que era llamada regularmente a negar la realidad en voz alta. Liudmila Alekséyeva, que en 1969 estaba reescribiendo números de la publicación y también proporcionando información de sus contactos en Ucrania, describió colaborar en *Crónica* como una forma de comprometerse ante sí misma «a ser fiel a la verdad». Era un sentimiento casi religioso: «El efecto de *Crónica* es irreversible. Cada uno de nosotros pasó por esto solo, pero cada uno de nosotros conoce a otros que pasaron por este renacimiento moral. Esto creó entre las personas que apenas se conocían, pero que estaban conectadas con *Crónica*, lazos espirituales muy fuertes, similares a los que probablemente existieron entre los primeros cristianos». [20]

En el caso de Natasha, esta fe tuvo como resultado una obsesiva exigencia con la corrección puntillosa. Ya en el número 2, añadió una sección para señalar errores ortográficos de nombres o fechas incorrectas en números anteriores, sección que continuó durante los siguientes números. Su objetivo era que sus lectores-colaboradores entendieran que la precisión

era un aspecto crítico de su trabajo. Natasha se sorprendía con frecuencia al ver ediciones de quinta o sexta generación de *Crónica* con nombres y cifras erróneas. Esto era inevitable en el *samizdat*, que era algo así como una versión escrita del juego del teléfono roto. «En aquellos casos en que no es absolutamente seguro que algún evento se haya producido realmente», dijo Natasha a sus lectores en el número 7, «*Crónica* indica que la información se basa en rumores. Al mismo tiempo, *Crónica* pide a sus colaboradores que sean cuidadosos y precisos en la información que proporcionan para su publicación». [21]

Tal era esencialmente la ética periodística más observada y respetada entonces en Occidente, pero no formaba parte del funcionamiento habitual de los medios de comunicación soviéticos. Al insistir tanto en la transparencia, *Crónica* estaba logrando alterar la mentalidad de la gente. Cuando los lectores informaban de algún maltrato que habían presenciado (un colega que fue despedido injustamente o un registro de la KGB en el apartamento de un vecino), se unían a esa comunidad defensora de la verdad en la sombra, lo que en otros países podría llamarse simplemente sociedad civil. El acto de anotar la noticia en un pedazo de papel en el lenguaje legal y sucinto de *Crónica* y luego enviarla a lo largo de la cadena de lectores de ideas afines conectaba a cada uno de estos individuos a una red que estaba tratando de vivir con valores distintos de los existentes.

En 1969 aumentó tanto el tamaño como el alcance de los ejemplares. Convertido ya en una publicación de al menos treinta densas páginas de noticias, el periódico cubría los acontecimientos que abarcaban la totalidad del imperio soviético. Las noticias de portada del número 7 (publicado el 30 de abril de 1969) fueron los relatos de dos juicios: el primero de ellos en la ciudad de Simferópol, en el sur de Crimea, de un tártaro llamado Gomer Bayev, acusado de «propagar mentiras deliberadas que difamaban al Estado y el orden social», y el segundo en Jurmala, en la costa de Letonia, de Iván Yajimovich, quien fue arrestado tras escribir una carta de protesta por un

juicio político.[22] También había un artículo sobre la persecución de los sacerdotes ortodoxos griegos. La sección «Noticias breves» incluía dieciocho artículos cortos, informes de lectores que se basaban en las experiencias locales de varias comunidades marginadas: tártaros, judíos soviéticos, sacerdotes ortodoxos rusos y nacionalistas ucranianos.

Natasha aún era el centro neurálgico de todo y elaboraba cada número, ensamblando cuidadosamente un pastiche de informes de todo tipo que llegaban a Moscú desde todas partes. Dependía de su madre para que cuidara de sus hijos, Yasik y Osya. *Crónica* ocupaba casi todo su tiempo. A menudo llevaba su máquina de escribir de casi diez kilos en su estuche por el metro de Moscú y por los amplios bulevares cubiertos de nieve y subía escaleras hasta los apartamentos vacíos que tomaba prestados para llevar a cabo su trabajo. El hecho de presionar las teclas lo bastante fuerte como para causar una impresión que apareciera en seis páginas superpuestas hacía un ruido considerable. Ya había sido identificada como sospechosa, y lo que menos necesitaba era que el inconfundible repiqueteo de una máquina de escribir a través de unos endebles muros la señalase aún más, por lo que debía cambiar de ubicación con mucha frecuencia. El número de notas recibidas también había aumentado considerablemente, y aferrarse a ellas durante demasiado tiempo supondría un gran peligro tanto para ella como para sus colaboradores.

Crónica exigía cada vez más y más sacrificio por su parte, pero ello se debía en parte a que su importancia estaba aumentando. Pudo sentir con claridad esta creciente importancia cuando la madre de un preso político que acababa de bajar del tren tras haber visitado a su hijo en el exilio se apresuró a reunirse con ella en secreto para transmitirle todo lo que había podido averiguar. Natasha anotaba a quién le habían reducido su ración de comida en tal o cual campo de reclusión, quién había sido herido recientemente mientras acarreaba leña, quién estaba enfermo y no recibía

atención médica, etc. Todo ello fue incluido en el siguiente número, en la sección sobre noticias «de los campos».

También estaban los juicios, otro objetivo importante de la atención de *Crónica*. El interior de una sala de audiencias, especialmente en un juicio político, era un espacio vedado en la Unión Soviética. Al igual que en los campos de prisioneros, era allí donde la aplastante maquinaria del estado funcionaba sin descanso. Natasha interrogaba a las personas que habían logrado colarse en uno de estos lugares y tomaba notas, a veces haciendo grabaciones de audio, pero la mayoría de las veces memorizando testimonios enteros. Registraba todos esos detalles —las sentencias injustas, las leyes inventadas y los abogados defensores a los que nunca se les permitía presentar pruebas— y luego los incluía en *Crónica*. A veces, el periódico incluso reconstruía todo el procedimiento de un juicio político.

Los lectores podían comprobar así cómo funcionaban los tribunales. El número 6 reveló, por ejemplo, la forma en que las autoridades creaban un falso «público» para juicios aparentemente abiertos, con individuos dóciles y manejables, manteniendo alejados a los amigos y familiares de los disidentes: «Todos los elegidos para "hacer de público" en el juicio se presentaron en el edificio del Comité del Partido del Distrito Proletarski el 9 de octubre a las 8 de la mañana; allí se les informó que estarían presentes en un juicio de "antisoviéticos". Luego fueron llevados al tribunal en un autobús que entró directamente al patio y entraron al edificio por la puerta trasera».[23] *Crónica* informaba además de que la fuente de esta información, uno de los propios miembros del público estacionado en el juicio, «se sintió incómodo cuando durante el procedimiento reconoció la falsedad de la información que le habían dado, y muy avergonzado cuando, tras el veredicto, caminó con el resto del público a través de la entristecida multitud, que simpatizaba con los acusados».

Natasha buscaba implacablemente y sin descanso nueva información, lo cual a veces hacía que descuidase la precaución. En un episodio del verano

de 1969 que pronto reverberaría en las paredes de mármol rojo de una sala de audiencias de Moscú, un exconvicto llamado Vilko Forsel conoció a Natasha en un apartamento de amigos mientras ella estaba de vacaciones con su hijo mayor en la ciudad estonia de Tartu.

Tan pronto como se enteró de que el hombre había pasado diez años en la prisión de Vladímir, se animó y comenzó a bombardearlo con preguntas sobre las condiciones de vida de los reclusos, y en especial sobre el bienestar de los presos políticos: ¿Cuántos había? ¿Estaban alojados juntos? ¿Qué tipo de comida les servían? ¿Eran los guardias más agresivos con ellos? Luego se refirió al caso de un escolar de Tartu que había sido golpeado recientemente por repartir folletos relacionados con el aniversario de la invasión soviética de Checoslovaquia. ¿Conocía a alguien con más información al respecto? Forsel, un poco achispado por su vodka vespertino y sus champiñones encurtidos, no sabía cómo hacer frente a aquella diminuta y ligeramente desaliñada dama moscovita. Luego sacó algunos números de *Crónica* y le entregó el más reciente. Tras ojearlo brevemente, se detuvo cuando vio un artículo sobre los tártaros de Crimea y su lucha por «regresar a su tierra natal». Forsel no estaba tan borracho como para pasar por alto el peligro, y devolvió irritado el ejemplar del periódico a Natasha. «No me gustó la forma en que un hombre que acababa de salir de la cárcel se veía arrastrado hacia una empresa arriesgada, impidiéndole vivir en paz», dijo más tarde al tribunal. Se le preguntó si informó a alguien de la conversación. «Sí», declaró convencido; «fui y se lo conté a la KGB». [24]

Natasha siempre había sabido que era solo cuestión de tiempo que la investigasen. Con cada lector adicional de *Crónica*, la probabilidad de arresto iba aumentando poco a poco. Tras diez números publicados, la KGB y su jefe, Yuri Andrópov, habían incrementado considerablemente el nivel de amenaza sobre la revista. Y luego estaba el tema de la BBC y la Voz de

America, que retransmitirían lecturas de números completos. Las cadenas de radio veían los informes de la revista como una fuente de noticias fiable, un fuerte contraste con el paraíso Potemkin presentado en las páginas de *Pravda* e *Izvestia*. Las frecuencias de transmisión de estas emisoras estaban bloqueadas en todo el territorio soviético, pero aun así lograban llegar a los astutos ciudadanos con radios de onda corta.

Cuando su apartamento fue registrado a finales de octubre de 1969, Natasha sabía que tenía que delegar sus deberes editoriales a otra persona, y rápido. Le resultaba difícil renunciar a ellos, pero también había llegado a verse a sí misma como un mero transmisor de una voz colectiva. Alguien menos comprometido podría desempeñar ese papel. Lo esencial era mantener el periódico en marcha.

Su primera sucesora tuvo un comienzo agitado en su redacción. Galina Gabai, esposa de un preso político, se había hecho cargo de la labor de edición del número 10 y ya había recogido gran parte del material para el siguiente número cuando la KGB se presentó una mañana temprano. Antes de abrir la puerta, tuvo el buen juicio de meter un puñado de las notas especialmente sensibles dentro de su bata de baño. Y luego, mientras diez agentes de la KGB, algunos en chándal y otros con traje y corbata, registraban su pequeño apartamento, se acercó a una gran olla de *borsch* que estaba hirviendo al fuego en la cocina, y dejó caer las páginas en la burbujeante sopa roja sin que ninguno se percatase de la treta. Tras escapar del desastre por los pelos, decidió renunciar a sus responsabilidades. [25]

Así pues, en la gélida mañana del 24 de diciembre, la propia Natasha tenía en su apartamento las notas e informes más extensos que tenía previsto incluir en el número 11, incluido un largo artículo sobre la prisión de Vladímir, donde incorporaba la información que había obtenido del exconvicto que había conocido en Estonia, Vilko Forsel. Fue entonces cuando llamaron a la puerta. Tenía un sobre repleto de notas escritas a mano que estaban en el cajón central de su escritorio, y algunas otras páginas

arrugadas metidas en el bolsillo de su abrigo, que colgaba de la puerta. La KGB se abalanzó sobre cualquier documento escrito a mano con el propósito de localizar a los colaboradores. Natasha fue testigo de cómo los agentes sacudían sus libros en busca de notas sueltas, golpeaban los suelos y las paredes para encontrar posibles espacios huecos que sirviesen de escondite, rajaban sus cojines y vaciaban los cajones de la cocina, arrojando sus utensilios bruscamente al suelo.

En un momento dado, mientras Natasha se sentaba en su escritorio tratando de afilar tranquilamente un lápiz con una cuchilla, uno de los agentes comenzó a hojear lo que quizá era su posesión más preciada: una copia manuscrita del *Réquiem* de Anna Ajmátova con una dedicatoria personal de la propia poeta. Ella saltó para agarrarlo de las manos del agente, olvidando que tenía algo afilado en la mano, y le causó una profunda herida en los dedos. La sangre comenzó a gotear en el suelo. Natasha se disculpó de inmediato, pero era un presagio especialmente funesto.

Cuando terminó el registro, los agentes habían reunido un montón de papeles de más de treinta centímetros de grosor y docenas de libros. Solo entonces le hicieron saber a Natasha que estaba bajo arresto. Tres amigos habían aparecido durante el registro, y, todavía preocupada por si dejaba papeles incriminatorios que la KGB no hubiera encontrado, les susurró: «Limpiad el escritorio», antes de que se la llevaran. [26] También tuvo tiempo de coger un abrigo ligero y dejó el otro, que suponía aún tendría restos de notas en el bolsillo, aunque al salir sintió cómo el doloroso frío de diciembre la abofeteaba en la cara mientras la empujaban hacia el Volga negro estacionado en la entrada.

Lo que más temía era que las autoridades la declararan demente una vez más. Después de haber sido confinada en un hospital psiquiátrico y luego diagnosticada nuevamente tras la manifestación de la Plaza Roja, sabía que disponían de una solución obvia para tratar con ella. Otros disidentes habían

sufrido un destino similar, como su amigo Piotr Grigorenko, un general de división convertido en activista al que habían encerrado en un pabellón psiquiátrico. Los oficiales de la KGB la llevaron a la prisión de Butyrka, donde fue acusada de calumniar al sistema soviético en virtud del artículo 190-1, así como de resistirse a la detención por el incidente con la cuchilla.

En abril, después de pasar más de tres meses en prisión, fue llevada al Instituto Serbski, como ella temía. Allí fue examinada por una comisión de psiquiatras, incluido el profesor Daniil Lunts, que se había hecho famoso por diagnosticar indiscriminadamente a los disidentes con «esquizofrenia perezosa», una enfermedad mental recientemente «descubierta» por los médicos soviéticos. [27] Lunts se sumó a la conclusión de que Natasha tenía un caso «lentamente progresivo» de esta esquizofrenia. Aunque la catalogaron como una persona completamente normal («conversa voluntariamente, porte tranquilo, una sonrisa en su rostro»), decidieron que su falta de voluntad para percibir su comportamiento como incorrecto era prueba suficiente de la existencia de una patología: «No solo no reniega de sus acciones, sino que cree que no ha hecho nada ilegal. Está inquebrantablemente convencida de la rectitud de sus acciones, y moraliza mucho, en particular diciendo que actuó así "para no sentir vergüenza en el futuro ante sus hijos"». [28]

El juicio tuvo lugar el 7 de julio, sin Natasha. Como regla general, a los pacientes mentales no se les permitía estar presentes en los procedimientos judiciales. La fiscalía se sirvió de Forsel, el hombre que Natasha había conocido en Estonia, para demostrar que como mínimo estaba difundiendo *Crónica*. También se habían confiscado copias del diario a sus amigos exiliados Litvínov y Bogoraz (Natasha los había visitado en Siberia ese otoño). Ese número en particular, argumentó la fiscalía, podía vincularse con la máquina de escribir de Natasha: había sido requisada durante el registro, y habían cotejado las pulsaciones de teclas. Y, por último, estaba su propio relato de cómo había sido confinada a la fuerza a principios de 1968,

un texto llamado «Servicio de salud gratuito», que había sido enviado de contrabando a Occidente y transmitido por radio de onda corta. Esta evidencia, junto con el testimonio del agente de la KGB que había recibido el corte accidental durante el registro, fue suficiente para que la fiscalía declarara que Natasha había «redactado y publicado sistemáticamente bulos injuriosos con la intención de difamar el sistema político soviético».

A la madre de Natasha se le permitió declarar desde el estrado. Llorosa y agotada, hizo una súplica: «Si mi hija ha cometido un delito, que se la condene por ello, incluso con severidad, pero por favor les ruego que no encierren a una persona totalmente cuerda en un hospital psiquiátrico». [29] El único argumento del abogado defensor, haciéndose eco del que se escuchó en el caso contra Nnamdi Azikiwe, fue que *Crónica* era una publicación completamente anónima. No se había hallado ninguna prueba de que Natasha o cualquier otra persona tuviera algo que ver con la creación o difusión del periódico. No tenía dirección, ni cabecera ni firma. Incluso si algunos números de *Crónica* parecían provenir de la máquina de escribir de Natasha, eso no constituía una prueba de que fuera ella misma quien los hubiera escrito. El círculo de personas que usaban esa máquina nunca se había establecido con claridad.

El tribunal no tardó en alcanzar su veredicto: encontró a Natasha culpable, pero de «mente inestable». Sería recluida en un «hospital psiquiátrico especial para seguir un tratamiento obligatorio». No se especificó el período de tiempo. [30]

En los meses que siguieron, mientras Natasha esperaba su traslado, fue reubicada en el ala de enfermería de la prisión de Butyrka. «Trataré de decir brevemente lo que considero más importante», escribió en una carta a su madre en noviembre. «Creo que todo lo que hice fue correcto y justificado, pero es terrible sentir que los niños y tú tenéis que pagar por las cosas correctas que hice. El mismo peso que ha caído sobre ti lo he sentido yo

completamente sola en prisión. Echo de menos horriblemente a los niños. ¿Se acuerdan de mí?» [31]

A principios de enero se encontró encadenada a un asiento de un tren que se abría paso a través de un paisaje árido y nevado. Natasha sabía perfectamente a dónde la llevaban; de hecho, conocía muy bien la prisión para enfermos mentales establecida bajo el mandato de Stalin, ubicada a unos ochocientos kilómetros al este de Moscú, junto a un meandro del río Volga. Apenas un año antes, en el número 10 de *Crónica*, había recopilado un informe sobre el Hospital Psiquiátrico Especial de Kazán, en el que enumeraba sus horrores en un estilo parco en palabras, exactamente como le fueron transmitidos por los exreclusos: «Si los pacientes cometen ofensas, se niegan a tomar medicamentos, se enfrentan a los médicos o se pelean, son atados a sus camas durante tres días, a veces más. Esta forma de castigo vulnera las reglas elementales de higiene, ya que a los pacientes no se les permite ir al baño y no se proporcionan orinales ni cuñas». [32] También conocía el diseño general del hospital psiquiátrico, lo que se esperaría de ella y del resto de los pacientes prisioneros durante sus jornadas de trabajo de tres horas y media (básicamente, coser delantales y sábanas), e incluso el nombre del medicamento antipsicótico que los médicos pronto la obligarían a tomar.

Natasha recordó las palabras de un poema que había escrito para su amigo Yuri Galanskov, que había sido encerrado de manera similar en un pabellón psiquiátrico en 1966 y al que atiborraron de medicamentos: «En el manicomio / retorciendo tus manos, / presiona tu frente pálida contra la pared / como contra un montón de nieve». [33] Ahora sería su propia cara la que acabaría helada y desaparecida.

Crónica, sin embargo, continuaría siendo publicada. Ya tenía un nuevo editor, y después tendría otro y luego otro hasta principios de la década de 1980, cuando una feroz represión acabó finalmente desmantelando el periódico. Y, sin embargo, el implacable enfoque de los disidentes en la

glasnost, lo que Liudmila Alekséyeva había llamado un «proceso de justicia o gobierno, que se lleva a cabo a plena luz», [34] se convertiría un par de años después en la política distintiva de un nuevo primer ministro soviético, un esfuerzo de transparencia que en su opinión no tenía más remedio que implementar. Pronto acabaría socavando el estado totalitario y, en última instancia, provocaría su implosión. El periódico, que durante tanto tiempo había canalizado y concentrado los esfuerzos de los disidentes, fue el detonante de este proceso. En un lenguaje nítido y sin adornos, su insistencia en la verdad había hecho que fuera cada vez más difícil aceptar las mentiras. El destino de la fundadora de *Crónica* fue tratado de manera no menos aséptica. En el número 18 apareció publicada una nota que no destacaba en absoluto sobre todas las demás: «El pasado 9 de enero de 1971, Natalya Gorbanevskaya fue trasladada de la prisión de Butyrka al Hospital Psiquiátrico Especial en la calle Sechenov en Kazán (dirección postal: edificio 148, bloque 6, buzón UE, Kazan-82), donde se le ha prescrito un tratamiento con Haloperidol». [35]

6

Control

Washington, 1992

El magazín casero —fotocopiado, doblado y sujeto con grapas— se llamaba *Jigsaw* («Rompecabezas»), y, según su creadora, no era una publicación normal, sino que era más bien una «antipublicación»: «*JIGSAW* NO ES UN PRODUCTO DE CONSUMO. De hecho, no es un producto en absoluto. Es más bien un proceso. Un método. Estoy empezando a darme cuenta de que el proceso es la clave. Animo a los lectores a seguir leyendo y sentirse libres de responder a cualquier cosa que haya escrito o enviar algo que se considere apropiado. Especialmente a las mujeres y/o a quienes deseen escribir sobre algo en profundidad». [1]

Con muy escasos signos de puntuación, repleta de palabras escritas a máquina o en florida cursiva, y de algunas imágenes dispersas —como Chrissie Hynde acariciando su guitarra eléctrica o Bette Davis con los ojos muy abiertos y una pistola en la sien, extraída del póster promocional de la película *Su propia víctima*—, *Jigsaw* era la abierta exposición de una chica marginada y punk, que se alejaba de la cultura convencional y creaba la suya propia: «Quiero ser capaz de hablar con mis propias palabras y a mi propio modo [...] para expresar sentimientos reales. Sin embargo, resulta tan difícil mantener siquiera una conversación [...], una verdadera conversación

en la que se pueda debatir los conflictos. Todo parece tan artificial, tan opresivo».

Todo esto no era solo una expresión pública de la angustia adolescente. Tobi Vail, quien comenzó a crear *Jigsaw* en su habitación en 1989 con tijeras y una barra de pegamento, era batería en una banda punk femenina en Olympia, Washington. La gran promesa del punk, y su posterior desilusión, la habían llevado a ese acto de rebeldía. En sus primeros años, en la década de 1970, durante la época de los Ramones y los Sex Pistols, el punk trataba sobre la libertad, el antiautoritarismo y la destrucción de las normas sociales, y muchas mujeres también se habían sentido empoderadas por él. Sin embargo, la música y la cultura a fines de la década de 1980 se habían vuelto radicales e hipermasculinas, con cabezas afeitadas y chaquetas de cuero. El evento punk por excelencia era la «olla», una masa de cuerpos sudorosos y agitados que se golpeaban entre sí en la apretada pista de baile. Un periodista de *The New York Times*, tras aventurarse en una de estas ollas a principios de la década de 1990 para un artículo de investigación, como un antropólogo que se acercase sigilosamente a una tribu amazónica, describió una escena de gran violencia en la que todos los participantes parecían estar intentando, en sus propias palabras, «matarse unos a otros». [2]

Las mujeres jóvenes eran marginadas de estos eventos, literalmente, desplazadas a los bordes y relegadas al papel de «percheros», como a veces se las llamaba, donde tenían que estar de pie sosteniendo las chaquetas de cuero de sus novios mientras estos se metían en la olla. [3] Tobi odiaba esta práctica, y no era la única. *Chainsaw*, otro fanzine de una chica punk alienada, lamentaba lo lejos que la cultura se había alejado de sus orígenes, «de los *geeks* que decidieron o lograron (o algo intermedio) “cambiar las tornas”, por así decirlo, y tomar el control de sus (nuestras) vidas, formando un verdadero movimiento *underground*». [4]

Por ello, su fanzine era una forma de recrear tal movimiento, alternativo al alternativo. La exclusión de las ollas no era el único problema. Tobi se sentía como si estuviera al margen de la sociedad misma y de todos sus conceptos sobre la feminidad, de las reglas no escritas sobre cómo debe ser y qué imagen debe ofrecer una mujer. Cada vez que se encontraba con un peinado ostentoso y unas hombreras en la brillante portada de *Cosmo* o *Vogue* sentía la carga de la expectativa social. No solo el camino a través de la niñez era restrictivo, un laberinto con muchas entradas pero solo una salida, sino que los problemas que preocupaban a las niñas, los secretos que se susurraban entre sí en sus habitaciones, sobre los trastornos alimentarios, la violación y la identidad sexual, no parecían tener tampoco una solución clara.

Estas curiosas publicaciones caseras, conocidas como fanzines, o para abreviar, simplemente zines, habían existido desde la década de 1930, cuando los aficionados a la ciencia ficción comenzaron a compartir entre sí su interés obsesivo a través de folletos caseros con sus propias reseñas y sus relatos cortos. Sin embargo, en las décadas de 1970 y 1980, fue la escena punk la que hizo pleno uso de esta forma de comunicación autónoma, perfecta para una subcultura que anunciaba a los cuatro vientos no querer tener nada que ver con el capitalismo. La atracción del fanzine en el pasado fue lo que también hizo que Tobi se esforzase por darle una nueva vida: la capacidad de crear su propio medio de comunicación, produciendo su propio contenido, y no limitarse a lo que podía comprar en un quiosco de prensa. También para el *samidzat* era crucial el control de sus medios de producción (y distribución), en el caso de los disidentes para evadir la censura y la represión. En este caso, el control ofrecía a las chicas la oportunidad de responder creando su propia línea de información.

No obstante, Tobi necesitaba primero escuchar algunos ecos. Los fanzines siempre buscaron otros fanzines. Y con ese fin incluyó en su segundo número de *Jigsaw* una lista de los pocos otros fanzines

autopublicados escritos por mujeres, como *Bitch* o *Incite*, junto con sus direcciones y una sección de cartas con respuestas de los lectores para inspirar a otros. En su tercer número fue más explícita: «Estoy haciendo un fanzine no para entretener, distraer, excluir o porque no tenga nada mejor que hacer, sino porque si no escribiera estas cosas nadie más lo haría en mi lugar». [5]

A principios de 1990, el segundo número de *Jigsaw* cayó en manos de una pareja de mujeres jóvenes que también sintieron la necesidad de disponer de un espacio donde poder poner su ira y dejarla crecer.

Molly Neuman y Allison Wolfe, estudiantes de primer año en la Universidad de Oregón, recogieron una copia del fanzine en un espectáculo de Olympia que presentaba al grupo Nirvana, cuyo delgadísimo y malhumorado líder, Kurt Cobain, era por entonces novio de Tobi. Las dos estudiantes vieron en *Jigsaw* un reflejo de sus propias frustraciones no solo con el punk sino también con el feminismo que habían heredado, el sueño de sus madres de la década de 1970, que se suponía que era la respuesta a todos sus problemas. *Jigsaw* las abrumó. Su existencia misma, su tono sincero y honesto, parecía ofrecer una respuesta a una pregunta que en realidad aún no podían articular siquiera. Escribieron a Tobi, quien respondió de inmediato. «Es realmente inspirador descubrir que en realidad hay personas en el mundo que están pensando en el mismo tipo de cosas que yo», escribió Tobi. «Supongo que a veces me siento un poco AISLADA». [6] Tobi sugirió que intercambiaran cintas de bandas que les gustaban o que Molly reseñara «algunas cosas» para *Jigsaw*. Cerró su carta con una posdata que enumeraba otros fanzines femeninos, a modo de recomendación.

A Allison, en particular, el feminismo le resultaba algo rancio. [7] Su madre, que había salido del armario como lesbiana después de su divorcio,

trabajaba como enfermera y había abierto la primera clínica de salud femenina en Olympia. Su casa a menudo era blanco de activistas antiaborto, que enviaban amenazas de muerte y arrojaban piedras a sus ventanas. Para su madre, el feminismo era un estilo de vida (el álbum *Diamonds & Rust* de Joan Baez estaba a menudo en el tocadiscos, y una gran cantidad de libros sobre el cuerpo de la mujer y el autodescubrimiento ocupaba sus estantes), pero el aire espeso de incienso de las librerías feministas tenía poca relevancia o interés para Allison. Parecía algo antiguo y desfasado. En las clases de estudios de la mujer a las que asistió durante su primer año de universidad, se molestaba cuando los profesores corregían su uso de la palabra «chica» («es más correcto decir "mujer"», le decían), porque ponía de manifiesto una ortodoxia feminista que no reflejaba su vida *como* chica.

Molly era más callada e introvertida, y tendía a guardarse para sí lo que Allison, mucho más parlanchina, dejaba fluir sin tapujos. [8] Había crecido en Washington, D. C., en una familia en la que la política siempre estuvo presente, ya que su padre formaba parte del departamento de comunicaciones del Comité Nacional Demócrata. Justo antes de mudarse a la costa oeste, se había interesado por el tema de la raza y, como era típico en un recién graduado de la escuela secundaria, creyó tener una revelación al ver la película *Haz lo que debas*, de Spike Lee. Ese verano profundizó en los escritos del líder y fundador de las Panteras Negras, Eldridge Cleaver.

Las dos se conocieron durante su primera semana en la residencia de estudiantes cuando Allison escuchó a Molly en el teléfono público del pasillo rompiendo bruscamente con alguien, gritando: «Pero... ¡te quiero!». Se hicieron amigas rápidamente, y Molly no tardó en cortarse el flequillo como el de Allison. Se sintieron afortunadas de haberse encontrado: dos excéntricas interesadas en la política que no encajaban en la estética hippie dominante de la escuela. Ambas eran chicas duras pero emotivas, que buscaban crear su propio estilo.

Tan pronto como leyeron el segundo número de *Jigsaw*, comenzaron a tener «esa sensación en su corazón», como lo describieron más tarde, y crearon su propio fanzine: *Girl Germs*.[9] Pasaron gran parte del otoño de 1990 componiéndolo juntas, entrevistando a bandas como el grupo de grunge femenino de Portland Calamity Jane, y buscando libros para colorear de la muñeca Barbie, guías de Girl Scouts y viejos libros de texto de anatomía que podían cortar y pegar. A pesar de que iban a la escuela en Eugene, pasaban cada vez más y más tiempo en Olympia, donde Allison había crecido. Hogar del vibrante Evergreen State College, el lugar era un enclave donde el punk parecía más fiel a su origen. Había docenas de galerías de arte; los espectáculos musicales se celebraban en los sótanos de las casas y en los callejones. Era extremadamente fácil para cualquiera coger una guitarra y tocar, incluso para una chica. Allí podía verse un concierto de las escasas bandas de punk lideradas por mujeres, como Lunachicks, Babes in Toyland, L7 y Frightwig. Cada cafetería parecía tener al menos un folleto publicitario en el que una baterista promocionaba sus habilidades.

Más o menos al mismo tiempo, Kathleen Hanna también se topó con una copia de *Jigsaw* y escribió a Tobi para decirle cuánto significaba para ella. «Sentí que estamos/estábamos tratando de hacer cosas de tipo similar y me sentí validada. Ya sé lo que es que una chica me diga que no cree que realmente suponga un problema el hecho de ser una chica».[10] Kathleen tenía fama en Olympia. Era estudiante en Evergreen, cantante principal de una banda, Viva Knievel, y poeta conocida por la fuerza de sus poemas recitados en el Teatro Capitol, poemas en prosa que luego recopiló en su propio fanzine, *Fuck Me Blind*, usando un seudónimo, Maggie Fingers. Poco antes se había hecho notar ante una multitud en una fiesta, donde se subió a una mesa, miró fijamente a los hombres y les gritó: «¡Sé lo que habéis hecho! ¡Sé lo que habéis hecho!» una y otra vez.[11] La gente también rumoreaba que se ganaba la vida como stripper. Sin embargo, lo que más le

importaba y lo que daba impulso a su arte en evolución era su trabajo en un refugio de violencia doméstica, SafePlace, en el que ofrecía asesoramiento en caso de crisis y daba charlas sobre violación y agresión sexual a adolescentes. La conmovían los pequeños grupos de supervivientes que organizaba, la forma en que hablaban y se escuchaban unos a otros, el apoyo que podían darse mutuamente una vez que lograban algo de intimidad y privacidad.

Su deseo era vincular este espíritu al punk. Entrevistada en 1990 por un antropólogo aficionado local, Kathleen explicó su pensamiento. «Estoy realmente interesada en un movimiento punk rock / movimiento de chicas furiosas formado por supervivientes de abusos sexuales», dijo. «En realidad, no solo de chicas furiosas, sino de todos, porque he conocido a muchas personas que se me acercan para contarme sus historias de abuso sexual, de maltratos por sus padres y esas cosas. Incluso aunque no exista daño físico, es la violencia emocional y la jerarquía de la familia, que es la jerarquía que pone al hombre sobre la mujer; es la misma jodida mierda que pone al blanco sobre el negro, al humano sobre el animal, al jefe sobre el empleado». [12]

Aunque estaba leyendo mucha teoría feminista, algunas de las grandes batallas ideológicas de las décadas de 1970 y 1980 —como, por ejemplo, si la pornografía es o no realmente una forma de opresión—, no le decían absolutamente nada. Resolvía estos temas en su propia vida de manera práctica. Hablando de su trabajo como stripper, dijo que era «un trabajo, y como todos los trabajos es una mierda. Personalmente, decidí ser trabajadora sexual porque me siento mucho menos explotada ganando 20 dólares por hora por bailar desnuda que 4,25 dólares por hora como camarera o cocinera en una hamburguesería (y siendo explotada física, psíquica y, a veces, sexualmente). ¿Por qué ciertas feministas quieren penalizarme por elegir una forma obvia de explotación en lugar de una forma más sutil con un sueldo mucho más bajo?»

Kathleen y Tobi conectaron tanto que se unieron de la mejor manera: formando una banda, a la que decidieron llamar Bikini Kill (aludiendo a una película B de la década de 1960 que iba sobre chicas asesinas en bikini, y al Atolón Bikini, lugar donde se realizaron una serie de pruebas nucleares en las décadas de 1940 y 1950). Alquilaron habitaciones ubicadas una frente a otra en Olympia y casi de inmediato comenzaron a actuar, mientras intercambiaban libros de bell hooks y Judith Butler. Cuando Kathleen subía al escenario al frente de Bikini Kill (con Tobi en la batería y Kathi Wilcox en el bajo), su apariencia —minifalda con estampado de leopardo, y un cabello negro que destacaba contra su pálida piel— era, como todo lo que hacía, un acto de provocación bien estudiado. «¡Atrévete a hacer lo que quieras!», gritaba. «¡Atrévete a ser quien quieras!»

Tobi empezó a llamar a todas esas chicas que se juntaron para producir fanzines y crear grupos de música aquel año «Revolution Girl Style Now», una pandilla de la que Molly y Allison se sentían parte integrante. Su fanzine estuvo listo en diciembre, durante las vacaciones de invierno de su segundo año, y Molly, de vuelta en casa por vacaciones, decidió «publicar» *Girl Germs*. En la escuela secundaria había pasado un verano trabajando como becaria para Morris K. Udall, un congresista de Arizona, y usó su acceso a su oficina en Capitol Hill para hacer varios cientos de copias en su máquina Xerox. Cuando una tormenta azotó la ciudad esa noche, se quedó sola atrapada por la nieve en un edificio desierto, comiendo barras de caramelo y patatas fritas para mantenerse despierta, mientras copiaba y grapaba toda la noche. [13]

Regresó a Oregón a principios de 1991, con varios cientos de copias del primer número de *Girl Germs* en su maleta, listas para distribuir. El fanzine era todo lo que ella y Allison esperaban que fuera, punk y bien informado. «Mi hermano, que tiene dos años y medio, recibió una batería de rock’n’roll de juguete por Navidad este año», escribió Molly. «Y yo apenas conseguí comprar una guitarra cuando cumplí 18 años. Tenía la idea de que quería

entrar en una banda, pero nadie me dijo que podía ni me animó a hacerlo. Hay una diferencia fundamental en la forma en que me socializaron y la forma en que mi hermano está siendo socializado. Se le están dando las herramientas para crear, mientras que yo tuve que buscar esas herramientas».

Aparte de Olympia, había otro lugar donde el punk conservaba una elevada conciencia social: la ciudad natal de Molly, Washington, D. C. La capital había experimentado un renovado vigor como escenario del punk diez años después de que las bandas pioneras Minor Threat y Bad Brains la convirtieran en un epicentro de la música. Algunas bandas nuevas, como Fugazi y Nation of Ulysses, intentaban ofrecer algo descaradamente ideológico en sus canciones, dando una vuelta de tuerca a lo que significaba ser punk, y promoviendo una vida limpia, independencia y anticonsumismo. Durante sus vacaciones de primavera en 1991, Molly y Allison siguieron el consejo de algunos amigos y se dirigieron a un lugar de reunión conocido como la Embajada, la casa adosada de tres pisos ubicada en el vecindario de Mount Pleasant que también se había convertido en la sede de Nation of Ulysses. El lugar estaba lleno de vida y actividad. Había una sala de ensayo y un estudio de grabación en el sótano. Fue allí donde fueron afianzando la banda que habían creado unos meses antes, llamada Bratmobile, e incluso encontraron a otra guitarrista.

Al principio, Bratmobile era en gran medida un quiero y no puedo, unos pocos números a capella y algunas malas versiones de temas ya existentes, pero a partir de una armonía extremadamente básica (solo dos acordes en la guitarra de Molly, repetidos una y otra vez) crearon su propio sonido, valiente y sincero. Allison cantaba con una voz casi de niña pequeña; no era el alarido salvaje de Kathleen, sino que parecía estar canalizando las melodías de su infancia: «Estás demasiado cómodo en tu club para chicos /

para pensar siquiera en pasarte por mi casa». Bratmobile logró tener un pequeño número de seguidores ese año, por lo que Molly defendió sus poco trabajadas actuaciones como una elección consciente: «Creo que es realmente positivo que las bandas intenten salir a la luz cuando aún están en proceso de formación, porque entonces a medida que te vas haciendo con tu instrumento, la gente te va conociendo, en lugar de simplemente aparecer de la nada, que es lo que siempre pensé que debía ocurrir, que los niños nacen con una estruendosa guitarra al estilo Led Zeppelin, y siento que nunca sabré cómo hacer eso». [14] La estética era similar a la de los fanzines; el desorden y la falta de acabado eran algo así como una reprimenda a una sociedad patriarcal demasiado pulida.

Unos meses más tarde, Kathleen pudo ver finalmente lo que se estaba gestando en D. C. en un concierto que fue casi instantáneamente legendario. Era el 27 de junio, y Bikini Kill había actuado en Kentucky la noche anterior y en Alabama la noche precedente. En casi todas partes se habían encontrado con una mezcla de, por un lado, burlas e insultos procedentes de los hombres, algunos de los cuales incluso les tiraron botellas de cerveza, y, por otro, un pequeño grupo de chicas tratando de acercarse al escenario, algunas de las cuales les lanzaron sus propios fanzines. En general, lo que más había era confusión: ¿estaban tratando de ser sexys? ¿A qué venía tanta ira? En aquel momento, sin embargo, estaban en DC Space, un club en las calles Séptima y E NW, y la multitud estaba completamente entregada. Kathleen, de espaldas a la audiencia, se arrancó la camiseta para que cuando se diera la vuelta, se pudiera ver la palabra SLUT («Zorra») garabateada descuidadamente sobre su estómago, bajo su sujetador negro. Saltó, gritó y chilló sus letras, y la multitud, mujeres y hombres, quedó hipnotizada. Terminado el espectáculo, Ian MacKaye, cantante principal de Fugazi y empresario clave de la música punk en ese momento, inmediatamente les ofreció una grabación profesional gratuita.

La banda decidió quedarse en la ciudad, sobreviviendo un poco de cualquier manera; Kathleen retomó su trabajo de stripper en el Royal Palace, un club justo al norte de Dupont Circle. En 1991, la seguridad en Washington, D. C., estaba en caída libre, con una tasa de muertes violentas que alcanzó un récord de 482 homicidios, incluido el asesinato de una joven que vivía sola en un apartamento en el sótano justo al final de la calle en la que Kathleen había alquilado el suyo. Y durante la festividad del Cinco de Mayo, se produjo incluso un motín a pocas calles de la Embajada. Poco después de que un inmigrante salvadoreño fuese tiroteado por la policía, se difundieron rumores de que estaba esposado e indefenso. Los manifestantes lanzaron ladrillos y botellas a los policías, y el enfrentamiento cuerpo a cuerpo terminó con gases lacrimógenos. Una de las amigas de Allison, que fue testigo de todo, escribió que lo que se necesitaba ese verano era un «motín de chicas».

Molly y Allison regresaron a D. C. en julio. Una noche, pasando el rato con Kathleen y algunas otras compañeras, sacaron una máquina de escribir y algunas barras de pegamento y decidieron transcribir el espíritu revolucionario feminista que estaban sintiendo. Crearon un fanzine, o más bien un minifanzine, casi un folleto, solo una página doblada en cuartos, algo que podían repartir en los conciertos. Molly luego se apropió de otra fotocopiadora de Capitol Hill. Lo llamaron *Riot Grrrl*, una versión irónica de *girl riot* («motín de chicas»), que también era una burla de los términos *womyn*, *womban* y todas las demás ortografías feministas alternativas de la palabra *woman* («mujer»). Además, la segunda palabra sonaba como un gruñido.

En la portada estaba Madonna con los puños en el aire y el logotipo de las patatas fritas Utz, con una niña con aire travieso que había alterado con un rotulador el nombre de las patatas para crear la palabra *slutz* (que se pronuncia casi igual que *sluts*, «zorras»). En el interior, las chicas anunciaban el comienzo de un movimiento: «Ha habido una proliferación

de fanzines femeninos de chicas furiosas en los últimos meses, principalmente debido a que a las chicas se nos revuelve el estómago cuando contemplamos la falta general de poder femenino en la sociedad en su conjunto, y en el punk rock underground específicamente. En este largo y caluroso verano que estamos experimentando, algunas de nosotras pensamos que ya iba siendo hora de juntar nuestras rabiosas cabezas y hacer un minifanzine, y sacarlo tan a menudo como sea posible. Oye, ahora también hay una oferta en kinko's; si conoces a alguien que quiera uno de estos, solo costaría 6 centavos hacer una fotocopia». [15] Como dijo Sara Marcus, quien escribió el libro definitivo sobre Riot Grrrl, el título del nuevo fanzine «creó su base de seguidoras incondicionales solo con nombrarlas, y logró radicalizarlas al considerarlas radicales desde el principio». [16] Las chicas comenzaron a repartir el fanzine *Riot Grrrl* en una barbacoa el Cuatro de Julio.

Para el segundo número, el fanzine se había duplicado, a ocho páginas de un cuarto de folio llenas de información sobre los próximos conciertos y fiestas, y también reflexiones de Kathleen como por ejemplo: «Sé tan vulnerable como puedas» y «Comprométete con la revolución como un método de supervivencia psicológica y física». [17] ¿Había chicas de ideas afines que deseaban sacudirse la complacencia y hablar de temas complicados? En la contraportada de ese segundo número de *Riot Grrrl* había una llamada clara con un deje incitante: «No conocemos personalmente a muchas chicas furiosas, pero sabemos que estáis ahí fuera».

Las mujeres que crearon *Riot Grrrl* se mostrarían reacias a describir con exactitud para qué era exactamente su revolución, pero sí sabían qué se enfrentaban. Eran conscientes de los avances logrados por la generación de sus madres, pero en su opinión aún era necesario avanzar mucho más.

Durante la década de 1980, el feminismo tomó dos caminos diferenciados, pero ninguno de ellos les resultaba útil. Por un lado, el tema del sexismo se había vuelto demasiado académico, trillado y convertido en un aberrante debate teórico sobre el poder (en gran medida impenetrable para una audiencia no especializada y sin una agenda política directa). El otro camino se sentía insustancial y sin sentido, con sus tonos altamente solícitos de autoayuda (véase el libro de Gloria Steinem de 1992 *Revolución desde dentro. Un libro sobre la autoestima*). Estas chicas todavía sentían el sexismo presente en sus vidas, en formas pequeñas, como la persistencia de los estereotipos rosa y azul, y grandes, como la forma degradante en que se solía tratar a las supervivientes de una violación. Sin embargo, no querían ignorar el trauma y simplemente tener éxito como los hombres. Querían contar con estas realidades aferrándose a ese dolor, a la experiencia individual del mismo, construyendo una política basada en ese mismo dolor. Para Kathleen, su público eran las víctimas de agresión sexual con las que había trabajado en Olympia. Y los fanzines satisfacían sus necesidades. «Los fanzines son expresiones profundamente personales, pero como medio de comunicación participativa dependen de la comunidad y ayudan a crearla», escribió Stephen Duncombe, profesor de la Universidad de Nueva York que estudió en profundidad esta forma de comunicación. «La contradicción nunca termina de resolverse». Y no había ningún problema por ello, ya que la contradicción era precisamente lo que se buscaba. [18]

Kathleen convocó un encuentro de Riot Grrrl en el número 3 del minifanzine, que se celebró en la noche del 24 de julio de 1991, en Positive Force, otra casa de un grupo punk, esta vez en Arlington, Virginia, a las afueras de D. C., donde niños con vaqueros rotos y camisetas cubiertas de trazos de rotulador negro se ofrecían como voluntarios en refugios para personas sin hogar, llevaban comida a personas mayores pobres o participaban en marchas contra el apartheid. Al encuentro asistieron una veintena de mujeres jóvenes, entre ellas Molly y Allison, y lo único que

hicieron fue charlar, dando vueltas y vueltas sobre lo mismo. El debate duró varias horas, igual que las reuniones de sensibilización en las que sus madres habían participado varias décadas antes. Querían expresar la forma en que veían el mundo como chicas, la forma en que se las sexualizaba, no se las tomaba en serio, eran agredidas físicamente y, en definitiva, todo aquello que hacía que se sintieran mal consigo mismas. Tras su segunda reunión, Kathleen, Allison y Molly fueron entrevistadas por Mark Andersen, uno de los fundadores de Positive Force, quien entonces estaba tratando de escribir un libro sobre la evolución y situación del punk en D. C. «Creo seriamente que la mayoría de las personas en este país tienen historias que contar que por alguna razón no están contando», afirmó Kathleen. «Quiero decir, si pudiéramos unificar de alguna manera toda la energía y la rabia...». [19]

Los encuentros continuaron, aunque nunca atrajeron a más de un puñado de chicas de la ciudad de D. C. y sus alrededores. En realidad, eran más bien los fanzines los que producían la comunidad. Cada vez aparecían más y se identificaban abiertamente con Riot Grrrl. Era un medio que sentían que les pertenecía, y al compartirlos e intercambiarlos podían unirse naturalmente en torno a ciertos temas sin necesidad de definir sus objetivos con exactitud.

«Bueno, soy una *riot grrrl*, eso es lo más genial de mí ahora mismo», escribió una colaboradora de *Fantastic Fanzine*, creado por Erika Reinstein, una joven de dieciocho años que vivía en el área de D. C. «Bueno, sí... Básicamente es lo más guay. Me quiero a mí misma. Bueno, no siempre. O sea, quiero decir que trato de quererme a mí misma, porque sé que es importante, pero la cosa es que todavía no tengo claros todos estos sentimientos sobre mí misma. Y hay cosas de las que simplemente no hablo, aunque sé que puedo hablar de cualquier cosa en Riot Grrrl. Mi peso es una de esas cosas, ¿sabes? Quiero decir que me ayuda mucho estar en un entorno que normalmente me comprende. Ayuda mucho porque estoy

aprendiendo. Estoy tratando de aceptarme realmente a mí misma. Pero aun así es como este secreto que tengo, ¿sabes? No creo que sea realmente guapa o atractiva». [20]

Querían apropiarse de su vulnerabilidad y darle espacio para hablar de ella en sus propios términos. «PORQUE las chicas queremos crear medios pensados para NOSOTRAS», escribió Erika en un número. «PORQUE en todos los formatos de los medios de comunicación veo que soy/somos abofeteadas, decapitadas, ridiculizadas, trivializadas, empujadas, ignoradas, estereotipadas, pateadas, despreciadas, abusadas, silenciadas, invalidadas, apuñaladas, tiroteadas, estranguladas y asesinadas». [21]

El número de fanzines fue creciendo a lo largo de 1991. Las chicas buscaban lectores, pidiendo que se enviara un dólar a la dirección indicada a cambio de un ejemplar. Se produjo entonces un diálogo entrecruzado, con fanzines que se nombraban unos a otros, escritores que copiaban y pegaban las palabras de los demás. Y también comenzaron a participar en una especie de vocabulario visual compartido. Era genial poder ser sus propias editoras, directoras artísticas y publicistas, y que ello resultase evidente en el producto final, incluso aunque el tema resultase oscuro y escabroso, como ocurría con frecuencia. Más allá de la calidad de la edición casera y su aspecto fotocopiado y grapado, todos los fanzines reflejaban un deseo de subvertir, socavar y burlarse de la cultura popular, de dibujar un enorme y ridículo bigote sobre ella. Era una estética de escritura a mano chispeante y femenina, pero también de manchas de pintura roja. En un fanzine, *I ♥ Amy Carter*, irónica pero cariñosamente dedicado a la hija del expresidente Jimmy Carter, las historias del *National Enquirer* sobre la rumoreada amante lesbiana de Madonna compartieron espacio con las solicitudes de información sobre una asesina en serie. Hubo una recuperación de todas las imágenes imposibles de mujeres que la publicidad producía y que pesaban sobre la conciencia de las chicas. Al tomar la foto de una rubia increíblemente delgada de un anuncio de champú y luego agregar una

burbuja de pensamiento en el que se preguntaba si sería violada esa noche, las creadoras de fanzines estaban profanando una cultura venenosa al tiempo que intentaban reconstruirla. Y el aspecto de álbum de recortes, formado por trozos de revistas, corazones burbujeantes y pegatinas, también capturó la atención adolescente, el momento de transición que va de la inocencia al sarcasmo y el humor negro. Tal y como Kathleen lo expresó de manera muy sucinta: «Estamos convirtiendo las letras cursivas en cuchillas». [22]

En su tercer número de *Girl Germs,* Molly y Allison expresaron una creciente ansiedad ante el hecho de que alguien pudiese intentar reclamar la propiedad de su estallido creativo. Querían que quedara muy claro: todo lo que se necesitaba para participar eran tijeras y una barra de pegamento, y tal vez una máquina de escribir. «Riot Grrrl ya ha logrado mucho, y acabará logrando mucho más, estoy segura. Ahora mismo no es nada concreto, no es un fanzine ni un grupo ni nada específico, aunque también es todas estas cosas. Hasta ahora solo ha sido un minifanzine, y ha habido algunas chicas que se reunían una vez a la semana llamándose *riot grrrl* unas a otras, hablando sobre temas dentro y fuera del ámbito del punk rock que son importantes para nosotras. Sin embargo, estoy convencida, y estoy segura de que algunas de vosotras también lo estáis, de que va a ser algo GRANDE. El nombre no tiene derechos de autor, así que si estás sentada leyendo esto y sientes que podrías ser una *riot grrrl*, entonces probablemente lo seas, así que no dudes en considerarte una». [23]

Los fanzines estaban y en todas partes. *Psychobitch* («Putapsicópata») en Martinsville, Indiana; *Riottemptresse*s («Provocadorasdemotines») en Lexington, Kentucky; *Growing Pains* («Dolores del crecimiento») en Chicago; *Girl Fiend* («Chica fanática») en Amherst, Massachusetts; y muchos más, cada uno alentando la existencia de otro. Aunque siempre informativos, al menos en parte, los fanzines giraban en torno al mismo

conjunto de temas tabú: violación, trastornos alimentarios, imagen corporal, agresión sexual.

La mayoría de las creadoras de fanzines eran blancas y de clase media alta, chicas como Molly y Allison, pero también había algunos fanzines que intentaban reflejar las desigualdades más allá del sexismo. Nomy Lamm, que creció en Olympia, había vivido con una discapacidad desde la edad de tres años, cuando le amputaron la pierna debido a un trastorno del crecimiento óseo. Acabó creando un fanzine llamado *I'm So Fucking Beautiful* («Soy tan jodidamente hermosa»), para hablar de la discriminación sobre la obesidad. El estilo era valiente y directo, y por tanto era poco probable que apareciera en ningún otro lugar: eran los garabatos de una adolescente que se había hartado de sentirse tan avergonzada. «Sé que nunca voy a estar delgada y (en general) no quiero serlo, pero aún pienso cosas del tipo "Bueno, tal vez si fuera un poco más estilizada, entonces no solo podría aceptar mi cuerpo, ¡sería capaz de amarlo realmente, de verdad!" y no importa cuánto diga que no hay nada de malo en estar gordo y que deberíamos deleitarnos con nuestra gordura. Lo cierto es que no creo que me gustase estar más gorda de lo que estoy ahora. Entonces, ¿qué hago si engordo?» Su fanzine también tenía sentido del humor, y Lamm daba permiso a sus lectores para reír y romper el silencio en torno a estos temas difíciles. En una lista de «cosas divertidas sobre la obesidad», el número uno son los «flotadores de grasa, gracias a los cuales no tengo que preocuparme de morir ahogada». [24]

Otro fanzine creado fuera de D. C. fue *Gunk* («Mugre»), de Ramdasha Bikceem, una chica patinadora de Nueva Jersey de apenas quince años cuando publicó su primer número. Se trataba de una chica negra, por lo que fue una participante inusual en Riot Grrrl, y escribía sobre su condición de marginada entre los marginados. En el cuarto número de *Gunk* —un número que incluía una foto suya de la infancia con expresión furiosa, debajo de las palabras «¿Me has mirado siquiera?», recortadas del costado

de un cartón de leche— relató su experiencia en un encuentro de Riot Grrrls en D. C.: «Creo que fui una de las tres únicas personas negras que asistieron, quiero decir que Riot Grrrl pide que se produzca un cambio, pero me pregunto a quién está incluyendo en realidad [...] Veo que Riot Grrrl está creciendo muy cerca de unas pocas elegidas, es decir, chicas punk blancas de clase media. Es como si fuera una sociedad secreta, pero parece que hay gente que considera que lo que necesitamos son más sociedades secretas». [25]

Para Kathleen, Allison y Molly, la multiplicación de los fanzines era una clara señal de que había otras chicas furiosas por ahí. La música que estaban produciendo también estaba recibiendo más reconocimiento. A finales de agosto de ese año, 1991, el Teatro Capitol de Olympia celebró un festival de música de seis días llamado International Pop Underground Convention, y una Noche de Chicas especial reunió a todas las bandas que representaban el corolario musical de los fanzines: Bikini Kill, Bratmobile, Heavens to Betsy, 7 Year Bitch y muchas otras. Fue un espectáculo trascendental para unas chicas que apenas un año antes pensaban que no había un lugar para ellas en el punk. Informando sobre el desarrollo de la noche en el siguiente número de *Girl Germs*, una chica que había estado entre el público describió sus sensaciones: «Siempre recordaré esa Noche de Chicas porque, lo creáis o no, fue la primera vez que vi a tantas mujeres subirse a un escenario como si realmente les perteneciera, y la primera vez que escuché la voz de una hermana cantando con orgullo la rabia que con tanta vergüenza encierro en mi propio corazón. Hasta esa noche, nunca había imaginado siquiera que el punk rock era algo más que una extensión fálica de las frustraciones de los hombres blancos de clase media». [26] Allison y Molly incluso inventaron unas siglas para conmemorar aquel momento: *sprhr*, o «sueño punk rock hecho realidad» (en inglés, *punk rock dream come true*, o *prdct*). [27]

Había algo especial en ese emotivo estilo de punk del noroeste de Estados Unidos, y el país entero pronto pudo experimentarlo a través del ya exnovio de Tobi Vail, Kurt Cobain, y su banda, Nirvana. Su álbum *Nevermind* fue lanzado unas semanas después de la Noche de Chicas, y en noviembre ya era disco de oro y luego de platino. En enero de 1992, logró desplazar al último álbum de Michael Jackson del primer puesto de las listas de discos más vendidos, con unas 300.000 copias a la semana. El capitalismo siempre estaba buscando conquistar una subcultura pegadiza, y la rápida mercantilización del movimiento en busca de una audiencia masiva podría tener consecuencias aterradoras. El terror en los ojos de Cobain dejaba muy claro lo que ocurre cuando uno pierde el poder de establecer su propio rumbo.

En julio de 1992, Riot Grrrl apareció por primera vez en las páginas de una publicación convencional (es decir, no producida en el dormitorio de alguien). Solo había pasado un año desde aquel primer encuentro en el mundo real en D. C. La red de chicas que ahora se comunicaban regularmente a través de intercambio de fanzines se había expandido, pero todavía parecía un proyecto particular que estaba floreciendo. Cuando una joven periodista de *LA Weekly*, el periódico independiente de la ciudad, solicitó participar en la reunión inaugural de la sección de Olympia de Riot Grrrl, las organizadoras, Molly y Allison, no vieron ningún problema, pese a que les resultaba difícil imaginar que alguien quisiera escribir sobre ellas y lo que estaban haciendo. «Esta reunión es básicamente para decidir qué queremos hacer con Riot Grrrl», dijo Allison al grupo de unas diecisiete chicas sentadas con las piernas cruzadas en el suelo de una lavandería ubicada en un sótano. Mientras la periodista tomaba notas, el grupo hizo una tormenta de ideas para crear fanzines de bolsillo sobre sexismo y violación, y planeó un concierto para la semana siguiente, Riot Grrrl

Extravaganza, en el que la entrada para las chicas y cualquier chico que se presentase vestido de chica costaría dos dólares. Todos los demás chicos pagarían tres dólares.

El artículo resultante, que apareció unos meses más tarde, se basó principalmente en su lema: «Revolution Girl Style Now» («Revolución de estilo femenino ya»). Los focos ahora brillaban a toda potencia a través de las ventanas de sus dormitorios. Tanto es así que la primera frase parece irónica en retrospectiva: «Tal vez la revolución de las chicas no acaba de concretarse en el mundo público, el mundo de los hombres. Ciertamente no sucederá en la calle, donde las chicas no están seguras. Tal vez comience en un espacio privado y vedado en el que los hombres nunca entran, un espacio genérico en el que las mujeres entran y salen, a menudo juntas, escribiéndose mensajes en la pared: un baño femenino». [28] Los baños de mujeres en muchas universidades eran de hecho donde las estudiantes podían garabatear anónimamente los nombres de los hombres que las habían agredido sexualmente, como una advertencia para las demás. Los fanzines eran ahora este «espacio privado y vedado». Eran «bombas de tiempo cubiertas con letras gruesas», como escribió Emily White, la autora del artículo. «En todo el país, las chicas esperan tener noticias de la red de fanzines, una comunidad fantasma a la que pertenecen pero que nunca ven; es un organismo sin núcleo, creado a partir del papel».

El artículo era largo y exhaustivo, un intento sincero de dar sentido a lo que representaba la energía incipiente de Riot Grrrl. Sin embargo, no dudaba en reclutar a las chicas como los soldados perfectos para ir a luchar a la primera línea del frente en las entonces furiosas guerras culturales. Anita Hill había hecho sus acusaciones contra Clarence Thomas durante sus audiencias de nominación al Tribunal Supremo en el otoño de 1991, dividiendo al país sobre el tema del acoso sexual. En junio del año siguiente, el Tribunal Supremo anunció su decisión en *Planned Parenthood of Southeastern Pennsylvania v. Casey*, una sentencia que confirmaba la

jurisprudencia de *Roe v. Wade*, al tiempo que volvía más difícil para una mujer abortar legalmente, en parte al defender las disposiciones de consentimiento parental para menores en cada estado. Poco después, tuvieron lugar los notorios juicios por violación de William Kennedy Smith y Mike Tyson, en los que los relatos de las violaciones de las mujeres fueron considerados dudosos. Era además un año electoral, y ya en el verano de 1992 los contendientes estaban claros: un Partido Republicano respaldado por la derecha cristiana contra un candidato demócrata cuya esposa, Hillary Rodham Clinton, provocó no poco rechazo al decir que su carrera la había salvado de una vida en la que se habría «tenido que quedar en casa, horneando galletas y tomando té».

La segunda gran oleada del feminismo, que había abierto lugares de trabajo para las mujeres y ganado batallas por los derechos reproductivos, parecía no estar preparada, por el momento, para lo que Susan Faludi había llamado *backlassh* («reacción violenta»). Su libro así titulado pasó treinta y cinco semanas en las listas de libros más vendidos en 1992. [29] No obstante, puede que hubiera una cohorte más joven que estaba lista para unirse a la refriega. El artículo declaraba: «Las *riot girls* utilizan el tipo adecuado de retórica con la que enfrentarse a esta hora oscura porque, como muchas otras adolescentes, expresan cada revés, cada sueño, en el llamado lenguaje de la crisis».

Esto suponía una carga considerable sobre sus hombros, pero el artículo se acercaba con tacto y consideración a las *riot grrrls* en sus propios términos, y fue escrito con tanta sensibilidad que alivió su desconfianza de los medios de comunicación. Otra prueba de lo interesantes que se habían vuelto para el mundo adulto surgió cuando el último fin de semana de julio se celebró la primera convención de Riot Grrrl en Washington, D. C. El encuentro reunió a más de un centenar de chicas. Fue un fin de semana lleno de espectáculos y fiestas de baile, talleres y discusiones temáticas, sobre «cualquier cosa, desde defensa personal hasta cómo crear una caja de

resonancia, pasando por cómo diseñar un fanzine», y una reunión simplemente llamada «Violación». [30]

Fue un encuentro importante, aunque caótico, con numerosos debates en corro en los que las chicas se pasaban cajas de pañuelos de papel y contaban sus historias. La naturaleza áspera, inacabada e indefinida del activismo también era evidente. En una sesión organizada por Kathleen, «Desaprendiendo el racismo», salieron a la luz las tendencias aludidas en el artículo de *LA Weekly*. La mayoría de las chicas rechazaron la idea de que podrían ser cómplices de una cultura de supremacía blanca tácita. Se suponía que allí eran las víctimas. Las pocas participantes de color estaban molestas y se sentían excluidas, mientras que las chicas blancas afirmaban que existía racismo inverso. Todo estaba muy revuelto (y, por supuesto, fue precisamente aquí, navegando entre la multitud de clases y razas, cuando la segunda oleada del feminismo había tenido su propia crisis dos décadas antes). La confrontación eventualmente encontraría su camino en fanzines como *Race Riot,* de Mimi Thi Nguyen, enteramente dedicados a los problemas específicos de las chicas de color en el movimiento.

De repente habían pasado del anonimato a ser observadas muy de cerca. Una mujer que se presentó en la convención dijo que estaba escribiendo un artículo para la revista *Spin*. Otra se estaba documentando para un artículo en el *Washington City Paper*. Un cineasta aficionado estaba tratando de entrevistar a chicas para un documental. Y una mujer anunció en un taller: «Soy de *USA Today*». [31]

El artículo de ese último periódico, publicado una semana después del fin de la convención, fue precisamente lo que hizo que las *riot grrrls* comenzasen a darse cuenta de que su movimiento —¿realmente era un movimiento?— se les estaba yendo de las manos. «Cuidado, chicos», comenzaba. «De cientos de habitaciones que alguna vez fueron rosadas y

frívolas viene la joven revolución feminista. Y no es agradable, aunque no pretende serlo. ¡Que lo sepáis!» [32] Las chicas fueron menospreciadas, todas iban con las «piernas peludas, botas militares y tatuajes», y cualquier idea política de cierto calado era presentada en el artículo como nada más que una agresión irracional. En un momento de la convención, durante un concierto del grupo Cheesecake, un «chico escuálido» grita algo despectivo, e inmediatamente se ve «rodeado por una turba furiosa de chicas, saltando y bailando en un frenesí. Sale corriendo para ponerse a salvo, perseguido por sus abucheos». Las chicas parecen simultáneamente ingenuas y reaccionarias: «Otra mujer dice que, si le pides a un hombre que te toque el pecho izquierdo y él te toca el derecho, "eso es violación"». No se ofrecía ninguna explicación de por qué las *riot grrrls* hicieron lo que hicieron, sino simplemente bocetos condescendientes de sus conversaciones como «pura charla femenina. Perspicaz, honesta, a menudo conmovedora». Eran «adolescentes angustiadas, en busca de su identidad sexual y social».

Había pasado solo un año desde que la red de fanzines había comenzado a ramificarse, pero la repentina avalancha de cobertura burlona provocó un cortocircuito general, justo cuando, tras su primera convención, comenzaban a pensar hacia dónde dirigirse a continuación.

Era una presión implacable. Alguien de *Newsweek* llamó a casa de Allison tres veces en una semana. Llegaron solicitudes de los principales programas de entrevistas diurnos, los de Sally Jessy Raphael y Maury Povich. Las chicas se sentían mal entendidas y mal caracterizadas, frustradas porque su subcultura cultivada en el dormitorio estaba siendo despojada de un significado más profundo y reducida a otra tendencia pasajera. El artículo de *USA Today* iba acompañado por un boletín adjunto que desglosaba la «provocativa moda» de la imagen de la *riot grrrl:* «medias de rejilla y ligas bajo pantalones cortos holgados del ejército».

Incluso las formas aparentemente positivas de atención resultaban opresivas. La revista *Sassy,* una publicación para chicas jóvenes que, a la

hora de presentar la realidad vivida por las adolescentes, hacía un mejor trabajo que cualquier otra publicación de papel satinado, abrazó el fenómeno de los fanzines y a principios de 1992 comenzó a presentar un «fanzine del mes», para información de sus cientos de miles de lectores. Cuando le tocó el turno a *Girl Germs,* de Molly y Allison, y se hizo pública su dirección, recibieron una cantidad abrumadora de correo y la demanda de su fanzine excedió su capacidad de entrega.

Sintiéndose atrapada y explotada, convertida en un mero producto, Kathleen descargó su irritación en la publicación feminista *Off Our Backs* («Dejadnos en paz»), con sede en D. C.: «La revista *Interview* nos llamó ayer. Maria Shriver quiere que vayamos a su programa. Esto me da un miedo de la hostia. Sé que somos simples símbolos. No me hago putas ilusiones de que a esta gente realmente le importe una mierda lo que tengo que decir. Creo que la gente solo quiere mirarme las tetas y verme meter la pata hasta el fondo. Están intentando controlar lo que estamos haciendo, etiquetándolo, marginándolo y poniéndolo donde no debe estar. No pienso permitir que eso suceda». [33]

Aunque los fanzines documentaban sin filtro la conciencia colectiva de este grupo de mujeres jóvenes, también revelaron que para el otoño de 1992 la atención pública sesgada se había convertido en una crisis, lo que las hacía querer huir aún más de la imagen que se proyectaba sobre ellas. «Siento que ya tengo muy poco control sobre mi vida como para que encima venga algún periodista a decirme quién soy», escribió Erika Reinstein en su fanzine. «Ya me siento lo suficientemente marginada, no hace falta que los medios corporativos empeoren las cosas». La rabia de Erika también se debía a la falta de voluntad de los periodistas para comprender «la idea de un movimiento de individuos que trabajan juntos sin algún tipo de mapa o gráfico o conjunto de reglas». [34] Las narrativas prefabricadas impuestas a Riot Grrrl pasaban por alto lo que realmente era especial de todo lo que se estaba desarrollando a través de los fanzines: la

tensión que se podía alcanzar a través de ello. Cada fanzine era de su propio autor, pero también estaban todos vinculados. Un conjunto de preocupaciones comunes estaba surgiendo con el tiempo y posiblemente incluso una agenda, pero nadie iba a decirle a nadie sobre lo que podía o no podía escribir, o lo que todo eso significaba o se podía llegar a conseguir.

Ananda La Vita, que vivía en la casa del grupo Positive Force en Arlington y respondía a muchas de las solicitudes de los medios, describió con precisión lo que resultaba tan frustrante y destructivo de esa cobertura. «Una cosa que me molesta especialmente es cómo toman algo que no tiene una definición real e intentan definirlo», escribió en una larga diatriba mecanografiada y dirigida a otras chicas amotinadas. «Riot Grrrl trata de destruir fronteras, no de crearlas. Sin embargo, esas revistas nos hacen parecer como una "cosa" que se debe mirar de cierta manera, y que ser una *riot grrrl* implica que te ha de gustar un cierto tipo de música o que has de creer ciertas cosas, cuando en realidad no existen tales requisitos. [...] Vernos a nosotras mismas descritas por estos escritores convencionales pone límites en nuestras mentes. Creo que esto es realmente peligroso. Podemos contrarrestarlo manteniendo vivo el aspecto underground de Riot Grrrl: mantener viva la comunicación entre nosotras. No podemos dejar que estos periódicos dominen la imagen que tenemos unas de otras». [35]

El artículo que apareció en *Spin* ese mes de noviembre, «Teenage Riot» («Rebelión adolescente»), supuso un nuevo golpe. En la ilustración podía verse a una modelo delgada y malhumorada que posaba con las palabras «Riot Grrrls» pintadas en su piel impecable. Un grupo de *riot grrrls* reales en D. C. propuso una solución: pondrían en marcha un «apagón mediático». Simplemente, se negarían a cooperar con cualquier periodista o publicación. Ignorarían las llamadas, no permitirían que se les hiciesen fotos o que se citaran palabras sin permiso. Sus fanzines les habían dado una sensación de poder y autoestima. Para aferrarse a eso, tenían que negarse a ser consumidas.

Allison y Molly se fueron de gira con Bratmobile durante el verano de 1992, y no fue muy bien. Su estrecha amistad se resintió por la tensión de sus noches tocando en espectáculos en todo el Medio Oeste de Estados Unidos, pasando por Chicago, Madison (Wisconsin), Bloomington (Minnesota) y Dayton (Ohio), entre otras ciudades. En parte, dicha tensión se debía al hecho de ser una banda en la que chocaban egos jóvenes que no sabían muy bien cómo comprometerse, pero también a que sentían la responsabilidad de representar a Riot Grrrl en un momento en que el movimiento estaba recibiendo tanta atención que nadie sabía cómo gestionarlo. Cuando entró el otoño, ya quedaba poco de Bratmobile. [36]

El bombardeo mediático había pasado factura. Ahora debían dedicar más horas a responder a falsas representaciones de sí mismas que a expandir la red que habían formado. Y ese no era el único problema. Los grupos de Olympia y D. C., que habían concebido Riot Grrrl en sus habitaciones menos de dos años antes, ya no lo reconocían. Incluso Tobi, cuyo *Jigsaw* había iniciado la moda de los fanzines, se sentó a principios de 1993 para escribir un nuevo número, lamentando «cómo me han arrebatado algo que una vez fue mío y genuinamente significativo para mí, y se ha convertido en algo muy distinto de lo que se pretendía inicialmente». [37]

La cobertura había traído una generación completamente nueva de chicas al movimiento, y eran muchas y habían llegado todas a la vez. Las recién llegadas habían conocido Riot Grrrl en las páginas de *Sassy* o *Newsweek* o a través de la creciente fama de Bikini Kill, en lugar de a través de otros fanzines o conociendo a otras chicas en conciertos. No siempre estaba claro qué las atraía a las reuniones o les hacía querer sacar sus tijeras y barras de pegamento: ¿era parte de ese deseo original de crear una nueva cultura, o porque los elementos superficiales de la misma ahora estaban de moda? Tobi estaba exasperada por todas esas chicas que, en su

opinión, eran solo «impostoras pretenciosas amantes del postureo, o tal vez simplemente chicas jóvenes bien intencionadas e irremediablemente entusiastas y aisladas que viven en una pequeña ciudad perdida y leen artículos estúpidos escritos por personas estúpidas en revistas estúpidas». El grupo de D. C., que todavía trabajaba en la sede de Positive Force, estaba inundado de correo lleno de palabrería florida, con chicas que rogaban comenzar sus propios grupos locales, incluso pidiendo permiso, como si Riot Grrrl fuera una especie de Girl Scouts. En respuesta, algunas de las chicas crearon un fanzine que enviaron por correo, y que contenía las únicas instrucciones posibles para la creación de un fanzine: «Si quieres crear uno, ya está creado; todo lo que queda por hacer es redactarlo». [38]

El movimiento se estaba diluyendo, por lo que se tomó la decisión de escribir un fanzine juntas que respondiera a la pregunta: «¿Qué es Riot Grrrl, en realidad?», planteándose quizá la pregunta más para sí mismas que para las demás. En lugar de ofrecer una respuesta colectiva a su pregunta central, cada una de ellas, en total veinte chicas amotinadas que participaron en el nuevo fanzine, contribuyeron con un miniensayo definiendo el movimiento con sus propias palabras. En última instancia, las voces superpuestas y contradictorias proporcionarían la respuesta. No era un monólogo, sino una conversación. Angelique, que trazó el punto de la *i* en su nombre con un corazón, escribió: «Queremos unir todas nuestras fuerzas porque el mundo nos trata como si fuésemos niñaspequeñasputastontaszorrasestúpidasperrasfeassolteronascriaturasindefensasPROPIEDADES, y lo cierto es que sabemos quiénes somos en realidad (a veces)». [39]

Las limitadas formas en que veían sus vidas reflejadas en estas revistas de moda les recordaban a las chicas exactamente por qué habían encontrado los fanzines tan atractivos desde el principio. Se habían sentido ignoradas por la cultura en general, y los fanzines les habían dado la oportunidad de generar la suficiente confianza para responder. Sin embargo, ahora eran

poco más que la imagen de corta y pega de sus fanzines o sus botas Doc Martens; los elementos más superficiales habían sido agrupados y reutilizados, y ello provocaba que se sintieran aún más silenciadas de lo que habían estado. «Los medios de comunicación nos han convertido en una simple moda para que podamos ser fácilmente guardadas en el fondo de los armarios, junto con el macramé y los pantalones paracaidistas cuando pasemos de moda, cuando ya no seamos "lo más de lo más"», escribió otra colaboradora. [40] Después de hacer el fanzine, el grupo de D. C. dio un paso más: formaron un grupo de trabajo especializado en medios, para tratar de moldear su propia imagen, aunque muchas de las chicas mostraron su desacuerdo: sintieron que ello socavaría exactamente lo que había hecho que Riot Grrrl fuera tan especial, y que no convenía comenzar ahora a elaborar y promulgar decretos.

La atención externa persistió durante los últimos meses de 1992 y hasta 1993. «Malas, cabreadas y transgresoramente underground», llegó a titular *Los Angeles Times*, [41] mientras que *The Seattle Times* optó por «Furia feminista». [42] Incluso *Cosmo,* defensora justamente de esa feminidad que se sentía más opresiva para las chicas, publicó un artículo esa primavera: «Las nuevas activistas: intrépidas, divertidas y luchando como locas». [43] Estas publicaciones retrataban a las *riot grrrls* como agresivas en su ira, casi dominantes. Ya no rodeaban pasivamente la «olla» punk como simples perchas, sino que habían empezado a amedrentar a los chicos. En un artículo en la revista *Seventeen*, «Es cosa de *grrrls*», la «multitud de chicas con el pelo cortado y vestidos vintage a cuadros», amenazadoras y confusas, «condenaba el cromosoma Y como la raíz de todo mal», alienando a todos con su «inclinación militante». [44] El debate interno sobre la cobertura mediática se presentó como una frívola pelea de gatos: «¿Logrará Riot Grrrl reconducir el feminismo o acabará friéndose en su propia furia?». El artículo, por supuesto, ignoraba por completo los temas difíciles que las chicas amotinadas debatían realmente en sus

fanzines.[45] Irónicamente, en otra parte del mismo número de *Seventeen* estaban los resultados de una encuesta nacional sobre acoso sexual que afirmaba que el 40 % de las lectoras tenían que soportar groserías y manoseos todos los días.

Mientras tanto, el número de fanzines seguía creciendo, y pasó de unas pocas docenas a varios miles en 1993. Con más y más familias comprando sus propios ordenadores personales y un nuevo software de autoedición muy fácil de usar, el listón para participar estaba cada vez más bajo. Las adolescentes alienadas de todas partes se unieron masivamente al estilo de artículos de confesión. En uno de los últimos movimientos organizados del grupo original de Riot Grrrl, destinado a reafirmar la centralidad de los fanzines como forma de comunicarse y reunirse, un par de chicas crearon Riot Grrrl Press en 1993. Kathleen y Allison tuvieron una idea: crear un servicio de distribución y un catálogo que se pudiera solicitar enviando cincuenta centavos adicionales cuando se pedía un fanzine.[46] Sin embargo, fue Erika Reinstein, la *riot grrrl* con sede en D. C., quien asumió la tarea junto con May Summer Farnsworth, convirtiendo sus apartamentos en una avalancha de papel. Las chicas enviaban sus propios fanzines, y a veces incluso sus gruesas copias originales tenían aún los bordes doblados y olían a adhesivo de caucho (May, que trabajaba en una copistería, usaba en secreto la fotocopiadora para crear los patrones cuando su supervisor no estaba presente). Luego llegaban los pedidos masivos de fanzines, docenas de cartas que se iban acumulando todos los días.

Era mucho trabajo. En la convocatoria inicial de fanzines, Erika y May enumeraron seis razones por las que la prensa era «importante EN LA ACTUALIDAD».[47] La primera era «la autorrepresentación, necesitamos hacernos visibles sin usar los principales medios de comunicación como herramienta». Las otras razones eran el «trabajo en red» y «aligerar la carga a las mujeres (generalmente) jóvenes que no pueden permitirse el lujo de distribuir sus fanzines, o cuyos fanzines no son muy conocidos». Esto

«crearía otro vehículo de comunicación para las mujeres». Serían un «punto neurálgico». Por si sus intenciones no estuvieran aún lo suficientemente claras, cuando salió su primer catálogo en julio incluía una posdata: «Seguimos opinando que los periodistas pueden IRSE AHORA MISMO A TOMAR POR CULO». [48] Entre los casi noventa títulos enumerados había fanzines sobre imagen corporal (*Girl Trouble, Cherub*), sobre identidad queer (*Luna, Party Mix*) y sobre salud sexual (*Clitoris*). Kathleen, que había centrado gran parte de su atención en Bikini Kill, entonces a punto de lanzar su primer álbum, *Pussy Whipped*, estaba emocionada al ver a la prensa cobrar vida, recuperando nuevamente el control. Las chicas le enviaban mucha correspondencia. En esas circunstancias, estaba en condiciones de enviar un catálogo, anotando en cada uno: «Aquí hay una lista de fanzines impulsados por chicas que podrías estar interesado en obtener». [49] La sugerencia implícita siempre era la misma: anímate y crea el tuyo propio.

El catálogo fue una forma inteligente de volver a encauzar Riot Grrrl, para convertirlo una vez más en una incubadora de un nuevo tipo de feminismo, que se describía incluso en la revista *Ms.*, la publicación fundacional de la segunda ola del feminismo, como una tercera ola emergente. A principios de enero de 1992, Rebecca Walker, hija de la novelista Alice Walker, escribió un breve artículo en las páginas de la revista que parecía algo salido de un fanzine. Comenzaba con su propia ira mientras presenciaba las audiencias de Clarence Thomas; luego describía una experiencia que tuvo en un tren con un grupo de hombres agresivos, y finalmente explotaba reclamando imperiosamente la necesidad de actuar, «para ir más allá de mi ira y articular una agenda». [50] Sin embargo, como gran parte de lo que aparecía en los fanzines, el enfoque estricto en la experiencia vivida por las mujeres, lo que casi dos décadas después explotaría bajo el hashtag #MeToo, aún no se había cohesionado en un programa político.

Había mucho trabajo por hacer para canalizar esa rabia en acción, y los fanzines estaban precisamente en el espacio social donde era más probable que sucediera, pero para las integrantes de Riot Grrrl ya era demasiado tarde. Superficialmente, el movimiento parecía tener cierto peso: en una marcha por los derechos de los homosexuales celebrada en abril de 1993 en Washington, el contingente de Riot Grrrl fue tres veces más grande que el de una protesta similar celebrada el año anterior. Sin embargo, su mensaje, su plan, seguía siendo difuso. Y cuando se encontraban con un micrófono delante de la boca, como había ocurrido casi desde sus inicios, se limitaban a vociferar y parlotear en general sobre el «poder femenino».

El principal presagio que anticipó la desaparición de Riot Grrrl fue el ascenso de las Spice Girls, un grupo de chicas inglesas que comenzó a escalar a la cima de las listas de música a mediados de la década de 1990. Aunque parecían un conjunto de variedades de muñecas Barbie, todas con ceñidas camisetas de tirantes y faldas ajustadas —una imagen que hubiera provocado la burla de las chicas amotinadas originales, y que habrían aborrecido—, las Spice Girls reivindicaron el «poder femenino» como su propio lema. En las canciones de su primer álbum declararon: *The Future Is Female* («el futuro es femenino») y llamaron a su legión de fans adolescentes *freedom fighters* («luchadoras por la libertad»). «Estamos refrescando el feminismo y adaptándolo a los años noventa», dijeron a *The Guardian.* «El feminismo se ha convertido en un término casi malsonante. "Girl Power" es solo una forma de expresar el mismo concepto de forma actualizada».[51] En pocos años, Revolution Girl Style Now y su desordenada creatividad autodidacta, su intento de convertir el trauma en cambio, su atención intransigente a la experiencia individual se habían transformado en un sueño capitalista, un himno pop fácilmente digerible y pegadizo sobre el consumo disfrazado de empoderamiento, que sonaba una y otra vez en la radio: *I'll tell you what I want, what I really, really want.* («Te diré lo que quiero, lo que realmente quiero»).

Algunas mujeres jóvenes trataron de mantener viva la escena del fanzine, pero pronto, en los hogares de todas partes, se empezó a escuchar el estridente sonido de un módem que se conectaba a AOL. Si las chicas querían acercarse unas a otras, compadecerse y tratar de cambiar el statu quo, no necesitaban reinventar su propio medio para hacerlo. Empezaba a existir una forma mucho más rápida: bastaba, sencillamente, con iniciar una sesión en internet.

Interludio

Ciberespacio

Las redes sociales tal y como las conocemos nacieron en una cabaña de madera de un astillero de Sausalito, cerca de San Francisco. Para ser más precisos, nacieron en el armario de esa cabaña. Justo al norte del puente Golden Gate, no lejos de las desvencijadas casas flotantes instaladas en el borde de la bahía, había una computadora VAX del tamaño de un pequeño refrigerador, zumbando y vibrando, conectada a una docena de módems. Y en 1985, un ecléctico grupo de profesores, ingenieros, escritores independientes y autoproclamados futuristas del Área de la Bahía comenzó a conectarse a esos módems y a intercambiar mensajes, a todas horas del día y de la noche, sobre todo tipo de asuntos: el empeoramiento de la epidemia de SIDA, sus canciones favoritas de Grateful Dead, la ética de la circuncisión, los comandos de UNIX más útiles, etc. Nadie había hecho esto antes, utilizando ese tipo de comunicación incorpórea, casi instantánea, a través de la escritura. Pronto comenzaron a llamarse a sí mismos una «comunidad virtual». [1]

Tal descripción podría aplicarse fácilmente a la red de corresponsales de Peiresc, o a los eslabones de la cadena del *samizdat* clandestino, o a las *riot grrrls* y su red de fanzines. Estas, también, fueron comunidades unidas y mantenidas a través de la escritura, lo que les permitió replicar virtualmente

la calidez y la energía que se genera al acurrucarse en un rincón. Lo que de repente era diferente y totalmente nuevo era la velocidad y la escala de la comunicación.

Los pocos cientos de personas que se conectaban a esa computadora VAX no tenían como objetivo iniciar un movimiento, y tampoco deseaban imperiosamente romper un statu quo. Solo querían charlar. En ese sentido, incluirlos aquí representa una especie de desvío respecto a las demás historias. Pero lo cierto es que se consideraban a sí mismos como los primeros en probar esas herramientas, y pronto se convencieron de que las herramientas en sí mismas tenían un potencial realmente revolucionario. Su capacidad para conversar de esta manera les resultó hipnótica, y algo de eso había en esa acumulación de parpadeantes letras verdes sobre la pantalla negra que expresaban personalidad, ingenio, amistad genuina y afinidad por los mismos pasatiempos excéntricos. Esta revolución llevó a algunos a empezar a tener grandes sueños sobre ese espacio, que en realidad no era un espacio físico real en absoluto —el ciberespacio— y a preguntarse qué podía lograr, qué capacidades podía ofrecer a sus usuarios, si tenía la capacidad como medio para mejorar todas esas peticiones y periódicos y manifiestos locales del pasado.

Dentro de esa cabaña, a pocos metros del VAX, se sentaba John Coate, el hippie encargado de la gestión de esta nueva comunidad, que a menudo se hacía también una pregunta, especialmente a medida que crecía el registro de horas en línea: ¿estaba presenciando el nacimiento de una nueva fuente de poder para cualquiera que quisiera cambiar el mundo? Y su respuesta era siempre: sí, pero no.

Basta con pasar un minuto con Coate para darse cuenta del idealismo que estaba presente desde el principio. [2] En 1986, cuando comenzó a trabajar en WELL, que es como se llamaba este intercambio de conversaciones, tenía

poco más de treinta años, era alto y delgado, con el pelo rubio y de punta y un estilo de hablar tan lento y pegajoso que se había ganado el apodo de Tex (y así me referiré a él desde ahora). También le gustaban mucho las camisas vaqueras. Cuando se presentó en el lugar en su primer día de trabajo, Tex nunca antes había usado un ordenador en su vida, y su habilidad más destacable era que sabía arreglar coches. No obstante, había pasado la última década viviendo en una comuna en Tennessee llamada The Farm («La Granja»). Este parecía ser el denominador común entre los primeros empleados de WELL: todos eran excomuneros. Todos ellos habían vivido la década de 1970 desconectados del resto del mundo, formando nuevas familias y relaciones basadas en lo que desde su punto de vista eran vínculos más honestos.

La gente llevaba usando ordenadores en red para comunicarse durante un poco más de una década, pero los foros existentes eran limitados y carecían de mucha imaginación. ARPANET, el precursor de internet, estaba disponible solo para un pequeño grupo de académicos e investigadores. Para cualquier otra persona con los suficientes conocimientos técnicos, existía un pequeño archipiélago bastante friqui, lo que se conocía como servidores de tablón de anuncios, espacios en los que los adolescentes locales podían debatir sobre *Star Trek.* WELL, tal como estaba concebido, debía ser un espacio abierto, que aceptase a cualquier persona que desease entrar y pasar el rato. Sería una concentración tan independiente y peculiar como una comuna, su antecedente más claro, aunque unida por cables telefónicos.

Su cocreador fue Stewart Brand, bien conocido en el Área de la Bahía como una especie de empresario de la nueva era, quien, en palabras del historiador cultural Fred Turner, se había convertido en el cerebro de una red idiosincrásica pero bastante prometedora que «abarcaba los mundos de la investigación científica, la vivienda hippie, la ecología y la cultura de consumo dominante». [3] Mientras que otros veían en los ordenadores un

futuro burocratizado de tarjetas perforadas y procesos sin alma, Brand veía la liberación, una herramienta para la creatividad y el crecimiento personal que podría permitir al individuo ir más allá de las limitaciones sociales. Era conocido sobre todo por crear el *Whole Earth Catalog* («Catálogo Global») en 1968, una empresa especialista en habitantes de zonas rurales y remotas, que vendía inodoros de compostaje, planes para cúpulas geodésicas, hornos solares y una forma de vida que ponía gran esperanza en la tecnología. Brand era también, en lo más profundo de su ser, un empresario. Si ya se había visto a sí mismo como pionero del equipamiento para zonas apartadas, ahora estaba buscando expandir esos límites más allá del plano físico, y, por qué no, ganar algo de dinero con ello.

En 1984, Brand conoció a un hombre de negocios llamado Larry Brilliant, propietario de una compañía que vendía un sistema de conferencias por ordenador llamado PicoSpan, que estaba en proceso de pruebas. Brilliant sabía que la mejor forma de realizar estas pruebas era vender las herramientas a una red ya establecida, y eso era precisamente lo que Brand podía ofrecer. A mediados de la década de 1980, el *Whole Earth Catalog* se había convertido en el *Whole Earth Review* («Revista Global»), una revista producida en el muelle en Sausalito. Juntos decidieron crear WELL; Brand, que haciendo honor a su apellido tenía un don a la hora de crear marcas,[4] dio con el nombre después de garabatear durante unos minutos. Era un acrónimo de Whole Earth 'Lectronic Link («Vínculo 'Lectrónico Global»), un nombre que hubiese encantado a Tom Wolfe). Brilliant aportaría la computadora VAX y el software, valorados en 100.000 dólares, y Brand su revista y sus empleados, por lo cual sería copropietario al 50 % y responsable de crear una placa de Petri electrónica, un experimento para ver si la autenticidad de las comunidades podría crecer y expandirse a través de los ordenadores.[5]

Y así fue como Tex consiguió el trabajo: sabía muy bien cómo funcionaban las comunas y cómo podían fracasar.

Tex había crecido en una prominente familia de San Francisco, pero su vida se había desviado de la respetabilidad de la clase media en el otoño de 1970, cuando se unió a un grupo que viajaba por el país como nómadas en una caravana de autobuses escolares reconvertidos en casas rodantes. Estaban siguiendo a su gurú espiritual, Stephen Gaskin, un hombre con un control sobre su rebaño cercano al sectarismo. La filosofía de Gaskin era una mezcla de budismo zen y devociones contraculturales como el veganismo. Destacaba la importancia del matrimonio y la maternidad —su esposa fue Ina May Gaskin, una pionera del movimiento a favor del parto en casa—, pero también alentaba a sus seguidores a comprometerse en lo que él denominaba «matrimonios a cuatro», en los que dos parejas ya formadas se unían entre sí con el objetivo de experimentar una suerte de poligamia igualitaria. Tex se enganchó por primera vez a Gaskin cuando lo vio hablar en un teatro en ruinas en San Francisco, sentado con las piernas cruzadas y haciendo sonar un cuerno de carnero para indicar el fin de su conferencia diaria.

La experiencia de la caravana fue muy formativa. Las diez personas presentes en el autobús de Tex, en su mayoría extraños entre sí, tuvieron que aprender a vivir juntas, y no solo como necesidad práctica, pues su objetivo era rehacer la sociedad.[6] Cuando surgía un problema, celebraban una sesión para «resolverlo», sesiones que solían ser confrontaciones grupales, en las que las personas eran absolutamente sinceras sobre las faltas más menores de los demás. «Pasamos noche tras noche hablando entre nosotros», me dijo Tex. «Queríamos decir la verdad, ser emocionalmente honestos, abrirnos totalmente y ver a dónde nos llevaba ese camino. La idea era tratar de encontrar una forma amable de contarles sin tapujos a los demás los hábitos que te resultan molestos. En un proceso como ese no basta con mostrar tu acuerdo o desacuerdo, sino que tienes que incidir en tu propio desarrollo. Tienes que estar dispuesto a escuchar a todo

el mundo y cambiar de acuerdo con los comentarios de los demás. La gente que no estaba dispuesta a hacerlo acababa marchándose».

Detrás de esta forma de ser y pensar había una especie de absolutismo de la libertad de expresión. La idea era que, si se dejaba salir todo, la sociedad que surgiría de esta franqueza sin filtro sería más fuerte. Gaskin finalmente llevó al grupo de trescientas personas que formaban parte de la caravana a establecerse juntos en una parcela de tierra, una granja de unas 450 hectáreas ubicada al sur de Nashville, Tennessee. Construyeron una nueva civilización: desviaron los cursos de agua, instalaron letrinas, pero también pasaron mucho frío en tiendas de campaña mientras construían casas de madera contrachapada y lidiaban con los ataques ocasionales de hepatitis. La granja creció, y a mediados de la década de 1970 ya eran más de quinientos miembros, con muchos niños sucios dando vueltas por todas partes.

En la comuna se aplicaban las mismas reglas de apertura total, pero a esa escala resultaba más complicado. Gaskin permitía que cualquiera pasara a hacer una visita, y pronto parecía haber un flujo interminable de hippies vagabundos, chicos que huían del reclutamiento militar e incluso personas con enfermedades mentales. Un año llegaron a pasar por allí veinte mil visitantes. Aquello era un ejercicio de tolerancia extrema, y Tex aprendía bien. Todas las opiniones eran bienvenidas, aunque fuera necesario armarse de paciencia para escuchar y soportar a todos. Cuando a fines de la década de 1970 la Granja estableció otros proyectos complementarios, Tex se lanzó a nuevas situaciones que requerían estas habilidades de monje, mudándose primero al sur del Bronx para ayudar a administrar un servicio de ambulancias y ocupando un edificio que calentaba gracias a hogueras que hacía con palés recogidos en fábricas abandonadas de los alrededores. Luego se mudó a Washington, D. C., para comenzar un hogar grupal para nativos americanos. En total, calculaba que a lo largo de la década de 1970

y principios de la década de 1980 había vivido en quince lugares diferentes con alrededor de doscientas personas.

Lo que Tex aportó a WELL era la fe en que la comunicación en sí misma podría resultar redentora. Estaba convencido de que esa era la clave para el autogobierno, para hacer que la nueva comunidad virtual funcionara. Sin embargo, también había aprendido lo que casi cualquier persona aprende cuando se adentra en un experimento humano de ese tipo: que el éxito se basa en el frágil equilibrio entre las necesidades del individuo y las del colectivo, un equilibrio que tenía que ser supervisado, calibrado y recalibrado diariamente. Podría ser una tarea agotadora, pero sin esa vigilancia, sin esas reglas, sin una estructura que condujese a la gente hacia una deliberación productiva, las cosas podrían descarrilar con mucha rapidez. Había sido testigo de ello. Y cuando dejó la Granja en 1982, lo hizo en gran parte porque Gaskin se había convertido en un líder autoritario, alguien que exigía demasiado para el colectivo a expensas del individuo.

En WELL, Tex encontró un entorno aparentemente perfecto para soportar esta tensión, en parte intencionadamente y en parte gracias a una feliz casualidad. PicoSpan, el software de conferencias, le dio a WELL su forma básica.[7] Fue creado por un programador de la Universidad de Michigan, en la localidad de Ann Arbor, que le imprimió sus tendencias libertarias —un sesgo hacia el flujo libre de la conversación— pero también le prestó el orden de una reunión académica. WELL se dividía en una serie de «conferencias», cada una de ellas moderada por un «anfitrión», y luego a su vez en «temas» específicos. Las conversaciones eran categorizadas, segmentadas y supervisadas, pero también existía la posibilidad de cambiar continuamente la dirección del debate en función de los comentarios que fuesen apareciendo: la estructura servía de canalización y permitía enfocar

los temas de la conversación, pero dentro de los diferentes temas había libertad e iniciativa individual.

Brand también tomó algunas decisiones cruciales. Había establecido una tarifa de suscripción razonable, pero tampoco demasiado reducida: ocho dólares fijos al mes, y luego dos dólares por hora para iniciar sesión. [8] Si la tarifa fuese demasiado cara, los usuarios podían escribir todo lo que deseaban decir de antemano, iniciar sesión, depositar sus textos y luego cerrar la sesión, lo que acabaría eliminando la posibilidad de una conversación más dinámica. El resultado hubiera sido una sucesión de discursos individuales uno detrás de otro, y no un verdadero intercambio. Sin embargo, si la tarifa era demasiado barata, acabarían imponiéndose aquellos que tenían tiempo para permanecer conectados en línea contando chistes todo el día, colapsando las líneas telefónicas y molestando a todos.

La otra decisión involuntariamente crucial que tomó Brand se hacía visible cada vez que un usuario iniciaba sesión en la computadora VAX, momento en el que aparecería un críptico mensaje: «Eres el dueño de tus propias palabras». [9] Esta era una forma de proteger a Brand de cualquier responsabilidad. Su significado literal era que el usuario tenía derechos de autor sobre cada oración que producía, pero la frase también se convirtió en una especie de ethos: cada usuario debía responder por todas sus aportaciones, pues era un ciudadano con derechos, pero también con responsabilidades. Tan seriamente se consideraba esa responsabilidad que incluso tres décadas más tarde Tex se negó a compartir viejos archivos de WELL hasta que me comprometí por escrito a no citarlos sin obtener el permiso de los autores, algo incomprensible en nuestra era de continuos retuits. Tampoco se permitía el anonimato. Se podía utilizar un apodo entre paréntesis, pero el nombre real debía aparecer justo al lado. Si se deseaba eliminar publicaciones una vez compartidas, había un comando para eso, llamado *scribble* («garabato»), pero dejaba un rastro, lo que hacía evidente

que alguien se había arrepentido de sus propias palabras. Al igual que en la vida real, no se podía fingir que nunca habían existido.

Para participar con éxito en esta comunidad, era preciso ofrecer una anécdota personal interesante, lanzar una interjección provocativa o ampliar la discusión de alguna manera. Las estrellas de WELL entendieron esto muy bien. Eran buenos escritores que podían recrear con rapidez el juego de réplicas y contrarréplicas de una charla en sus textos. Pero también eran buenos conversadores, indudablemente interesados en lo que otros tenían que decir, que reconocían sus contribuciones y animaban el debate. No se lograba la atención general diciendo algo que frenase en seco cualquier controversia y convenciese a los demás, sino contribuyendo de una manera divertida, reflexiva o útil al flujo de la conversación.

Tal vez la característica más distintiva de WELL desde la perspectiva actual era el papel del anfitrión. El nombre original era *fair witness* («testigo imparcial»), según lo establecido por el creador de PicoSpan, y casualmente el mismo término utilizado en la Granja para las personas que negociaban la paz cuando los asuntos interpersonales se complicaban. Sin embargo, finalmente se optó por *host* («anfitrión»), para seguir con el modelo de salón francés imaginado por Brand, que tenía a George Sand en mente. En cada conferencia había una persona, remunerada con una suscripción gratuita, que supervisaba las diversas líneas de conversación. Como dijo Howard Rheingold, un temprano y ávido desarrollador de WELL y popularizador del concepto de «comunidad virtual», los anfitriones en WELL tenían el mismo papel que los anfitriones de las fiestas en la vida real: «dar la bienvenida a los recién llegados, presentar a las personas entre sí, limpiar tras la marcha de los invitados, incentivar la comunicación y solucionar disputas si es necesario». [10] Rheingold, un escritor del Área de la Bahía con bigote a lo Groucho Marx y un marcado gusto por coloridas camisas balinesas y sombreros Panamá, era un buen ejemplo del tipo de persona que se sentía atraída por WELL. Le interesaba

especialmente cómo los ordenadores podían expandir el conocimiento y la experiencia humana, y en WELL, donde pasaría incontables horas, descubriría lo que llamó «una mente colectiva, donde se responden preguntas, se brinda apoyo y se ofrece inspiración, procedente de personas de las que tal vez nunca haya oído hablar antes, y a quienes tal vez nunca llegue a conocer cara a cara». [11] Había jugueteado con otros servidores de tablón de anuncios, pero nada se acercaba siquiera a la trascendencia y la camaradería que logró encontrar en WELL.

Las conferencias a través de WELL se convirtieron en pequeños pero intensos entornos en los que las personas podían reunirse para compartir sus obsesiones comunes. En 1986 se produjo un auge de los llamados *deadheads*, la tribu de seguidores fanáticos del grupo Grateful Dead (o simplemente, Dead), uno de los últimos restos auténticos de la contracultura de la década de 1960. Habían sido conducidos hacia WELL por David Gans, un músico que presentaba un programa semanal de radio de una hora de duración que dedicaba su tiempo en antena a organizar sesiones musicales improvisadas (un programa que continuó presentando durante décadas). Era una comunidad virtual ya formada que se constituía en los estacionamientos de las salas de conciertos, y muchos de los seguidores originales de la banda, ya de mediana edad, eran profesionales con acceso a ordenadores. Ahora podían pasar el rato juntos todo el tiempo. «La comunidad simplemente se alimentó a sí misma», me dijo Gans. Hablé con él en Albany, Nueva York, mientras estaba de gira con una banda de versiones de Dead, llamada Gratefully Yours. «Nos convertimos en algo gigantesco. Debatíamos sobre las listas de canciones, nos quejamos de la repetición de canciones, nos preocupamos por la salud de Jerry Garcia. Hicimos todo lo que hace una comunidad con aquello que es objeto de sus intereses, y también consigo misma». [12]

El trabajo de Tex, según fue descubriendo, consistía básicamente en supervisarlo todo, proporcionar las pautas para que la conversación pudiera avanzar sin interrupciones ni malos sentimientos. Exigía una medición casi constante del civismo. WELL disponía incluso de una conferencia privada especial, llamada Backstage («bambalinas»), donde los anfitriones podían hablar con Tex y el resto de los administradores sobre cualquier problema que pudiera surgir, lo que replicaba el enfoque de hablar sobre todo tomado de la comuna. El tema #103 de Backstage, en febrero de 1998, «Las temperaturas están ascendiendo», es un buen ejemplo de ello. En la publicación 33, a un anfitrión le preocupaba que «las respuestas a declaraciones controvertidas, como el uso irónico por parte de (trapo) de la palabra "chica" o el debate sobre la pena capital, se están volviendo cada vez más asertivas». [13] No obstante, Tex no estaba demasiado preocupado. Dijo que consideró ese tono algo más beligerante como «una señal de que nuestra confianza mutua había crecido hasta el punto en que ya no sentíamos la necesidad de ir con cuidado [...] Éramos más libres de expresar nuestros sentimientos en términos más contundentes». La siguiente publicación, 34, mostró sin embargo su desacuerdo con esta forma de pensar. «La tensión puede desanimar a las personas que no tienen el mismo bagaje que nosotros», señaló el anfitrión. «Por ejemplo, shibumi volvió a señalar esta noche que el reciente alboroto lo ha vuelto reacio a hacer nuevas publicaciones».

Cuando puso en marcha WELL, Stewart Brand dijo: «La teoría inicial era que todo el mundo pudiera jugar hasta que descubriésemos qué tipo de comportamientos rompen las reglas del juego». [14] Sin embargo, no siempre era fácil determinar qué contaba como conversación productiva y qué era una distracción o incluso una forma de sabotaje. Y a medida que Tex iba aprendiendo, el hecho de que fuera un intermediario sin rostro hizo las cosas aún más difíciles: para cosechar beneficios se necesitaba una gran cantidad de trabajo y supervisión.

Tex se vio incluso forzado a expulsar a un troll, aunque en aquel tiempo ese término aún no se usaba fuera de los cuentos de hadas. Mark Ethan Smith, que tenía el nombre de usuario (abuela) y una identidad de género incierto, pues prefería no usar ningún pronombre de identificación, se convirtió en una fuerza dominante y vitriólica en varias conferencias. [15] El caballo de batalla de Smith era la maldad inherente a todos los hombres, y publicaba miles de palabras furiosas al día, atacando y mordiendo. Si había alguien que respondía a las provocaciones, Smith se indignaba aún más y posteriormente afirmaba ser la víctima. Tex, después de pasar horas hablando por teléfono con Smith y luego con aquellos que se habían sentido ofendidos por el aluvión de ira, tomó la decisión de excluir a Smith de WELL. Este fue el corolario de todo el idealismo, corolario que caería en el olvido una vez que la gente comenzara a sentir nostalgia por el mundo en línea original. En ese momento, además, la revelación fue inmediata: el ciberespacio necesitaba vigilantes de seguridad.

Cuando en WELL aparecía un conflicto —en su jerga, momentos de *thrash* («golpear, dar una paliza»)—, lo que más ayudaba a resolverlo, además del ojo avizor de Tex, era la arquitectura del sistema: el flujo de la conversación era más importante que cualquier otra cosa. Siempre había un incentivo para volver a alcanzar el equilibrio, para seguir alargando el hilo, inspirando un nuevo tema. El premio no era para la persona que lanzaba la llamarada más grande, soltando el mayor insulto, sino para la persona que hacía avanzar la conversación. «Casi todos trataban de llegar a la verdad de lo que fuera que se tratara en cualquier momento de *thrash* concreto», escribió John Seabrook, un escritor del *New Yorker* que se unió a WELL primero como un acechador silencioso y que luego fue arrastrado por la comunidad, para resumirlo todo de una manera que «pondría de nuevo todo en su lugar». [16]

Con el paso del tiempo, se fueron haciendo ajustes para intentar compensar el distanciamiento inherente a toda comunicación virtual. A

partir de 1986, por ejemplo, muchos de los participantes comenzaron a reunirse regularmente de forma presencial; dado que las llamadas de larga distancia vía módem todavía eran muy caras, casi todos los participantes eran habitantes en el Área de la Bahía. Estas reuniones, a las que se dio el truculento nombre de «reuniones en carne», comenzaron con algunos clientes habituales que querían invitar a un café a Tex y al resto de los administradores. Algunos simplemente anhelaban poner sus manos en la misteriosa computadora VAX, el hogar de todas sus convicciones, y escuchar su zumbido. Pronto hubo quedadas para comer, reuniones en el Golden Gate Park o, en una ocasión, incluso una visita al circo. Como es bien sabido, las palabras separadas de la forma física crean oportunidades para la proyección extrema, y al principio resultaba extraño encontrarse con personas con las que se habían producido enfrentamientos a distancia o cuyo ingenio había sido motivo de asombro. Sin embargo, el hecho de poder comprobar la absoluta normalidad de todos tuvo el efecto de dar una escala humana a todo el asunto. La gente descubrió, por ejemplo, que Tex era alguien al que le gustaba la proximidad física, que generalmente agarraba del hombro a su interlocutor para decir lo que tenía que decir a pocos centímetros de distancia. Y se dieron cuenta de que, si deseaban construir una conexión íntima y abierta en línea, resultaba muy útil tener una conexión presencial en el mundo real.

Sin embargo, también había una creciente conciencia de que en ciertos casos lo que se necesitaba era una mayor privacidad. Una conferencia, Mujeres en WELL, llegó a limitar el derecho de admisión. Los debates personales, sobre la violencia doméstica, los trastornos alimentarios, la dificultad a la hora de compaginar una carrera y una familia, solo podrían suceder lejos de la mirada y los dedos mecanógrafos de los hombres. Esta adaptación también resultó ser crítica: hasta qué punto se podía ser inclusivo o exclusivo, qué tipo de charla podía desarrollarse solo en espacios tranquilos y cuál necesitaba el bullicio de una multitud. Para las

mujeres, esta concesión hizo de WELL un lugar particularmente acogedor. A fines de la década de 1980, aunque las mujeres representaban solo el 10 % de las personas que se conectaban en línea, constituían el 40 % de la población de WELL. [17]

Cualquiera que considerara la idea de una comunidad virtual en esos primeros días llegaba tarde o temprano a la misma conclusión: por un lado, estaba el sueño de lo que podía ser; y por otro, la realidad. Si bien ayudaba a las personas a conectarse de maneras nuevas y maravillosas, también podría separar a las personas de las normas sociales de manera tan completa que socavase todos los beneficios de la comunidad como grupo. Stacy Horn, una recién graduada del Programa de Telecomunicaciones Interactivas de la Universidad de Nueva York, creo su propia versión de WELL, a la que llamó ECHO (*East Coast Hang Out*, es decir, algo así como «Quedadas de la costa este»), llenando su quinto piso en Greenwich Village con filas de módems apilados y un lío de cables telefónicos. Le encantaba su foro, y se convirtió en un lugar vibrante, para charlar sobre política local, compartir historias y citas, y debatir sobre obras de teatro o la mejor pizza de la ciudad, aunque también requería un ajuste constante. [18] Comunicarse a través del ciberespacio, escribió unos años más tarde, «no iba a traer paz y comprensión en todo el mundo. El ciberespacio no tiene el poder de hacernos otra cosa que lo que ya somos. Es un medio revelador, no transformador». [19]

Marshall McLuhan, el erudito estudioso de los medios de comunicación, acuñó una frase muy apropiada para describir lo que las personas tienden a hacer cuando se enfrentan a una nueva tecnología: «pensamiento de espejo retrovisor». Frente a la novedad, «tendemos siempre a apegarnos a los objetos, al sabor del pasado más reciente. Miramos el presente a través de un espejo retrovisor. Nos movemos hacia el futuro marcha atrás». [20]

Si se les pidiera a Tex y a sus compañeros miembros de WELL en aquel entonces que describieran el espacio que habitaban al escribir en el ciberespacio, se basarían en lo que veían en ese espejo retrovisor. En un breve artículo de 1988, Tex señaló una serie de formas diferentes en que podía describir el sistema WELL: como un «bar de barrio», «un Greenwich Village electrónico», «el equivalente electrónico de los salones franceses durante el período de la Ilustración» y «el tipo de espacio que se suponía que debían ser las cafeterías». [21] No obstante, de la misma manera en que un automóvil nunca fue realmente solo un caballo que podía ir más rápido que los caballos normales, las charlas en línea no eran solo tertulias en un café virtual. Ninguna metáfora podía describir lo que era con exactitud. Y, sin embargo, la metáfora es quizá el mayor legado de WELL.

El trabajo necesario para hacer de WELL una comunidad pronto cayó en el olvido, lecciones como la que Tex transmitió en ese artículo de 1988: «Es perfectamente posible llegar a preocuparse más por atraer y mantener la atención del grupo que por concentrarse en el contenido de lo que se dice». La amnesia fue creciendo a medida que crecía el tamaño de las conversaciones en línea. Lo que se rememoraba y se propagaba en su lugar era la versión ideal de la misma, la fantasía de la cafetería siempre abierta con una mesa disponible para todos y cada uno de los intereses y preocupaciones. Y, lo que es más importante para lo que nos ocupa, un lugar donde las personas con ideas radicales podrían encontrar fácilmente a otras para unirse a ellas e imaginar una nueva realidad.

Esta era la visión de John Perry Barlow, en su momento letrista de Grateful Dead, escritor, pensador y uno de los fundadores de la Electronic Frontier Foundation, una de las primeras organizaciones establecidas para defender la libertad de expresión en línea. En una de sus contribuciones en WELL utilizó por primera vez el término «ciberespacio» para describir su entorno de reunión virtual, tomando prestada una frase del escritor de ciencia ficción William Gibson. Y unos años más tarde, en 1996, Barlow

escribió «Una declaración de independencia del ciberespacio», que sigue siendo la destilación más pura de aquel sueño, que surgió de su propia experiencia en WELL. El texto no hacía mención al diseño de Brand o a las expertas manos conductoras de Tex o de los anfitriones (ni tampoco a sus pies, cuando la gente debía ser expulsada a patadas). En cambio, para Barlow, el ciberespacio consistía en «transacciones, relaciones y pensamiento en sí mismo, dispuestos como una onda estacionaria en la red de nuestras comunicaciones», una comunidad pura construida a través de conversaciones, supuestamente al igual que la Granja. Era un «acto de la naturaleza», que «crece a través de nuestras acciones colectivas», un «mundo donde cualquiera, en cualquier lugar, puede expresar sus creencias, sin importar cuán singulares sean, sin temor a ser coaccionado al silencio o la conformidad». [22]

Al igual que las esperanzas de aquellos comuneros hippies que buscaban una sociedad mejor y más democrática, la fantasía de Barlow ignoraba todo el esfuerzo y las intervenciones necesarias para que aquello tuviera siquiera posibilidades de llegar a cumplirse, una responsabilidad que en WELL siempre se consideró la inevitable otra cara de la libertad. Muy pronto, la libertad comenzó a ser lo único a lo que se prestaba atención. Eric Schmidt, entonces presidente ejecutivo de Google, describió cariñosamente en 2015 la declaración de Barlow como un sueño que «se ha cumplido» en un artículo en *The New York Times*. En su opinión, «internet ha creado espacios seguros para que las comunidades se conecten, se comuniquen, se organicen y se movilicen, y ha ayudado a muchas personas a encontrar su lugar y su voz». Más tarde veremos si esto es realmente cierto, pero lo que Schmidt parecía pasar por alto era que estos espacios estaban diseñados específicamente con un propósito, y que la forma en que se construían y gestionaban acabaría determinando si resultaban útiles y en qué sentido. «Es solo una herramienta. Somos nosotros los que aprovechamos su utilidad», [23] escribió, con la misma ligereza con que uno podría decir que un

martillo y una sierra son dos herramientas igual de útiles para todo, cuando en realidad su utilidad depende de qué tipo de tarea se pretenda llevar a cabo.

En cuanto al propio WELL, no fue capaz de seguir el ritmo. En 1991 alcanzó los cinco mil usuarios, pero el servicio dejaba mucho que desear. Cada día parecía traer un nuevo problema técnico, con caídas periódicas del sistema o sobrecarga de los módems. Tex todavía supervisaba estimulantes debates entre bastidores, y según su informe sobre sus cinco años en el puesto había organizado sesenta y una fiestas WELL y pasado miles de horas hablando por teléfono para convencer a la gente de que no cancelase su suscripción, calmando disputas o simplemente escuchando apasionadas diatribas. En 1988, la obsoleta computadora VAX tuvo que ser reemplazada, y ellos mismos recolectaron dinero para adquirir un ordenador Sequent, lo que en palabras de Rheingold fue «como cambiar una vieja furgoneta por un Rolls-Royce».[24] Fue un momento realmente notable. Habían establecido las reglas para su propio gobierno, eran dueños de sus propias palabras, y ahora incluso eran partícipes del cuerpo de silicio que contenía, como dijo Rheingold, «el corazón palpitante de la comunidad».

Aun así, existía una presión constante para averiguar cómo hacer que aquello funcionara como un negocio. Un servicio de suscripciones para participar en juegos interactivos, iniciado a mediados de la década de 1980 y rebautizado America Online (AOL) en 1991, ya tenía decenas de miles de usuarios. Su fundador, Steve Case, había pasado mucho tiempo conectado a WELL, recogiendo ideas, y a mediados de la década de 1990, AOL, con sus nuevas «salas de chat», vería cómo el número de sus suscriptores crecía a una velocidad vertiginosa en varios millones.[25] WELL, que tan grande había parecido en esos primeros años mientras funcionó como modelo para el futuro, se convirtió en una isla cada vez más pequeña y no tardó en alcanzar un tamaño microscópico. En 1994, la World Wide Web despegó de

manera repentina: en enero de ese año, existían aproximadamente setecientos sitios web; en diciembre, había ya más de diez mil.

Para entonces, Tex había decidido renunciar a su empleo. Gestionar toda esta comunidad él solo, incluso con su tamaño relativamente pequeño, se había vuelto agotador. «Estaba tan enredado con todos que estaba perdiendo un poco el rumbo», dijo Tex. «En nuestra comuna éramos una especie de cuasi budistas, y el objetivo siempre fue desvincularnos, elevarnos por encima de las cosas, no quedar demasiado atrapados en los elogios y la culpa. Y de repente estaba enredado en un sistema donde todos los días me topaba con algún tipo de alabanza o de culpa. Llegó un momento en el que me acostaba por la noche en posición fetal. Fue socialmente agotador. Estaba absorbiendo mucho de la gente, y se esperaba de mí que no perdiera nunca la compostura».

Por si fuera poco, eso solo era una parte de todo el asunto. Aquellos usuarios más conscientes de la singularidad de WELL pudieron ver lo que se avecinaba. Era difícil imaginar que se pudiese aumentar su tamaño manteniendo la intimidad y los numerosos mecanismos que le habían permitido florecer, pero el crecimiento era necesario para mantener su viabilidad en una web asombrosamente mercantilizada. «Siempre habrá altas probabilidades de que el poder y el dinero encuentren una manera de controlar el acceso a las comunidades virtuales», profetizó Rheingold en 1993. «Lo que sabemos y hacemos ahora es importante porque todavía es posible que las personas de todo el mundo se aseguren de que esta nueva esfera del vital discurso humano permanezca abierta a los ciudadanos del planeta antes de que los grandes poderes políticos y económicos la aprovechen, la censuren, le pongan un precio y nos la revendan». [26]

En la actualidad, Tex vive en un terreno de unos ocho mil metros cuadrados en el condado de Mendocino, en el norte de California. Ha tenido una buena carrera en los medios de comunicación locales, ayudando al *San Francisco Chronicle* a iniciar su primer sitio web y luego dirigiendo una

estación de radio comunitaria. Todavía recuerda WELL con nostalgia, pero es consciente de que no era cosa de magia, sino que implicó muchísimo trabajo. «Como críos inocentes que éramos», me dijo, «creíamos que podíamos doblegar la tecnología a nuestra voluntad».

7

La plaza

El Cairo, 2011

La fotografía con la que empezó todo era de un rostro desfigurado, una imagen que revolvía el estómago, tan terrible que dejaba sin aliento y forzaba a apartar la mirada. El rostro pertenecía a Khaled Said, un joven programador informático de Alejandría, Egipto, detenido por la policía en un cibercafé a principios del verano de 2010 y luego golpeado hasta la muerte en una escalera cercana. Aunque las autoridades alegaron que Said era un rufián traficante de drogas que murió asfixiado por la marihuana que estaba tratando de ocultar, sus raíces de clase media y su educación hicieron que tal afirmación resultase inmediatamente sospechosa. Todavía no está claro por qué la policía lo detuvo ese día. Sus padres dijeron más tarde que llevaba encima pruebas incriminatorias de corrupción, pero fuese cual fuese la razón, nada podía justificar el estado de su rostro.

Al principio, Wael Ghonim no podía creer lo que estaba viendo, y luego no pudo reprimir el llanto. Su descripción de la foto, que había sido tomada en la morgue por el hermano de Said, fue la siguiente: «Su labio inferior estaba partido por la mitad, y su mandíbula aparentemente dislocada. Parecía no tener los dientes frontales, y daba la impresión de que se los habían saltado a base de golpes en la boca». [1] Ghonim llevaba veintinueve

años como director de marketing de Google, y había nacido y crecido en Egipto, aunque entonces vivía en Dubái como parte del esfuerzo de la compañía por expandirse en Oriente Medio. Lo que vio en esa foto fue la ilustración más visceral y sangrienta de lo que había llegado a temer y odiar de su patria: la arbitrariedad con la que se ejercía el poder. Que una persona, alguien muy parecido a él, pudiera ser detenida sin más y golpeada hasta la muerte con total impunidad era algo espeluznante.

Desde su lejana oficina, ya había participado en la creciente insatisfacción de un minúsculo movimiento disidente egipcio que se enfrentaba a una economía estancada y a un presidente vitalicio cuya Ley de Emergencia —que suspendía los derechos constitucionales mientras daba vía libre a los desmanes de la policía—, aunque supuestamente «temporal», llevaba ya treinta años en vigor. Sin embargo, aquello era algo muy distinto. Era un rostro real. Ghonim sabía que existía toda una clase social de egipcios que también se verían a sí mismos reflejados en Khaled Said. Como escribió Susan Sontag en *Ante el dolor de los demás*, una imagen de violencia infligida es «una invitación a prestar atención, a reflexionar, a aprender, a examinar las racionalizaciones del sufrimiento masivo ofrecidas por los poderes establecidos. ¿Quién causó lo que muestra la imagen? ¿Quién es el responsable? ¿Es excusable? ¿Era inevitable? ¿Hay algún estado de las cosas que hayamos aceptado hasta ahora que deba ser cuestionado?». [2]

Estas eran las preguntas que reconcomían a Ghonim. Y decidió usar sus habilidades profesionales para responderlas: creó una página de Facebook. Durante ese verano había pasado muchas horas trabajando en el sitio web, que justo el año anterior había introducido su nueva interfaz en árabe. Aparentemente, de la noche a la mañana, el número de usuarios egipcios se había disparado de 900.000 a 5 millones. Ghonim bautizó la nueva página de Facebook con un nombre simple y contundente: «Todos somos Khaled Said». Familiarizado con la funcionalidad del sitio web, eligió convertirlo

en una «página», en lugar de un «grupo», para que cualquier publicación futura apareciera automáticamente en las bandejas de aquellos que habían dado su *like*.[3] También decidió permanecer en el anonimato. Su primer mensaje fue una verdadera ráfaga de angustia: «Hoy han matado a Khaled. Si no actúo hoy mismo en su nombre, mañana me matarán a mí».[4]

Ghonim nunca se propuso ser un revolucionario.[5] Cuando era adolescente no tenía un sueño más ferviente que trabajar algún día para Google, una compañía que, en sus propias palabras, «encarnaba perfectamente quién era yo como persona».[6] Su familia era parte de una gran masa de egipcios de clase media que no pudieron quedarse en su país durante la década de 1980, por lo que Ghonim pasó parte de su juventud en Arabia Saudita, donde su padre trabajaba como médico. En la universidad en Egipto se sintió atraído por dos mundos que durante un tiempo intentó reconciliar: el islam e internet. Se había unido brevemente a los Hermanos Musulmanes, un movimiento islamista, oficialmente ilegalizado durante décadas, que actuaba como una vasta sociedad secreta y ofrecía una sensación de pertenencia. Ghonim descubrió internet en 1997, en la habitación de un primo suyo (curiosamente, entrando entusiasmado en el sitio web de la Biblioteca del Congreso). El momento fue «mágico». Le gustaba el control que le ofrecía el nuevo sistema. «Encuentro la vida virtual en el ciberespacio realmente atractiva», escribiría más tarde. «Sin duda, lo prefiero a hacerme visible en la vida pública. Resulta muy cómodo y conveniente ocultar tu identidad y escribir lo que quieras, cuando quieras y como quieras».[7]

Joven ambicioso, con gafas rectangulares de arquitecto y una gran mata de cabello negro rizado, se graduó en ingeniería informática y luego completó un MBA en marketing y ventas de la Universidad Americana de El Cairo. Siguieron una serie de pequeñas empresas, incluyendo una

llamada IslamWay, que recopilaba grabaciones de audio de sermones religiosos y lecturas recitadas del Corán. Y en 2010 logró hacer realidad su sueño al entrar a trabajar para Google, ocupándose de publicitar la compañía en el mundo árabe.

Durante su primer día en activo, 36.000 personas se hicieron seguidoras de la nueva página «Todos somos Khaled Said», y 1.800 dejaron sus comentarios.[8] En solo una semana, lograría eclipsar a todo el Facebook egipcio. Ghonim había comenzado un ciclo de retroalimentación emocional, y continuó avivándolo. «El día que mataron a Khaled, yo no estaba a su lado», decía uno de sus mensajes. «Mañana vendrán a matarme a mí, y tú no estarás a mi lado». Usó palabras como «sangre» y «mártir» una y otra vez y, algo realmente crucial, «nosotros» y «ellos». Había un sentido de virtud y justicia, una comunidad que se levantaba en torno a la necesidad de venganza; Ghonim afirmó más tarde que escribía en «un idioma más cercano a mi corazón que a mi mente».[9] Y los que leían sus mensajes luego los comentaban, daban su *like* y los compartían. La página tardó solo unos días en llegar a los 100.000 seguidores, muchos de los cuales comenzaron a ponerse en contacto con el administrador anónimo por correo electrónico (había creado una cuenta al efecto), ofreciéndole sus propias opiniones e imágenes para que las publicara en la página. Una mujer embarazada envió por correo electrónico una foto por ecografía de su bebé aún no nacido con las palabras: «Mi nombre es Khaled, y vendré al mundo en tres meses. Nunca olvidaré a Khaled Said y exigiré justicia en su nombre».[10]

¿Quiénes eran las personas a las que les gustaba la página? Egipcios jóvenes y descontentos como Abdelrahman Ayyash, con el que pude hablar desde su exilio en Estambul.[11] Cuando entró por primera vez en «Todos somos Khaled Said», sintió la explosión de emociones como un «cambio de las reglas del juego», dijo. Aunque Facebook era una novedad para los egipcios, internet no era algo nuevo para personas como Ayyash. Y fue

precisamente su experiencia en conversaciones en línea lo que los preparó a él y a tantos otros para la llegada de ese momento. Los miembros de su familia, de la ciudad de El Mansura, en el delta del Nilo, pertenecían a los Hermanos Musulmanes, y en los primitivos foros en línea de ese grupo político Ayyash exploró por primera vez el nuevo medio de comunicación. Hay que decir que los foros estaban estrechamente vigilados, y que cualquier mención de los propios Hermanos Musulmanes era eliminada inmediatamente, por lo que Ayyash pronto perdió el interés.

No obstante, gracias a ellos tropezó un día con la blogosfera. A mediados de la década de 2000, los blogs eran el último grito entre los jóvenes cosmopolitas de El Cairo y Alejandría que usaban herramientas como Blogger, propiedad de Google, o WordPress para hacer sus propios boletines personales, donde compartían todos sus pensamientos. Ayyash leyó con avidez los diarios públicos, a menudo demasiado largos y autocomplacientes, de coptos, bahá'ís, gais y lesbianas, salafistas, comunistas y de la mujer cuyo blog se titulaba simplemente «Quiero casarme». Las divisiones de clase y religión que se habían enquistado en Egipto parecían romperse, y los blogs ofrecieron a los jóvenes la oportunidad de escudriñar las mentes de los demás. Ayyash creó su propio blog en 2006, en el que cuestionaba burlonamente algunos de los dictados de los Hermanos Musulmanes. Un mensaje típico sería «Soy un hermano musulmán y veo películas». El blog le valió incluso una reprimenda en 2007 por parte del jefe del departamento político de esa organización, Mohammed Morsi, el hombre que se convertiría durante un breve período de tiempo en el primer y hasta ahora único presidente egipcio elegido libremente.

En aquellos años, la creación y participación en blogs se convirtió en sinónimo de disidencia. Un sitio web de los Hermanos Musulmanes se preguntó en 2006: «¿Te casarías con una chica bloguera?». [12] El primer movimiento de protesta moderno en Egipto contra la autocracia surgió entre

los blogueros que finalmente se reunieron en los escalones del Tribunal Superior de El Cairo en 2004, con la boca tapada por cinta amarilla garabateada con la palabra *Kefaya* («Basta»). En 2007, el régimen de Mubarak incluso condenó a un bloguero a cuatro años de cárcel por sus publicaciones.

Y luego llegó Facebook. En 2010, todo el mundo comenzó a abandonar masivamente sus blogs. Facebook llegaba a un público más amplio y ofrecía una gratificación más inmediata. Mientras que los blogs exigían publicaciones más largas y estructuradas en torno a un argumento o narrativa, las publicaciones de Facebook eran ráfagas más cortas de información y sentimientos. También parecían ser efímeras. Se empezó a poner menos empeño a la hora de escribirlas y a preocuparse menos por el cultivo de una voz o perspectiva única que pudiera atraer a los lectores. Lo crucial pasó a ser simplemente añadir en la pantalla táctil cualquier cosa que pudiera destacar. Ayyash resumió el cambio a las redes sociales de esta manera: «Los blogs eran un espacio intelectual; Facebook es un espacio personal».

Lo que hizo Facebook fue meter a todos aquellos blogueros en una sola habitación ruidosa, aumentando la polinización cruzada y el sentimiento de agravio compartido. La charla política no se extinguió; simplemente se volvió más rápida y reduccionista, pero también más entretenida. Ayyash continuó alejándose de los Hermanos Musulmanes, cuestionando abiertamente su antagonismo hacia las mujeres y los cristianos, e incluso creó una página de Facebook para anunciar su desacuerdo por las elecciones internas amañadas del grupo. El Movimiento Juvenil 6 de Abril comenzó en 2008 cuando un par de activistas publicaron un evento en Facebook, una huelga general para apoyar a los trabajadores textiles en la ciudad de Al-Mahalla al-Kubra, en el delta del Nilo. El llamamiento obtuvo rápidamente cerca de setenta mil seguidores.

Cuando la página «Todos somos Khaled Said» se hizo viral en junio de 2010, se convirtió en un nuevo tipo de disidencia. Facebook bullía de voces de descontento, y no solo estaban en la misma plataforma, estaban todos en una sola página. Después de que Ayyash hiciera clic para hacerse seguidor, él mismo publicó un comentario: «Si la gente no hace algo al respecto, dejaré el país para siempre».

Ghonim, desde Dubái, observó estupefacto cómo el número de personas que seguían la página entraba en metástasis. Había reclutado a otro administrador que había conocido en línea, un activista egipcio de diecinueve años llamado Abdelrahman Mansour, y juntos debían ir actualizándola sin parar. Sin embargo, Ghonim sabía que tendría que ampliar sus miras si quería conservar el impulso inicial, para lo cual recurrió a su experiencia en marketing. No sería muy diferente, pensó, del enfoque de «túnel de ventas» que había aprendido en la facultad.[13] La primera fase precisaría de publicaciones dramáticas, imágenes violentas y vídeos de brutalidad policial para atraer a los lectores. Necesitaba ofrecer un suministro constante de contenido emocional, incluyendo mensajes redactados desde el punto de vista de Khaled Said, implorando a los vivos a que pasasen a la acción. La segunda fase, decía, consistía en cosechar más *likes* y comentarios, fortaleciendo así el compromiso. La tercera fase era conseguir que los participantes en la página produjeran su propio contenido, convirtiéndolo esencialmente en «un producto comercializado por sus usuarios leales». La cuarta y última fase tendría lugar «cuando la gente decidiera llevar el activismo a la calle».

Las cuatro fases se sucedieron con gran rapidez, prácticamente en el lapso de una semana. Ghonim recibió un mensaje de uno de los seguidores de la página, Mohammed, identificado solo como un joven de veintiséis años de Alejandría, que fue publicado de inmediato: «¿Qué tal si todos nos

reunimos a lo largo de la costa de Alejandría el viernes?». La idea era llevar a cabo lo que llamaron una «Manifestación Silenciosa». Era la forma en que el grupo recién formado se aventuraba en el mundo real de la protesta. Unos pocos miles de jóvenes, vestidos de negro, de pie y en silencio o recitando suavemente el Corán, se manifestaron a lo largo de la cornisa frente a las oscuras aguas del mar en Alejandría y a lo largo del Nilo en El Cairo. Conscientes de que no debían provocar ni parecer demasiado rebeldes, no gritaron ni cantaron, solo se reunieron en un triste silencio. La dramática puesta en escena también sirvió para alimentar Facebook, y en la página se publicaron fotos y vídeos de las protestas, ganando más *likes* y alentando a muchos otros. «Fue increíble», recordó Ayyash. «Es muy difícil imaginar lo poderoso que fue ver esas imágenes de personas de Alejandría y El Cairo alineadas en la playa o en la carretera vestidas de negro y permaneciendo en silencio. Fue escalofriante para mí. Y ese fue el momento en que pensé: sí, Khaled Said es diferente de todo lo que hemos visto antes».

Tras la Manifestación Silenciosa, el número de seguidores continuó creciendo, llegando a superar los 200.000 ese verano. La página se convirtió en un entorno creativo, desarrollando «su propia cultura», según dijo Ghonim. [14] Se proponían, debatían y criticaban ideas. Incluso el acto de manifestación silenciosa, repetido varias veces en las semanas posteriores, se convirtió en un tema de debate abierto. Los pocos activistas experimentados presentes en el grupo se quejaban de que les parecía un acto político demasiado pasivo, mientras que otros sostenían que lo más inteligente era evitar la confrontación directa con el estado. El propio Ghonim valoraba positivamente el enfoque suave, que permitía a más y más jóvenes egipcios en apariencia apolíticos superar lo que él llamó «la barrera del miedo» y expresar su ira sobre un tema tan inequívoco como la violencia policial. Nadie hablaba de cambio de régimen, pero el subtexto, Ghonim lo sabía, era muy claro: «Estas personas no son zombis. Son reales.

Y, llegado el momento adecuado, la llamada correcta, sin duda entrarán en acción». [15]

Sin embargo, según fueron pasando los meses y el verano dio paso al otoño, Ghonim también empezó a percatarse de la trampa que suponía organizarse a través de Facebook. Hacía falta un nuevo evento, un nuevo punto focal en torno al cual reunir a los seguidores de la página. Trató de mantener la furia colectiva con vídeos de la policía torturando a sus víctimas. Luego, cuando en noviembre tuvo lugar la primera vuelta de las elecciones parlamentarias, presentó una solicitud para supervisar los centros de votación e informar sobre casos de fraude electoral, que luego hizo públicos. (El partido de Mubarak, como era de esperar, se hizo con el 95 % de los escaños). Aun así, la página de Khaled Said era un espacio muy inquieto, que se veía obligado a provocar un subidón entre sus seguidores cada pocos días. No era un espacio para la conversación pausada y los debates largos, sino donde se podía satisfacer un deseo humano particular e inquebrantable de intensidad y acción. El número de seguidores, después de llegar a 250.000 en septiembre, comenzó a estancarse.

Ghonim continuaba viviendo en Dubái y operando desde el anonimato, sin saber exactamente cómo aprovechar la creciente energía de la página de Facebook. Incluso realizó encuestas de opinión para obtener algunos datos sobre lo que todos querían hacer a continuación. Irónicamente, durante dicho estancamiento, antes de que los acontecimientos externos los alcanzaran, comenzó a organizarse un incipiente movimiento político de oposición. Incluso teniendo en cuenta hacia dónde les dirigía la red social —su inclinación por el rendimiento por encima de todo, privilegiando la emoción sobre el argumento razonado: todas las cualidades que habían funcionado a favor de Ghonim hasta ahora—, los comentarios se fueron volviendo más reflexivos. Se preguntaban juntos en voz alta sobre las grandes cuestiones: ¿qué estaba mal en el régimen de Mubarak? ¿Cuáles serían los mejores métodos para hacerle frente? ¿Cuáles eran sus propios

principios y objetivos? Hubo un intercambio continuo sobre economía y sobre cómo cualquier cambio en el país tenía que implicar la reducción de la pobreza. En un momento dado surgió el tema del martirio, y hubo diferentes opiniones sobre si el suicidio era una táctica de protesta ética. Una indicación de que aquello se estaba convirtiendo en una comunidad era el fuerte interés en descubrir la identidad del administrador, algo que tiene su equivalente en el entusiasmo que rodeó las columnas de Mabel Dove en *The African Morning Post* o incluso en el deseo de invitar un día a Tex y el resto de los administradores de WELL a un café. El anonimato de Ghonim era algo así como un truco de marketing: le encantaba la película de 2006 *V de Vendetta,* en la que un renegado con una máscara de Guy Fawkes inicia una revolución en una Inglaterra distópica, y por ello publicaba burlonamente fragmentos de la película en la página. [16] El problema era que al mantener el anonimato también ocultaba el hecho de que en realidad estaba a cientos de kilómetros de distancia, a salvo en Dubái. Finalmente, creó una identidad ficticia para el administrador, un hombre corriente egipcio: «No deseo comenzar una revolución o un golpe de Estado [...] y no me considero un líder político de ningún tipo. Soy un egipcio común que anima al equipo de fútbol de Al-Ahly, se sienta en el café local y come semillas de calabaza».

La cuestión del nivel de agresividad de las protestas y hacia dónde dirigir la ira nunca se resolvió por completo, y continuaba siendo un polvorín que ardía regularmente. En un momento dado, durante las manifestaciones silenciosas, algunos manifestantes comenzaron a corear: «¡Abajo, abajo Hosni Mubarak!», una escena que fue grabada en vídeo. [17] Ghonim pensó que eso era ir demasiado lejos, pues temía que el apoyo público se desintegrara si su mensaje se volvía demasiado político y se desviaba demasiado de una preocupación por el estado de derecho en su país y los derechos humanos. Sin embargo, otro comentario, que Ghonim también hizo público, todo hay que decirlo, calificó al administrador de ingenuo.

«Es que nuestro problema *es* político», comentó el disidente. Esta opinión, según pudo comprobar Ghonim, obtuvo muchos más *likes* que su propia postura moderada. La comunidad que había creado estaba buscando una confrontación.

Es difícil saber qué habría sucedido después si la chispa que desencadenó la impactante revolución de Túnez no se hubiera convertido en una conflagración. La autoinmolación de un vendedor de frutas, Mohamed Bouazizi, que rápidamente llevó a la caída de Zine al-Abidine Ben Ali, el gobernante del país, puso a toda máquina la rueda de retroalimentación. Ya no era una fantasía que un líder autoritario pudiera ser depuesto por su pueblo, verse obligado a pedir perdón y huir despavorido. Además del respeto por aquellos que salieron a las calles en Túnez, el sentimiento dominante en la página «Todos somos Khaled Said» era la vergüenza. «Si Bouazizi se hubiera quemado en Egipto», decía un comentario, «el administrador habría organizado una manifestación silenciosa».[18] Ya se había tomado la decisión de conmemorar el 25 de enero con una protesta. Ese era el Día de la Policía, la fiesta anual destinada a honrar a los servicios de seguridad del país. Ahora, después de la caída de Ben Ali, tenían que esforzarse por ir más allá. A pesar de todo el teatro y el drama al estilo *V de Vendetta,* Ghonim no quería poner a nadie en peligro, pero su coadministrador más joven y radical, Mansour, lo convenció de que este era el momento. El 15 de enero, Ghonim cambió el nombre del evento a «25 de enero: Revolución contra la tortura, la pobreza, la corrupción y el desempleo». Se había programado un levantamiento en Facebook.

No era exactamente inevitable. Túnez provocó el impulso, pero solo había dos caminos posibles para un movimiento que se había construido en las redes sociales: o bien el movimiento Todos somos Khaled Said acababa disolviéndose, incapaz de organizar una evaluación matizada de los medios

y los fines, o bien se congregaba en un evento masivo, que, en el mejor de los casos, podría ser grabado en vídeo y mostrado en la página. A pesar del nombre de la revolución prevista, todavía no había un consenso real sobre el camino que se debía seguir. Ghonim publicó un largo mensaje titulado «I wish» («Ojalá») que era una lista de sus propios deseos, algunos políticos («Ojalá tuviera una voz real en mi propio país»), pero la mayoría tan soñadores como para carecer de sentido práctico («Ojalá los maestros establecieran en los corazones y las mentes de los estudiantes un amor genuino por el conocimiento y el aprendizaje», por ejemplo, o «Ojalá pudiéramos amarnos unos a otros»).[19] Otro documento publicado en la página, escrito por un grupo más radical de activistas de izquierda, hizo explícitos sus cuatro objetivos para la protesta: poner fin a la Ley de Emergencia, hacer frente a los problemas de la pobreza en Egipto, deponer al detestado ministro del Interior y poner un límite de dos mandatos a la presidencia. Estas eran demandas específicas y concretas, pero no había tiempo para debatirlas o generar apoyos porque la revolución programada se precipitaba básicamente hacia un único objetivo general: el derrocamiento de Mubarak.

Para Ghonim, resultaba evidente lo que estaba en juego. Como tantos otros que así lo habían declarado en la página, se sentía preparado para morir por el cambio que estaba buscando. Reservó su billete para El Cairo. En un solo día, más de medio millón de egipcios pudieron ver la invitación a lo que rápidamente se conoció como #Jan25, y 27.000 confirmaron de inmediato que asistirían. La propia página alcanzó 9.125.380 visitas, y el número de seguidores ascendió a 382.740. También hubo organización en la vida real, de persona a persona y en folletos fotocopiados, y taxistas que transmitieron los detalles de la protesta a sus pasajeros, pero fue Facebook el que creó el impulso inicial y luego mantuvo la inercia.

Lo que sucedió en los siguientes dieciocho días ha sido bien documentado. Los jóvenes que se habían conocido a través de internet

marcharon desafiando a los gases lacrimógenos a la plaza Tahrir, el epicentro de El Cairo, pidiendo a gritos «pan, libertad, dignidad humana», y cientos de miles de personas se unieron a ellos. Y no es exagerado decir que lo que crearon allí, en la plaza, fue, durante un breve período de tiempo, una utopía. Un mundo elaborado solo de forma virtual, en blogs o a través de comentarios en la página de Facebook, irrumpió en la realidad. Durante esos días hubo una sensación de propósito común que nunca se había visto en Egipto. Los manifestantes arriesgaron sus vidas juntos, enfrentándose al ejército que rodeaba la plaza Tahrir y a los matones montados en camello que, en un momento dado, cargaron contra el campamento. Los jóvenes revolucionarios, que es lo que eran ahora, hablaban de liberar un pequeño pedazo de Egipto donde esperaban plantar un país democrático, gobernado con justicia. Se abrazaron espontáneamente, se envolvieron en banderas egipcias, cantaron canciones de protesta y organizaron operaciones masivas para alimentarse y alojarse unos a otros en la plaza. Jóvenes islamistas como Ayyash conversaron con socialistas comprometidos y estudiantes universitarios recientemente radicalizados; cristianos y musulmanes se protegían mutuamente mientras rezaban.

En ese momento, las redes sociales dejaron de ser un factor determinante. En el tercer día del enfrentamiento, Mubarak dejó al país sin internet, y desde entonces el movimiento se concretó en esa insistente presencia física de una masa de personas que se negaban a irse hasta que Mubarak renunciara. En retrospectiva, este objetivo parecería demasiado estrecho de miras, pues era cortar la cabeza de un cuerpo que no tenía la intención de dejar de moverse, pero trajo solidaridad y, al menos por un tiempo, acalló cualquier debate sobre lo que debería suceder después.

Ghonim no llegó a pasar mucho tiempo en la plaza Tahrir, ya que fue detenido poco después del comienzo de la ocupación. El 27 de enero salía de un restaurante cuando fue abordado por la policía. Había cometido el error de cenar con dos ejecutivos de Google, uno de ellos Jared Cohen, un

exempleado del Departamento de Estado que había colaborado en la difusión de herramientas digitales a los disidentes.[20] Se dio por supuesto que Ghonim era un espía de la CIA y Cohen su ayudante. Le vendaron los ojos, lo esposaron y lo arrojaron a una celda subterránea, donde permanecería durante once días. Pudo seguir el paso del tiempo por las llamadas a la oración de los muecines. En sus sueños, sus manos estaban libres, pero al despertarse comprobaba que seguía atado y dolorido. Después de una semana atrapado en la oscuridad, su ropa y su cuerpo apestaban, y comenzó a considerar seriamente la posibilidad de suicidarse.

Cuando finalmente fue liberado, parpadeando bajo la brillante luz del sol, estaba desorientado y alterado psicológicamente, y de repente, para su sorpresa, también era una celebridad. No tenía idea de lo que había sucedido durante su ausencia: en un intento de ayudar a salvarlo, se había hecho pública su identidad como administrador de «Todos somos Khaled Said». Y a las pocas horas de ser liberado, se encontró en la televisión en directo. Ghonim insistió en que no era un líder. Durante la entrevista y los días siguientes repitió una y otra vez esas palabras: «No soy un héroe». Y sobre la plaza Tahrir, dijo: «Yo he sido solo un altavoz. Hice un poco de ruido e insté a la gente a salir».[21] Cuando el entrevistador mostró las imágenes de todos los que habían perdido la vida en la plaza, Ghonim se vino abajo, llorando incontrolablemente frente a decenas de millones de personas, antes de levantarse y salir del set. Debido a la humildad mostrada, a la emoción pura, y en ausencia de alguien más que pareciese estar representando a las fuerzas revolucionarias en Tahrir, pasó a ser el líder no oficial.

Era el tipo de celebridad que las redes sociales adoran: una persona común y corriente que se encuentra inesperadamente en un escenario enorme, como un concursante de *American Idol*. Su llorosa aparición televisiva se volvió viral. Una página de Facebook llamada «Nomino a Wael Ghonim para hablar en nombre de los manifestantes de Egipto» atrajo

a unos 250.000 seguidores en cuarenta y ocho horas. [22] Se puso al frente de decenas de miles de personas en Tahrir y más tarde incluso negoció con el Ministerio del Interior. La rueda de retroalimentación que había construido comenzó a girar a su alrededor. Gracias a su influencia, la gente reaccionó con energía y publicó categóricos mensajes, al igual que lo habían hecho con la foto de Khaled Said. Casi de inmediato, se sintió presionado y mal entendido, pero también desesperado porque quería aprovechar ese momento en el que era el centro de atención. Fue más o menos entonces cuando el presidente Obama llegó a fantasear en voz alta con que esperaba que «el tío de Google» se convirtiera algún día en presidente de su país. [23]

A los pocos días de la liberación de Ghonim, la ocupación de la plaza, las protestas y las batallas callejeras se detuvieron de golpe. Lo que había sido imposible de imaginar unas semanas antes había sucedido: Mubarak había aceptado dimitir de inmediato. Al día siguiente de la noticia, tras los vítores, los abrazos y el desmantelamiento de las tiendas, la página de Facebook que lo había iniciado todo, que al final de los dieciocho días tenía casi 700.000 seguidores, coordinó la limpieza de la plaza Tahrir. Fue un acto de nueva ciudadanía —el país nos pertenece ahora—, pero en retrospectiva se percibía cierta ingenuidad, como si todo lo que quedara por hacer fuera recoger la basura y limpiar la plaza.

Los siguientes dos años y medio —desde ese triunfante mes de febrero de 2011 hasta el verano de 2013, cuando el ejército retomó el control total del país, arrasando y destruyendo hasta que quedó claro quién estaba al mando — fueron un período de intenso drama político, lleno de elecciones, protestas y masacres. No obstante, con cierta distancia histórica de por medio puede decirse que aquel episodio no fue tan importante como se esperaba. Es cierto que los jóvenes lideraron una revolución: en la plaza Tahrir, abrieron un portal a un futuro alternativo, pero era uno en el que solo

los Hermanos Musulmanes, con su larga historia y rigurosa disciplina, eran capaces de entrar. Y, por un breve momento, es justo lo que hicieron. Pero el ejército y las fuerzas institucionales que siempre habían apuntalado el poder de Mubarak nunca tuvieron la intención de dejar que el país se les escapara. Al final, todos tuvieron la oportunidad de jugar un poco, pero ese cuerpo sin cabeza encontró una nueva en el general Abdel Fattah el-Sisi, y el viejo sistema se levantó una vez más, acusando a todos sus detractores de terroristas.

Resulta bastante dudoso que alguna fuerza en la sociedad egipcia, especialmente una tan recién constituida como la de los revolucionarios de Tahrir —una mezcla curiosa y heterogénea de islamistas moderados, socialistas y nacionalistas— pudiera haber luchado realmente contra el ejército. Aun así, ese portal que abrieron estaba destinado a conducir a un lugar mejor, a un futuro más democrático. Por qué esto no llegó a suceder sigue siendo fuente de mucha angustia y no pocos dolores de cabeza entre aquellos que se atreven a hablar de ello. Todo el poderío logístico que Facebook había proporcionado en el período previo a Tahrir, en el derrocamiento de un dictador, resultó inútil cuando se trataba de organizarse en una verdadera oposición política, una base unificada y coherente que pudiera hacer frente tanto a los Hermanos Musulmanes como al ejército.

Está bastante claro que el primer problema fue el tiempo. Calentada por lo que había sucedido en Túnez, la revolución egipcia ocurrió demasiado rápido. No hubo ocasión de formar lo que el filósofo marxista italiano Antonio Gramsci denominaba un «bloque histórico», la red negociada de alianzas y relaciones arraigadas en una ideología compartida que se postula como el primer paso necesario para apoderarse del poder estatal. Facebook alentó en cambio otras dos tendencias que contrarrestaron el arduo trabajo de elaborar una nueva agenda: el rechazo y la emoción. Ghonim habla de la página como guiada por «el pulso de Tahrir». En una publicación cerca del final de los dieciocho días, escribió que su éxito se debió al hecho de que

«no entendemos de políticas, compromisos, negociaciones y trucos baratos. La victoria será nuestra porque nuestras lágrimas son sinceras». [24]

Facebook, en efecto, era bueno para las lágrimas y el drama, pero la siguiente etapa exigía precisamente esas habilidades y estrategias que Ghonim había descartado. La primera prueba de la capacidad de los revolucionarios para sobrevivir a la tensión del momento (y mucho más para salir victoriosos) tardó muy poco en llegar. Apenas un mes después de la caída de Mubarak, los generales que dirigían provisionalmente el país presentaron una serie de enmiendas constitucionales ante la población, sin ofrecer un calendario claro para la transición al gobierno civil. Fue una finta hacia la democracia que en realidad reforzaba su autoridad y control sobre el proceso. La coalición de Tahrir se opuso en gran medida a esta secuencia de acontecimientos, pues consideraba que primero deberían celebrarse las elecciones para la formación de un nuevo ejecutivo. Aun así, no fueron capaces de ponerse de acuerdo sobre la forma correcta de articular esta posición, cómo enmarcar exactamente su argumento, y las pequeñas diferencias entre ellos no hicieron más que aumentar. En lugar de construir un consenso, las luchas internas se agravaron y surgió lo que en opinión de Ghonim era una «oclocracia», es decir, el «gobierno de la muchedumbre». Me describió una dinámica muy influida por el extremismo de las redes sociales, en las que una postura tenía que ser intransigente o sería percibida como «débil, neutral o irrelevante». Esto, por supuesto, no era la mejor forma de encontrar puntos en común entre los grupos que se habían congregado en Tahrir y que ahora, tras la pelea, habían regresado a sus rincones.

Y en cada punto de inflexión el proceso no hizo más que empeorar: se vio cuando tuvieron lugar las primeras elecciones parlamentarias, y posteriormente la presidencial, y luego cada vez que los Hermanos Musulmanes reclamaban una revolución que inicialmente habían rechazado, o cuando el ejército cometía atrocidades y luego engatusaba a la

gente para que pensara que solo ellos podían garantizar la estabilidad. Demostrar lo acertada que era una postura ya no era suficiente; al parecer, también había que explicar lo equivocadas que estaban todas las demás, con el objetivo de convertirse en la única verdad que acabase imponiéndose en el debate. Las plataformas de redes sociales tienden a «favorecer la declaración categórica», escribió Siva Vaidhyanathan, profesor de la Universidad de Virginia que ha estudiado Facebook en profundidad. «No permiten una deliberación profunda, y provocan una reacción superficial».[25] Los intensos intercambios de comentarios eran los descendientes de aquellos «momentos *thrash*» en WELL, salvo que en este caso no había un moderador que interviniera y calmara los ánimos, solo una recompensa de *likes* que premiaba la declaración más radical y sanguinaria. Los revolucionarios también se reunían en persona, en apartamentos abarrotados, alterados por los gritos y nublados por el humo de los cigarrillos. Facebook por sí solo no fue responsable de todos sus fracasos. En Egipto nunca había existido una cultura política democrática establecida, por lo que estaban intentando hacer algo realmente difícil, sin precedentes en su país. Lo que desde luego no necesitaban era un entorno de obsesiva competición entre grupos para ver quién estaba en posesión de la única verdad, pues eso solo ayudaba a viciar aún más el ambiente.

Tampoco había ningún interés en la supervisión de un administrador, y mucho menos en uno considerado como un miembro de la élite. En un momento dado, los Hermanos Musulmanes incluso crearon una página rival en Facebook, llamada «Todos somos Khaled Said, la página oficial», cuestionando la autenticidad de los instigadores originales y su conexión con lo que estaba sucediendo en el terreno. Cuando conocí a Abdelrahman Mansour, el coadministrador de Ghonim, que entonces estaba en su sexto año de exilio en Estados Unidos, dijo que incluso él había comenzado a cuestionar la legitimidad del grupo. «¿Realmente estamos representando a la sociedad, o solo lo creemos así?», se preguntó. «Aún ahora, seguimos

hablando e imaginando iniciativas en internet sin sacarlas a las calles ni configurar un nuevo partido». [26]

Lo más parecido que tuvieron los congregados en Tahrir a un órgano de gobierno fue la Coalición Juvenil Revolucionaria, un grupo de organizadores que se habían reunido en la plaza y representaban una variedad de ideas y convicciones políticas. Si realmente existía una promesa de un futuro no islamista o de una junta de gobierno que aunase diferentes sensibilidades, su cumplimiento dependía de ellos. El problema era que tuvieron que vérselas desde el principio con el trabajo ideológico de transformar lo que era una crítica a la dictadura en una articulación de los derechos y responsabilidades que querían para ellos y sus compatriotas egipcios. ¿Qué tipo de compromiso se podría encontrar entre el Egipto islamista y el secular? ¿Qué libertades no eran negociables para liberales como ellos? ¿Cómo podían influir en conciudadanos que nunca habían conocido el derecho al voto y que durante mucho tiempo se habían esforzado por cortar de raíz cualquier expectativa de transparencia o rendición de cuentas de sus líderes? No fueron capaces de encontrar respuestas. No disponían de un foro para plantear cuestiones e intentar resolverlas, así que acabaron centrándose en los problemas tácticos inmediatos, «como novios adolescentes con intenciones nobles y escasa capacidad de concentración», escribió Thanassis Cambanis, veterano corresponsal de Oriente Medio que observó las secuelas de la revolución. [27] Especialmente, teniendo en cuenta la naturaleza de mosaico de la coalición revolucionaria, resultaba imprescindible elegir ciertas batallas y abandonar otras. Eran alérgicos a los aspectos prácticos de la acción política.

Las redes sociales nunca facilitaron mucho las cosas. Solo fueron capaces de dirigir a la gente de vuelta a la plaza Tahrir, el único tipo de acción que se había demostrado eficaz. Cuando las circunstancias llamaban a la protesta, como cuando exigieron que Mubarak fuera juzgado, o cuando

el Ministerio de Justicia propuso una ley que prohibía todas las manifestaciones, sabían qué hacer. Podrían concentrarse en un punto de indignación y motivar a la gente a reunirse a su alrededor. Era como si las redes sociales hubieran reemplazado su proyecto revolucionario por un solo instinto. Su mayor fortaleza era la capacidad de resucitar la magia y el poder de Tahrir y volver a organizar una marcha de un millón de personas. Sin embargo, se estaba convirtiendo en un recurso manido y limitado, una simple acción automática activada por un resorte. Y mientras que los activistas regresaban regularmente a la plaza, enamorados de su propia capacidad de acallar todas las voces en Facebook durante uno o dos días, las fuerzas políticamente más inteligentes y profundamente conectadas en el país, como los Hermanos Musulmanes, hicieron lo que sabían hacer, lo que llevaban de hecho haciendo durante mucho tiempo: establecer una agenda e imponer orden en sus filas. Los revolucionarios nunca se organizaron lo suficiente. Carecían de «los corazones sanguinarios de los bolcheviques que se apoderaron de las fábricas rusas, o de los franceses que asaltaron la Bastilla», escribió Cambanis. [28]

La política finalmente se convirtió en la única forma de reclamar las recompensas de la revolución. Cuando llegó el momento de las elecciones, primero de un nuevo Parlamento y luego de un presidente, la debilidad de los activistas de Tahrir se puso de manifiesto. No fueron capaces de construir un partido. Los pocos revolucionarios que se presentaron como líderes no parecían interesados en representar a nadie más que a sí mismos, distraídos por el atractivo de las conferencias internacionales y las giras por Occidente. Ghonim recibió un adelanto de 2,5 millones de dólares por un libro, que según anunció en Twitter donaría a organizaciones benéficas, pero fue atacado implacablemente en las redes sociales como un hipócrita y un ególatra, e incluso un espía. Temía cada vez más por su seguridad. [29]

Uno de los activistas que intentaron hacerse un hueco en la escena política fue Mahmoud Salem. Yo ya había hablado con él por teléfono en

2006, pero entonces no sabía su nombre real, solo que era el bloguero que se hacía llamar Sandmonkey («Mono de arena»). Estaba trabajando en un artículo sobre blogueros de Oriente Medio, y su blog personal con seudónimo, Rantings of a Sandmonkey («Diatribas de un mono de arena»), era lúcido e irreverente y estaba escrito en un inglés elocuente.[30] En retrospectiva, también demostró no poca valentía, especialmente teniendo en cuenta que su madre era una funcionaria destacada en el Partido Nacional Democrático de Mubarak. Hablamos sobre cómo los blogs habían roto sus ideas preconcebidas, incluso en el tema de los judíos, el gran tabú en la sociedad egipcia.

La obra de Salem era bien conocida entre los estudiosos occidentales de Egipto, por lo que cuando se dio a conocer como Sandmonkey durante los dieciocho días de Tahrir, después de ser detenido y golpeado por una multitud de partidarios de Mubarak, su caso se convirtió brevemente en una noticia internacional. Salem tenía una actitud tan triunfalista como cualquier otro activista sobre el papel que habían tenido las redes sociales en el derribo del antiguo régimen: era un orgulloso defensor de la página de Khaled Said. Sin embargo, sus sentimientos cambiaron una vez que decidió dar el salto a la política y postularse para el Parlamento con el Partido de Egipcios Libres, una agrupación secular y liberal recién constituida, para representar al distrito de Heliópolis de El Cairo, cuya población era en su mayoría de clase media. Iba a ser un proceso difícil, y Salem, con su paso desganado, su tendencia a reírse a carcajadas en los momentos más inoportunos y sus trajes mal ajustados, no era precisamente un político nato. Presentó a sus cincuenta mil seguidores en Twitter como una de las razones por las que tenía posibilidades, lo que de por sí era una mala señal. De todas formas, quería abrazar el nuevo mundo democrático que la revolución había abierto, y no dejar que fuera monopolizado por los Hermanos Musulmanes o los partidos más establecidos.

Lo que no había previsto era que las redes sociales socavarían activamente sus esfuerzos políticos. «Postularse para un cargo significaba que eras un vendido hambriento de poder», escribiría Salem en un artículo para el *World Policy Journal.* «Si tomabas parte activa en las votaciones significaba que estabas participando en una farsa y traicionando la sangre de aquellos que habían muerto en las protestas. Mientras tanto, los muertos eran inmortalizados y convertidos en avatares de las redes sociales incluso antes de ser enterrados». Las únicas personas que mantenían la legitimidad eran las que se precipitaban de cabeza a una confrontación con la policía, una y otra vez, y como resultado ganaban atención en las redes sociales. «Este medio de ascensión mediática era poco menos que desastroso», escribió. [31]

En su opinión, la revolución se redujo a «una extraña religión de culto, pensamiento grupal obsesivo, un abominable monstruo con brazos y sin cerebro». Lo que las redes sociales aportaron a la revolución, el aspecto en el que parecía atascada y que nunca podría superar, fue «un espíritu de destrucción». Era un rechazo incesante. Nadie parecía interesado en construir nada.

Según me dijo, Salem se presentó a las elecciones porque sabía que el futuro de Egipto se decidiría en habitaciones secretas, y observaba con ansiedad cómo todos los activistas de Tahrir menospreciaban la idea de tratar de estar presente en esas habitaciones. [32] En su opinión, era «imperativo» al menos intentarlo, pero fracasó estrepitosamente. El partido al que se unió se había formado demasiado tarde, tan solo unas semanas antes de la primera vuelta de las elecciones parlamentarias, y tuvo que intentar ganarse de alguna manera los corazones y las mentes de un millón de votantes en su distrito. Ser candidato resultó una experiencia muy desagradable. Pero a Salem se le daba bien la elaboración de estrategias y, aunque no fue elegido, se dedicó de inmediato a dirigir campañas políticas para otros. Lo que aprendió de este trabajo lo hizo aún más crítico con las

redes sociales. «La calle tiene que confiar en ti», dijo. «Lo que significa que la gente tiene que saber que estás luchando por ellos, no solo para canalizar su ira guiándolos con cánticos y soflamas».

Sorprendentemente, solo tres de los candidatos vinculados a la juventud revolucionaria llegaron al Parlamento de Egipto cuando finalmente se hizo el recuento de los votos en enero de 2012. Tan solo tres de los 508 escaños parlamentarios. Poco más de la mitad del 1 %. Había pasado un año desde la utopía de la plaza Tahrir, y las personas que la habían gestado estaban ahora excluidas del nuevo Egipto que tomaba forma. Los grandes ganadores fueron los Hermanos Musulmanes, o eso parecía hasta seis meses después, cuando el poder judicial anuló todo el proceso electoral y los militares emitieron una serie de decretos que fortalecieron su poder. No obstante, aunque los Hermanos Musulmanes tuvieron una caída más precipitada a largo plazo, los activistas liberales aparecieron como los perdedores más inmediatos, pues quedaron completamente al margen de un proceso histórico cuya chispa habían encendido. El próximo presidente no sería el tío de Google. Ni siquiera se sentaría en el Parlamento, un espacio ahora dominado por hombres con barba y mujeres con pañuelos en la cabeza.

Una semana después de la toma de posesión de Mohammed Morsi en junio de 2012, la Coalición Juvenil Revolucionaria anunció en una conferencia de prensa que estaba en proceso de disolución, pero antes sus miembros querían realizar una autopsia abierta ante la prensa. «A pesar de que no es un procedimiento operativo estándar en Egipto, creemos que es necesario que cada grupo presente un relato claro y transparente de lo que ha hecho, bueno y malo». [33] La autoflagelación era a la vez algo admirable y una indicación más de lo poco preparados que estaban para el ambiente político despiadado y de suma cero que se había creado tras el derrocamiento de Mubarak. Se culparon a sí mismos por estar desfasados,

por no haber sabido llegar a las instituciones establecidas lo suficiente y por haber estado demasiado enamorados de su breve fama y de la ilusión que les hacía estar realmente representando a un electorado, un problema que las redes sociales seguramente no contribuyeron a mitigar. Luego, en un acto final de harakiri digital, la Coalición Juvenil Revolucionaria eliminó su página de Facebook.

Los restos de esta vanguardia perdida todavía harían esfuerzos durante el año siguiente para llegar a un público más amplio. Durante un tiempo evitaron las redes sociales, saliendo a las calles con un programa de breves documentales cinematográficos llamado Kazeboon! («¡Mentirosos!»), que proyectaron en las fachadas de los edificios de todo El Cairo.[34] Los cortometrajes ofrecían pruebas inequívocas de la creciente violencia del ejército contra los manifestantes, intercaladas con imágenes de los generales justificando tal violencia con una sonrisa. Los revolucionarios querían que el pueblo viera esta hipocresía en un momento en que los militares se presentaban como la única fuerza que podía restaurar el orden en el país. Sin embargo, si Kazeboon! resultaba confortable como método de activismo era porque todavía tenía como objetivo desatar la ira, no reunir a la gente en torno a una nueva ideología. Los asesinos necesitaban ser derrocados y reemplazados, como Mubarak, pero ¿qué se hacía después?

Cada vez había menos margen de maniobra, incluso para los Hermanos Musulmanes, cuyo tiempo en el poder se vio interrumpido después de un año cuando una campaña de petición masiva que afirmaba haber recaudado veintidós millones de firmas contra el gobierno de Morsi llevó a todos de regreso a la plaza. Era como si la aguja estuviera puesta de nuevo en el mismo surco del disco, en una canción que los egipcios ya conocían muy bien. Descontentos por el rumbo autoritario de Morsi, muchos de los activistas de Tahrir pensaron que este era el movimiento correcto y pidieron que el ejército interviniese y lo destituyera. Una segunda revolución, la

llamaron, una ocasión para rebobinar a 2011 y darle otra oportunidad a la verdadera democracia.

Sin embargo, en realidad fue una contrarrevolución disfrazada. A los pocos días, el ministro de Defensa, el general Abdel Fattah el-Sisi, se puso al mando. Y en agosto llegó el desenlace, cuando lanzó excavadoras y francotiradores contra los miembros de los Hermanos Musulmanes y sus familias que habían organizado una sentada masiva en la plaza Rabaa. Unas mil personas fueron asesinadas ese día, según Human Rights Watch. «La chispa que se había encendido en Tahrir se extinguió totalmente en Rabaa», escribió David Kirkpatrick, corresponsal jefe en El Cairo de *The New York Times*. [35] La Primavera Árabe había terminado. No habría una versión islámica de la democracia. No habría democracia en absoluto. «Cuando puedes matar a mil personas a plena luz del día sin la más mínima consecuencia, ese día el juego cambia por completo», me dijo Mahmoud Salem desde su exilio en Berlín. «Después de eso, ya nada importa».

Cuando tuvo lugar la masacre de Rabaa, Wael Ghonim había abandonado Egipto y se había reinventado como reformador de las redes sociales. «Cometí un error», dijo, hablando con un micrófono inalámbrico durante una charla en Ginebra a finales de 2015. [36] Este era el hombre que, más que ningún otro, se había convertido en un símbolo de la Primavera Árabe, concretamente por su labor a través de las redes sociales antes y durante el levantamiento. Había abrazado voluntariamente su papel. En su libro de 2012, *Revolución 2.0,* insistió en que solo se necesitaba un ingrediente «para liberar a una sociedad»: internet. Después de que Mubarak anunciase su renuncia, con gritos de alegría y fuegos artificiales llenando el aire a su espalda, Ghonim fue entrevistado en la CNN y dijo que deseaba poder dar las gracias personalmente a Mark Zuckerberg. (Cuando finalmente tuvo la

oportunidad de hacerlo, el fundador y director ejecutivo de Facebook se negó a hacerse una foto junto a Ghonim). [37]

Sin embargo, Ghonim ahora trataba a Facebook como un amante despechado. «La Primavera Árabe reveló el principal potencial de las redes sociales, pero también expuso sus mayores deficiencias», dijo desde el escenario en Ginebra. En su opinión, Facebook era de hecho una buena herramienta, pero fue diseñada con un propósito específico, que no se había adaptado a las necesidades de su vanguardia.

En WELL, incluso cuando la conversación involucraba únicamente a un par de miles de personas y lo que estaba en juego era mucho, mucho menos trascendente que la deposición de un régimen atrincherado, se necesitaron muchos controles para mantenerlo como un espacio productivo, un espacio de debate que sirviera para construir y no solo para destruir. ¿Qué pasaba cuando se elevaban esos números a millones, se eliminaban esos controles y la supervisión de los moderadores, y se introducían algoritmos que mantuviesen a las personas en la plataforma por más tiempo elevando las voces más fuertes y emocionales? Lo que se obtuvo fue un sistema de amplificación poco creíble que también demostró ser extremadamente ineficaz para permitir que las personas se concentren, organicen sus pensamientos, se vuelvan ideológicamente coherentes, elaboren estrategias, elijan líderes y afinen su mensaje. En resumen, a los revolucionarios se les negó todo lo que necesitaban para salir victoriosos, una tarea ya de por sí difícil en cualquier circunstancia. Una vez que barrieron los escombros de la plaza Tahrir y pusieron los adoquines de nuevo en su lugar, dijo Ghonim a su audiencia, fue esta realidad la que lo golpeó «como un puñetazo en el estómago».

Cuando hablé con él en 2016, después de esa contrita charla TED, vivía en Silicon Valley y dirigía una pequeña empresa llamada Parlio con dos amigos egipcios. Fundada en 2014 con 1,68 millones de dólares en fondos iniciales de capital riesgo, el sitio web fue concebido como una forma

alternativa de red social, cuyos algoritmos recompensasen la calidad del compromiso sobre la cantidad, valorando ante todo «la consideración, el civismo y el contenido». Los usuarios tenían que firmar un compromiso social para participar. Incluso introdujeron un algoritmo para identificar enfrentamientos para que los moderadores pudieran intervenir. «La idea básica que teníamos cuando fundamos Parlio es que las conversaciones públicas realmente pueden funcionar; solo es preciso construir el entorno adecuado», dijo Ghonim.

Hablaba en serio; creía sinceramente que podía corregir todo lo que había salido mal en Facebook, y aprovechar sus conocimientos para crear un diseño mejor. Por desgracia, la idea no llegó a despegar. En el ecosistema de internet de finales de la década de 2010, cualquier nueva forma de red social se enfrentaba a un problema conocido como «el efecto de red»: cuanto más grande era una red social, más beneficioso era unirse a ella, y en aquel momento nada podía acercarse al tamaño de Facebook. En 2016, Parlio fue adquirida por Quora, un sitio web especializado en preguntas y respuestas en el que los expertos respondían a las preguntas planteadas por los usuarios. Ghonim y su equipo se integraron en las operaciones de la compañía más grande. Pronto cayó en una depresión, y cuando, en el verano de 2017, se echó a llorar en una sala de reuniones en las oficinas de Quora, decidió que había llegado la hora de renunciar. [38]

Cuando en 2019 pregunté a muchos antiguos revolucionarios egipcios lo que le sucedió a Wael Ghonim después de ese episodio, lo que me encontré fueron muchos rumores y preocupaciones. Me dijeron que echase un vistazo a sus canales de YouTube y Twitter, donde encontré imágenes realmente inquietantes. En el primero de lo que serían docenas de vídeos cada vez más extraños publicados todos los días, se afeitó todo el cabello y las cejas. Luego comenzó a aparecer sin camisa, fumando gruesos porros. En uno de los vídeos confesó que había sido infiel a su esposa, e incluso la hizo aparecer ante la cámara para que dijese a sus seguidores que había

pedido el divorcio. A veces publicaba vídeos de sí mismo riendo o bailando como un loco. Sus amigos y camaradas dijeron que trataron de hablar con él, pues los preocupaba seriamente que sufriera una crisis nerviosa. Ghonim cortó todo contacto con ellos, incluso con los que habían formado parte de su entorno más cercano durante muchos años.

Todos tenían sus teorías sobre ese comportamiento. ¿Tal vez tenía que ver con su hermano, que acababa de ser detenido en Egipto? Ghonim era consciente del efecto que estaba provocando: la mitad de sus publicaciones eran burlas de aquellos que se sentían conmocionados por sus vídeos. Según decía él mismo, ese era su verdadero yo. Cuando me acerqué a él para ver si podíamos hablar (lo había entrevistado varias veces en los últimos años), me dejó un mensaje de voz paranoico e hiriente, cuestionando mis motivos y preguntándome por qué debería hablar conmigo. «¿Crees que soy un imbécil que solo hace esto para que se fijen en él, como todos los imbéciles que siempre están buscando cualquier tipo de atención?» [39] La interpretación más triste fue la de un antiguo amigo que creía que Ghonim en realidad estaba utilizando su conocimiento de las redes sociales con el fin de aniquilar su imagen anterior: ya no quería ser visto como un salvador, alguien que podría tener respuestas, sobre el futuro de Egipto o de Silicon Valley. Los vídeos eran una especie de reinicio voluntario. «Todo esto no es espontáneo», me dijo este amigo. «Cuando trabajas en el negocio, entiendes perfectamente cuándo alguien lo está usando para algún fin». Tal vez el mensaje más consciente de sí mismo era la biografía de Ghonim en Twitter, donde ya tenía casi tres millones de seguidores: «Soy un personaje en mi propia película. La vida es un *reality show* que se ha vuelto surrealista».

En cuanto la realidad de Egipto, también se ha vuelto surrealista, o más bien, digna de una pesadilla. El gobierno de Sisi ha alcanzado niveles de represión que nadie podría haber imaginado antes de la revolución. Incluso el más mínimo intento de protesta es brutalmente reprimido. Los pocos

medios en internet que intentan cubrir las medidas represivas y los encarcelamientos están bloqueados en todo el país. El puñado de activistas que quedan están totalmente asediados, desprovistos de toda esperanza, y han dejado ya de buscar posibles soluciones en las redes sociales.

Alaa Abd El Fattah, un programador informático, activista de izquierdas y uno de los primeros blogueros, que está ampliamente considerado como el pensador más creativo y táctico de la revolución, ha pasado la mayor parte de los últimos diez años entrando y saliendo de la cárcel. Su estado físico, ya sea por estar en huelga de hambre o recuperándose tras haber sido apaleado por los guardias, es la preocupación constante del pequeño grupo de disidentes y de los extranjeros que aún prestan atención a la situación egipcia. Su largo cabello rizado y su barba desaliñada se han convertido en un símbolo de resistencia continua.

Cuando Alaa fue liberado brevemente de prisión en la primavera de 2019, circuló un vídeo en el que aparecía sentado en el suelo con algunas almohadas, charlando con un entrevistador. La conversación giró en torno a Facebook, que le parecía un lugar progresivamente más extraño cada vez que volvía a conectarse después de las ausencias forzadas. Para aquellos que todavía querían soñar con una nueva política, había habido «una regresión», dijo. «No es culpa de los egipcios; es el medio que están utilizando. Están siendo devorados por Facebook. Mantienen debates emocionales con sus amigos, porque Facebook está hecho precisamente para eso. Esto es una trampa». Su intención era analizar la situación actual y en su lugar se encontraba «en esos círculos de personas que envían gifs y emojis de corazones». La plataforma era «asfixiante», declaró Alaa, pero la gente no podía abandonarla, incluso ahora que sabían lo «defectuosa» que era. Para romper con la realidad opresiva en Egipto, lo que se necesitaba era un camino hacia «una imaginación alternativa», un espacio para teorizar, para permitir la complejidad, para trabajar hacia la acción. «Y la verdad es que no sé dónde ni cuándo aparecerá ese camino». [40]

8

Las antorchas

Charlottesville, 2017

El 13 de mayo de 2017, un pequeño pelotón de supremacistas blancos, recientemente rebautizados como la «derecha alternativa» (en inglés, *alt-right*), caminaba arrastrando los pies bajo el sol del mediodía. Un forastero podría haber confundido a las tres docenas de hombres, en su mayoría de entre veinte y treinta años, todos ellos sudando a través de sus polos blancos, con una reunión de *caddies* de golf. Parecían incómodos, no muy acostumbrados a tanta luz y tanta compañía, mientras comenzaron a desfilar medio en broma, medio en serio, al ritmo de un tambor en su camino hacia la estatua de bronce del general confederado Stonewall Jackson. Allí escucharon, embelesados, a Richard Spencer, su líder no oficial, mientras explicaba a través de un megáfono por qué hacían su manifestación en ese lugar concreto de Charlottesville, Virginia. Spencer, como siempre, lucía una cuidada imagen, con una chaqueta de color marrón claro, con el pelo arreglado en el típico corte de las Juventudes Hitlerianas (con los lados afeitados y la parte superior peinada hacia atrás con gomina). «Están tratando de quitarnos a nuestros dioses», gritó. «Están tratando de quitarnos nuestros ideales. Están tratando de quitarnos lo que somos. Y en lugar de este monumento, Dios sabe lo que van a erigir, algún monumento a la

muerte, algún monumento a la esclavitud y el Holocausto, algún monumento a la nube negra que se cierne sobre la cabeza de todos». Ofreció un resumen sucinto de su causa: «Lo que nos une es que somos blancos, que somos un pueblo, y que no nos dejaremos reemplazar». [1]

Si esto fuera todo lo que hubieran hecho públicamente ese fin de semana, no hubiera parecido demasiado alarmante. De hecho, resultaba casi patético. Sin embargo, lo que sucedió esa misma noche provocó escalofríos en todo el país. Un grupo de unas cien personas, más grande que la multitud de la tarde, se dirigió con antorchas encendidas hacia la estatua de otro general confederado, Robert E. Lee, otro de los tributos de la ciudad a su pasado rebelde, coreando a gritos: «¡No nos reemplazarán!», «¡Sangre y tierra!» y, lo más extraño, «¡Rusia es nuestra amiga!». [2] No duró mucho, apenas unos diez minutos antes de que llegaran otros manifestantes de ideología opuesta y luego la policía, pero la procesión fue filmada desde la perspectiva elevada de un dron y compartida una y otra vez en las redes sociales y en la prensa generalista. Las caras iluminadas por las antorchas, la salmodia de consignas, las sombras que dibujaban sus cabezas afeitadas en el entorno nocturno, todo eso proyectó en la mente de muchos espectadores los mítines nazis, las reuniones del Ku Klux Klan; expresiones públicas de odio que la mayoría de los estadounidenses habían creído ya parte del montón de cenizas de la historia. Y, muy probablemente, ese era precisamente el efecto deseado. [3]

En definitiva, fue un éxito, que los intolerantes necesitaban con urgencia. Spencer llevaba años fundando y dirigiendo publicaciones cada vez más de derechas, incluida AlternativeRight.com, creada en 2010. También dirigía un grupo de expertos llamado Instituto Nacional de Política, con una habilidad para influir en los medios poco común en un neonazi. Spencer se había sentido envalentonado por la elección de Donald Trump, un hombre cuyos guiños a las fuerzas racistas y nativistas se habían convertido en una especie de tic. Era el momento de anunciar a la derecha alternativa como un

movimiento que ya no necesitaba esconderse acobardado en los sótanos o en los sistemas de mensajes en línea. Pero aprovechar el ascenso de Trump no había sido tan fácil como Spencer había imaginado. Apenas unos meses antes, el mismo día de la toma de posesión de Trump, estaba siendo entrevistado en una concurrida esquina de Washington, D. C., cuando un hombre con una capucha negra le propinó sin previo aviso un puñetazo en la cara, haciendo que cayera al suelo. [4] Fue una humillación. [5]

Antes del ascenso de Trump, la derecha alternativa tenía muy poca influencia política, pues se limitaba a sitios de redes sociales como 4chan. El movimiento era una difusa agrupación de supremacistas blancos y autoproclamados identitarios, y un grupo de jóvenes aburridos y sexualmente frustrados, todos ellos bastante anónimos. Era más un equipo de *paintball* que una comunidad. Si existía algún común denominador ideológico, era su desprecio por los «adalides de la justicia social» de la izquierda, las fuerzas progresistas que imponían a todo el mundo sus valores multiculturales y de género indefinido. Lo que les gustaba sobre todo de la victoria de Trump, más que su populismo, su afán proteccionista o incluso su abrazo a la política de identidad blanca (los «hombres y mujeres olvidados» mencionados en su discurso inaugural), era su estilo, que parecía tomar prestado mucho de su actitud «antiliberal». Su objetivo era poner nerviosos, desquiciar al «otro bando», y Trump logró hacer precisamente eso.

Dada la hipermasculinidad que recorría los foros de las redes sociales, ver a Spencer, uno de sus héroes, caer tan bajo en las primeras horas de la presidencia de Trump resultó especialmente confuso. Eran el flanco situado más a la derecha de la coalición de Trump, los creadores de los memes, y se suponía que este era su momento. ¿Quiénes eran realmente, si ni siquiera podían dar la cara?

Unos meses más tarde, en abril, obtuvieron algunos éxitos, confirmación de que solo podrían alcanzar sus objetivos siendo audaces. En Berkeley,

territorio enemigo de la derecha alternativa, varios de los llamados grupos blancos de derechos civiles organizaron una manifestación por la libertad de expresión que rápidamente se convirtió en un violento enfrentamiento con piedras, botellas y petardos. Los manifestantes antifascistas hicieron acto de presencia, y se armó un buen lío. En un momento dado, se utilizó un gran contenedor de basura como ariete. Sin embargo, lo más recordado del cuerpo a cuerpo fueron unos segundos de vídeo en los que Nathan Damigo, el jefe de Identity Evropa, uno de los muchos nuevos grupos de derecha alternativa, se abalanzó sobre una multitud enzarzada en una pelea y dio un puñetazo en la cara de una activista con rastas llamada Emily Rose Marshall. El vídeo circuló libremente por las redes sociales, convertido en mil memes: Damigo, con ese mismo corte de pelo de las Juventudes Hitlerianas, vestido pulcramente con camisa azul y pantalones vaqueros, atacaba con furor a Marshall, parecía la imagen arquetípica que tiene cualquier persona de derechas de los adalides de la justicia social. El Daily Stormer, el sitio web neonazi, consideró que Damigo era un «verdadero héroe».

Los miembros de Identity Evropa actuaban con desfachatez, pero también se cuidaban de usar un vocabulario que asustara a la gente. El propio Damigo era un exmarine que había comenzado su campaña mientras estudiaba en la Universidad Estatal de California, Stanislaus, campaña en la que pretendía copiar los movimientos nacionalistas que entonces ganaban terreno en Europa. Nada de túnicas blancas; nada de tatuajes en el rostro, el cuello o las manos. Los artículos sobre Damigo siempre señalaron que, en lugar de maldecir, usaba palabras como «cielos» o «caramba». Y su retórica se centraba en que a los blancos se les negaba el derecho a preservar su «herencia», apropiándose del lenguaje que las minorías habían estado utilizando para defenderse. «No queremos que nos consideren demasiado amenazadores», dijo Damigo a un periodista el mismo día que golpeó a la joven con rastas. [6]

Según escribiría Bradley Dean Griffin, un prominente nacionalista blanco que había estado compartiendo sus puntos de vista antisemitas y racistas en su blog, Occidental Dissent, desde 2008, un acto como el de Berkeley resultó «transformador», ya que fue un espectáculo que atrajo a nuevos partidarios y ayudaría a redefinir la imagen de los supremacistas blancos. Podía ser «divertido participar en troleos, enjambres y redadas en línea», escribió, pero para crecer, el movimiento necesitaba salir a la calle. Era la única manera, insistió, de «canalizar la guerra cultural que está produciéndose en las redes sociales» y llevarla a la superficie, para hacerla «explotar como un volcán». [7]

Al llegar la primavera, Charlottesville se presentaba como la oportunidad perfecta para ello: geográficamente estaba en las fronteras de la política estadounidense, pero era una ciudad universitaria claramente liberal (en los volátiles días posteriores a la toma de posesión de Trump, el alcalde la declaró una «capital de la Resistencia», y casi el 80 % de los votantes se habían decantado por Hillary Clinton). Era una ciudad que durante la Guerra Civil tenía una población de esclavos que constituía el 52 % de sus residentes y donde la estatua de bronce de Robert E. Lee, sentado en su caballo, Traveller («Viajero»), había dominado un pequeño parque en el centro de la ciudad desde 1924. Un lugar ideal, en definitiva, para la lucha. A principios de febrero, cuando el consejo de la ciudad votó a favor de la eliminación de la estatua de Lee, Spencer encontró por fin la excusa que andaba buscando: la oportunidad de contar una historia sobre una izquierda reaccionaria y nihilista que pretendía pisotear su pasado y borrar sus tradiciones.

Los acontecimientos de mediados de mayo ayudaron a eliminar el recuerdo de ese puñetazo. Spencer publicó una foto en Twitter de su rostro brillando a la luz de una antorcha, pero para él eso no era suficiente. Quería regresar a Charlottesville y mostrar todo el poder de un movimiento recién envalentonado. Necesitaría a Jason Kessler. La manifestación con antorchas

había tenido lugar en gran parte gracias a Kessler, un autodenominado periodista independiente y bloguero de Charlottesville que, al igual que Spencer, se graduó de la Universidad de Virginia. El camino de Kessler había sido un poco sinuoso; camionero y manitas a tiempo parcial, hacía muy poco que había comenzado a advertir de la amenaza del «genocidio blanco». (Entre otras cosas, había escrito un libro de poesía y una novela llamada *Badland Blues,* que, según su contraportada, presentaba la historia de «un enano indigente locamente enamorado de una camarera local que no le corresponde».) Luego se lanzó a la batalla de las estatuas. «¡Cada generación tiene su lucha, y esta es la nuestra!», había gritado ante el ayuntamiento mientras en su interior se decidía el destino del monumento. [8] Su recién creado grupo, Unity & Security for America, junto con algunos de los seguidores de Damigo, había formado gran parte de la multitud. Y tras el éxito de la manifestación de mayo, fue Kessler quien presentó una solicitud de permiso para celebrar una manifestación ese verano, el 12 de agosto, en el pequeño parque donde se encontraba la estatua de Lee (su nombre pronto se cambiaría de Lee Park a Emancipation Park). Llamó al evento «Unite the Right» («Unamos a las derechas») en las redes sociales, lo cual era más bien un deseo por su parte que una realidad, porque las diversas corrientes de la derecha no estaban precisamente unidas.

Era un comienzo, pero tanto Kessler como Spencer sabían que necesitaban muchos más aliados. Y para reunirlos, para hacer el arduo trabajo de lograr que un grupo lo suficientemente grande de personas se pusiera de acuerdo sobre tácticas y objetivos, requerían un espacio propio, uno con características particulares. Sitios como Reddit y 4chan, tan populares entre la derecha alternativa, estaban demasiado llenos de sarcasmo y bromas de dudoso gusto, solo eran memes tratando de superar a otros memes. Entonces, en junio, recurrieron a Discord, una plataforma en línea destinada a los jugadores, y abrieron lo que se conocía en el sitio

como un «servidor», una sala de chat de administración propia, a la que llamaron Charlottesville 2.0.

Pude averiguar lo que ocurrió después gracias a un grupo de hackers cercanos a la izquierda que dirigen un sitio web llamado Unicorn Riot. Ese verano logaron acceder a la constelación de servidores supremacistas blancos en Discord: decenas de miles de publicaciones entre junio y agosto, lo cual abrió una oportunidad para seguir disimuladamente una conversación que desde luego no estaba destinada a ser pública. [9] Y a pesar de la repugnancia de pasar mucho tiempo espiando a personas cuya idea de la diversión era debatir sobre a quién enviarían primero a la cámara de gas, fue algo profundamente revelador. Esto era lo que sucedía cuando un grupo recién creado tenía lo que los activistas de la Primavera Árabe no tenían: un lugar para concentrarse, debatir sus discrepancias y tratar de resolverlas. En su caso, podían reunirse para darse palmaditas en la espalda y soñar sus sueños retorcidos juntos, y ello los hizo más fuertes.

Discord era una plataforma que les resultaba útil, pero nunca tuvo el objetivo de albergar sus debates. En realidad, fue creada para que los adolescentes pudieran sentarse en sus respectivas casas a jugar al *World of Warcraft* hasta altas horas de la noche, charlando y bromeando con sus amigos mientras mataban zombis y dragones. Su función más popular era el servidor, que era una sala de chat por invitación (también había una opción llamada grupal). Cada servidor tenía su propio administrador que establecía las reglas, podía expulsar a la gente y era responsable de garantizar la conexión de los miembros. A diferencia de Reddit, no existía la posibilidad de votar positivamente para incentivar las publicaciones mejor valoradas, convirtiendo cada intercambio en un concurso de popularidad o una espiral de pureza. Era más bien una charla continua en una sala relativamente pequeña en los términos establecidos por los participantes. Se parecía a

WELL más que a cualquier otra plataforma de redes sociales importante. El objetivo principal era más hacer piña que atraer a nuevos seguidores.

A los líderes de la derecha alternativa les gustaban el anonimato y la privacidad, aunque dada la facilidad con la que Unicorn Riot se infiltró en sus chats, sin duda les habría venido bien un poco más de paranoia. Entre otras ventajas, aparte del secreto y la discreción, cabe decir que se podía ejecutar Discord directamente desde un navegador web sin descargar una aplicación y que no era necesario poner el nombre real. En el verano de 2017, dos años después de su puesta en marcha, el sitio tenía alrededor de 45 millones de usuarios y cada semana aumentaba en otros 1,1 millones. El cofundador y director ejecutivo de Discord, de origen judío, diría más tarde que durante un tiempo no tenía ni idea de que su sitio se había convertido en un hogar para el odio. [10]

Keegan Hankes, exdirector de investigación del Southern Poverty Law Center, la organización encargada del control del extremismo en Estados Unidos, también pasó mucho tiempo conectado a Discord ese verano. Gracias a ello, pudo contarme el método seguido por los administradores de varios servidores de la derecha alternativa a la hora de examinar a las personas y admitirlas en el grupo: simplemente, se conectaban por videoconferencia para asegurarse de que el solicitante tuviera la piel blanca. En una ocasión, Hankes permitió que un compañero investigador «tomara prestada» su cara para este propósito. Lo que hacía útil a Discord, dijo Hankes, era que cada facción en particular tenía su propio servidor, que se convertía en una especie de «campamento base» para ellos. De esta forma, podían fortalecer la identidad de una manera más local, pues cada grupo podía establecer sus convicciones privadas, y también descubrir los pensamientos de los demás y posiblemente unirse a ellos. [11]

El servidor Charlottesville 2.0, que yo mismo estuve investigando a fondo un par de oscuras semanas, era el principal centro de organización. Spencer continuaba siendo un mascarón de proa general, pero en el servidor

era Kessler, con el apodo MadDimension, quien parecía estar a cargo y trataba de mantener la conversación centrada en cómo ampliar su base. Uno de sus mensajes más recurrentes era algo del tipo «Por favor, dejen de pelearse. Estoy tratando de elaborar planes de seguridad para nuestros oradores y es vergonzoso traer profesionales aquí mientras la gente está discutiendo a gritos». [12]

Entre el grupo de provocadores descontentos que consideraban que los hombres blancos eran las verdaderas víctimas de Estados Unidos, todavía había amplios abismos ideológicos. La Cuestión Judía, o JQ por sus siglas en inglés, era uno de ellos. Para algunos, los judíos eran la fuente secreta de la diversidad que supuestamente estaba asfixiando al país, los que habían abierto las puertas y estaban controlando la narrativa. Resolver este problema en particular era el objetivo número uno de aquellos que estaban «preocupados por la JQ»: KommieKillinKowboy sugirió «una aplicación asociada a Google Maps que señalase las empresas de propiedad judía con una Estrella de David, para que los nacionalistas blancos pudieran evitarlas». Algunos defendieron la idea de la creación de etnoestados, incluso en el caso de Israel (donde supuestamente todos los judíos podrían ser enviados). El crematorio, por supuesto, también era otra opción popular.

Luego había individuos y grupos que compartían el espíritu general antifeminista, antiglobalista y antipolítico, pero deseaban mantenerse lo más lejos posible de las fiestas de cumpleaños de Hitler y los *¡Sieg heils!* con el brazo en alto. Esto era la derecha alternativa *light*, que estaba ligeramente a la izquierda de Damigo y sus identitarios, y desde luego estaban lejos del Klan o de los grupos más descaradamente neonazis como la División Atomwaffen, con su creencia en el «aceleracionismo», el fomento activo de una guerra racial que condujese hacia el cataclismo. El universo virtual de agravios de la derecha alternativa *light* incluía la llamada «manosfera» (término derivado de *man*, es decir, «hombre»), donde los derechos de los hombres se defendían contra la tiranía de una

cultura feminizada. Grupos como los Proud Boys, liderados por el cofundador de VICE Media, el hípster Gavin McInnes, encabezaron un club de lucha «prooccidental» y «promasculino», ocultando su racismo y misoginia tras la nostalgia de un mundo donde los hombres aún eran hombres. Se dedicaron muchos esfuerzos a diseccionar esta diferencia entre la derecha alternativa original y su versión *light*: Greg Johnson, un destacado pensador supremacista blanco, lo resumiría de esta manera: «La derecha alternativa *light* se define por basarse en un nacionalismo cívico en oposición al nacionalismo racial». [13]

Fuese cual fuese la definición, conseguir que Gavin McInnes y sus iluminados seguidores estuviesen en la misma habitación que los seguidores del gran mago del KKK David Duke no era una tarea nada sencilla. No obstante, era la tarea que Kessler y Spencer se habían fijado, y si había algún lugar para planificar estos matrimonios de conveniencia, para averiguar cómo funcionarían, para cortejar y hacer todo tipo de amaños ese era sin duda Discord. Si su intención era crecer, el sitio ofrecía el mejor espacio para hacerlo realidad. Como señaló ManWithTheHand poco después de que se configurara el servidor 2.0 de Charlottesville, a diferencia de la protesta espontánea anterior, esta vez se estaban dando tiempo para reunir sus fuerzas: «Nuestro primer acto fue como un relámpago, rápido, poderoso y repentino. Este segundo acto, por el contrario, será como un trueno: nos oirán llegar, seremos ruidosos y aterradores, y sabrán que llegamos porque el trueno siempre sigue al relámpago».

Casi desde la creación del servidor, uno de los temas de debate más recurrentes, que se retomaba una y otra vez todos los días, era el de la «percepción», término que se le daba a su imagen pública, a la cuidadosa consideración de los posibles modos en los que los medios de comunicación podrían ver e informar sobre sus protestas. Para la mayoría de los grupos de

derecha alternativa, como Identity Evropa, fundado por Damigo, su única razón de ser era que imaginaban y visualizaban una vía para defender su principal objetivo —unos Estados Unidos 100 % blancos y cristianos— sin hacer saltar las alarmas entre los que consideraban sus partidarios naturales. No veían beneficio alguno en el uso de símbolos obsoletos, como las esvásticas, ni en aparecer fuertemente armados o con capuchas. Al mismo tiempo, no querían ahuyentar a aquellos que ya apoyaban sus ideas, pero aún no estaban preparados para ponerse trajes y corbatas.

Esta negociación sobre su imagen ante el público era precisamente lo que entendían por «percepción». Los debates interminables sobre la mejor manera de presentarse («¿Qué opináis de estos zapatos?» «¿Vamos a llevar brazaletes?» «¿Camisas blancas con pantalones verdes militares o camisas verdes militares con pantalones negros?») condujeron a una imagen final de lo más insulsa y anodina: camisas blancas y pantalones caquis. Esto parece trivial, pero fue la primera de varias pequeñas victorias que hizo posible la plataforma. ¿Qué otra cosa sino camisas blancas y caquis podría ocupar el centro superpuesto del diagrama de Venn? En lo que todos se mostraron siempre de acuerdo era en que debían parecer jóvenes agradables y no conflictivos. De esta forma, su movimiento no solo resultaría más accesible y respetable, sino que mostraría un propósito común. «La percepción es un tema crucial», escribió alguien con el seudónimo de bainbjorn. «Si cada participante se presenta con su propia versión del estado de las cosas, daremos la impresión de ser una turba desorganizada. Pero si todos vamos con el mismo atuendo, y nuestro servicio de seguridad lleva cascos y escudos idénticos, mostraremos más legitimidad. No estamos reinventando la rueda. Si realmente queremos que nos tomen en serio, debemos mantener una estricta uniformidad en todo lo que hagamos: sin rebeldes, sin lobos solitarios, sin individualidades».

El otro gran punto del debate era sobre lo que debían llevar. «En general, me gusta la estética de los escudos», escribió Kurt14Lipper. «Como

elemento más defensivo que ofensivo, ofrece la imagen de que estamos allí para defendernos. Todo esto es en nuestra propia defensa. Hasta que nos empujen demasiado lejos». Querían volver a probar con las antorchas, pero entonces, ¿cuáles utilizar? ¿Serían un peligro de incendio? «Si vamos a utilizar antorchas de verdad, y en mi opinión deberíamos hacerlo, tenemos que ser muy conscientes de la seguridad», escribió HipToTheJQ. «Creo que, con fines estéticos, si volvemos a utilizar antorchas, deben ser antorchas reales», escribió Erika, una activista de Identity Evropa de Florida que también era moderadora de Charlottesville 2.0 y una de sus pocas mujeres miembros. «La única reserva que tengo en contra de caminar con palos ardiendo es que esta vez tendremos una oposición potencialmente muy violenta esperándonos. No quiero que nuestra gente se queme si estalla una pelea mientras estamos desfilando con antorchas». Kristall.night preguntó: «¿Hay un combustible más limpio que se pueda usar en las antorchas en lugar de esa mierda de brea?». Alguno sugirió citronela.

Era difícil no encontrar estas discusiones algo divertidas, pues carecían totalmente de la arrogancia asociada a la imagen pública de la derecha alternativa, al troleo habitual en Twitter, donde se solían decir cosas horribles y muy agresivas que luego se encubrían con una actitud burlona diciendo «Es solo una broma» o «¿Por qué te molesta tanto?». Había muchas burlas y provocaciones en Discord, y algunas exageraciones esporádicas, pero también había sinceridad entre la «familia», como a menudo se referían entre sí. Llegué a leer una conversación en la que el grupo consolaba a uno de los suyos, Hand Banana, con genuino afecto después de que este admitiese que una mujer con la que había tenido una cita resultó ser medio judía: «Es la segunda judía este año. ¡Qué mala suerte!». «Debemos sentirnos mal por ti, pero también hacerte pasar un mal rato por ello», escribió Tyrone. No había grandes alardes. Incluso aunque no estuvieran de acuerdo sobre ciertas estrategias, estaban entre su propia gente, aquellos que ya habían «tomado la píldora roja», jerga usada por la

derecha alternativa para referirse a la conversión a la causa. La expresión no entusiasmaba a algunos, pero no pasaba nada porque estaban en un «espacio seguro» y nadie más se enteraría. En uno de los pocos chats de audio a los que Unicorn Riot había logrado acceder, los líderes de tres grupos supremacistas blancos del núcleo duro hablaban sobre las ventajas de hornear pan de masa madre. [14]

Sin embargo, había verdaderos debates sobre los puntos más peliagudos: por ejemplo, las esvásticas. Cuando uno de los miembros del servidor se quejó de no poder usar parafernalia nazi, estalló una discusión sobre por qué necesitaban mantenerla oculta. «Porque decirle a un tío nacido tras la segunda guerra mundial con un cociente intelectual de 85 que no debería querer vivir en un país lleno de musulmanes y pandilleros mexicanos violentos es defendible y hasta deseable, mientras que lucir una esvástica y ensalzar a un político alemán muerto no lo es», escribió en el servidor un participante que se hacía llamar Wyatt, posicionándose del lado del debate que defendía que «la percepción siempre es importante». Desafiado por unos pocos miembros (como dijo uno, «¡Hitler y la esvástica son la caña!»), Wyatt dejó claro que no tenía ningún problema con «utilizar la nostalgia del Tercer Reich en la guerra cultural y echar abajo las puertas del tabú cultural», pero que esta no era manera, escribió, «de ganarse los corazones y las mentes». El objetivo de su unión no era iniciar un partido político o levantar un ejército; tenían un objetivo mucho más restringido, pero estratégicamente importante: «Conseguir que la mayoría de los blancos se sumen a la identidad blanca». A esto, Stormer DC agregó: «No vamos a poder asegurar un futuro para los niños blancos si no estamos dispuestos a pasar por el dolor de destruir el estigma nazi».

La mayor parte de los presentes en el servidor respaldaron esta postura, pero el debate se abrió hacia un tema más amplio: las esvásticas y el nazismo expresado sin tapujos, que serían una forma más auténtica y valiente de «conmocionar al sistema», como dijo un miembro, frente al

avance progresivo que defendían Wyatt y otros («Algunos creéis que va a ser una revolución masiva y repentina. No lo va a ser. La clave es el día a día. Cada vez más personas blancas van a ir despertando. Y pronto, dentro de cinco o diez años, habrá suficientes seguidores para iniciar un cambio radical en la cultura y la política».) También discutieron sobre el fracaso de los supremacistas blancos del pasado a la hora de lograr un gran impacto, especialmente en comparación con la visibilidad cada vez mayor de un grupo de derecha alternativa como Identity Evropa. «No quería decir esto porque suena arrogante, pero en UN SOLO AÑO Identity Evropa ha eclipsado a todos los movimientos nacionalistas blancos de los últimos 50 años», escribió Wyatt. «Tienen éxito por su imagen, por su forma de actuar, y por cómo se preocupan por su imagen y por sus acciones». Cuando el tira y afloja se fue haciendo más polémico, uno de los participantes recordó a todos que esa protesta concreta era por el tema de la estatua de Lee, y que ese era su punto de unión. «Creo que todos estamos de acuerdo en que la eliminación de esa estatua es una afrenta para todos nosotros. Por tanto, centrémonos en eso», escribió SpencerReesh. Los debates a menudo se enfocaban hacia esta búsqueda de lo común. «Muchos de los que estamos a ambos lados de este debate somos nacionalsocialistas», escribió Gavius Corvus haciendo una especie de resumen. «Queremos lo mismo, y solo discrepamos en el mejor curso de acción para lograrlo. Como ha dicho Wyatt, es bueno que podamos tener estos debates. En el pasado, nuestro movimiento se ha dejado destrozar por estos desacuerdos relativamente mezquinos. Creo que es una fantástica señal de que podemos tener estos desacuerdos ahora, y seguir unidos cuando realmente importa».

El asunto de la percepción era claramente algo más que una cuestión de estética. Era un debate sobre la construcción de una base más grande y sólida. ¿Cuáles eran sus prioridades? ¿Qué principios eran esenciales y cuáles se podían descartar? Otra discusión estalló cuando, en un determinado momento, Jason Kessler pidió voluntarios que quisieran

quemar la bandera del Orgullo, el emblema del arco iris del movimiento LGTBQ. Inmediatamente recibió el rechazo de algunos miembros que pensaron que esto no sería visto con buenos ojos. No obstante, lo más sorprendente fue la respuesta de Erika, la moderadora del servidor. «Los gays solo son una pequeña minoría», escribió. «Mejor quemamos una bandera comunista o anarquista». Kessler trató de aclarar: «No se trata de gays. No me importan nada los gays. Esa maldita bandera se ha convertido en el símbolo de facto del marxismo cultural», con lo que se refería a un emblema «de Silicon Valley, del Partido Demócrata, de nuestro reemplazo étnico y cultural. Ahora mismo es más una bandera del multiculturalismo». Erika etiquetó a Kessler en su respuesta usando su apodo. «@MadDimension no se trata de lo que tú y todos nosotros vemos. Se trata de cómo lo percibirá el resto del mundo», escribió. «La gente olvidará cualquier discurso que hagamos antes de quemar la bandera, y será simplemente "LOS NAZIS QUIEREN EXTERMINAR A LOS MARICONES"». Kessler insistió en que la bandera tenía un significado más amplio que el mero símbolo del orgullo gay, que señalaba a los blancos un conjunto de valores distinto del suyo: «Creo que la mayor fortaleza de la derecha es que transmitimos verdades y emociones secretas que la gente reprime debido al estigma social. Creo que el corazón de Estados Unidos está enfermo y cansado de esa maldita bandera». Erika seguía repitiendo que no importaba lo que él pensaba que simbolizaba. Para la mayor parte del mundo, significaba sencillamente orgullo gay. Quemarla no sería más que una distracción, y necesitaban centrarse. «Quemar una bandera de maricones es una pésima idea», intervino Jack «Ajax» Richardson. «Tenemos una combinación ganadora de buena percepción, aspecto limpio, razonamiento inteligente y sensato y actitud civilizada. La quema de banderas va en contra de todo eso. No podemos tratar de cambiar nuestra fórmula a mitad de camino». Kessler acabó dando marcha atrás, y Erika no hizo sangre de su retirada. «Por favor, tened un poco de paciencia», escribió

Kessler. «Aquí se puede hablar de la quema de banderas o lo que quieras y nadie tiene derecho a decirte que no puedes. Este debería ser un espacio donde la gente pueda debatir abiertamente cualquier idea».

Esos momentos de fricción casi siempre se resolvían solos. A la pregunta de Athena Marie: «¿Por qué no podemos organizar la quema de un libro después del acto?», Stormer DC respondió con sabiduría: «Porque haciendo eso, lo único que conseguiríamos es dar la impresión de que tenemos miedo a la literatura». La tensión a menudo se rompía con chistes malos o el intercambio de memes estúpidos y racistas. «Creo que se requiere una acción más sutil para conseguir que la gente vea la luz», concluyó Soy Goy.

Con el paso de las semanas, el debate en Charlottesville 2.0 fue creciendo (cuando Unicorn Riot pudo descargar todo el servidor en agosto, ya había más de veintiún mil mensajes), y Kessler comenzó a compartir información sobre la logística: quién hablaría en su mitin y a qué otros grupos estaban tratando de atraer. Un tema importante era encontrar una manera de ganar para la causa al grupo de los Proud Boys de Gavin McInnes.

Desde la creación del servidor, Erika había controlado quién podía y quién no podía unirse, y dejó en claro que, al menos por el momento, debían mantenerlo exclusivamente en la derecha alternativa, aunque solo fuera por razones de seguridad. Sin embargo, Kessler estaba ansioso por expandirse. En un momento dado, propuso invitar a un grupo local de Proud Boys a tomar una copa en un bar del centro de Charlottesville. Pensó que era probable que sufrieran un ataque de los llamados «antifa», los activistas antifascistas vestidos invariablemente de negro, y que la experiencia impulsaría a los Proud Boys a unirse a ellos. Kessler compartió su plan en el servidor. «Entiendo el objetivo», escribió AltRightVa. «Lograr que los PB comprendan de una vez que, por mucho que intenten distanciarse de nosotros, la gente siempre les meterá en el mismo saco, por

lo que deberían ceder y unirse abiertamente. Tiene sentido». Sin embargo, otros opinaron que la estrategia era básicamente un engaño, y que ello podría distanciar a los posibles aliados. «Para que exista alguna posibilidad de éxito, tiene que haber confianza entre las diferentes organizaciones», respondió atthias. Aun así, Kessler siguió adelante con su plan, y tal como había previsto, estalló una pelea y todos fueron expulsados del bar. «Los chicos que se unieron a nosotros están deseando participar en el 12 de agosto», informaría más tarde.

Para lograr que los viejos miembros del Klan se unieran bastaba sencillamente con adecentar al abuelo y persuadirlo de que mantuviera sus esvásticas bien guardadas en sus cajones. La derecha alternativa *light*, y los Proud Boys en particular, eran un tema más complicado, pues obligaba a los miembros del servidor a decidir hasta qué punto estaban dispuestos a transigir en sus propios compromisos ideológicos. Para empezar, algunos Proud Boys ni siquiera eran blancos, y tenían una actitud mucho más simplista y flexible sobre sus creencias, pero era innegable que también tendían puentes sólidos hacia el gran público. «La mayor diferencia entre la derecha y la izquierda en este momento es que la derecha se niega a trabajar con grupos "ideológicamente impuros", mientras que la izquierda adopta una estrategia de inclusión que le resulta muy favorable», escribió Hand Banana. Kessler continuó animando a que todos tuviesen una mente más abierta. (Incluso se sometió personalmente al ritual de iniciación de Proud Boys, que constaba de tres fases, la segunda de las cuales implica sufrir una paliza mientras se gritan marcas de cereales para el desayuno).[15] No obstante, a medida que la lista de posibles participantes iba haciéndose más larga, la resistencia y las sospechas fueron aumentando. «Nunca he dicho que no esté dispuesto a trabajar con personas que no están 100 % en sintonía con nosotros», argumentó ManWithTheHand. «No veo por qué no deberíamos acoger a los miembros de la derecha alternativa *light*. Pero en este caso nosotros estamos haciendo todas las concesiones. ¿Por qué

tenemos que dejar de lado todo lo que defendemos mientras tratamos con grupos "ideológicamente impuros"? Deberían reunirse con nosotros al menos a mitad de camino. Y no creo que pedirle a la gente de la derecha alternativa *light* que respalde el nacionalismo blanco sea realmente pedir demasiado».

El antagonismo entre la derecha alternativa y su versión *light* se hizo público el 25 de junio, cuando Richard Spencer y Nathan Damigo organizaron un «Mitin por la Libertad de Expresión» cerca del Lincoln Memorial en Washington, D. C.[16] El mitin incluía a varias figuras que habían participado en Charlottesville el mes anterior, enarbolando las banderas de Identity Evropa, y otro nuevo grupo llamado Vanguard America. El mismo día, una manifestación rival «contra la violencia política» estaba teniendo lugar cerca de la Casa Blanca, organizada por figuras de la derecha alternativa *light* como Mike Cernovich y Jack Posobiec, dos furibundos teóricos de la conspiración. Se suponía que Posobiec iba a formar parte del acto organizado por la derecha alternativa, pero cambió de opinión cuando se enteró de que Spencer también participaría. Ambos mítines tuvieron una asistencia realmente pobre, y congregaron a no más de cien personas cada uno, pero la línea de separación entre ambos estaba muy clara: se basaba en lo descaradamente antisemitas que estaban dispuestos a ser. En el mitin por la «libertad de expresión», Kessler habló sobre la nefasta influencia judía, dirigiéndose directamente a las cámaras. «A todos los que me estén escuchando, les pregunto: ¿quién está a cargo de los conglomerados globales que son propietarios de CBS y NBC, o más bien propietarios del mundo entero?» En la otra reunión, la principal preocupación de los oradores era señalar las formas en que los liberales y los demócratas eran la encarnación misma del mal.

En opinión de los miembros del servidor, que analizaron la competición de manifestaciones con el fin de extraer lecciones aplicables a su propio

acto, fue una clara muestra de lo difícil que sería «unir a la derecha». No obstante, también se percataron de que Proud Boys hizo acto de presencia en ambos mítines, lo que reforzó la sensación de que serían los más fáciles de ganar para la causa. Un miembro de Proud Boys, Kyle Chapman, que se había referido a sí mismo como «el tío del palo» después de golpear en la cabeza a un manifestante rival con un palo en un mitin a favor de Trump en Berkeley, había organizado una rama paramilitar del grupo llamada Orden Fraternal de los Caballeros de la Derecha Alternativa. «No tengo miedo de hablar sobre las atrocidades que están sufriendo los blancos y los descendientes de europeos, y no solo en este país», declaró Chapman ante una multitud en julio durante un mitin celebrado bajo el eslogan «Unidos por la Paz, América Ante Todo», en Sacramento. [17] Incluso Gavin McInnes, después de hablar durante un rato sin decir nada, terminó alentando a aquellos que se sentían «inclinados» a ir a Charlottesville. Toda esta información fue debatida en el servidor. «No me gusta Gavin ni el tío del palo, pero muchos de los jóvenes blancos que escuchan a Gavin y al tío del palo sin duda apreciarán los defectos en su lógica y estarán de nuestro lado a finales de año», escribió Erika. «Por ello, deberíamos considerar admitirlos en nuestros actos».

Aunque desconfiaban de las personas que mostraban cierta vacilación sobre la cuestión judía, también se estaban protegiendo contra la absorción por parte del extremo más violento de la derecha. Kessler estableció la lista de oradores, e incluyó a muchos personajes abiertamente antisemitas como Mike Enoch, que era coanfitrión de uno de los podcasts de derecha alternativa más populares, *The Daily Shoah,* que con frecuencia y saña se solía burlar del sufrimiento judío. Creó el meme antisemita (((eco))), basado en el efecto de sonido de reverberación que usaba cada vez que mencionaba al pueblo judío en su programa. Los miembros de la derecha alternativa comenzaron a colocar tres conjuntos de paréntesis alrededor de los nombres para indicar la influencia judía, especialmente en las redes

sociales. (En enero de 2017, Enoch se vio obligado a confesar que su propia esposa era judía, un escándalo absoluto en el universo de la *alt-right* que casi lo condena al ostracismo de por vida.) [18]

Aunque le ofrecía un altavoz a Enoch, Kessler también vetó la inclusión de cualquier miembro del Daily Stormer, el sitio web neonazi más grande de internet. Estaba dirigido por Andrew Anglin, el padrino de la derecha alternativa, el primero en comenzar a pensar en cómo hacer que el racismo y el antisemitismo pareciesen modernos y lograsen influencia entre los usuarios de las nuevas tecnologías. El propio Anglin estaba prácticamente escondido, pero uno de sus colaboradores, Robert Warren Ray, conocido por su nombre de guerra, Azzmador, era uno de los escritores y presentadores de podcasts del sitio. Azzmador, oriundo del este de Texas, era barbudo, tenía barriga cervecera y era más viejo que la mayoría de los miembros de la derecha alternativa, lo que no encajaba precisamente con la imagen que quería dar el movimiento. Cuando se supo que los organizadores le habían negado el turno de intervención, hubo cierto rechazo en el servidor sobre por qué exactamente Azzmador debería ser considerado como un intocable. WhiteTrash escribió: «Azzmador debería participar [...] Es preciso que alguien sea el representante del sitio web más popular de la derecha alternativa». Tyrone apoyó el comentario: «Todos tienen su lugar, desde los delincuentes de la Nación Aria con sus tréboles tatuados o los degenerados en recuperación hasta los Proud Boys. Son las herramientas de la caja de herramientas». Este fue otro de los casos en el que el servidor resultó ser útil para suavizar las cosas. Kessler dio explicaciones, y comenzó a ganar el apoyo de otros que pensaban que Azzmador podría no ser el más indicado para ayudarlos a obtener una mayor aceptación. Como dijo HouseboatMedic: «Por mucho que me encante Azzmador, no muchas personas se van a dejar convencer por un viejo barbudo y rabioso que grita a los judíos que los va a meter a patadas en un horno crematorio».

Tendemos a pensar que los rincones oscuros de internet son espacios de peligro y radicalización, donde la ausencia total de vergüenza permite que se proliferen ideas horribles, y en general no nos falta razón. No obstante, hay otra forma de concebir lo que sucede cuando un grupo que selecciona a sus propios interlocutores se retira a un espacio más tranquilo, más pausado, más privado y menos performativo para conversar: el cultivo de la imaginación. Lo que vi en los servidores de Discord de ese verano me recordó a los manifiestos futuristas, un grupo donde cada uno transmite sus propias aspiraciones maníacas sobre la sociedad y genera el impulso para que otro hombre lo lleve aún más lejos, propagando así algo todavía más grandilocuente. De esta manera, todos llegan a creer que algo imposible era realmente posible: que sus ideas pueden encontrar un lugar bajo el sol.

La plataforma que utilizaban ya estaba construida en torno a la fantasía de los jugadores. Sus sueños de eliminar judíos, de masacrar a los negros, se producían junto a otros tipos de fantasías, como la diversión inocua de una sesión de Dungeons & Dragons y otras que, en cambio, suponían matar y mutilar a docenas de personas a la vez. Megan Condis, profesora de la Universidad Tecnológica de Texas, que ha estudiado el servidor Discord y la masculinidad, me dijo que el hecho de que la identidad en línea sea intangible, carente de todo signo de identidad como el género o el color de la piel, podría conducir a una especie de creatividad, en la que se usarían solo términos para demostrar la propia hombría o blancura de la piel, el compromiso con un objetivo común, y todo ello en un grado exagerado. «Todo tiene que construirse partiendo desde cero», dijo. [19]

Entré en servidores donde los miembros pasaban la mayor parte de su tiempo diseñando juntos la bandera que representaría a su grupo, esencialmente construyendo un emblema. Hacían sugerencias sobre colores y símbolos, criticando las propuestas de los demás, y ofreciendo ejemplos

de banderas del pasado que se podían intentar imitar. «Creo que, si la idea es crear una bandera que represente a una nación, se debería copiar el diseño de los países del norte de Europa y hacer una simple tricolor», escribió blackhat 16. «Sin embargo, si se trata de hacer una bandera para una organización fascista patriótica dentro de una nación, es preciso agregar un simbolismo y ser más liberal en el uso del color». Comentando sobre otro diseño, Australopithecus Jordan escribió: «El sol negro en la esquina superior es interesante. Es sutil, pero resultaría especialmente atractivo para nuestra comunidad». Podían seguir así durante horas, a menudo hasta altas horas de la noche, aparentemente trabajando, pero en la práctica no haciendo más que reforzar mutuamente sus sueños en la misma dirección («Realmente valoro los comentarios de sus chicos y espero que podamos encontrar una [...] solución "definitiva"», escribió Wehrmacht).

Por supuesto, estas ensoñaciones a menudo eran menos inocuas que el esquema de color de una bandera. Una conversación se centró en la cuestión de cómo crear enclaves geográficos para personas no blancas. «Puede surgir la necesidad de una reestructuración de las fronteras nacionales para que nuevas naciones lleguen a la soberanía», escribió AltRightVa. A partir de esta aportación surgieron una serie de sugerencias. Una propuesta planteaba aislar un área de Mississippi: «Convertirla en una nación negra e incentivar el éxodo dando a todos los negros que quieran mudarse allí algo de dinero y una vivienda. Podríamos dejar desierta toda la ciudad de Baltimore básicamente a través de la migración voluntaria». Otros se entusiasmaron con esta idea. «Si todo fuera según lo planeado y tuviésemos que designar un área del país para un estado negro, ¿qué área sería?», preguntó 80D. «Estoy pensando en un sitio como Dakota del Norte, aunque la verdad es que tiene paisajes espectaculares».

Dedicaron mucho tiempo a debatir el papel de las mujeres en su plan de futuro para unos Estados Unidos totalmente blancos. Lo que comenzó como una preocupación recurrente sobre si se debería permitir a las mujeres el

acceso a la «Derecha Unida» se acabó desviando hacia un examen más general de sus valores. Como era de esperar, el consenso fue que las mujeres deberían desempeñar un «papel de apoyo», como dijo un miembro, cocinando, limpiando y teniendo hijos. Fueron bastante explícitos sobre esto: las mujeres del movimiento deberían «dedicarse a las labores de costura», escribió Johnny McFashy. Incluso hubo una broma enfermiza sobre la «sharia blanca», la idea de que estarían mejor si implementaran las leyes musulmanas tradicionales con respecto a las mujeres («¡Respetamos a las mujeres, pero solo si no actúan como auténticas putas degeneradas, se ciñen a la tradición, están casadas con un hombre, respetan la voluntad de dicho hombre, son fértiles y no salen sin la compañía de sus hombres, porque esto es la Sharia Blanca, cabrones!»).

En el servidor de Charlottesville 2.0 había cierta tensión en torno a esta fantasía de dominación masculina precisamente por quién era su moderadora. Erika, que tenía el poder de expulsar a los miembros, no tuvo miedo a objetar cuando se hicieron comentarios degradantes sobre las mujeres. Los hombres a menudo no sabían qué hacer con ella. Trataron de ponerla en su lugar, reafirmando las reglas del mundo que esperaban crear. Y ello a pesar de que ella era la única con autoridad real. Finalmente, salió a la luz que Erika era Erica Joy Alduino, quien en sus fotos publicadas en todas las redes sociales llevaba lápiz labial rojo brillante y tenía un tatuaje en escritura cursiva justo debajo de la clavícula que decía: «Nunca podrán hacerme callar». [20] Erika era una de las principales organizadoras de la manifestación y trabajaba en estrecha colaboración con Kessler, quien parecía confiar en ella. Ser administradora del servidor era un papel importante, ya que era ella quien se encargaba de poner los límites. «Tiendo a expulsar a las personas que no respetan algunas reglas básicas con respecto al debate en este servidor o la percepción de cara al futuro, y que no hacen más que soliviantar los ánimos», escribió después de que un miembro usara una frase despectiva para referirse a las mujeres. «Personas

un poco como tú». Esto desató la locura en el resto del servidor. Un miembro, SchoolShooterRecruiter, lo resumió así: «Un movimiento de derecha no debería tener una mujer moderadora, y es ridículo que tengamos que debatir esto siquiera». Aun así, Erika también contaba con sus partidarios. Cuando los miembros se sintieron molestos después de que ella les recordara la regla de Kessler sobre no llevar armas abiertamente durante el acto, Goldstein Riots intervino: «Mirad, lo único que ha hecho Erika ha sido recordar reglas que todos los demás ya conocen, y al que no le guste, ajo y agua. Jason dijo que no se puede llevar armas; que nadie se cabree solo porque una tía se lo haya recordado».

Puede parecer absurdo insistir en este acoso infame y misógino, pero lo cierto es que a través de estos momentos de conflicto estaban construyendo y reforzando valores compartidos. La intensa imaginación era exactamente lo que Andrew Anglin, fundador del Daily Stormer, había estado preconizando durante mucho tiempo. El espacio de mensajes de su propio sitio web también estaba destinado a crear una comunidad. Solo entonces, en su opinión, podrían comenzar a apoderarse del mundo. En «Una guía sobre la derecha alternativa para la gente corriente», un artículo que publicó dos meses antes de las elecciones presidenciales de 2016, Anglin explicó el inusual origen de sus ideas. «De particular importancia para mí fue el libro *Tratado para radicales*, del judío Saul Alinsky, en el que codificó la estrategia utilizada por los judíos para derribar todo el antiguo conjunto de tradiciones europeas y normas sociales, y reemplazarlo con algo con lo que los judíos se sintieran más cómodos», escribió Anglin. [21] Quería aplicar las lecciones que había aprendido de Alinsky sobre las etapas de un movimiento. «Los principales objetivos de la derecha alternativa son, primero, solidificar una contracultura estable y autosostenible, y segundo, impulsarla hasta convertirla en la cultura dominante, de la misma manera que la contracultura revolucionaria liderada por los judíos de la década de 1960 se ha convertido en la cultura dominante de Occidente». Si

efectivamente la derecha alternativa había pasado suficiente tiempo inmersa en silencio en sus servidores de Discord como para emerger y desafiar la cultura dominante, esa era una pregunta que estaba a punto de obtener respuesta.

A medida que se iba aproximando el fin de semana del 12 de agosto, los debates del servidor se fueron centrando cada vez más en temas de logística. («¿Puedo llevar a mi Rottweiler?» «Más vale que la gente aprenda bien "Dixie". [22] Daremos una imagen realmente penosa si solo 10 personas son capaces de cantar la canción entera».) A falta de menos de una semana, Kessler se topó con algunos problemas a la hora de obtener autorización para el mitin. El ayuntamiento le comunicó que había decidido trasladarlos de Emancipation Park —el antiguo Lee Park, una pequeña plaza en el medio de Charlottesville, y por tanto un espacio donde era muy difícil garantizar la seguridad— a McIntire Park, una extensión cubierta de hierba mucho más grande al norte del centro de la ciudad. Kessler se resistió, y el 10 de agosto, dos días antes de la manifestación, presentó una demanda contra la ciudad en un tribunal federal con la ayuda de la American Civil Liberties Union (ACLU). «Deja que la sangre de tus antepasados hierva en tu alma. NO permitiremos que nos empujen a la parte trasera del autobús. Porque esto es lo que están intentando hacer: castigarnos en un rincón», escribió SpencerReesh. «Una multitud dispersa en un espacio tan grande va a parecer una feria estatal, no un mitin político». Hubo mucha frustración y lamentaciones sobre lo que se sintió como un gran golpe en el centro mismo de la «percepción», que era lo que más les importaba. «La RAZÓN DE SER de todo esto era estar junto a la ESTATUA DE LEE», escribió otro miembro.

El día antes de la manifestación, el viernes 11 de agosto, el tribunal se puso del lado de Kessler y la ACLU, ordenando a la ciudad que permitiera

el emplazamiento original (poniendo a los supremacistas blancos en la extraña situación de tener que agradecer la labor de sus «abogados judíos»). Después de todas esas semanas de sueños y fantasías, finalmente iban a poder hacerlas realidad. El servidor se convirtió en un espacio cargado de emociones. Se podía advertir hasta qué punto se habían unido a través de sus conversaciones porque incluso surgió cierta vulnerabilidad. «Solo nos tenemos los unos a los otros», escribió Mack Albion. «Y a veces necesitamos recordarlo». La noche anterior, otro miembro, junker, admitió su incertidumbre: «Estoy asustado». Sin embargo, intentaron animarse. «Sinceramente, hacia 2012 leí transcripciones de los discursos de Hitler y pensé que yo era el único que reflexionaba sobre una nueva "conciencia eurocéntrica"», escribió Beeravon. «Cinco años después, estoy a punto de pasar mi última noche antes de ser testigo del nacimiento de esta nueva realidad con la reunión de cientos de hombres que se han movilizado para luchar por la grandeza. Será algo abrumador, y se nos viene encima un cambio innegable».

Numerosas personas que no simpatizaban con la causa, incluidos activistas antifascistas, estaban llegando a la ciudad, y empresas como Airbnb se estaban pronunciando contra la presencia de la derecha alternativa al negarse a ofrecerles sus servicios. Necesitaban fortalecerse, y solo podían hacerlo en Discord. «Si alguien se siente nervioso o desanimado después de leer sobre las hordas de personas que vienen a protestar, la mierda de Airbnb, las empresas que nos dan la espalda y los problemas con la autorización, quiero que recuerden esto: nunca es fácil ser la punta de lanza», escribió AshBrighton-AL. «Somos el comienzo de algo realmente grande, y nuestro coraje siempre será recordado cuando logremos la victoria».

El viernes, después del anochecer, sorprendieron a las autoridades y a la ciudad repitiendo lo que les había funcionado tan bien en mayo: una procesión con antorchas. Esta vez marcharon a través del campus de la

Universidad de Virginia hasta la estatua de Thomas Jefferson. Pero eran muchos más, varios cientos, y también eran más ruidosos. La consigna «¡No nos reemplazarán!» se convirtió rápidamente en «¡Los judíos no nos reemplazarán!». Fue un calco de la primera marcha: gritos con rostros rojos de rabia, pantalones caquis y polos blancos, cortes de pelo de Juventudes Hitlerianas, brazos levantados en saludo nazi, hileras de llamas. Con la prensa ya presente en Charlottesville, las imágenes de las antorchas brillando en la noche circularon con gran rapidez, mostrando a todo el mundo su actitud desafiante. Lo más sorprendente era la ausencia total de temor o de vergüenza. Parecían estar totalmente liberados. «¡Chicos, es precioso!», escribió queenarchitect, uno de los pocos miembros del servidor que estaba publicando en tiempo real. La policía se mantuvo al margen, e hizo bien poco por intervenir cuando estalló una pelea con un pequeño grupo de opositores. Algunas personas sufrieron golpes, pero el daño principal fue más psicológico que físico. Fue la reanimación de un monstruo que la mayoría de la gente creía muerto. Fue como una invasión de zombis.

Al día siguiente, el servidor se mantuvo en silencio, ya que sus miembros estaban viviendo el sueño en lugar de trabajar para llevarlo a cabo. Y las cosas se pusieron feas con gran rapidez. Discord y la marcha de las antorchas les habían dado una sensación de fuerza; se sentían unidos y reforzados. La metáfora favorita de la derecha alternativa es la Ventana de Overton, que representa la gama de puntos de vista políticos aceptables en cualquier momento histórico concreto. El calor provocado por esos servidores hizo que tuvieran la impresión de que si actuaban juntos podían abrir la ventana un poco más. Sin embargo, algunas realidades básicas no habían cambiado: la inmensa mayoría de la gente seguía pensando que su visión del mundo era aborrecible y digna de ser rechazada por todos los medios, su número era aún muy escaso, y a pesar de sus intentos de imponer disciplina («Por favor, que nadie haga el saludo nazi durante el

mitin», suplicó Kessler esa mañana), entre ellos había no pocas personas violentas y desquiciadas. Tales eran las verdades inevitables que convergieron en las calles del centro de Charlottesville el 12 de agosto.

Esa mañana, la derecha alternativa y aquellos que habían logrado atraer a su causa —desde David Duke hasta la Liga del Sur, un grupo neoconfederado— comenzaron a abrirse camino desde su lugar de preparación en McIntire Park hasta Emancipation Park y la estatua de Lee, donde ahora tenían autorización para celebrar su acto.[23] Al mismo tiempo, una amplia coalición de manifestantes opositores, sacerdotes y rabinos locales, y fuerzas antifascistas que estaban listas para el enfrentamiento (algunos de ellos armados con globos llenos de pintura rosa) también se dirigían hacia allí, marchando desde Saint Paul's Memorial Church. No pasó mucho tiempo antes de que estos dos contingentes se encontraran frente a frente y estallaran combates callejeros en todas partes, con las astas de las banderas convertidas en armas improvisadas. Muchos de los supremacistas blancos llegaron vestidos como si fuesen personajes de videojuego, como si los cascos y las armaduras que abultaban sus cuerpos les ofreciesen la misma distancia de la realidad que tenían en Discord. Se apresuraron a entrar en la reyerta blandiendo sus grandes escudos de plástico adornados con las insignias que habían diseñado juntos, cruces rojas sobre fondo blanco. Fue algo salvaje. Y la policía se quedó de brazos cruzados, observando cómo las masas de gente chocaban entre sí. Un informe independiente encargado más tarde por el ayuntamiento declaró con sorna: «Cuando la violencia alcanzó su punto culminante, los comandantes del CDC llevaron a los oficiales de regreso a un área protegida del parque, donde permanecieron durante más de una hora mientras la gente de la gran multitud luchaba en Market Street». Finalmente, a las 11.28, se declaró el estado de emergencia y, poco después, se dictaminó que el mitin era una «reunión ilegal», momento en el que la policía comenzó a realizar detenciones, tratando de despejar el parque.

Richard Spencer fue golpeado intentando llegar a la estatua de Lee, primero, según declaró más tarde, por los contramanifestantes de izquierda, y luego por la policía, que tenía orden de dispersar a la multitud. Comenzó a transmitir en vivo en Twitter, con el rostro bañado en sudor y los ojos inyectados en sangre. «¡Esto es intolerable!», bramó indignado. «¡Nuestra manifestación es una reunión pacífica!». La policía, equipada con material antidisturbios, entró en acción para expulsar a todos del parque, y Spencer continuó filmando: «¡No voy a irme, señor! ¡No voy a atacarle, pero no tengo la más mínima intención de irme de aquí!», hasta que finalmente fue empujado hacia el exterior del parque por los escudos de los antidisturbios, momento en el que tuiteó a sus seguidores: «Mi recomendación: dispersaos. Salid de los límites de la ciudad de Charlottesville». [24]

Los enfrentamientos continuaron hasta primera hora de la tarde, cuando un nutrido grupo de manifestantes opositores ocupó el centro de la ciudad. Fue entonces, alrededor de las 13.45, cuando James Alex Fields Jr., que había conducido desde Ohio para asistir al mitin y momentos antes había empuñado un escudo de Vanguard America, lanzó su Dodge Challenger contra la multitud y luego rápidamente dio marcha atrás por la estrecha calle, arrojando cuerpos en todas direcciones. El ataque dejó decenas de heridos, y luego, unas horas más tarde, llegó la noticia de que una mujer había sido asesinada: Heather Heyer, una asistente legal de treinta y dos años.

En el servidor de Charlottesville 2.0 se pasó de la negación («Por favor, solo dime que no era uno de nuestros chicos») a la ira («Joder, esto ha hecho más daño a nuestro movimiento que 100 antifas») hasta llegar finalmente a la resignación («Gente, por favor, usemos la cabeza. Calmémonos un segundo y pensemos en cómo articular un mensaje que apoye nuestra causa sin sonar como idiotas parientes de los simios»). Kessler parecía genuinamente asustado por las consecuencias. «El hecho de que alguien haya muerto no es ninguna broma», escribió. «Si vas a seguir

haciendo esas bromas, vete del puto servidor». Intentaron desesperadamente integrar lo sucedido en su propia narrativa. «Murió por estar en el lado equivocado de la historia», escribió Beeravon, y James Brower agregó más tarde: «Una sola persona desequilibrada no representa a todo el movimiento». Aun así, su trabajada imagen, la percepción que el gran público podía tener de ellos, había quedado totalmente arruinada. «La mejor manera de tomar el control de esta situación es recaudar dinero para la familia de la mujer que murió», sugirió Stan-PA. «Nuestros líderes deberían hacer un llamamiento para iniciar una recaudación de fondos». Llegaron incluso a culpar al ayuntamiento, a la policía y al gobernador por dispersar prematuramente el acto. «Este hombre estaba claramente indignado porque sus derechos civiles fueron pisoteados, y le arrebataron su única vía de escape para dejar salir su frustración», escribió Mr. Bulldops.

Habían salido a la luz, y pese a la muerte de Heather Heyer y la enorme e instantánea reacción que finalmente los catapultaría de nuevo a las sombras, se sintieron un poco victoriosos. El hecho de que coparan las noticias ese fin de semana, que la derecha alternativa se hubiera dado a conocer con la imagen de no tener miedo, parecía un logro. Fue un momento que, como les dijo Kessler, «sacudió los cimientos de todo el estamento político».

Una gran parte de ese éxito se debía a Discord. Dan Feidt, uno de los hackers de Unicorn Riot que lograron entrar en el servidor, pensó mucho en la plataforma en los días posteriores a Charlottesville. La gran ventaja, en su opinión, era la gran cantidad de salas cerradas que les permitían trabajar juntos, pero también separados. «Sé que algunos de los grupos se trasladaron a diferentes plataformas de mensajería como Signa, pero eso realmente no te ayuda a crear un lobby. Cuando Discord estaba en su apogeo, tenía un área frontal, una especie de área trasera, diferentes servidores que cumplían diferentes funciones, áreas de cruce, áreas de

polinización cruzada». Los hizo sentir como si hubiesen entrado «mentalmente en toda una subcultura». [25]

A los pocos días de la manifestación, esa subcultura estaba bajo asedio. Varios proveedores de servicios de internet tomaron la enérgica decisión de prohibir toda presencia de supremacistas blancos. El destino del Daily Stormer, el sitio web insignia de los neonazis, sirvió de primer ejemplo. El 13 de agosto, GoDaddy, la compañía concesionaria de sitios web, informó a Andrew Anglin de que tenía veinticuatro horas para registrar su dominio en otro lugar. El sitio se trasladó a Google al día siguiente, de donde fue expulsado inmediatamente; finalmente se vio obligado a entrar en la Dark Web, a la que solo se puede acceder con programas informáticos especiales. [26]

En cuanto a Discord, fuesen conscientes o no de lo que estaba pasando en su plataforma, sus fundadores afirmaron sentirse indignados. De inmediato eliminaron más de cien servidores de la derecha alternativa, y pronto pusieron en marcha una unidad denominada Confianza y Seguridad para investigar y acabar con cualquier grupo que pudiera utilizar su sitio para fomentar el odio. Aquello significó la defenestración de la derecha alternativa, que fue obligada a correr en busca de refugio y a buscar lugares aún más encubiertos donde pudieran conversar. [27] Jason Kessler experimentó muy posiblemente la versión más ignominiosa de todo ello. Obligado a abonar los honorarios legales de todas las demandas presentadas en su contra por los heridos en el ataque, tuvo que regresar a la casa de sus padres. En una ocasión, mientras Kessler estaba siendo entrevistado en una transmisión en vivo de la derecha alternativa, la voz de su padre se pudo escuchar fuera de cámara, gritándole a su hijo: «¡Oye, sal de mi habitación! Jason, ¡esta es mi habitación!». A Kessler, al menos, realmente no le quedaba otro lugar a donde ir. [28]

Y, sin embargo, si lo que había intentado la derecha alternativa era dar a conocer sus ideas, se vieron recompensados con las ambiguas palabras del presidente Donald Trump unos días después del mitin, cuando celebró una conferencia de prensa improvisada en el vestíbulo de mármol de la Torre Trump. «Creo que ambos bandos tienen parte de culpa», declaró a los periodistas. Cuando se le preguntó de nuevo si no consideraba que los neonazis tuvieran la culpa al ser ellos los que organizaron el acto en Charlottesville, fue aún más lejos. «Disculpe, no se presentaron como neonazis. Es cierto que había algunas personas muy malas en ese grupo, pero también había gente que era muy buena gente en ambos lados». [29] Y si había algo que se repitieron una y otra vez a sí mismos en el servidor, un concepto que esperaban que se abriera paso, era precisamente ese: que en el fondo eran buena gente.

9

El virus

Nueva York, 2020

Eva Lee es capaz de detectar virus, aunque no de la misma forma en que lo haría un epidemiólogo, un virólogo o un médico de urgencias de un hospital. Ella puede verlos antes de que se manifiesten en una tos o como manchas rojas en la cara. Experta en matemáticas aplicadas y especializada en desastres, Lee tiene la capacidad de trazar el camino del contagio y luego diseñar sistemas para difundir las curas. Durante los últimos quince años no ha parado de trabajar como consultora de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades y la Administración de Alimentos y Medicamentos, y también como asesora de las administraciones de George W. Bush y Barack Obama. Estuvo en Japón después del desastre nuclear de Fukushima en 2011, y también con los marines en África Occidental en 2014 cuando estalló la epidemia de ébola. Cuando la pandemia de H1N1 golpeó a Estados Unidos en 2009, Lee fue requerida en Washington, D. C., para desarrollar un sistema de administración para la vacuna.

La entusiasman los algoritmos y los doscientos ordenadores empleados para su creación que tiene en su laboratorio en Georgia Tech, pero también se considera a sí misma «extremadamente emocional». [1] La muerte de su hermana por cáncer de estómago y el sufrimiento de su madre, que padece

esclerosis, dirigieron su carrera profesional hacia la resolución de problemas de salud pública. La fría abstracción y la profunda empatía pueden ser una mezcla inflamable que hace que a menudo parezca a punto de estallar. Sus dos adverbios favoritos, que utiliza a menudo cuando habla, son «increíblemente» y «asombrosamente». Lee es bajita y menuda, y habla muy deprisa, revoloteando rápidamente de un tema a otro, con un acento muy marcado por los años de juventud que pasó en Hong Kong. Se advierte en ella una cierta incongruencia, con rasgos que no parecen encajar, como sus rizados mechones de niña pequeña. A pesar de que está especializada en el ajuste preciso de las operaciones a gran escala —su asignatura más conocida cuando impartía clase en la Universidad de Columbia era Diseño y Disposición de Instalaciones—, se siente fácilmente abrumada por los asuntos prácticos de la vida cotidiana. Sus correos electrónicos están plagados de errores tipográficos porque usa solo un dedo de cada mano para picotear los mensajes en el teclado. Una vez logró optimizar el sistema global de entrega de productos de FedEx, pero nunca se ha puesto siquiera al volante de un coche.

Todo esto significa que cuando Lee comenzó a recoger en enero de 2020 fragmentos de información del nuevo coronavirus que se propagaba por la ciudad china de Wuhan, estaba preparada, por capacidad y personalidad, para emprender una decidida cruzada.

Poco después del 21 de enero, cuando el Centro para el Control y Prevención de Enfermedades de Estados Unidos (CDC) confirmó el primer caso en el país, Lee recibió un correo electrónico con una frase en el asunto inusualmente dramática: «Amanecer rojo», que hacía referencia a una película de 1984 protagonizada por Patrick Swayze y Charlie Sheen.[2] En un escenario ficticio en el que Estados Unidos sufre una invasión soviética, un grupo de estudiantes de secundaria, que se hacen llamar los Wolverines, montan una resistencia al Imperio del Mal. La juguetona frase del asunto del correo electrónico dio pie a una charla muy informal, aunque Lee se

percató de inmediato de que sus interlocutores eran un grupo al que había que tomar en serio: alrededor de una docena de médicos especialistas en enfermedades infecciosas, expertos en temas sanitarios y algunos funcionarios locales de salud pública. Entre ellos, además, aunque no intervinieron y a veces se quedaron fuera de los correos electrónicos, había figuras de renombre como Robert Redfield, entonces director del CDC, y Anthony Fauci, director del Instituto Nacional de Alergias y Enfermedades Infecciosas, junto con un grupo de funcionarios administrativos de segundo y tercer nivel, en su mayoría del Departamento de Salud y Servicios Humanos. En definitiva, parecía bastante claro que cualquier asunto debatido por el grupo encontraría la forma de llegar hasta lo más alto de la cadena de mando. Era justo el tipo de ayuda que Lee estaba buscando.

El funcionario que inició Amanecer Rojo fue Duane Caneva, el director médico del Departamento de Seguridad Nacional, quien en un correo electrónico describió a grandes rasgos el propósito del grupo: sería una «oportunidad para intercambiar ideas y preocupaciones, plantear problemas, compartir información». [3] Sin embargo, a medida que fue aumentando el número de mensajes, estos se fueron volviendo cada vez más funestos, y el asunto pasó a ser «El ascenso del amanecer rojo» y posteriormente «Furioso amanecer rojo», hasta el punto de que algunos de los participantes llegaron a encontrar en este canal privado algo más que una conversación intrascendente entre colegas. Era un refugio donde podían evaluar el virus que estaba saliendo a la luz y comenzar a planificar febrilmente mientras el resto del mundo parecía seguir girando sin inmutarse. No había filtros. Lee, como muchos en el grupo, conocía a algunos por haber tratado con ellos en la vida real y por emergencias pasadas. Era, según dijo un participante de la cadena, como «un gran grupo de amigos autorizados a compartir información catalogada como confidencial». [4]

Lee se integró de inmediato en el grupo. «Pudimos hablar de hechos, hablar de lo que estaba pasando sin pensar para nada en política, que se me

da fatal», me dijo. «Nos permitió hablar con toda franqueza». Supuso que en el grupo había más o menos un porcentaje similar de demócratas y republicanos, o incluso más republicanos, nombrados por la administración Trump, aunque los mensajes no eran partidistas. Lo que el grupo compartía era una fe en la salud pública como disciplina y una actitud sobria en todo lo relacionado con el virus.

Todos los participantes del grupo estaban familiarizados con brotes de enfermedades, y sobre esa base comenzaron a leer colectivamente los escasos datos disponibles sobre el que estaba surgiendo en aquel momento. El 23 de enero, China comenzó a cerrar la provincia de Hubei, donde vivían cincuenta y siete millones de personas, decretando lo que sería una cuarentena masiva. Esta fue una señal de advertencia bastante grande, y en uno de los primeros correos electrónicos un participante comenzó a enumerar las posibilidades. «Se me ocurre un interesante ejercicio del tipo: "¿Qué desearías haber hecho si...?"». [5] Plantearon dos posibilidades. ¿Sería como «un mal año de gripe», como el H1N1 de unos años antes, o sería como la pandemia de 1918, que terminó cobrándose la vida de cincuenta millones de personas en todo el mundo? [6] Uno de los miembros más activos en la cadena de correo electrónico, aparte de Lee, fue Carter Mecher, un experimentado asesor médico del Departamento de Veteranos que se describió a sí mismo ante grupo de la siguiente forma: «Desde luego, no soy ningún experto en sanidad pública, solo un imbécil del DV». [7] «Ojalá hubiera una manera mejor de resolver esto con más rapidez», escribió Mecher el 29 de enero. «Simplemente, no soy lo bastante inteligente como para ver cómo se podría hacer. La incertidumbre y la niebla son como el aire que nos rodea, es solo una parte de un todo». [8]

La privacidad y la intensidad de la cadena de correos electrónicos (Lee me dijo que se quedó despierta hasta las tres o cuatro de la mañana, leyendo mensaje tras mensaje) fueron de la mano con el nivel de incertidumbre existente, y permitieron a los Wolverines mostrar su vulnerabilidad conjunta

debida a la ausencia de datos fiables y demás información procedente del interior de China. Todos sabían que aquel era el momento que exigía la búsqueda de cualquier indicio de la progresión de la pandemia, aun antes de que realmente pudieran verla. Resultaba útil compartir un espacio con personas de ideas afines que también sabían cómo buscar esos signos.

Lo que hizo que la niebla se despejara un poco a principios de febrero fue el asunto del crucero *Diamond Princess*. Cuando un pasajero enfermó con el virus, el barco atracó en el puerto de Yokohama, Japón, y durante las siguientes dos semanas otros 691 pasajeros a bordo también contrajeron el virus, convirtiendo el barco en una placa de Petri flotante, y un estudio práctico realmente útil. Como dijo uno de los participantes, la tasa de infección fue «increíble». Mecher hizo una simple extrapolación, utilizando a los 1.045 tripulantes a bordo del barco como representantes de «una población joven y saludable» y a los 2.666 pasajeros como representantes de «la población que vemos en una residencia de ancianos o un centro de atención residencial». [9] Una de las preocupaciones, escribió, era que «esta situación se podría desarrollar en poblaciones igualmente confinadas de ancianos vulnerables en Estados Unidos». Lee estaba haciendo sus propias extrapolaciones. El crucero era «la peor forma de reunión social», escribió, pero esas condiciones no eran únicas. «¿Acaso no sería la misma situación en un centro comercial en el que los clientes caminan y se mezclan durante tres o seis horas, comiendo, bebiendo, tocándolo todo? ¿O en una escuela con los alumnos encerrados en las aulas durante varias horas? ¿O en el trabajo, con los empleados metidos en cubículos durante ocho horas?» Su proceso mental era el típico de una creadora de modelos: «Hay que hacer gran hincapié en la presión que tendría que soportar el sistema sanitario. Si calculamos una tasa de infección del 1 % en Georgia, y de esa cifra el 20 % requiere atención médica, ello supone más de 18.000 personas ingresadas. ¿Realmente estamos en condiciones de hacer frente a tal incremento en las hospitalizaciones?». [10]

Todo lo que necesitaban era que el *Diamond Princess* fuese consciente de a qué se estaba enfrentando, pero a mediados de febrero el presidente Trump declaró sobre el coronavirus: «Parece que, en abril, al menos en teoría, cuando haga un poco más de calor, desaparecerá milagrosamente». [11] También existía otro problema, y era que se estaba empezando a descubrir la capacidad del virus para propagarse de manera rápida e inadvertida. El 23 de febrero, Lee informó al grupo de que un estudio de la Asociación Médica de Estados Unidos había descubierto que una mujer de veinte años de Wuhan logró contagiar a cinco miembros de la familia sin ponerse ella misma enferma, y que en un primer momento incluso dio negativo en los test. «Por lo tanto, la propagación y su amplio alcance es inevitable, porque existen estos individuos sanos que pueden propagar el virus de manera muy efectiva, incluso durante el período de incubación». [12] Este hallazgo tenía implicaciones descomunales. Si las personas asintomáticas podían ser contagiosas, entonces erradicar el virus con rapidez sería una tarea casi imposible. Esta siniestra posibilidad impulsó la intervención de uno de los funcionarios a los que el presidente solía escuchar. Robert Kadlec, director del grupo encargado del estudio del virus en el Departamento de Salud y Servicios Humanos, parecía genuinamente conmocionado por lo que estaba descubriendo en Amanecer Rojo. «¡Eva, ¿es esto cierto?!», le preguntó a Lee, en un correo electrónico dirigido al grupo. «Si lo es, tenemos graves carencias en nuestro programa de detección y cuarentena». [13]

Los correos electrónicos se centraron en torno a un único imperativo: comenzar las intervenciones inmediatamente. A pesar de todas las incertidumbres sobre ese virus en particular, existía una normativa bien establecida. Sin una vacuna a la vista, tendrían que hacerse pruebas generalizadas, rastreo de contactos y posteriormente cuarentenas. Debido a

que el CDC había cometido errores importantes en febrero durante el desarrollo de su kit de prueba, el país tendría que maximizar sus medidas preventivas, extendiendo una enorme red: eso implicaba el cierre de colegios y empresas, el uso de mascarillas y el distanciamiento social. En la jerga de la sanidad pública, cada una de estas medidas es lo que se conoce como Intervención no farmacológica (INF), y tan pronto como el grupo del Amanecer Rojo tuvo claro cómo era la COVID-19, se mostraron de acuerdo en que era preciso aplicarlas todas de manera simultánea. «No podemos prepararnos para el futuro actuando en el futuro; debemos implementarlo todo ahora», escribió Lee ya el 10 de febrero. «No pasará nada grave si lo hacemos y finalmente no era necesario, pero si no lo hacemos y finalmente sí era necesario, nos arrepentiríamos muchísimo». [14]

Esta fue la parte más difícil, ya que no solo exigía conocimiento científico, sino también imaginación. Ningún líder quiere verse obligado a cerrar sectores enteros de la economía u ordenar cambios extremos en el comportamiento de la gente cuando nadie está muriendo aún, cuando la enfermedad es prácticamente invisible. El alcance de este desafío fundamental, el hecho de que su verdadera urgencia pasase inadvertida, ya era evidente a finales de febrero, cuando Nancy Messonnier, la entonces directora del Centro Nacional de Inmunización y Enfermedades Respiratorias del CDC, fue objeto de duras críticas simplemente por advertir, en una sesión informativa a los periodistas, que «habrá propagación comunitaria» y que era solo cuestión de «cuántas personas en el país sufrirán enfermedades graves». [15] Además, transmitió una conversación que había tenido esa mañana con su familia: «Hablé con mis hijos y les dije que, aunque no creo que por el momento corran un gran riesgo, como familia debemos prepararnos para hacer frente a una alteración considerable de nuestras vidas». La bolsa cayó en picado, y el presidente Trump, que regresaba ese mismo día de un viaje a la India,

montó en cólera. Desde ese momento, el CDC, que hasta entonces siempre había hablado en nombre del gobierno, se vio prácticamente amordazado.

Desde sus primeros correos electrónicos, los miembros de Amanecer Rojo se comportaron como si tuvieran alguna autoridad, como si realmente estuviese en su mano que las cosas se desarrollasen conforme a sus deseos. Plantearon propuestas sobre cómo organizar lo que seguramente serían hospitales saturados semanas antes de que alguien con verdadero poder quisiera considerar siquiera esta posibilidad. Soñaron con un posible protocolo de intervención. Debatieron sobre cuándo exactamente se debería dar el pistoletazo de salida a la hora de cerrar escuelas o empresas. ¿Cuántos días después de que se detectase el primer caso? Diseñaron diversos métodos para hacer llegar el mensaje. Lee describió en detalle cómo persuadir a los estudiantes que había en el extranjero para que regresasen a Estados Unidos para hacerse un test. «Creo que podemos y debemos enmarcar el mensaje de una manera positiva (como un medio para proteger su salud)». [16] Otro participante se preguntaba si podrían utilizar las estadísticas de los cruceros para lograr su objetivo de informar de la gravedad de la situación: «Podríamos intentar convencer a los habitantes de Seattle superponiendo los datos de cruceros con la edad de su población mayor de sesenta años, y asumir que todos los menores de sesenta años tienen una enfermedad leve e incluso basarnos en una tasa de incidencia del 20 %. Resultaría realmente sencillo y nos entenderían». [17]

Como la administración continuó marginando al CDC y restando importancia al posible impacto del virus, la brecha entre lo que el grupo deseaba hacer y lo que realmente se acababa haciendo se fue haciendo cada vez más grande. «Lo desconocido es lo que hemos estado planeando durante todos estos años», escribió Lee el 28 de febrero. «Ahora, todos tienen que dar un paso adelante». [18] La inacción y la aparente ceguera, a pesar de los ímprobos esfuerzos de Amanecer Rojo por mostrar exactamente lo que iba a suceder —o lo que de hecho ya estaba sucediendo

en un inicio de pandemia «de libro», tal y como como dijo Lee en uno de sus correos electrónicos—, la enfurecían a más no poder.

Las voces más desesperadas en la cadena eran las de los funcionarios locales de sanidad pública, personas que respetaban la ciencia y cuyo trabajo era preparar a sus ciudades o estados para lo que se avecinaba. Querían ayudar a sus superiores a resolver el problema. David Gruber, quien gestionaba la respuesta de Texas, suplicó: «Como funcionario de salud pública estatal que está de acuerdo en que las medidas no farmacológicas deben implantarse con decisión cuanto antes, les pido ayuda como grupo defensor de estas medidas. El público objetivo son los que no están sanos aún antes de la pandemia». [19] Otro funcionario, Eric McDonald, director médico del condado de San Diego, se quejó de que necesitaba más datos para entender lo que debería estar haciendo para prepararse. «Decir que todo esto me resulta frustrante es quedarse muy corto», declaró. [20]

Los miembros de Amanecer Rojo lucharon por encontrar soluciones. «Tal vez deberíamos usar la llegada de un huracán devastador a modo de analogía, algo que entienda mucha gente», escribió uno. Otro sugirió: «Deberíamos tratar esto como tratamos el accidente cerebrovascular y los síndromes coronarios agudos en los que tiempo equivale a tejido. En este caso, el tiempo equivale a transmisión». [21] Lee había ideado su propia representación visual para convencer a los responsables de la toma de decisiones. Como escribió el 5 de marzo: «Creo que un diagrama de árbol con la tasa de contacto sería genial, podríamos mostrárselo a los responsables políticos para que sepan cuántos de los ancianos infectados acabarían postrados en camas de hospital. ¡Incluso podemos ir un paso más allá y mostrar las colas de gente esperando!». [22]

Se estaban convirtiendo en la resistencia a una ocupación, haciendo honor a la película de la que tomaban el nombre, pero en su caso era una

ocupación de la ciencia por parte de la política. La desinformación estaba invadiendo la realidad justo cuando el virus finalmente se estaba dando a conocer. El 29 de febrero llegó la primera muerte registrada en Estados Unidos, un hombre del estado de Washington de unos cincuenta años. Al día siguiente, el estado de Nueva York confirmó su primer caso positivo. La paralización total de la actividad era realmente la única opción. Amanecer Rojo continuó siendo un espacio para pensar seriamente sobre las consecuencias. «He elaborado algunos modelos sobre cierres de escuelas y teletrabajo empresarial en Santa Clara y King County, y quiero compartir con vosotros algunos gráficos», escribió Lee el 3 de marzo.[23] Los datos sobre la acumulación de casos en Estados Unidos estaban llegando ahora a un ritmo más rápido. Tenían más con qué trabajar. «Realmente aprendo mucho de todos vosotros», escribió Lee. «He descubierto que todos sois muy matemáticos :). Voy a revisar de nuevo mis ecuaciones para ver qué ciudades todavía están en condiciones de realizar una contención del virus con éxito».[24]

A mediados de marzo, la Organización Mundial de la Salud declaró oficialmente que aquello era una pandemia. El número de casos diarios en Estados Unidos comenzó a subir hasta superar los quinientos, y las diez muertes diarias se convirtieron rápidamente en más de cien. El 13 de marzo se declaró una emergencia nacional. En un último intento de ser escuchados más allá de su estrecho círculo, los miembros de Amanecer Rojo ensayaron entre sí lo que dirían a los líderes políticos, imaginando que de alguna manera los mensajes aún podrían llegar hasta ellos. «Me he dado cuenta de que hay muchas direcciones de correo electrónico del Departamento de Salud y Servicios Humanos (HHS, por sus siglas en inglés) en este grupo y todos habéis permanecido en silencio durante la mayor parte de los debates celebrados en las últimas semanas», escribió un miembro de la cadena cuyo nombre ha sido modificado. «La historia recordará por mucho tiempo lo que hacemos y lo que no hacemos en este momento crítico. Es el momento

de actuar, y ya ha pasado el tiempo de permanecer en silencio. Este brote no va a desaparecer mágicamente por sí solo. Si esa es la conclusión que algunos están tomando, están mal informados y totalmente equivocados». [25] Mecher escribió desde el Departamento de Veteranos: «No creo que sea prudente actuar con demasiada suavidad, tratando de jugar a ver quién se asusta antes con este virus y esperar hasta el último momento para apretar el gatillo, ya que eso es como pensar que puedes controlar los ritmos del mercado. No puedes hacer eso cuando miles de vidas penden potencialmente de un hilo. Eso es lo que yo le diría a mi alcalde, o a mi gobernador, o a mi presidente». [26]

Sin embargo, para entonces el huracán había tocado tierra. El accidente cerebrovascular estaba en curso. En el árbol estaban brotando ramas. Eva Lee mantuvo una vigilia constante en un ordenador portátil en su cocina, rodeada de sus muchas plantas de ficus gigantes y jaulas llenas de docenas de aves que ella y su esposo habían rescatado y criado a lo largo de los años. Comenzó a perder la esperanza de que alguien la estuviera escuchando. «Eran correos electrónicos privados, así que no tuve ningún problema en expresarme con franqueza», dijo. «Siempre preguntaba: "¿Por qué nadie está haciendo nada? ¿Por qué nadie actúa? ¿Y quién está al mando?"». No obstante, el grupo también era consciente de lo difícil que era convencer a los líderes políticos y al público, como dijo Mecher, «para que tomaran medidas antes de que llegara la tormenta, cuando el sol aún brillaba en el cielo». [27] Tuvieron que ver con impotencia cómo el virus comenzaba a abrirse camino de ciudad en ciudad, una historia, escribió, que se estaba «desarrollando y escribiendo en tiempo real».

Al principio, los participantes de Amanecer Rojo se habían imaginado a sí mismos como un sistema de alerta temprana, pero ahora se había producido un cambio: sabían que tenían que recabar, analizar y digerir los datos y hacer recomendaciones; aunque nadie se basaba en su conocimiento, actuaban «como si fuera así». Y trabajar juntos, además de

incrementar su productividad, les permitió tener la sensación de que no estaban solos en su compromiso total con la ciencia. La cadena de correos electrónicos creó las condiciones para este sentimiento, para este trabajo, de la misma manera que *Crónica* había permitido a los disidentes soviéticos documentar abusos contra los derechos humanos que nunca serían reparados. Uno de los participantes más activos en Amanecer Rojo fue James Lawler, un médico especialista en enfermedades infecciosas de la Universidad de Nebraska que había trabajado en la Casa Blanca bajo el mandato de George W. Bush y como asesor de Barack Obama. Incluso había ido a Japón en febrero para ayudar a repatriar a los pasajeros estadounidenses del *Diamond Princess*. «Todos habíamos estado en una posición en la que podríamos haber tenido una influencia más directa», me confesó Lawler. «Y ahora ya no lo estábamos. Así que no tuvimos más remedio que utilizar las herramientas que teníamos disponibles». [28]

Amanecer Rojo era como un santuario en un período de confusión y terror, un espacio seguro en el que se podía hablar con franqueza, aislado del mundo, para preparar una estrategia, o más bien un plan de batalla. Sin embargo, no fue el único foro de este tipo. Muchos canales se abrieron durante esas semanas de primavera cuando la COVID estaba lanzando sus primeros golpes, cuando el virus se podía percibir en las abarrotadas salas de hospital de la ciudad de Nueva York, especialmente en el sonido de succión rítmica de los ventiladores. A falta de orientación oficial o de un plan de acción a nivel nacional, estas redes privadas se activaron como nuevas frecuencias de radio, en las que se podían plantear preocupaciones y ofrecer y recibir consejos. Los expertos utilizaron aplicaciones como Signal para realizar debates en grupo altamente encriptados, o WhatsApp, o incluso la función de mensaje directo de Twitter, que posibilitaba que varios participantes huyeran juntos de la velocidad y el bullicio de los mensajes

públicos. La tranquilidad resultaba necesaria y útil porque, al igual que para los participantes de Amanecer Rojo, muchas cosas eran aún inciertas, y los participantes necesitaban una forma de desarrollar su pensamiento.

Varios extractos de los correos electrónicos de Amanecer Rojo, en principio confidenciales, fueron publicados por un puñado de periódicos en abril de 2020, como resultado de una solicitud de la Ley de Libertad de Información iniciada por Kaiser Health News. Cuando Esther Choo, una médico de urgencias de Portland, Oregón, pudo leer los intercambios realizados apenas un mes antes, en marzo, sintió como si estuviera leyendo una transcripción de sus propios chats privados. «Me quedé a cuadros. Me imaginé perfectamente lo que estaba pasando por su cabeza», me dijo. «Esa sensación de saber que viene y que casi no sabes cómo expresarlo al público, esa impotencia y cada vez más una sensación de que teníamos que comunicar esto a toda prisa. Me veía a mí misma en la forma en la que clasificaban los datos y expresaban su frustración. Eso era exactamente lo que pensábamos entre nosotros». [29]

Para los médicos de urgencias como Choo, que se dirigían a la batalla todos los días con respiradores, máscaras de plástico y batas quirúrgicas para atender a los pacientes que no paraban de toser y resollar solos en las habitaciones de los hospitales, estos chats en línea se convirtieron en una vía de escape, en un medio para conversar con aquellas personas que comprendían su situación, que podían ofrecer consejos prácticos y empatía después de hacer turnos de veinticuatro horas rodeadas de muerte.

Carig Spencer, un médico de urgencias de Nueva York, que comenzó a compartir información en varios grupos privados de WhatsApp, me dijo que esos grupos se convirtieron en «un hervidero de actividad». «Era algo como: “Oye, tengo este paciente, con esto, esto y esto. ¿Qué habéis hecho en casos similares para mejorar la situación?”». Gracias a esos chats grupales fue descubriendo los primeros avances en la atención inmediata, como la pronación, es decir, poner a los pacientes boca abajo. «Todos estos

tratamientos llegaban a través de mi WhatsApp. Ahí es donde estaban las personas que conocía y en las que realmente confiaba». [30]

Muy pronto, estos médicos con presencia en las redes sociales estaban recibiendo docenas de solicitudes diarias para ir a la televisión y hablar sobre lo que estaban viendo en las salas de urgencias. Alguien tenía que ser franco con el público sobre lo que era conocido y lo que aún era desconocido, y ofrecer respuestas directas. El CDC parecía estar desaparecido. Las actualizaciones diarias sobre la evolución del coronavirus, controladas por el presidente, no se basaban en los datos científicos más recientes, sino en el deseo presidencial de proyectar un optimismo ciego («Basta con mantener la calma. Pronto todo esto habrá desaparecido», dijo el presidente el 10 de marzo).

Por este motivo, lo que más buscaba la gente eran las recomendaciones de los médicos, a menudo en los canales de noticias por cable. «A medida que avanzaba la pandemia, se nos preguntaba mucho más», dijo Choo. «¿Por qué es tan importante usar mascarilla? ¿Qué necesitamos en términos de equipos de protección personal? Era mucho más que "Cuéntanos así por encima lo que está sucediendo"». Los grupos privados asumieron una función más importante: los médicos necesitaban unirse de manera aún más estrecha para estar en condiciones de coordinar sus mensajes.

Las redes sociales y el acceso directo que ofrecían a una enorme audiencia hacían que fuera más urgente controlar lo que se podía decir en voz alta. Craig Spencer, que trabajaba en la sección de urgencias del Centro Médico Universitario de Columbia, ya tenía unos 580 seguidores en Twitter cuando recurrió a la plataforma el 23 de marzo para describir su vida laboral diaria. «Las brillantes luces fluorescentes de las urgencias se reflejan en las gafas protectoras de todos los trabajadores», escribió. «Hay una cacofonía de toses. Te detienes. Te pones la máscara. Entras». Era una zona de guerra. «Te notifican la entrada de otro paciente realmente enfermo. Corres. Es cierto que está muy mal y vomitando. También debe ser puesto

en soporte vital. Lo traes de vuelta. Hay otros dos pacientes, en habitaciones una al lado de la otra, ambos con un tubo de respiración. Todavía no son ni siquiera las 10 de la mañana». Y, sin embargo, al salir del hospital se encuentra con calles vacías, pero aparentemente normales. «¿¿¿Es que la gente no lo sabe???» [31]

Spencer dijo que su teléfono «estuvo saturado durante dos días», ya que el hilo fue compartido por decenas de miles de personas, incluso por Barack Obama. En pocos meses tenía casi doscientos mil seguidores. Esther Choo, la doctora de emergencias que trabajaba en el hospital Oregon Health & Science Univesity en Portland, también había logrado una base de fans muy poco común en la plataforma. Para ella todo comenzó en 2017, tras las protestas de Charlottesville, cuando tuiteó sus experiencias con pacientes que, debido a su raza (nació en Cleveland, hija de inmigrantes coreanos), se negaron a ser atendidos por ella. También, lo que sintió al abrir la camisa de un paciente en una mesa de operaciones y descubrir que tenía tatuada una esvástica. [32] Ya por entonces era una experta usuaria de Twitter, red en la que había cultivado esa atractiva mezcla de confesión sincera y comentarios ingeniosos, con el ocasional meme de animales adorables. Llevaba su cabello negro en una cola de caballo bastante formal, y en las entrevistas ante la cámara transmitía autoridad y control, una hazaña en sí misma, teniendo en cuenta que sus cuatro hijos pequeños estaban con ella en casa.

Choo, Spencer y una docena de médicos se conectaron a través de grupos de DM de Twitter, llamaron a uno de ellos Brain Trust y comenzaron a usarlos como su «canal privado». Como dijo Spencer: «Allí fue donde desarrollamos una estrategia para todos los programas de noticias por cable en horario de máxima audiencia, para que pudiéramos contarle a la gente la verdad en un momento en que el gobierno estaba empeñado en minimizar el impacto real del virus». Su principal acción fue transmitir a una nación ansiosa lo que el grupo Amanecer Rojo había estado diciendo en privado desde finales de enero, que sin test generalizados o una vacuna disponible,

la única forma de combatir el virus era a través de métodos que habían demostrado ser útiles desde 1918. No obstante, aunque en general estaban de acuerdo en que era necesario escuchar a la ciencia, todavía había mucho sobre lo que parecían discrepar.

Uno de los temas más polémicos en esas primeras semanas fue el uso de las mascarillas. No cabía duda de que estas eran efectivas para limitar la propagación del virus, pero en marzo el volumen de mascarillas disponible ya era bastante bajo, especialmente del tipo N95 que necesitaban las urgencias de los hospitales. A los médicos les preocupaba que, si divulgaban que las mascarillas eran necesarias, se acabase provocando un pánico que agotase las ya peligrosamente reducidas existencias. «Mantuvimos bastantes conversaciones entre bastidores sobre esto», dijo Choo. «La gente estaba dividida. Y dimos muchísimos bandazos. Pero ese fue ciertamente un tema en el que, tras debatirlo a conciencia, cuando nos decantamos por una opción, realmente fuimos a muerte a por esa opción». Después de haber acordado recomendar el uso de mascarillas —a pesar de que el CDC aún vacilaba al respecto—, se centraron en dejar claras las diferencias entre distintas mascarillas, haciendo hincapié en cómo distinguir entre el tipo de mascarilla de grado hospitalario que se necesitaba para el personal sanitario y las demás. Por otro lado, se insistió en lo que la gente podía hacer en su casa. Al principio les faltaba el vocabulario adecuado, así que trabajaron en talleres, buscando las palabras y frases de significado más claro. El famoso «distanciamiento social» era un ejemplo de lenguaje impreciso, ya que era una frase que pensaban que podría confundir a las personas y terminar generando problemas de salud mental. Lo que realmente querían decir era «distanciamiento físico», así que ese fue el término que intentaron promover, aunque nunca llegó a cuajar.

Los médicos describieron este grupo de Twitter como una «caja de resonancia» o «punta de lanza». «Fuimos muy peleones, y precisamente por eso me gustaba tanto el grupo», dijo Choo. Aun así, a medida que pasaban

las semanas y la ciudad de Nueva York en particular se convertía en una zona caliente con cientos de muertos todos los días, parecía cada vez más importante debatir bien cada tema y llegar a un acuerdo unánime antes de hacerlo público. Choo estimó que tres cuartas partes de su tiempo lo pasaban conversando en redes privadas. Solo una fracción de sus ideas aparecerían más tarde en las redes sociales o en las noticias por cable.

Entre los mayores desafíos a los que tuvieron que hacer frente, el más inmediato fue la desinformación. El hecho de que la administración Trump estuviera haciendo todo lo posible para que los funcionarios de salud pública se mantuvieran alejados de los micrófonos, y que fueran los científicos del CDC quienes ofrecieran recomendaciones más completas, provocó la proliferación de teorías conspirativas. Algunos comenzaron a difundir la idea de que el virus no era más peligroso que la gripe estacional, que en realidad era un arma biológica desplegada por los chinos o que las mascarillas empeoraban la situación. El volumen de ficción desenfrenada era interminable, ficción que también venía del presidente. A fines de marzo, Trump comenzó a promocionar un medicamento antipalúdico, la hidroxicloroquina, como una cura milagrosa para la COVID basándose en poco más que, tal y como lo expresó él mismo en una sesión informativa el 20 de marzo, «una intuición». Luego recurrió a Twitter, y les dijo a sus ochenta y cuatro millones de seguidores que ese medicamento era «uno de los mayores descubrimientos en la historia de la medicina». [33] El 28 de marzo, la Administración de Alimentos y Medicamentos (la FDA, por sus siglas en inglés), aprobó a instancias de Trump una autorización de uso de emergencia. Sin embargo, no había evidencia científica real que demostrara que la hidroxicloroquina tuviera efecto alguno sobre la COVID, y un hombre en Arizona incluso murió después de ingerir una forma de cloroquina utilizada para limpiar acuarios (la viuda relató el razonamiento de su difunto marido: «Oye, ¿no es eso de lo que están hablando en la televisión?»). [34]

Twitter fue uno de los principales vectores de propagación de esas mentiras y teorías especulativas. Al observar los datos de la plataforma del 16 de enero al 15 de marzo, una encuesta reveló que los sitios web que propagaban noticias falsas se visitaron y compartieron aproximadamente al mismo ritmo que los más fiables, como el CDC. [35] Otro análisis examinó 200 millones de tuits sobre la pandemia de enero a mayo, y descubrió que el 62 % de los mil mensajes más retuiteados eran bots que difundieron automáticamente más de cien variedades distintas de información falsa sobre el virus. [36]

Lo que había empezado como una respuesta ad hoc a una emergencia se acabó convirtiendo en «un proyecto a largo plazo contra la desinformación», según dijo Dara Kass, médica de urgencias en el Columbia University Medical Center y también miembro del grupo de correos. Así que se vieron obligados a separar rápidamente lo que era útil de lo que era espurio. Pasaron dos días, por ejemplo, deliberando sobre qué decir cuando se les preguntó sobre un estudio francés que sugería que el uso del analgésico Motrin no era seguro para los enfermos de coronavirus, y concluyeron que no había que hacer caso a tal estudio. «Si me preguntas cómo un proyecto de ley se convierte en ley, o cómo un óvulo se fertiliza y se convierte en un bebé, puedo darte una descripción detallada sin consultar con nadie más», me dijo Kass. «Pero si me preguntan qué significa que el nuevo ensayo sobre la vacuna de Moderna tiene una efectividad del 94,5 %, ahí ya tengo más dudas. Muchas de estas cosas tuvieron que ser digeridas por nuestro pequeño grupo para encontrar los temas de debate más importantes y precisos». [37]

No fueron los únicos en realizar este esfuerzo, ya que también los científicos habían recurrido a Twitter para librar una guerra contra las fantasías y las distorsiones. Algunos epidemiólogos y virólogos llegaron a adquirir enormes bases de seguidores, saltando de un par de cientos a decenas de miles a lo largo de la pandemia. Es extraño imaginar que un

lugar ruidoso y con tanta tendencia al reduccionismo podría ser susceptible de acoger a la ciencia, pero lo cierto es que así fue, lo que permitió a estos expertos explicar los hechos tal como los entendían, explicar nuevos estudios en largos hilos de tuits y ofrecer recomendaciones a todos los interesados. «Existe un desajuste notable entre el medio y el mensaje», me dijo Carl Bergstrom, un biólogo evolutivo de la Universidad de Washington que en los últimos años se ha convertido en un experto en las formas en que se propaga la información total o parcialmente falsa. [38]

El problema era que lo que la gente quería durante esos primeros meses era una certeza de blanco o negro. ¿El virus es peligroso o no lo es? ¿Me pondré enfermo o no? ¿Deben las escuelas permanecer abiertas o cerradas? Y los científicos no trabajan así. El método científico se basa en el método de prueba y error, con el que continuamente se pueden ir haciendo ajustes. Se trata de ir puliendo una hipótesis poco a poco. Muchos de estos expertos me dijeron que la única manera de respetar ese proceso y, a la vez, ofrecer información útil al público era reunirse en una red cerrada con personas de la más absoluta confianza, como los médicos de urgencias en sus grupos de chat privados. «Se necesita el espacio privado para pensar si las posturas sostenidas durante mucho tiempo son realmente razonables», dijo Bergstrom. «Este espacio te permite consultar y desarrollar tus ideas, o simplemente descubrir lo que necesitas saber». Recordaba numerosas ocasiones en las que recurrió a estos grupos: por poner dos ejemplos, cuando quiso cuestionar la recomendación del CDC de no hacer pruebas a los estudiantes universitarios que regresaban a clases, o cuando quiso proponer que tal vez debían modificarse las leyes para que la gente pudiera beber fuera y no congregarse en el interior de los bares. «La audiencia a la que puedes llegar es considerable, y precisamente por eso debes tener cuidado con los consejos que ofreces», dijo. «Hay una cantidad descomunal de información que se está acumulando, y es fácil malinterpretar las cosas.

Por lo tanto, es realmente útil cotejar la información con algunas otras personas en las que confías».

En esos primeros meses de la pandemia, la ciencia había adquirido un elevado carácter público. Desde la década de 1990, en el campo de la física, los investigadores en un número creciente de áreas habían estado publicando sus artículos en servidores especiales en línea antes de pasar por el proceso de revisión por pares, proceso que podía durar meses. Las presiones de una pandemia y la necesidad de compartir rápidamente nueva información hicieron aún más necesario que las nuevas investigaciones vieran la luz antes de someterse a la estricta investigación de una revista de primer nivel. Y las publicaciones de prestigio como *Science* y *Nature* no querían dar la impresión de estar retrasando la publicación de hallazgos importantes, por lo que empezaron a pedir a sus colaboradores que publicasen primero en estos espacios virtuales para permitir el acceso inmediato al público y a otros científicos. Y, aun así, el proceso no iba lo bastante rápido, ya que podía haber pasar semana entre el envío del texto y su publicación, por lo que algunos científicos empezaron a compartir sus artículos directamente en Twitter. Y fue así como el 29 de febrero de 2020 llegó a presentarse al mundo la primera secuenciación del genoma de la COVID-19 en Estados Unidos: a través de un tuit.

Todas estas nuevas investigaciones y la necesidad de asimilarlas no hicieron más que incrementar la demanda de los pequeños grupos que podían coexistir con la conversación más grande de Twitter. A falta de revisión por pares, los científicos revisaban los datos juntos y decidían qué cosas eran lo bastante fiables como para darlas a conocer. Esto también condujo a la polinización cruzada, con expertos de campos diferentes pero relacionados que se verificaban unos a otros. Angela Rasmussen, por entonces viróloga de la Universidad de Columbia, cuyos seguidores pasaron de apenas 200 en enero de 2020 a unos 180.000 a finales de ese año, me habló de sus siete amigos de Twitter que habían estado en el mismo grupo

desde marzo. «Ha habido un montón de desinformación», dijo. «Pero, como comprenderás, yo soy bióloga; no soy epidemióloga ni especialista en estadística». [39] Twitter se había convertido en un recurso para conocer a colegas que sí estaban especializados en esas áreas, pero luego necesitaron su «zona de puesta en común» para exponer las nuevas investigaciones y los datos por su cuenta antes de darlos a conocer.

Esther Choo, Craig Spencer y su grupo de cerebros sintieron esta carga en numerosas ocasiones. Su plataforma era incluso más grande que Twitter, ya que todas las noches podían hablar a decenas de millones de estadounidenses a través de la televisión. A finales de marzo y principios de abril, la ciudad de Nueva York se había convertido en el escenario de una película de terror, con crematorios que ya tenían autorización para funcionar las 24 horas del día, y una flota de cuarenta y cinco nuevas morgues móviles diseñadas para hacer frente al súbito incremento de muertos. La ciudad se estaba quedando sin existencias de bolsas para cadáveres. Estos médicos sobrecargados de trabajo se convirtieron cada vez más en la principal fuente de consejos de la nación. Y sintieron que tenían que estar a la altura del desafío. «No queríamos ser las personas que destrozasen sus esperanzas y sueños, porque en aquel momento lo que más buscaba la gente era esperanza», dijo Choo. «Al mismo tiempo, también era muy importante mostrarse comedidos y moderados».

La esencia del mensaje —esto es, que había que tomar en serio al virus — parecía estar llegando a su público objetivo. A finales de marzo, la mayoría de los 56,4 millones de niños estadounidenses en edad escolar, y aproximadamente tres millones de profesores, ya habían establecido las clases a distancia; y el 7 de abril, según los datos de los teléfonos móviles, la población en general permanecía en casa el 93 % del tiempo, frente al 72 % del 1 de marzo. [40] Cuando, a finales de abril, se realizó una encuesta a gran escala sobre nuevos hábitos, el 96 % de los entrevistados afirmó lavarse las manos de manera regular y vigorosa, el 88 % desinfectaba las

superficies y el 75 % usaba una mascarilla al salir a la calle, lo que claramente reflejaba un cambio importante en las costumbres. [41]

Sin embargo, por cada nueva intervención útil que se lograba llevar a cabo, parecía haber un nuevo revés, como el hecho de que el presidente declarase que en Semana Santa la pandemia ya habría terminado. Hubo incluso casos peores, como el del 23 de abril, cuando Trump se plantó ante un atril en la sesión informativa de cada noche sobre el coronavirus, y sin venir a cuento le dio por sugerir que la mejor manera de combatir la enfermedad podría ser sencillamente ingerir o inyectar lejía. «Contacté con el grupo y pregunté: "¿qué vamos a decir sobre esto?"», recordó Esther Choo. «Uno de los médicos me dijo: "Simplemente, sé tú misma, Choo. No lo pienses demasiado; tu reacción instintiva es la correcta"». Así que cuando salí en la televisión ese día, dije: "Ni siquiera sé cómo reaccionar ante semejante sugerencia. Es un mensaje tan ridículo y horrible que me temo que alguno le va a hacer caso y va a hacerse mucho daño"».

Lo más inquietante para los miembros del grupo, la sensación que tuvieron una y otra vez, fue el extraño hecho de que todo aquello se había convertido en su responsabilidad, que tenían que ser ellos los que elaborasen los mensajes para el público. «Cuando se produjo el estallido del ébola, nadie le pidió su opinión a Esther Choo, una médica de urgencias totalmente desconocida», dijo. «Nadie tuvo la necesidad de hacer eso porque ya había expertos dando sus opiniones. Y por eso nos resultaba tan chocante habernos convertido repentinamente en los moderadores del debate».

Cuando, a mediados de abril, la primera ola del virus alcanzó su punto máximo en el estado de Nueva York con casi mil muertes diarias, los médicos de urgencias llevaban semanas comunicándose intensamente entre sí. Después de esperar en vano a que «llegara la caballería», como dijo Choo, en cierto modo habían aceptado que tendrían que asumir ese papel, como representantes de la ciencia y de la sanidad pública, defensores del

colectivo que tuvieron que luchar contra enconadas fuerzas que parecían más interesadas en fingir que el virus desaparecería por sí solo. En sus chats privados, se sentían como «disidentes sorprendidos y reacios», dijo Choo. Durante meses, se habían dicho a sí mismos que podrían parar su actividad cuando el gobierno por fin interviniera. «Y el hecho de que tal intervención nunca llegara a producirse fue realmente repugnante».

A diferencia de los médicos, el grupo de Amanecer Rojo no tenía la capacidad de transmitir sus opiniones a un público más amplio, por lo que tuvieron que observar impotentes cómo la ciudad de Nueva York fue vencida por el virus en marzo y abril. Eva Lee se encontró llorando durante horas cuando vio lo que estaba sucediendo, y dijo que incluso la comunicación entre el grupo se detuvo un poco. «Todo el mundo guardaba silencio; se podía sentir el luto», dijo. Estados Unidos alcanzó un total de veinte mil muertes el 11 de abril, marca rápidamente superada por las treinta mil muertes cuatro días después, y llegando a las cincuenta mil el 24 de abril.

Cuando los mensajes de Amanecer Rojo fueron hechos públicos en abril —Lee estaba avergonzada sobre todo por sus errores tipográficos; un periodista incluso le preguntó si realmente sabía inglés—, el grupo trasladó sus conversaciones a un servidor más seguro, aunque en poco tiempo volvió a los correos electrónicos, ya que era el sistema más práctico para intercambiar información y debatir sobre ella. Lee compartió conmigo cientos de estos mensajes, que retomaban la conversación justo allí donde el intercambio había sido expuesto al público (utilizando seudónimos en lugar de los nombres que figuraban en la correspondencia). El grupo había pasado de la frustración a la resignación, aceptando finalmente que una respuesta federal unificada no era precisamente inminente. Todo estaría fragmentado, sería casi fractal, y dependería de la decisión de cada

municipio. De esta manera, los diferentes estados se enfrentarían a realidades totalmente diferentes. En Dakota del Sur, por ejemplo, el gobernador anunció un «Plan de Regreso a la Normalidad» la misma semana en que algunos condados de California aún estaban empezando a implantar el uso obligatorio de mascarillas.

Curiosamente, esto brindó una nueva posibilidad para el grupo. Ahora que cada municipio, cada escuela concreta y cada bar de la esquina se veía obligado a implementar sus propias directrices, las ideas generadas en el foro podrían resultar útiles. Cuando Lee calculó cuál sería el impacto del virus con y sin varias intervenciones en una ciudad de 3,3 millones de personas —cifra que eligió porque representaba el 1 % de la población de Estados Unidos—, el director de urgencias de San Diego, que formaba parte del grupo, preguntó si podía utilizar el modelo, ya que esa era precisamente la población de su condado. Otro miembro del grupo puso en el asunto de un mensaje «Preguntas para la gente inteligente». El foco de atención pasó de la política nacional a las necesidades locales, lo que de hecho se adaptaba mejor a unas mentes como las suyas, obsesionadas con los detalles.

Lee apenas tenía tiempo para dormir, pues debía responder a docenas de mensajes cada día. Y la cadena de correo electrónico ganó un significado adicional para ella, porque estaba doblemente aislada: no solo estaba atrapada en casa como todos los demás durante el confinamiento, sino que aún estaba aceptando el hecho de que acababa de ser condenada por un delito grave.[42] Su propia tendencia al desorden la había metido en problemas. Lee fue acusada de falsificar información sobre una subvención federal de cuarenta mil dólares al año que su laboratorio había recibido de la National Science Foundation, cuyos términos exigían un cierto nivel de participación financiera por parte de los institutos asociados, y según la propia Lee, había entendido mal cómo calcular la contribución, poniendo una cantidad uniforme cada año sin verificar si ese era el procedimiento

correcto. Además, había utilizado una firma que un administrador de subvenciones de Georgia Techs había puesto en otro documento anterior para poder finalizar rápidamente otra fase de papeleo. Por este motivo, se inició una investigación federal, y en diciembre de 2019 Lee se encontró frente a un juez declarándose culpable entre lágrimas. Sus numerosos defensores alegaron que se trataba simplemente del caso de una persona poco apta y no muy interesada en la gestión de tareas administrativas, cuyo único crimen fue su falta de atención (algo de lo que jamás la han acusado en su trabajo). En un artículo, su asesor de la escuela de posgrado testificó que Lee tenía dificultades para atarse los cordones de sus propios zapatos o manejar una fotocopiadora. No se había beneficiado personalmente del fraude lo más mínimo, pero el error, si efectivamente eso es todo lo que fue, pasó a ser una mancha en su expediente. [43]

Cuando el llamamiento a las armas de Amanecer Rojo llegó por primera vez a su bandeja de entrada, Lee se encontraba a la espera de su sentencia —el fiscal federal solicitaba meses de confinamiento domiciliario—, pero mientras tanto Georgia Tech la había suspendido como profesora. Y ahora estaba sintiendo la pérdida. La universidad le había negado el acceso remoto a los muchos ordenadores de su laboratorio y al software de creación de modelos patentado que había creado para ellos. La soledad de la pandemia, agravada por el distanciamiento de su comunidad académica, resultaba «dolorosa», dijo. Y estar separada de sus instrumentos de trabajo tuvo consecuencias reales. «Si no me hubieran excluido, habría escrito tal vez diez veces más correos electrónicos sobre Amanecer Rojo porque podría haber hecho muchos más análisis», dijo. «Mi pequeño ordenador portátil es insufriblemente lento, y está claro que no puede manejar los datos de la totalidad de Estados Unidos con una rapidez mínimamente aceptable».

Pese a todo ello, fue capaz de hacer mucho en esos confusos meses de primavera, en los que a la mitad del país le preocupaba que lo peor

estuviera aún por llegar, mientras que la otra mitad consideraba que el uso de mascarillas era una violación de su libertad personal. En Amanecer Rojo lo único importante, lo único que había importado siempre, era la epistemología: ¿qué sabían sobre el virus? ¿Cómo lo sabían y qué significaba ese conocimiento para las comunidades reales? «¿Podéis ofrecer algún detalle adicional con respecto a la gestión de los aumentos repentinos de hospitalizados o al diseño de instalaciones?» [44] Cuando lanzó esa pregunta, recibió un aluvión de respuestas con sugerencias específicas para configurar las diversas zonas y decidir quién debería trabajar en cada una. «Utilizad pósits para pegar hojas a la pared junto a cada paciente indicando los días desde la llegada, con cifras lo bastante grandes para que se puedan ver a distancia». Otra investigación sobre las mujeres embarazadas y cómo podrían evitar contraer el virus una vez que ingresaban en el hospital para dar a luz se convirtió en todo un conjunto de protocolos.

A Lee le preocupó desde el principio que aquellas personas con casos leves del virus fuesen rechazadas en los hospitales, y por ello pudiesen infectar a los miembros de su familia y posiblemente a sus vecinos. Antes de que a nadie se le ocurrieran soluciones para estos posibles vectores de infección, el grupo ya estaba al acecho con una serie de propuestas prácticas, entre ellas alojar a aquellas personas con síntomas relativamente suaves en colegios mayores o estadios deportivos. Como especialista en la optimización del espacio, Lee pensó más bien en la reutilización de los hoteles. «La propuesta de Eva es muy interesante», escribió RH, uno de los miembros de Amanecer Rojo. «Ahora mismo hay muchos hoteles vacíos». [45] Entonces, ¿cómo deberían configurarse estos hoteles? Se debatió todo, desde cuestiones de higiene hasta la circulación del aire. Un participante compartió cómo los hoteles en Wuhan se habían reorganizado por seguridad: «Ahora también tenemos una serie de planos de planta que permiten flujos de aire para calefacción, aire acondicionado y ventilación directamente a la habitación, lo que reduce la concentración de gotas en el

ambiente». [46] Es difícil saber si Amanecer Rojo fue la fuente, pero a finales de abril la ciudad de Nueva York puso en marcha un programa que se parecía mucho al imaginado por el grupo.

Se convirtieron en una fábrica encubierta de producción de este tipo de asesoramiento previo. ¿A cuántas personas se les debe permitir sentarse en la mesa de un restaurante? «El modelo de un máximo de 4 por mesa en Hong Kong parece funcionar bastante bien. NO PODEMOS permitirnos el lujo de sentar a 10 personas en una mesa. El rastreo de contactos es un esfuerzo que abarca 3 generaciones. Por lo tanto, 4 x 4 x 4 es un buen tamaño que podemos rastrear, pero 10 x 10 x 10 es demasiado grande». [47] ¿Deben los camareros usar guantes? Hubo cierto debate al respecto. «Una pregunta que tengo anotada a continuación se relaciona con tu mención del uso de guantes en los restaurantes», escribió WL. [48] «Eso es lo que al parecer se prevé que vaya a suceder, pero yo no veo un argumento científico para ello». Hubo sugerencias sobre peluquerías y salones de tatuajes, y sobre la forma óptima de situar las mesas en un aula. En un conjunto de correos electrónicos, Lee entró en un prolongado intercambio sobre qué hacer con la ropa sobrante de los probadores: «No sé cuál es la práctica actual, pero según mi modelo, un período de apenas 30 minutos entre una persona y la siguiente es una muy mala idea», escribió al grupo. [49]

Lee ponía en práctica sus modelos, utilizando los datos disponibles, y luego hacía públicos sus resultados. Luego otros los impugnaban, o dudaban de la viabilidad de una propuesta específica, momento en el que se introducían modificaciones. No es que siempre dieran con la verdad (ahora sabemos, por ejemplo, que la transmisión a través de la ropa es muy poco común), pero ese nunca fue realmente el objetivo. Esther Choo describió un proceso similar entre los médicos de urgencias. «Nos vemos forzados a defender categóricamente cosas cuyos datos no son nada seguros», dijo. En el sector de la sanidad pública esto ocurre con mucha frecuencia. Por

ejemplo, si alguien deja de fumar, nadie puede asegurar que nunca tenga cáncer; y lo mismo ocurre con los cinturones de seguridad: aunque se lleve puesto, no hay garantías absolutas de que nos vaya a salvar en un accidente de coche. Sin embargo, el trabajo de los expertos consiste en examinar los datos y decidir qué recomendaciones generales se pueden llevar a cabo para mejorar la seguridad de las personas. Esto era precisamente lo que deseaba hacer Amanecer Rojo, y de manera muy meticulosa, por lo que a veces parecía una fe ciega en que alguien estuviera escuchándolos en alguna parte.

A primera vista, no parecía haber nada subversivo en el tipo de instrucciones que procedían de la cadena de correos electrónicos, pero el CDC estaba siendo silenciado por decir las mismas cosas. El 1 de mayo, después de sus propias deliberaciones internas, la agencia estaba lista para publicar un informe de diecisiete páginas titulado «Guía de Implementación del Marco de Reapertura de Estados Unidos», una lista de verificación detallada para propietarios de establecimientos, funcionarios locales y líderes religiosos. Sin embargo, la administración Trump la vetó. Y cuando Associated Press logró hacerse con una copia, su artículo se publicó con las palabras de un científico anónimo del CDC que afirmó que la Casa Blanca comunicó a la agencia que su manual «nunca vería la luz del día». [50]

En la batalla entre la ciencia y la política —la política en este caso se reflejaba en la insistencia de Trump en que la vida y los negocios debían continuar sin interrupciones—, la ciencia se vio claramente superada en armamento utilizado. El CDC no tenía una vía de comunicación independiente para dirigirse al público, y sus consejos estaban considerablemente censurados, cuando no eran directamente suprimidos. El jefe de personal de la agencia, Kyle McGowan, describió más tarde cómo, por ejemplo, el director de presupuesto de la Casa Blanca se opuso a una de

las sugerencias de CDC —recuperar los dos metros de distancia entre los comensales de los restaurantes— porque sería demasiado costoso económicamente. El compromiso, que habría vuelto locos a Lee y a los expertos de Amanecer Rojo por su vaguedad, fue simplemente aconsejar a los restaurantes que implementaran el «distanciamiento social», sin especificar lo que eso significaba. Meses después de dejar la agencia, McGowan concluyó que, durante ese período, «cada vez que la ciencia chocó con el mensaje, el mensaje siempre acabó imponiéndose». [51]

Mientras tanto, Amanecer Rojo persistió en su enfoque más centrado en los detalles. «Si una estrategia nacional es pedir demasiado, entonces al menos cada condado, cada ciudad, cada jurisdicción... debe tener una estrategia holística en la que todas las acciones sean complementarias entre sí, para que puedan optimizar el logro de los objetivos y los resultados», escribió Lee al grupo en julio. [52]

Y fue justo ahí donde comenzó a sentirse su impacto. Los líderes locales de la cadena —el subdirector de respuestas a emergencias de California y los supervisores de incidentes de COVID-19 de Texas, San Diego y Maryland— aceptaron las sugerencias del grupo y las pusieron en práctica. Lee recibía ocasionales correos electrónicos de seguimiento de funcionarios locales de salud pública a quienes se les habían enviado directivas, y a mediados de abril recibió también una llamada de funcionarios en Nueva York. El gobernador de Maryland, Larry Hogan, anunció que las escuelas cerrarían sus puertas el 12 de marzo. El suyo fue uno de los primeros estados en dar este paso, y Lee se enteró más tarde de que fue un resultado directo del llamamiento de Amanecer Rojo a las intervenciones. Un congresista comenzó incluso a enviarle un correo electrónico con la palabra «Hecho» por cada una de las sugerencias del grupo que su estado había puesto en práctica.

Lee dirigió mi atención hacia el estado de Washington, y especialmente al condado de King, que incluye la ciudad de Seattle, como un lugar que

parecía tomarse en serio las advertencias de Amanecer Rojo. Gracias a eso obtuvo grandes resultados y evitó el destino de la ciudad de Nueva York. Los primeros golpes del coronavirus se sintieron en el estado de Washington, pues en él tuvieron lugar tanto el primer caso confirmado en Estados Unidos como la primera muerte, de la que se informó a finales de febrero. Hasta principios de abril, cuando los casos de Nueva York comenzaron a dispararse, Washington tenía el mayor número de casos per cápita de cualquier estado del país, pero puso en marcha medidas extremas con gran rapidez y eficacia. El 12 de marzo, el estado fue uno de los primeros en cerrar escuelas y espacios públicos. Un día antes, ya había limitado las reuniones a doscientas cincuenta personas, y unos días después las redujo aún más, hasta cincuenta personas. Y el 23 de marzo, el gobernador ordenó un confinamiento estricto. Al igual que los líderes de algunos otros estados ese mismo día, prohibió a las personas «salir de sus hogares», incluso por razones religiosas. A principios de abril, la reducción de los casos resultó muy reveladora, ya que el condado de King logró evitar la escalada de casos observada en otras áreas metropolitanas y las temidas saturaciones en los hospitales. Lee estaba en contacto con funcionarios locales, que le confirmaron que sus decisiones se habían visto influidas por los modelos de Lee y de Amanecer Rojo. A pesar de que presioné a Lee para que me diera pruebas del impacto de Amanecer Rojo, no parecía estar particularmente interesada en atribuirse el mérito o en establecer estas líneas causales. «La gente escuchó y tomó medidas. No lo sé todo, ya que nunca le pregunto a la gente al respecto. Me limité a centrarme en el trabajo, que es lo que realmente se me da bien».

Hicieron lo que pudieron. No se quemaba a nadie en la hoguera por decir la dura verdad, pero había consecuencias para los funcionarios de la sanidad pública que simplemente se atrevían a preguntarse en voz alta sobre las prioridades de la administración. A finales de abril, Rick Bright, el funcionario que lideraba el esfuerzo federal para desarrollar una vacuna, fue

apartado de su puesto cuando cuestionó el respaldo de Trump a la hidroxicloroquina. El 14 de mayo testificó ante el Congreso, implorando a los legisladores que cambiaran su enfoque y advirtiendo que «nuestra ventana de oportunidad se está cerrando», que la falta generalizada de tests y la ausencia de equipos de protección básicos en los hospitales habían costado vidas. Bright recibió ataques de la administración, y el presidente lo despidió a través de un tuit, acusándolo de ser «un empleado rabioso, ni querido ni respetado por las personas con las que he podido hablar y que, por su actitud, ya no debería estar trabajando para nuestro gobierno». [53]

Este era el precio por intentar decir la verdad cuando la estrategia del gobierno parecía reducirse a crear la falsa ilusión de que todo iba bien. Cuatrocientos años después de que Peiresc desplegase sus cartas para nutrir el desarrollo del método científico, todavía existía la necesidad de un espacio privado donde este trabajo pudiera tener lugar, donde la búsqueda de la verdad observable pudiera proceder con garantías, lejos de la poderosa fuerza centrífuga de la politización y la demagogia.

Eva Lee continuó enviando un aluvión de correos electrónicos todos los días al grupo Amanecer Rojo durante la primavera y el verano. Y el 12 de agosto, se conectó a Zoom para escuchar su sentencia frente a Steve Jones, un juez de distrito de Estados Unidos. Docenas de funcionarios de la sanidad pública habían escrito cartas de apoyo, entre ellos Duane Caneva, el director médico del Departamento de Seguridad Nacional, quien había iniciado la cadena Amanecer Rojo. Lee le suplicó al juez, llorando y compartiendo la preocupación de que su incapacidad para acceder a sus ordenadores y registrar las posibles tasas de infección acabase costando vidas. «Mi castigo implica castigar a todas estas personas y me parece horrible», declaró. [54]

En lugar de amonestar a Lee por su crimen, el juez la elogió. «Es usted una de las personas más brillantes que conozco», le dijo Jones. No podía aceptar la petición de sentencia del gobierno si eso la alejaba de su trabajo.

«La necesitamos en Estados Unidos durante los próximos meses y el resto de su vida para ayudarnos», dijo Jones a Lee. «Por lo que he podido ver y leer, va usted a tener un papel crucial en la forma en la que Estados Unidos saldrá de esta pandemia». [55] Esta no era la forma habitual en la que los jueces suelen dirigirse a los delincuentes convictos. La sentenció a sesenta días de confinamiento domiciliario, pero retrasó su inicio hasta la primavera de 2021, cuando con suerte ya habría pasado lo peor del virus.

Georgia Tech, por el contrario, se negó a reincorporarla como profesora. La universidad se mantuvo en su lógica original de que a menos que Lee se alinease con la respuesta oficial del gobierno a la pandemia, no había razón para hacer una excepción para ella. Su papel parecía ser, en opinión de la Universidad, contribuir a «un consorcio ad hoc de investigadores por correo electrónico». [56] Amanecer Rojo era un simple grupo de individuos muy inteligentes, pero la universidad lo consideró algo periférico, formado solo por científicos que se limitaban a debatir lejos de posiciones de autoridad. Aunque eso era precisamente lo que lo hacía tan significativo.

En el otoño de 2020, cuando las muertes por COVID ya llegaban a los cientos de miles, tuve una conversación con William Foege, que fue director del CDC de 1977 a 1983. [57] En una ocasión, *The Lancet* llamó a Foege «el gigante amable de la sanidad pública». Mide más de dos metros, estatura que prácticamente obligó a Barak Obama a ponerse de puntillas cuando le colocó en el cuello la Medalla Presidencial de la Libertad. A Foege se le atribuye la erradicación global de la viruela en la década de 1970 —en el panegírico en su honor, destaca la siguiente frase: «Cada año morían dos millones de personas por la viruela; una década después, esa cifra ya era cero»—, y cuando contacté con él estaba escondido de esta nueva pandemia en los bosques del norte de Georgia, saliendo de su casa solo una vez a la semana para comprar la edición dominical de *The New*

York Times. A sus ochenta y cuatro años, podía percibirse un ligero temblor en su voz. Foege había observado con creciente inquietud la forma en que su antigua agencia, y la ciencia en sí misma, habían sido marginadas. Sabía que las personas que trabajaban en el CDC se habían preparado durante toda su carrera para ese momento, y ahora podía sentir su impotencia. Le tomó mucho tiempo, dijo, aceptar lo mala que era la situación y tratar de hacer algo. En realidad, no deseaba intervenir, pero a lo largo de 2020 Foege había estado activo en sus propias cadenas de correo electrónico y listas de distribución, escuchando y uniéndose a científicos veteranos y noveles del CDC que, como los de Amanecer Rojo, estaban simultáneamente consternados y deseosos de encontrar soluciones. Fue la existencia de estos canales lo que le dio confianza, dijo, para hacer algo que nunca pensó que llegaría a hacer.

Foege escribió un emotivo y contundente correo electrónico al entonces jefe de la agencia, Robert Redfield, implorándole que renunciase a su cargo. Era muy consciente de los desafíos a los que se enfrentaba Redfield, y me dijo también que no estaba seguro de lo que habría hecho en su lugar, pero se mostró inflexible por todo lo que había sucedido desde la primavera. «Fue el mayor desafío en un siglo y nos las arreglamos para defraudar al país», escribió. «Los textos de salud pública del futuro usarán esto como un ejemplo de cómo no gestionar una pandemia de una enfermedad infecciosa». [58] Las razones eran para entonces bien conocidas: la ausencia total de un plan nacional y una administración empeñada en negar la evidencia. «La lección principal del libro *Conozca la verdad* ha sido tan oscurecida por la Casa Blanca que la gente y los medios de comunicación acuden a la comunidad académica en busca de la verdad, en lugar de al CDC». Foege estaba reconociendo la labor de aquellos que habían hecho el trabajo que el CDC no fue capaz de hacer. La única solución, tal como él lo veía, era que Redfield expusiera claramente lo que había salido mal y se disculpara por la parte que le tocaba en todo el asunto. «La Casa Blanca,

por supuesto, responderá con furia», concluyó Foege. «Pero la razón estará de tu parte. Al igual que Martin Luther King, podrás decir: "Aquí estoy yo. No puedo hacer otra cosa"».

Foege nunca tuvo la intención de levantar la voz más allá del susurro —al principio, la única persona que conocía la existencia de la carta era su esposa—, pero de alguna manera acabó filtrándose y comenzó a circular entre los científicos del CDC como un manifiesto que daba voz a su frustración colectiva. «Me sorprendió mucho cuando se hizo público», dijo. «Así de ingenuo soy». Sin embargo, no se avergonzaba de su acusación, porque en lo que a él respectaba, simplemente estaba canalizando el sentimiento de las cadenas de correo electrónico. «Fui capaz de decirle en mi carta que su propia gente estaba cuestionando su liderazgo», dijo Foege. «Y le rogué que se disculpara, pero que les hiciera saber las presiones a las que estaba sometido. Las conversaciones privadas por correo electrónico me hicieron saber que eso era cierto, que así era como se sentían los empleados del CDC, que no confiaban en su liderazgo». Esos mensajes significaron mucho para Foege, pues vio en ellos el pegamento que en el futuro podía volver a unir la credibilidad destrozada del CDC. «Siempre nos habíamos enorgullecido de este ideal de la verdad y la ciencia, y la resistencia a la política», dijo sobre su amada agencia. El hecho de que sus trabajadores, incluso como disidentes, hubieran logrado mantenerse fieles a esa misión, aunque solo fuera entre ellos mismos, supuso para Doege un soplo de esperanza.

10

Los nombres

Minneapolis, 2020

Miski Noor no necesitaba ver los nueve minutos y veintinueve segundos de tortura. Solo un vistazo al vídeo del asesinato de George Floyd, el hombre tendido, esposado y asfixiado lentamente por la rodilla de un oficial de policía presionando su cuello, convenció a Miski para dejar a sus amigos en el Dairy Queen local y unirse a la creciente protesta. La vida de un activista de Black Lives Matter («Las vidas negras importan») se vio condicionada por esos momentos de grabación de brutalidad y muerte, que sirvieron para reavivar un movimiento construido sobre una lista de nombres: Eric Garner, Sandra Bland, Freddie Gray, Tamir Rice, Walter Scott. Cada uno era una página añadida en un escrito contra Estados Unidos y su sistema de vigilancia policial. George Floyd fue uno más, y la secuencia de acontecimientos que le llevó de ser detenido por comprar cigarrillos con un billete falso de veinte dólares a estar muerto en la calle no supuso, lamentablemente, una sorpresa para Miski. [1]

Sin embargo, esa vez fue diferente. Habían pasado algunos años desde la última vez que el movimiento, nacido de un hashtag, había captado una atención tan amplia. Desde 2016, parecía haber sido superado, junto con el resto de las redes sociales, por el incesante espectáculo de la presidencia de

Donald Trump. A principios de 2020, ya se hablaba del movimiento Black Lives Matter en tiempo pasado, y eso cuando se hablaba de él.

Este nuevo vídeo, con su crueldad inequívoca, era una injusticia evidente incluso para un escéptico frío como la piedra, lo que hizo que el péndulo volviera a oscilar. Y lo hizo durante el extraordinario verano de 2020 —el coronavirus ya había paralizado la mayor parte del país—, cuando las personas estaban lo suficientemente liberadas de sus rutinas laborales y escolares como para pasar a la acción, y preparadas para un desastre de salud pública que era especialmente desgarrador para las vidas de los sectores más desfavorecidos, que soportaban la peor parte tanto de la enfermedad como del desempleo.

El 26 de mayo, unos días después de la muerte de Floyd, la protesta se desató con furia, especialmente en Minneapolis, a pocas manzanas de la casa de Miski. Durante los altercados se prendió fuego a unas dependencias policiales, lo que provocó la intervención de la Guardia Nacional dos días después. Sin embargo, lo realmente chocante fue el alcance de la indignación y el luto. Hubo una manifestación en todas las principales ciudades estadounidenses, desde Los Ángeles hasta Nashville y Louisville, Kentucky, donde se agregó al conjuro el nombre de Breonna Taylor, una auxiliar sanitaria de veintiséis años que había recibido un disparo en su propia habitación durante una redada policial unos meses antes. El 6 de junio, durante el transcurso de un solo día, medio millón de personas se manifestaron en casi 550 ciudades y pueblos de todo Estados Unidos. En un mes, se estimó que hasta veintiséis millones de personas habían participado en al menos una protesta. [2] Un análisis de *The New York Times* contó 4.700 manifestaciones, o un promedio de 140 por día, y, sorprendentemente, casi el 95 % de los condados donde las personas se ponían mascarillas, llevaban carteles y coreaban los nombres de los asesinados eran en su mayoría blancos. Se podía conducir a través de las zonas rurales de Estados Unidos o los suburbios ricos totalmente blancos y ver letreros con

#BlackLivesMatter clavados en el césped y pegados en las ventanas de las casas, a veces escritos con ceras claramente por la mano de un niño. El 3 de julio, *The New York Times* declaró con razones de peso que aquel era «el movimiento más grande en la historia de Estados Unidos». [3]

Desde el epicentro del terremoto, Miski pudo ver cómo las ondas sísmicas se propagaban por todo el país. Y en lugar de euforia, aunque también existía, percibía ante todo ansiedad: ¿cómo agarrar ese momento, ese gran estallido de visibilidad, y dirigirlo de tal manera que provocara algo más que el típico subidón de las victorias simbólicas? Todos los días de junio y julio daban motivos para sentir esta extraña mezcla de orgullo y cautela. ¿Qué hacer con una empresa como Lululemon, que vendía mallas a 168 dólares mientras pregonaba que estaba apoyando un esfuerzo para «revelar el olvido histórico y combatir el capitalismo»? [4] ¿O la decisión de privar a la tía Jemima de su botella de jarabe, de eliminar las barras y cruces confederadas de la bandera de Mississippi, o de cancelar la serie *Cops* («Policías») después de treinta y dos temporadas? ¿O la visión de Jamie Dimon, director ejecutivo de JPMorgan Chase, arrodillándose solemnemente frente a la gigantesca bóveda de una sucursal local de Chase? [5] ¿Cómo ver más allá del puro teatro, de los letreros en los jardines y del tejido kente, y centrarse en lo que realmente iba a cambiar la vida de las personas, y tal vez incluso detener la matanza de una vez por todas?

Miski, que suele utilizar los pronombres ellos/ellas, ya había pasado por la sensación de ser ensalzada y luego dejada caer en el olvido, y estaba dispuesta a aprovechar aquella catarsis para ganar influencia. Una encuesta del Pew Research Center realizada a principios de junio reveló que dos tercios de los estadounidenses afirmaban apoyar el movimiento, incluido el 60 % de los blancos. [6] No obstante, el trabajo tendría que desarrollarse a nivel local —y, lo que era más importante, Miski era consciente de ello— con el fin de evitar el tipo de oscilaciones que en el pasado se habían convertido en una distracción. No había nada de simbólico en lo que Miski

y muchos de los otros activistas deseaban. Sabían bien que la policía estadounidense, nacida en el siglo XIX en parte, al menos en el sur, como una institución cuya finalidad era atrapar a los esclavos fugitivos, nunca podría superar ese pecado original simplemente a través de una reforma. En su opinión, la policía era solo una herramienta de control social destinada a llevar a los negros a la cárcel. Punto. Y, sin embargo, en una ciudad tras otra, la policía recibía la mayor parte del presupuesto, sin dudarlo ni un momento y sin tener en cuenta el daño desproporcionado que infligían a las personas negras o de piel morena. La postura más extrema sobre la cuestión de qué hacer con esta realidad pasaba por la abolición, eliminando por completo los departamentos de policía y reasignando los fondos hacia un nuevo modelo de seguridad pública orientado hacia las necesidades de la comunidad. Una táctica en el camino hacia la abolición era la reducción o eliminación de su financiación, lo que significaba retirar el dinero de la policía y destinarlo a otros servicios sociales. Estas eran demandas que iban muy en serio. Los activistas querían cambiar la forma irreflexiva y automática en que se repartían los fondos a los dieciocho mil departamentos de policía del país, pero para lograrlo necesitaban el poder, y como los buscadores de democracia en la plaza Tahrir descubrieron a su pesar una década antes, hacía falta algo más que salir a la calle a protestar.

Miski Noor era oriunda de Somalia, pero había vivido en Minneapolis desde los catorce años. Se había movido por la vida con esa capacidad de los inmigrantes de habitar varios mundos a la vez. «Soy musulmana, pero también soy queer: me identifico como una persona que no acepta los géneros establecidos. Soy alguien que vive en la intersección de muchas identidades marginadas». Transmitía seguridad en sí misma y su apariencia era siempre muy estilosa. Enormes pendientes de aro verdes colgaban de sus orejas, y las gafas de sol tipo aviador ocultaban parte de su cara. Y se

reía con facilidad, lo que acabaría resultando muy útil cuando se convirtió en la portavoz de Black Lives Matter en su ciudad.

Tras graduarse en Ciencias Políticas, con la especialidad de Estudios Afroamericanos, por la Universidad de Minnesota, Miski trabajó con una organización sin ánimo de lucro para ayudar a reasentar a los inmigrantes antes de terminar en las oficinas de Keith Ellison, el representante progresista que también fue el primer congresista en jurar su cargo con la mano puesta sobre un Corán. Miski tenía contacto directo con los electores, y rápidamente comenzó a percibir los límites de lo que era posible en su papel como representante de un legislador. Por ello, en 2012, Miski abandonó totalmente el ámbito de la política y empezó a trabajar como técnica de farmacia, feliz de tener un empleo mientras reflexionaba sobre una forma mejor de causar el impacto deseado, como por ejemplo dirigiendo la asociación vecinal de su barrio, tras ganar la elección, según me dijo orgullosa. Fue entonces, en el verano de 2014, cuando estalló la noticia de la muerte de Michael Brown, un joven de dieciocho años del suburbio de Ferguson, en St. Louis, asesinado por la policía, cuyo cuerpo apenas cubierto fue abandonado en la calle durante horas. Y, como dijo Miski, era «como si alguien hubiera apretado el botón de inicio en la liberación negra».

La compañera de piso de Miski convirtió su cocina en la sede de la facción de Black Lives Matter en Minneapolis, y durante los siguientes dos años fue un centro de actividad frenética. Cada nueva muerte los empujaba a las calles, a un ritmo que reflejaba la frecuencia de un hashtag que expulsaba el mismo gas lacrimógeno de Ferguson. De hecho, la dinámica del movimiento en esos años se puede entender mejor si se observan las huellas cuantitativas dejadas por ese eslogan.

Patrisse Cullors, una activista con sede en Los Ángeles, utilizó por primera vez #BlackLivesMatter el 13 de julio de 2013. Había visto una publicación de Facebook escrita por Alicia Garza, una amiga y compañera

organizadora comunitaria de San Francisco, que terminaba con las palabras: «Gente negra. Os quiero. Nos queremos. Importamos. Nuestras vidas importan». La idea era promoverlo como un grito de guerra, y contrató a un tercer amigo activista, Opal Tometi, quien la ayudó a crear cuentas de Facebook y Twitter para animar a las personas a compartir historias de por qué las vidas negras eran importantes. No funcionó. Nadie prestó mucha atención al hashtag durante al menos otro año, a pesar de algunos asesinatos muy sonados, como el de Eric Garner, quien fue sujetado por el cuello por un oficial de policía en Staten Island mientras pronunciaba las palabras «¡No puedo respirar!» once veces, hasta que finalmente perdió el conocimiento. Ese mes, julio de 2014, #BlackLivesMatter apareció en solo 398 tuits. Menos de un mes después, Michael Brown recibió un disparo en Ferguson. Aun así, el hashtag apenas incrementó su éxito, a pesar de que #Ferguson y #MikeBrown contribuyeron a llamar la atención sobre los enfrentamientos y ayudaron a los manifestantes, que estaban en las calles enfrentándose a la policía en tanques blindados, a dar forma a una narrativa a través de vídeos e imágenes y tuits minuto a minuto.[7] (Los revolucionarios egipcios, que les seguían en Twitter, ofrecieron consejos sobre cómo hacer frente al gas lacrimógeno: debían lavarse los ojos con leche o Coca-Cola, nunca con agua.)

Hubo que esperar hasta el 25 de noviembre de 2014, cuando la tensión en Ferguson había decaído, y dieciséis meses después de su acuñación, para que #BlackLives Matter se convirtiese en un grito unificador, tanto en las redes sociales como en la vida real. Ese fue el día después de que un gran jurado se negara a acusar al oficial que disparó a Michael Brown, y también tres días después de que un oficial de policía de Cleveland matase a Tamir Rice, un niño de doce años que jugaba con una pistola de juguete. Ese día se produjeron 172.772 menciones del hashtag. Y, a partir de entonces, se disparó. En los tres meses anteriores, el hashtag tuvo un promedio de 1.500 menciones diarias; en los tres meses posteriores, una media de más de

treinta mil por día. Pese a un incremento tan notable, los picos fueron aún más reveladores. Cuando, unos días más tarde, fue puesto en libertad el oficial de policía que asfixió hasta la muerte a Eric Garner, #BlackLivesMatter apareció 189.210 veces en Twitter, y también se mencionó 160.810 veces al día siguiente. Posteriormente, el hashtag comenzó a aparecer en todo el país, como por ejemplo en carteles llevados por más de cien auxiliares negros del Congreso, que dimitieron de sus trabajos a modo de protesta, y también en estadios deportivos donde los jugadores de la NBA llevaban camisetas debajo de sus uniformes oficiales con las palabras: «No puedo respirar».

Si se observa un gráfico de menciones de hashtag durante el siguiente año y medio, se puede comprobar que cada uno de los picos fueron inmediatamente posteriores a una muerte: el 19 de abril de 2015, Freddie Gray muere en Baltimore por lesiones sufridas en la parte trasera de una camioneta de la policía, lo que provocó más de 40.000 tuits; el 17 de junio, un tiroteo en una iglesia de Charleston, Carolina del Sur, en el que un supremacista blanco mató a nueve personas, casi 100.000 tuits; el 13 de julio, Sandra Bland es encontrada ahorcada en su celda de la prisión tres días después de haber sido detenida por una infracción de tránsito menor, 125.000 tuits. El día en que Philando Castile fue asesinado en su automóvil en un suburbio de St. Paul, el 6 de julio de 2016, el hashtag fue utilizado 250.000 veces, y pronto alcanzaría un pico de 1,1 millones en un solo día.

Todo movimiento necesita esos momentos que provocan y luego inducen a la acción. No vivimos nuestras vidas con conciencia constante de estos problemas, e incluso aquellos a los que más les afecta acaban mirando hacia otro lado. Son los momentos puntuales los que obligan a un ajuste de cuentas visceral con la violencia. El rostro destrozado de Emmett Till impulsó la lucha por los derechos civiles en 1955. El problema era que existía un peligro, del que los activistas comenzaban a ser conscientes, en su dependencia de estos casos de tristeza y rabia para mantener el

movimiento activo. «Creo que lo que la gente estaba presenciando era una especie de duelo comunitario», me dijo Patrisse Cullors. «Y la respuesta al asesinato se debía a que sabíamos que, en cualquier momento, podíamos ser los siguientes; literalmente teníamos la impresión de estar tratando de salvar nuestras propias vidas, y éramos los únicos que tratábamos de salvar nuestras vidas». [8] No obstante, también me dijo que si de algo se arrepentía por lo ocurrido esos años era de no haber protegido los «derechos de autor» [9] del hashtag que había usado por primera vez, con lo que creo que se refería a que el hashtag adquirió una vida propia impredecible, impulsada por el deseo de liberación emocional que se había convertido en el modo único y abrumador de las redes sociales.

Un análisis de los tuits de #BlackLivesMatter realizado a principios de 2016 por el Centro de Medios e Impacto Social de la American University confirmó los temores sobre este posible aspecto negativo de la viralidad del movimiento. Como punto de partida, la brutalidad policial, a diferencia de, por ejemplo, la desigualdad de ingresos, era «extremadamente adecuada para el activismo basado en internet», siendo «concreta, discreta en sus manifestaciones y, sobre todo, claramente visible». [10] La misma dinámica funcionó en beneficio de la página «Todos somos Khaled Said». La conclusión del informe, sin embargo, dejaba claro el aspecto negativo: «Los activistas pueden verse algo limitados en su capacidad para generar por sí solos un debate *online* a gran escala». Uno de los autores del estudio, Charlton McIlwain, profesor de la Universidad de Nueva York, se explayó sobre esto cuando hablé con él. «Si no se hubiera producido una muerte, si no hubiera existido un evento catalizador, habría habido relativamente poco debate en las redes sociales», dijo McIlwain. «Y para mí eso era una clara señal de esa limitación». [11]

En Minneapolis, Miski y la facción local de Black Lives Matter vieron lo cansada que podía ser la necesidad de surfear estas olas. En noviembre de 2015, el asesinato a manos de la policía de Jamar Clark, quien según

algunos testigos estaba esposado y boca abajo cuando le dispararon, llevó al grupo de Miski a ocupar las cuartas dependencias policiales de la ciudad durante dieciocho días. Acamparon en un clima helado, tratando de mantener la atención con sus cuerpos. Exigieron que la policía publicara las grabaciones del incidente realizadas por la cámara del salpicadero del coche y las cámaras corporales, que el Departamento de Justicia abriese una investigación y que los oficiales de policía fueran acusados por el delito. Al final lograron dos de sus tres objetivos, dijo Miski: las grabaciones se hicieron públicas y se inició una investigación, pero no hubo repercusiones más amplias, y todo el proceso se fue agotando. Era obvio que las condiciones que habían llevado a la muerte de Clark no habían cambiado, y muchos activistas eran conscientes de ello. Incluso Obama, al final de su mandato, expresó su exasperación por el limitado juego de herramientas del movimiento, y en un momento dado exhortó a los manifestantes: «No podéis limitaros a seguir gritando». [12] Cuando se cumplió el quinto aniversario de Ferguson, si bien era cierto que los departamentos de policía de todo el país se habían gastado casi cien millones de dólares en cámaras corporales, un informe reveló que en Missouri, donde todo había empezado, los negros estaban siendo detenidos por la policía un 5 % más y los blancos un 11 % menos de lo que lo solían hacer en 2013. [13]

«Estábamos cansados de movilizarnos una y otra vez por las muertes de negros, y de hacer demandas instrumentales o simbólicas que nunca nos proporcionaban el impulso que mantuviera el compromiso de una masa de personas», me dijo Miski. Y todo ello acabó pasando factura. Poco después de la ocupación, Miski fue ingresada en el hospital y terminó necesitando cuatro transfusiones de sangre. «Muchos de nosotros teníamos depresión o tendencias suicidas», dijo Miski. «Y pensamos: muy bien, si realmente estamos trabajando para la liberación de los negros, tenemos que hacer esto de una manera sostenible. Y ello supone no limitarse a responder o reaccionar».

No había muchos modelos que permitiesen alejarse de esta tendencia a la reactividad, pero un grupo de Miami, los llamados Dream Defenders («Defensores de Sueños»), al menos lo había intentado, y Miski los consideraba un modelo ejemplar de activismo que no estaba atado a erráticos altibajos. El grupo de los Dream Defenders, formado en su mayoría por estudiantes universitarios, logró captar la atención de todo el país en 2013, cuando organizaron una ocupación similar a la que Miski protagonizaría unos años después. Pasaron treinta y un días coreando reivindicaciones y eslóganes ante las puertas de madera pulida de la oficina del gobernador en Tallahassee, Florida, para que aceptase reconsiderar la ley estatal Stand Your Ground. [14] Este permisivo conjunto de regulaciones de armas fue el que permitió a los tribunales absolver al asesino de Trayvon Martin, el adolescente tiroteado mientras caminaba a casa desde un 7-Eleven sosteniendo nada más que una bolsa de Skittles y una lata de té helado. A pesar de toda la publicidad, los Dream Defenders no fueron particularmente exitosos, y en verano de 2015, cuando Rachel Gilmer, una organizadora de larga experiencia, se convirtió en su jefa de estrategia, se encontró con un grupo despojado de su vitalidad, cansado de tener que seguir el ritmo de las demandas de las redes sociales e intentar atraer los focos que, por un breve y estimulante período, habían brillado sobre ellos. [15] Los activistas sintieron como si sus prioridades, su propio concepto de sí mismos, hubieran sido moldeadas por esta persecución, y necesitaban paralizar su actividad durante un tiempo. Así que ese otoño, los Dream Defenders, liderados entonces por Phillip Agnew, cofundador del grupo como recién graduado de la Universidad de Florida A&M, acordaron organizar lo que llamaron «un Apagón».

En un momento posterior a Ferguson, mientras las revistas de ámbito nacional recurrían al recuento de seguidores en Twitter para elaborar la lista

de los diez activistas más efectivos del país, Rachel y Phillip optaron por desconectar. Hubiera sido demasiado fácil «confundir la popularidad con el poder», dijo Rachel. Cualquiera que trabajara para la organización tendría que eliminar las aplicaciones de redes sociales de su teléfono y mantenerse fuera de las plataformas durante diez semanas, comenzando el 21 de septiembre y terminando el 1 de diciembre. Sería una oportunidad para descubrir quiénes eran en la vida real, para descubrir lo que llamaban «su ADN». Evitar las aplicaciones resultaba esencial para este proceso, escribió Rachel en una nota al grupo. «Las redes sociales están constantemente alimentando y drenando nuestros egos, haciéndonos sentir narcisistas e hipermenospreciados al mismo tiempo».[16] Y el daño no era solo psicológico. Las redes sociales estaban perjudicando su capacidad de conectar entre sí de manera productiva. «Internet ha erosionado las relaciones típicas de los movimientos, porque estamos continuamente compitiendo por el tiempo de emisión», todo porque el tiempo de emisión en sí mismo estaba empezando a escasear, un bien por el que todos estaban compitiendo. «Y creo que la parte más aterradora de todo esto es que no nos damos cuenta de que esta dinámica existe o, al menos, creemos que tenemos el control sobre ella».

El ejercicio de dar varios pasos atrás para adquirir perspectiva les enseñó mucho durante esas semanas, me dijeron Rachel y Phillip. Exactamente al mismo tiempo que el grupo de Miski se lanzaba contra las barricadas en Minneapolis, los Dream Defenders se ponían a cubierto en Miami. Vieron, por un lado, cuán dependientes se habían vuelto de las imágenes y vídeos violentos que impulsaban su activismo. «Se ha creado un paisaje en el que nuestro movimiento tiene más que ver con la muerte que con la vida», dijo Rachel. Incluso Darnell Moore, un activista que había organizado Freedom Rides to Ferguson («Viajes de Libertad a Ferguson») para personas influyentes en las redes sociales, con la esperanza de que pudieran tuitear y publicar ampliamente sobre las protestas, se mostró de acuerdo con esta

evaluación, diciéndome que le preocupaba que el movimiento estuviera aprovechando y beneficiándose de un fenómeno repugnante ya existente en la cultura estadounidense, una especie de «porno del trauma» que «exagera la espectacularidad de la Muerte Negra». [17]

También llegaron a ver con más claridad que Twitter no era la plataforma de democratización que afirmaba ser. El modelo de un medio de comunicación con un millón de puntos de acceso era atractivo para la izquierda activista, que se había estado moviendo hacia el «horizontalismo» mucho antes de las redes sociales. La tendencia podría incluso remontarse a la década de 1930 como respuesta a las tendencias autoritarias del Partido Comunista y las organizaciones dirigidas por los comunistas. La novedad de la Nueva Izquierda de la década de 1960 fue en parte una refutación de este enfoque de arriba hacia abajo. Y para cuando tuvieron lugar las protestas de Occupy Wall Street, en 2011, los activistas prácticamente habían hecho una costumbre de su falta de liderazgo; literalmente desdeñaban los micrófonos. Para Cullors, Garza y Tometi, cualquier movimiento tenía que ser lo más inclusivo posible, y particularmente acogedor para los activistas queer y transgénero que habían sido marginados en el pasado.

No obstante, aunque se suponía que Twitter debía poner en primer plano al colectivo, el efecto fue justo el opuesto, y acabó encumbrando a ciertos individuos y por las razones equivocadas. DeRay Mckesson fue un buen ejemplo de ello. [18] Cuando Mckesson, un manifestante convertido en estrella de los medios, llegó a Ferguson, tenía ochocientos seguidores en Twitter, y en el momento de escribir este libro, seis años después, ya ha superado el millón de seguidores. Mckesson entendió intuitivamente lo que Twitter quería. Vio que apreciaba las expresiones de intimidad, y ofreció una exposición detallada de sus pensamientos y sentimientos mientras se abría paso por la ciudad asediada. Relató con detalle todo lo que estaba observando, a menudo con fotos y vídeos, escribiendo en un estilo directo y

atractivo. Cuando no estaba tuiteando escenas dramáticas de resistencia, escribía mensajes destinados a elevar el ánimo («El amor es el por qué») y provocar sacudidas («La justicia no es un concepto abstracto. La justicia es un Mike Brown vivo. La justicia es Tamir jugando otra vez en la calle. La justicia es Darren Wilson en la cárcel»). Y después de semanas paseándose por Ferguson, trabajando en cafeterías y durmiendo en sofás, había cultivado un gran número de seguidores. Era consciente de que en Twitter era un personaje, y comenzó a usar un abultado chaleco azul hinchado estilo Patagonia allí donde fuera. El chaleco azul funcionó más que los zapatos rojos y la camisa del mismo color que había probado inicialmente, y pronto se convirtió en parte de su imagen de marca. [19]

Su fama volvía locos al resto de los activistas. Mckesson se convirtió en el rostro del movimiento y fue retratado en *The New York Times Magazine,* entrevistado en la televisión por cable y finalmente invitado a la Casa Blanca de Obama, tan a menudo que acabó confesando a un periodista que ya no se ponía nervioso al entrar allí. Recibía muchos ataques velados, y a veces claros y directos. Mucha gente consideraba que estaba apropiándose de un crédito indebido, especialmente las tres mujeres que afirmaban haber fundado el movimiento. Alicia Garza escribió una larga diatriba llamada «Una historia del movimiento #BlackLivesMatter», lamentando «los carismáticos hombres negros alrededor de los cuales muchos se están reuniendo estos días». [20]

Esto era algo más que un simple ataque mezquino. Twitter, que los activistas no poseían ni controlaban, había creado un sistema basado en la escasez, y no parecía del todo justo que aquellos que sabían mejor cómo jugar al juego se convirtieran en los líderes por antonomasia. Y las cosas aún fueron a peor porque Mckesson no solo tenía éxito en Twitter, sino que además consideraba esta red social como una herramienta sin precedentes para lograr cambios. De esta manera, era un poco como el Wael Ghonim de

Black Lives Matter. Para Rachel y Phillip, las redes sociales resultaban agotadoras; para Mckesson, eran una herramienta de poder.

«Siempre he considerado Twitter como ese amigo que siempre está despierto y dispuesto para ti», escribió, y Twitter, tal como él lo experimentaba, «amplifica la voz del individuo, siempre recordando a cada individuo que existe dentro de un todo más grande». [21] No había necesidad de que una organización «comenzara a protestar», afirmó en una entrevista en 2015. En cambio, «tú solo te bastas para comenzar un movimiento. Las personas individuales pueden unirse en torno a cosas que saben que son injustas. Y pueden provocar cambios. Tu cuerpo puede ser parte de la protesta; no necesitas un pase VIP para protestar. Y Twitter ha posibilitado que eso sucediera». [22] Ya habría tiempo más tarde para decidir sobre un conjunto de reivindicaciones. Para él, la plataforma había hecho posible la «comunidad». El problema era que la comunidad que se estaba construyendo tenía sus propias reglas particulares, y esas reglas le daban una posición poco equitativa, lo coronaban sin ninguna responsabilidad. Puede que él se sintiese como un elemento «orgánico», pero cada declaración estaba sesgada en una dirección y con un único objetivo primordial, incluso si era subconsciente: conseguir más seguidores.

Rachel opinaba que todo el movimiento sufría una especie de «síndrome de locura DeRay» —todos se habían vuelto locos de rabia por su desvergonzada autopromoción—, cuando en realidad él solo era el síntoma visible de un problema más grave. «Lo usamos a él como saco de boxeo en el que calmar nuestra furia, cuando otras personas se comportaban en Twitter exactamente de la misma manera». Todo era una distracción, un hecho que de repente se vio más claro durante el Apagón. «Creo que las redes sociales crearon una sensación de falsa camaradería entre la gente», me dijo. «Es verdad que debatimos, pero de una manera mezquina. Sí, en 140 caracteres se pueden hacer todo tipo de comentarios ingeniosos sobre la

opinión política de otra persona, pero eso no es ninguna estrategia. Y no lográbamos obtener un espacio para hacer eso».

Cuando el Apagón abrió ese espacio, los Dream Defenders comenzaron a conectar realmente con su comunidad. Empezaron a escuchar. Y lo que escucharon los sorprendió. Por un lado, cuando Rachel iba de puerta en puerta para hablar con la gente en los barrios más pobres de Miami, rápidamente descubrió que el sueño de retirar los fondos o incluso abolir la policía no era compartido por tanta gente como habían pensado.

«La gente exclamaba: "¡Necesitamos *más* policías!"», dijo Rachel. «Y fue realmente chocante para mí. Recuerdo una conversación que mantuve con una mujer que tenía agujeros de bala en su coche desde que mataron a su hijo, y ¿quién era yo para convencerla sobre la abolición de la policía? No es que tuviera una alternativa. Así que todo eso fue muy importante para nosotros mientras pensábamos en cuál era el papel de los Dream Defenders, quiénes se suponía que éramos en nuestra relación con las comunidades, y las redes sociales ofuscaban claramente nuestra forma de pensar en estas cosas».

Esto trastocó las ideas que daban por sentadas, pero, en opinión de Rachel, también señaló un camino. Si realmente estaba convencida de que la abolición era la respuesta, entonces tendría que trabajar a nivel local, y para ello habría que comenzar mostrando a la gente que había otro camino. Tuvieron que recolectar y construir activamente un electorado desde cero, en lugar de esperar a que se produjese un nuevo momento de indignación.

Phillip, el fundador de Dream Defenders, tuvo una visión similar. Para él, la experiencia del Apagón había sido toda una lección sobre las variedades de poder. Tomando prestado un concepto del politólogo Joseph Nye, llegó a entender las redes sociales como una forma de «poder blando», una fuerza que da forma a la cultura a través del argumento y la historia. Sin embargo, también había «poder duro», que Nye, al evaluar la capacidad de los diferentes estados-nación, definió como el poder militar y económico.

En el caso concreto de los movimientos, el poder duro era la capacidad para presionar por cambios en la legislación, elegir líderes políticos comprensivos, obtener recursos asignados a su causa. Las redes sociales, según empezó a ver Phillip con mayor claridad, eran apropiadas para construir poder blando, pero cuando se trataba de poder duro, poco podían hacer. Y si, para Nye, cada estado exitoso necesitaba una mezcla de los dos, esto era doblemente cierto para los movimientos sociales, que no comenzaban con una reserva inicial de ninguno de los dos.

La única forma de construir poder duro era trabajando sobre el terreno. Como dijo Rachel: «Cuando se trata de organización, sencillamente no puedes tomar atajos». Este nuevo planteamiento hizo que quisieran dejar un poco de lado la sobreactuación, la carrera por los seguidores, incluso el reflejo de hacer siempre públicas sus acciones: empezarían a pensar cuidadosamente en qué contexto eran realmente útiles tácticas como las ocupaciones y las sentadas. Phillip, una vez que salió del Apagón a principios de 2016, incluso pudo ver la ventaja de cultivar un espacio más aislado para la conversación y la planificación. Las redes sociales tenían que ver con «el seguimiento y la difusión de la responsabilidad». El verdadero liderazgo debía estar en la vida real. «Debemos volver a abrazar el gran valor estratégico del hecho de que la gente no sepa inmediatamente lo que hacemos, cuándo lo hacemos y con quién lo hacemos». [23]

En Minneapolis, Miski, físicamente destrozada, llegó a una conclusión similar. Los dos años de protestas incesantes habían logrado muy pocos cambios. El patrón era el mismo en su ciudad que en otros lugares: el activismo se hinchaba y luego se desinflaba, y a pesar de toda esta energía gastada, sus objetivos parecían demasiado insignificantes frente a problemas más importantes. Identificar cuáles eran esos desafíos y cómo hacerles frente de manera eficaz, sin terminar necesitando transfusiones de

sangre, se convirtió en el principal objetivo del grupo de amigos de Miski. Estaban tratando de resolver un dilema que Keeanga- Yamahtta Taylor, profesora de Princeton y estudiosa de Black Lives Matter, me ayudó a identificar.[24] Era innegable, dijo, que el movimiento tuvo un efecto saludable cuando apareció por primera vez, a mediados de la década de 2010; conceptos como el racismo institucional se inocularon en el torrente sanguíneo estadounidense como nunca lo habían hecho. Sin embargo, todo ese progreso sería fugaz, simples palabras vacías, a menos que los activistas encontraran una manera de «evaluar, discutir o reflexionar colectivamente sobre lo que el movimiento es o debería ser», a menos que hicieran el trabajo que no se podía hacer en Twitter.

Miski y seis de sus amigos decidieron comenzar un nuevo tipo de organización que rechazase en todos los sentidos el metabolismo de las redes sociales. Al principio lo llamaron el Black Visions Collective («Colectivo de Visiones Negras»), y finalmente solo Black Visions.[25] Pasaron 2016 y 2017 explorando ideas que a veces eran abstractas y de amplio alcance, y otras veces estaban centradas específicamente en cómo accionar las palancas del poder en su propia ciudad. Comenzaron a buscar la justicia transformadora, que también era la alternativa que Rachel había encontrado en Miami, utilizando métodos de asesoramiento y mediación para desactivar conflictos menores antes de que se convirtieran en altercados con la policía. Contrataron los servicios de un experto en el tema para que les enseñase a resolver los problemas de violencia, y comenzaron a hablar honestamente entre ellos para determinar cuáles deberían ser sus principios como grupo. «¿Cómo practicas el castigo en tu propia vida personal? Si alguien te hace daño, ¿cuál es tu reacción?» Las preguntas eran íntimas e incisivas, un trabajo hecho sin prisas y entre amigos, pero los ayudó a «alinearse unos con otros», según dijo Miski.

Los siete miembros principales también se involucraron más en la política local de Minneapolis. Llamar la atención a nivel nacional había

sido el impulso conductor de las protestas anteriores de Black Lives Matter, que se habían basado simplemente en lograr que ese hashtag creciera lo más posible. Sin embargo, ahora estaba claro que, si lo que estaba en su punto de mira era la financiación de la policía, tendrían que centrar sus esfuerzos en su ámbito local, en colaboración con el ayuntamiento y el despacho del alcalde, donde se tomaban las decisiones presupuestarias. Y, para ello, tendrían que aprender la mecánica del sistema y conseguir hacer algunos aliados.

Esto implicaba organizarse como se había hecho durante mucho tiempo, y se habían vuelto muy buenos en ello. Esto fue también, en cierto modo, lo que diferenciaba Minneapolis de El Cairo. El Medio Oriente carecía de una tradición política democrática o de base, y no tenía forma de siquiera imaginar cómo crear una, pero este no era el caso en Estados Unidos. En Egipto, los habitantes de la plaza Tahrir tuvieron que comenzar desde el principio y con las herramientas equivocadas, pero había una larga historia de organización afroamericana que se había iniciado mucho antes de la aparición de Silicon Valley. Miski y sus amigos conocieron a los miembros del consejo de la ciudad y sus ayudantes, los inundaron con material de investigación que habían ido recopilando, visitaron sus oficinas y, tal vez lo más importante, llevaron a la gente a audiencias en las que se debatía el presupuesto, argumentando en foro tras foro contra la creencia de que lo único que necesitaba la policía eran unas pocas cámaras corporales más. Todo esto se desarrolló sin mucha fanfarria y en gran parte lejos de internet.

En una de sus primeras victorias, en 2018, Black Visions logró que reasignasen más de un millón de dólares del presupuesto de la policía al departamento de sanidad, para crear lo que se llamaría la Oficina de Prevención de la Violencia.[26] No era mucho dinero, pero era una oportunidad para construir una alternativa y mostrar a la policía que el flujo de dinero dirigido invariablemente hacia ellos cada año ya no era tan incuestionable. La Oficina buscaría soluciones de salud pública en lugar de

punitivas: por ejemplo, enviaría trabajadores sociales cuando un hombre sin hogar comenzara a actuar de manera errática, en lugar de mandar a la policía. Además de esto, también se produjo un cambio en la composición del propio ayuntamiento. En 2017, participaron en la elección de algunos nuevos representantes que compartían sus objetivos progresistas, como el hijo de Keith Ellison, Jeremiah Ellison, que logró hacerse con uno de los trece escaños del ayuntamiento, y Andrea Jenkins, la primera mujer negra y abiertamente transexual elegida como funcionaria pública en la historia de Estados Unidos. Black Visions no era de ninguna manera una organización centrada en un solo tema, pero cambiar el sistema de vigilancia policial era su prioridad absoluta, a lo que deseaba dedicar todas sus energías la próxima vez que la gente comenzara a preocuparse por las vidas de los negros. «Siempre estábamos pensando en el próximo acontecimiento desencadenante», dijo Miski. «Y asegurándonos de que, cuando sucediera, tendríamos aún más personas listas para avanzar hacia la abolición».

También se convencieron de lo que Rachel y Phillip habían descubierto en el transcurso de su Apagón: que Twitter no era un buen lugar para desarrollar ideas. Tendían a la privacidad entre ellos. Algunos incluso vivían juntos en una misma casa. Y se esforzaban por mantener el tamaño del grupo central en un nivel reducido, aumentándolo deliberadamente muy poco a poco. En caso de encontrarse con una persona particularmente comprometida en uno de sus actos, tendrían sesiones individuales, trabajarían juntos y construirían una relación antes de incluirla en un grupo de miembros más amplio que, incluso en el verano de 2020, no contaba aún con más de unas pocas docenas. Se reunían en persona (o por Zoom, cuando empezó la pandemia), y, cuando no había otra posibilidad, utilizaban Signal, la aplicación de chat encriptado, para solucionar problemas y planear sus estrategias. «A veces teníamos que redactar párrafos completos, pero no cabe duda de que a través de Signal hemos tomado decisiones, avanzado en el trabajo o llegado a algún tipo de

consenso», me dijo Miski. A diferencia de Black Lives Matter, que se había visto constreñida por los erráticos impulsos de las redes sociales, Black Visions logró establecer su propio ritmo.

Por esta razón, en los días inmediatamente posteriores al asesinato de George Floyd, Miski y los demás dedicaron poco tiempo a las grandes protestas, y en lugar de eso intentaron aprovechar sus últimos tres años de trabajo. Parafraseando los términos que Phillip Agnew había tomado prestados de Joseph Nye, estaban intentando canalizar el notable poder blando generado por la muerte de Floyd y convertirlo en el poder duro necesario para impulsar al ayuntamiento de la ciudad a comprometerse en algo tan inconcebible como la abolición de la policía, lo cual exigía disciplina. Para ello, contactaron directamente con los miembros del ayuntamiento, especialmente aquellos con quienes habían establecido relaciones, y comenzaron a presionarlos. Llamaban por las noches una vez iniciada la protesta, enviando planes detallados para cerrar la espita de fondos que fluían hacia la policía y, en su lugar, hacer de la Oficina de Prevención de la Violencia una institución más importante, capaz de responder ante los problemas con rapidez y de rendir cuentas ante la propia comunidad. Y para reforzar estas acciones privadas, y asegurarse de que el ayuntamiento estuviera prestando atención, Black Visions también organizó una sentada frente a la casa del joven alcalde progresista, Jacob Frey, utilizando la vergüenza como un contrapeso estratégico. [27]

Y cuando sus intenciones ya quedaron suficientemente claras, con el increíble estallido de protestas en todo el país aún perfectamente audible, hicieron saber a estos concejales que estaban organizando una manifestación el 8 de junio en el Parque Powderhorn de la ciudad. La llamaron el Camino Hacia Adelante, y lo que esperaban era que los líderes locales se comprometieran allí mismo a poner fin al Departamento de Policía de Minneapolis. Reunieron todo el peso moral que pudieron lograr a

partir de ese momento y lo descargaron sobre los hombros de esos miembros del consejo.

Los poderes blando y duro se unieron bajo los enormes fresnos del parque, donde unas mil personas hicieron acto de presencia. Miski, vestida con zapatillas deportivas de alta gama y un mono con el amarillo brillante del movimiento Black Lives Matter, leyó desde su teléfono móvil: «Hemos conseguido juntas de revisión ciudadana, cámaras corporales y un jefe negro, pero todavía estamos aquí, viendo como personas negras son asesinadas y atacadas con gases lacrimógenos en nuestras calles». Y en aquel escenario, bajo un letrero gigante en el que podía leerse DEFUND POLICE («Retiren los fondos a la policía») en letras mayúsculas, menos de dos semanas después del asesinato de George Floyd, nueve de los trece miembros del ayuntamiento (una mayoría a prueba de veto) hicieron lo que habría sido casi imposible de imaginar para los activistas cinco años antes: prometieron desmantelar las fuerzas de policía municipal. Lisa Bender, presidenta del consejo de la ciudad, pronunció palabras que sorprendieron incluso a Miski: «Nuestro compromiso es poner fin a la relación tóxica de nuestra ciudad con el Departamento de Policía de Minneapolis, poner fin a la policía tal como la conocemos hoy en día, y desarrollar en su lugar sistemas de seguridad pública que realmente velen por nuestra seguridad». [28]

Aquel verano, palabras y conceptos que hasta entonces se consideraban demasiado radicales crepitaron y estallaron abiertamente en todo el país. «Hoy en día, Black Lives Matter significa algo muy, muy diferente de lo que significaba el 25 de mayo de 2020», me dijo Colin Wayne Leach, psicólogo y profesor del Barnard College que ha estudiado las protestas en profundidad. [29] Se refería, por supuesto, a la fecha del asesinato de George Floyd, el punto de inflexión. «Ahora mismo es un meme. Y la pregunta es si

los activistas pueden usar esto en su beneficio, o si por el contrario deberán sufrirlo». Un meme es una idea que puede ser replicada y reutilizada sin cesar, lanzada de mano en mano. La belleza de esto es que podría llegar a todo el mundo, y el peligro es lo efímero que podía llegar a ser. Aquel era un momento en que el aire estaba cargado de preguntas que exigían respuestas inmediatas. En el otoño de 2017, el movimiento #MeToo tuvo un impulso similar: historias de acoso sexual compartidas en las redes sociales que desencadenaron innumerables acusaciones a otros tantos hombres de todos los delitos imaginables, desde contar chistes subidos de tono en el trabajo hasta violaciones. Muchas poderosas figuras públicas fueron derribadas una por una. No obstante, cuando la fiebre amainó, uno podría legítimamente preguntarse, ¿qué había cambiado? El meme había atravesado el fuego a toda prisa, y tal vez hubiera dejado un aura de mayor sensibilidad en los lugares donde había ardido, pero ¿realmente había cambiado la situación para, por ejemplo, una mujer trabajadora de una fábrica cuyo supervisor le susurrase constantemente al oído lo que esperaba de ella?

La fiebre fue el contexto de lo ocurrido en la ciudad de Miski; y Minneapolis fue la prueba más clara de que tal vez aquello sería más que un momento fugaz, de que los cambios serían duraderos. Hubo otros ejemplos en junio y julio. El alcalde de Atlanta avanzó con los planes para cerrar el Centro de Detención de la Ciudad de Atlanta, la detestada cárcel del centro de la ciudad, y convertir el edificio en un «centro de justicia e igualdad». [30] En Nueva York, la legislatura estatal derogó una ley de cincuenta años de antigüedad que permitía mantener en secreto los registros de los agentes de policía. [31] Docenas de departamentos policiales se comprometieron a prohibir las detenciones mediante estrangulamiento. Dos semanas después de que comenzaran las protestas, el Congreso presentó formalmente la Ley de Justicia en la Policía de 2020, que incluía una serie de medidas cuyo objetivo era facilitar que la policía fuera procesada por

mala conducta: la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, y el entonces líder de la minoría del Senado, Chuck Schumer, con tela de kente alrededor de sus cuellos, se arrodillaron e inclinaron la cabeza después de anunciar el proyecto de ley.

Pese a la buena noticia, para Rachel, en Miami, la emoción del verano apenas pudo ocultar una creciente preocupación. Una generación más joven de manifestantes, que nunca llegó a experimentar lo ocurrido en Ferguson o lo que vendría después y que se perdió el Apagón, de repente entró en las filas de su organización con «energía para quemarlo todo», dijo, y temía que pudieran regresar «los atajos y el purismo» que una vez habían descarrilado el movimiento. La propia Rachel había evolucionado, en su propia opinión, de alguien que en 2016 había votado por Jill Stein, la candidata del Partido Verde («Ahora me doy cuenta de que era demasiado joven e idealista»), a una pragmática partidaria de Joe Biden. El candidato demócrata era una píldora amarga, sin duda, pero entendía lo devastadora que sería la alternativa: una nueva victoria de Trump pondría patas arriba todo su trabajo de organización. Los Dream Defenders ahora tenían un enfoque más táctico. Antes de la muerte de Floyd, habían estado ocupados trabajando en las carreras de tres fiscales de distrito de Florida, realizando sondeos puerta a puerta para candidatos como Monique Worrell en el Condado de Orange, que quería acabar de una vez con el encarcelamiento masivo, poner más controles a la policía y reescribir las políticas de fianza. Cuando comenzaron las grandes protestas, Rachel trató de desconectar el ruido y mantener a los activistas enfocados en estas carreras, y lograron ayudar a que Worrell resultase elegida.

Los Dream Defenders también enviaron a cientos de personas a las reuniones de la comisión del condado en el verano y el otoño para impulsar el tema de la policía, aunque aquí, también, eran conscientes de lo lejos que podían llegar. «Creo que nuestras comunidades no están totalmente detrás de esto. No creo que lo entiendan», dijo Rachel. «Nos sentamos incluso con

algunos de los comisionados del condado más progresistas, y su respuesta es algo así como: "Está bien, lo entiendo, no quieres que construyamos esta nueva cárcel. ¿Y qué se supone que debemos hacer exactamente en vez de eso?"». Quería hacer un taller sobre el lenguaje que usaban los activistas, haciendo hincapié en las inversiones que podrían hacerse con el dinero que de otro modo iría a parar a un helicóptero de la policía en lugar de amenazar con quitar algo. La reducción o eliminación de los fondos podría no ser la mejor articulación de esta idea. «Honestamente, estoy menos comprometida con las palabras y más comprometida con el concepto».

A Rachel la preocupaba mucho preservar este trabajo y sus beneficios, especialmente cuando el hashtag se disparó nuevamente. Otros activistas también estaban preocupados. Allen Kwabena Frimpong, un experimentado organizador y artista que había trabajado con la facción de Black Lives Matter en la ciudad de Nueva York, me dijo que hubo momentos durante el verano de 2020 que le recordaron a lo que había escuchado sobre las protestas masivas y los disturbios tras el asesinato de Martin Luther King Jr., cuando a pesar de todo el dolor expresado, el porcentaje de población negra de cada ciudad apenas logró que nombraran una calle en su nombre, como el Bulevar MLK Jr., y poco más. Eso le vino a la mente cuando vio a la gente emocionarse al ver las palabras Black Lives Matter impresas en el parqué de las canchas de baloncesto de la NBA. «Los que llevamos bastante tiempo organizándonos podríamos verlo venir», me dijo. «Esas acciones simbólicas en realidad terminan afianzando el statu quo aún más, porque crea la ilusión de que el trabajo de abordar todos estos problemas inabordables ya está hecho». Los símbolos, dijo, se acaban convirtiendo en condescendientes palmaditas en la cabeza. [32]

Durante el verano de 2020, Rachel afirmó que solo encontró pequeños grupos de activistas que parecían ser conscientes de esto y eran capaces de pensar a largo plazo. Uno de ellos, dijo, estaba en Minneapolis. «Era el resultado de años de estrategia», dijo Rachel. «Llenaron la comisión del

condado con simpatizantes de nuestro movimiento. Y eso llevó a lo que sucedió cuando estalló la protesta. Pero en general, en todo el país, creo que hay una falta de liderazgo. El movimiento necesita asumir mucha más responsabilidad a la hora de trabajar sobre el terreno, identificando a los líderes en las futuras protestas, y definiendo sus exigencias. Y eso es mucho más laborioso que simplemente escribir "Hay que reasignar los fondos de la policía" en las redes sociales».

Rachel conocía bien la forma en que la atención podía subir y bajar, y en última instancia sintió que era algo bueno para los manifestantes más nuevos, muy revolucionarios, experimentar tanto la energía del verano como la angustia de sus propias limitaciones. «Han vivido un período de movimiento, y han visto que es necesario, pero no suficiente».

Al llegar el otoño, las pancartas todavía estaban bien visibles, pero algo había cambiado. Las letras amarillas de diez metros de largo que deletreaban «Black Lives Matter» en Washington, D. C., en un tramo de calle junto a la Casa Blanca, y frente a la Torre Trump en Manhattan, destacaban todavía sobre el asfalto, aunque estas últimas habían sido desfiguradas muchas veces con violentas manchas de pintura negra. Las protestas habían disminuido en gran medida a finales de julio, y allí donde persistían, habían adquirido un tono más siniestro, especialmente en ciudades como Portland y Seattle, donde la mayoría de los jóvenes anarquistas blancos corrían como salvajes de aquí para allá, desfilando amenazadoramente por las calles de los suburbios. A pesar de que un recuento de todas las manifestaciones que se habían celebrado entre el 24 de mayo y el 22 de agosto, llevado a cabo por el Armed Conflict Location & Event Data Project («Proyecto de Localización de Conflictos Armados y Datos sobre Acontecimientos»), reveló que el 93 % de ellas habían transcurrido sin violencia ni daños a la propiedad, los memes,

incontrolables como solo los memes pueden serlo, comenzaron a crear una sensación de caos y peligro en algunas personas.[33] Los propios activistas parecían incómodos con ciertas mutaciones de algunos memes, como la extraña vida después de la muerte de las víctimas. La imagen de Breonna Taylor apareció en camisetas y tazas, y en la portada de rutilantes revistas de moda; incluso se montó un «evento de empoderamiento de las mujeres» en Louisville llamado BreonnaCon, que incluía una barbacoa «Bre-B-Q».[34] Sin embargo, tal vez lo más desalentador de todo fue que cuando una encuesta de Pew tomó la temperatura del país sobre Black Lives Matter en septiembre, en ella se ponía de manifiesto que el apoyo sin precedentes visto en junio había caído con rapidez, del 67 % al 55 % (entre los blancos se había desplomado del 60 % al 45 %). Incluso la producción del programa *Cops* volvió a ponerse en marcha en septiembre, tres meses después de que se cancelara públicamente.[35]

Y en Minneapolis, la historia de Miski también había dado un giro.

Unas semanas después de su promesa, el consejo de la ciudad votó de manera unánime la organización de un referéndum que decidiría el destino del departamento de policía. Sin embargo, antes de que se pudiera plantear la pregunta en una papeleta electoral en noviembre, intervino un grupo de voluntarios de la ciudad nombrados por el juez principal de distrito. Su tarea, como Comisión Estatutaria de Minneapolis, consistía en evaluar cualquier alteración del estatuto, que era esencialmente la constitución de la ciudad. Y tuvieron problemas con la abolición. El crimen estaba aumentando en Minneapolis, y había muchas voces pidiendo más policías en la calle, no menos. En opinión de los comisarios, todo resultaba demasiado apresurado. Y poco después, el *Star Tribune* de Minneapolis publicó una encuesta que encontró un fuerte apoyo a la idea de desviar el dinero del presupuesto de la policía hacia los servicios sociales, pero una clara oposición a la disolución total de la policía, una postura defendida por el 50 % de la población negra.[36] A principios de septiembre, la comisión

votó en contra de lo promulgado por el Ayuntamiento. No habría referéndum. [37]

Para Miski, fue exasperante que un puñado de personas no elegidas, en su mayoría blancas, que parecerían tener un interés personal en mantener el statu quo, hubieran socavado su trabajo de esa forma. Lo sintió como un ardid antidemocrático, una treta justo cuando estaba segura de que toda su organización estaba a punto de dar sus frutos, un sistema diseñado a prueba de fallos para evitar que tuvieran éxito. Además, Miski también se enfrentaba a una realidad incómoda, la misma que Rachel había tenido que asumir en Miami: una vez que el subidón de respuesta al asesinato de George Floyd fue disminuyendo, para la mayoría de la gente dejó de tener sentido la idea de abolir la policía, y cada vez le gustaba menos. La comisión estaba lejos de ser la única que mostraba un cierto escepticismo sobre un mundo sin policías.

Miski no se dio por vencida, y se tomó sencillamente como la siguiente fase en un ciclo que ahora se había vuelto muy familiar. «Hubo un tiempo después de Ferguson, hubo un tiempo después de Mike Brown, después de Sandra Bland, después de Jamar Clark, en el que la atención comenzó a desvanecerse, y es justo en esos momentos cuando los organizadores tienen que hacer su trabajo», dijo Miski. «Es cuando tenemos que hablar con la comunidad; es entonces cuando tenemos que trabajar en nuestra estrategia narrativa. Tenemos que seguir organizándonos. Por todo ello, aún no me siento derrotada». Mientras tanto, Black Visions había recaudado unos extraordinarios treinta millones de dólares cuando llegó el otoño, y estaba descubriendo cómo transformarse en una organización multimillonaria sin perder su alma. Miski dijo que, en realidad, la repentina pausa era positiva. El grupo necesitaba tiempo para reunirse y tomarse un respiro después del tumultuoso verano, para evaluar sus decepciones y logros, para descubrir cómo utilizar mejor y de la manera más justa sus nuevos recursos. También establecieron qué espacios funcionarían para esta parte del trabajo: las

conversaciones en las esquinas, sus grupos privados de Signal. Miski incluso fantaseaba con su propio Apagón. «He hablado con Rachel sobre eso», dijo Miski. «Hemos estado pensando en cómo funcionaría un Apagón para nosotros».

En cuanto al referéndum sobre la abolición de la policía, Miski tenía la intención de presentarlo a la gente de Minneapolis al año siguiente, en la votación de 2021. [38] Con este fin, Black Visions construyó una campaña en torno a lo que Miski llamó «una agenda popular, un presupuesto popular y una carta popular». El grupo planeaba salir a las calles y lograr que tantos ciudadanos como fuera posible firmaran una petición pidiendo a la ciudad que les diera voz en el asunto. Y la recogida de firmas serviría además para otro propósito. «Vamos a hablar con miles y miles de personas en Minneapolis sobre su opinión en temas de seguridad», dijo Miski. «Porque si hacemos eso, y logramos que la gente nos dé sus firmas y diga que quiere que esto se incluya en la votación el próximo año, ya no habrá forma de que la comisión constituyente o cualquier otra persona pueda evitar que efectivamente esté en esa votación». La encuesta también trataría de cambiar el marco del tema de la «abolición» por lo que llamaban «seguridad liderada por la comunidad». Cuando Miski me contó cómo imaginaron que la petición no solo podía llegar a la gente y unir al movimiento, sino también generar pequeños momentos de comunicación que creasen un electorado para una causa que nadie se hubiera atrevido a soñar solo diez años antes, me trajo a la mente a los hombres y mujeres trabajadores en la Inglaterra de la década de 1830 que impulsaron su propia carta popular.

La lucha más inmediata para la que Miski se estaba preparando cuando charlamos a finales de 2020 era sobre el presupuesto de la ciudad, sobre cómo canalizar más dinero desde la policía hacia la Oficina de Prevención de la Violencia que el grupo había ayudado a poner en marcha en 2018. Desde su creación, la ciudad no había aportado más de un millón de dólares

cada año para su gestión, pero a principios de diciembre, en gran parte como resultado de la aparición de Black Visions y su creciente influencia política (los miembros del consejo de la ciudad empezaban a sentir que estaban en deuda con el grupo), el 4,5 % del presupuesto de la policía, casi ocho millones de dólares, se desvió a la nueva oficina para pagar a un equipo de profesionales de salud mental que podrían responder a situaciones que hasta ese momento se habían dejado en manos de la policía.[39] «Eso se sintió como una victoria», dijo Miski. El grupo se lo había ganado, ejerciendo presión, haciendo llamadas telefónicas nocturnas y siempre apareciendo con fuerza en esas reuniones comunitarias. Estaban recurriendo a un mecanismo diferente y, aunque más lento, estaba funcionando.

Epílogo
Mesas

En *LA CONDICIÓN HUMANA*, su tratado filosófico de 1958, Hannah Arendt se mostró inquieta ante la eventual desaparición de lo que ella bautizó como «el mundo común». ¿Qué quería decir exactamente con esta frase? Pues sigue sin estar demasiado claro en la actualidad, aunque para ella parecía englobar todos los elementos concretos y estables, las instituciones y los artefactos, desde las escuelas hasta los letreros de las calles, que constituyen nuestra realidad compartida. Su libro fue una respuesta a la por entonces acelerada carrera espacial, y al impulso hacia la automatización, que en la clarividente opinión de Arendt acabaría haciendo que la gente se desacoplara de este mundo común (para, literalmente, escapar de los límites de la Tierra) y avanzara hacia versiones sintéticas y virtuales de la realidad en las que cambiaría por completo la definición misma de lo que significaba ser humano. [1]

Me siento atraído por esta idea de que lo que nos salva a todos de estar atomizados y a la deriva es un conjunto de elementos vinculantes. Para Arendt, estos elementos eran el requisito previo para poder hacer política, para mantener la sociedad y la cultura, y, también, para vivir una vida significativa. En un pasaje del libro utiliza una amplia metáfora para describir cómo sería el mundo si perdiéramos estos elementos: «Lo extraordinario de esta situación se asemeja a una sesión de espiritismo en la que un número de personas reunidas alrededor de una mesa podrían, a

través de algún truco de magia, ver como la mesa desaparece de repente, de modo que dos personas sentadas una frente a la otra ya no tienen nada que las separe, pero tampoco tienen nada tangible que las una».

Están todos juntos, compartiendo una mesa, comiendo sobre ella, enfadándose y golpeándola con el puño, viendo su saliva volar sobre ella o apoyando la mano sobre su madera granulada. Y de repente ya no está, y los comensales ya no son nada el uno para el otro, solo personas sentadas torpemente. Arendt decía que era la existencia de la mesa misma lo que nos conectaba, lo que formaba el grupo, la comunidad. Y creo que su uso de una mesa como metáfora fue intencionado: el contexto para esta reunión era una cosa hecha por el hombre, un objeto aserrado, tallado y ensamblado con un propósito, el de atraer a los individuos a la deliberación, sin dejar de mirar los rostros de los demás.

Esto es lo que he estado buscando en nuestro pasado predigital, estas mesas de unión, y las encontré en cartas, en *samizdat* y en fanzines. Para Arendt, el mundo común era en líneas generales lo que hace humanos a los humanos, pero su pensamiento también parecería aplicarse a cualquier grupo de personas cuyas aspiraciones se encuentran fuera de las normas de la sociedad, que necesitan un medio para relacionarse entre sí, separadas del resto. Son precisamente estas mesas las que permiten que se formen nuevas identidades y posibilidades.

Cuando internet comenzó a colonizar cada rincón de nuestras vidas, la promesa inicial parecía ser una sala infinita llena de este tipo de mesas. Sin embargo, cuando las comencé a buscar a mediados de la década de 2010 no encontré muchas. Solo destinos a los que todos llamamos «sociales». Gran parte del problema, según me di cuenta, era semántico. ¿En qué se había convertido lo «social»? Podríamos unirnos a Facebook o Twitter y entrar en el laberinto de ratas con recompensas y castigos que hacía que los modelos de negocio de estos sitios funcionaran y terminar sintiéndonos bastante solos, distraídos y confundidos. Hemos visto las consecuencias de esto para

los activistas de la Primavera Árabe y Black Lives Matter, que llegaron con las mejores intenciones, intentaron sentarse a la mesa y acabaron dándose de bruces contra el suelo por falta de apoyo.

A finales de la década, sin embargo, esta errónea interpretación de lo que significaba «social» había desaparecido, y muy pocas personas ya tenían dudas sobre lo que significaba interactuar en Facebook, incluido el propio Mark Zuckerberg. En un extraordinario mensaje de marzo de 2019, en el que anunció una nueva dirección para su empresa, Zuckerberg reconoció la confusión de categoría. «En los últimos quince años», escribió, su plataforma había ayudado a las personas a «conectarse con amigos, comunidades e intereses en el equivalente digital de una plaza de la ciudad». Sin embargo, resulta que los usuarios de Facebook, despertados con el bullicio y el ruido de los vendedores ambulantes, los pregoneros y los chismes interminables, querían un tipo diferente de esfera social. «Cada vez más, la gente también quiere conectarse de forma privada en el equivalente digital de su salón». [2]

Este «salón» se parece mucho a nuestra mesa. En palabras del propio Zuckerberg: «Las personas deben disponer de espacios simples e íntimos, donde tengan un control claro sobre quién puede comunicarse con ellos y la confianza de que nadie más puede acceder a lo que comparten». En su aislamiento y singularidad, estos salones serían espacios alejados del que consideraba principal objetivo de su página, que siempre había sido «acumular amigos o seguidores». No hace falta decir que Arendt se sentiría horrorizada ante la idea de acumulación como razón de ser de cualquier entorno social. Y desde luego, no es la mejor forma de controlar las ideas radicales.

En los últimos años, tanto los degenerados como los disidentes han llegado a esta conclusión por su cuenta, encontrando formas de reutilizar nuevas plataformas como Discord, o tecnologías más antiguas como las cadenas de correo electrónico, para obtener lo que necesitaban. El deseo de

disponer de mesas es humano y nunca ha desaparecido del todo, y es particularmente fuerte cuando uno se despierta y se da cuenta de que sus propios intereses y preocupaciones pueden desviarse hacia los lados. Para aquellos pioneros digitales, esto era básicamente el propósito de internet. Se imaginaban que estaban construyendo comunas, alejadas del resto del mundo y formadas solo por su entorno cercano, una especie de reconstitución pixelada de la tribu. Nos hemos desviado de esta visión original, y en verdad siempre fue esencialmente una fantasía, un viaje de mescalina por el desierto. Dicho esto, si ahora entendemos hasta qué punto son necesarias las mesas, ¿dónde podemos encontrarlas hoy y dónde podrían ubicarse en el futuro? El necesario cambio radical no puede esperar a que Zuckerberg decida que es hora de comenzar a construir esos salones.

¿Y si pudiésemos concebir las redes sociales como algo más amplio, como cualquier otra plataforma digital que permite a la gente comunicarse entre sí? Esto fue lo que hizo Ethan Zuckerman como investigador visitante en el Instituto Knight de la Primera Enmienda en 2020, cuando comenzó un proyecto para trazar un mapa preciso de toda la amplitud de las redes sociales. Zuckerman tenía la intención de cartografiar no solo las grandes masas de tierra, como Facebook, sino también las pequeñas islas y penínsulas que sobresalían del continente. Exjefe del Centro de Medios Cívicos del MIT, Zuckerman se ha convertido en una especie de Buda del activismo digital, responsable al principio de su carrera de crear el «anuncio emergente», esa pesadilla de nuestra existencia en internet, pecado mortal que parece haber estado expiando desde entonces. Como pensador, no le interesa exactamente la originalidad, no quiere buscar fuera de la caja de herramientas hasta dar con algo totalmente nuevo, sino más bien escudriñar en su interior para asegurarse de que no queden herramientas sin usar. Tal fue el impulso para este proyecto. En lugar de soñar con regulaciones que

podrían romper Facebook, los críticos deben mirar exhaustivamente lo que hay, «identificando plataformas que se aparten del statu quo». Como él dice, «hay un espacio heterogéneo de las redes sociales fuera de la sombra de las principales plataformas, y creemos que es allí donde radica la clave para un futuro diferente». [3]

Para comenzar esta búsqueda, identificó los elementos que conforman el carácter de cualquier red social, entre ellos su modelo de gobernanza (qué discurso es aceptable y quién decide si lo es), su ideología como plataforma (la de Facebook, dijo, era «conectar a todos y maximizar el valor para los accionistas») y, lo más interesante, lo que llamó sus «permisos», lo que permite hacer a un usuario (compartir una publicación, «votar» un comentario, mostrar una serie de *likes*, etcétera). Creía que estas eran las características que daban forma a una conversación, y comenzó a usarlas para construir su mapa, dividiendo toda la gama de redes sociales en amplias regiones, continentes separados, cada uno impulsado por una «lógica» diferente.

Encontró, por ejemplo, un grupo de plataformas que tenían una orientación «local», lo que significa que organizaban charlas alrededor de las acciones en un vecindario, como alguien que busca un gato perdido, advierte de un halcón visto en un árbol o anuncia una venta de garaje. [4] Incluso entre estas redes, usando sus medidores, encontró ciertas diferencias. Un sitio web como Nextdoor («Portal de al lado»), por ejemplo, funciona de manera muy similar a Facebook en sus posibilidades. Cualquiera puede publicar cualquier cosa, aparece instantáneamente en el sitio y luego la gente puede comentar. Y, al igual que Facebook, esto a veces puede derivar en diatribas sobre si era racista suponer que un hombre negro estaba merodeando o si debería aprobarse una nueva ordenanza de zonificación. Hay otros sitios con esta lógica local pero diferentes gobiernos y permisos, como Front Porch Forum («Foro del porche delantero»), que fue creado por una pareja de Vermont que buscaba el apoyo de sus vecinos

después de que su hijo desarrollara una parálisis cerebral. El sitio ahora funciona en todas las ciudades de Vermont, y también en algunas en Nueva York, Massachusetts y New Hampshire. A diferencia de Nextdoor, Front Porch Forum tiene un equipo de moderadores que revisan cada publicación para asegurarse de que se adhiera a la «misión de construcción de la comunidad» establecida por el sitio web. Además, las publicaciones y los comentarios no aparecen de inmediato, sino que se suben todas juntas una vez al día, como si fuera un periódico local; la lentitud intrínseca del proceso permite a menudo más consideración y provoca menos conflictos.

Me gustó mucho la forma de pensar de Zuckerman sobre la arquitectura de una red social, sobre cómo puede fomentar ciertos tipos de conversación y excluir otros. Sin embargo, cuando le pedí que me dirigiera hacia el archipiélago de *samizdat* en su mapa, Zuckerman se mostró más circunspecto. [5] En su mayoría, dijo, este tipo de conversaciones grupales privadas, profundas e íntimas ocurren cuando las personas se ven obligadas a abandonar las plataformas más grandes. «Estos son grupos que básicamente dicen que, dado que no pueden tener suficiente libertad de expresión en estos entornos, es necesario forjar espacios propios», me dijo Zuckerman. Sus ejemplos de comunidades que hacían precisamente esto fueron bastante aterradores. Mencionó a Mastodon, un clon de Twitter que tiene una diferencia fundamental: está descentralizado, lo que significa que cualquiera puede alojar su propio nodo de servidor en la red (los usuarios de Mastodon llaman a estos nodos «casos»), dando vía libre a los grupos para crear sus propias versiones más pequeñas y autocontroladas que Twitter.

En un momento de 2017, Zuckerman sintió curiosidad por Mastodon. Durante sus investigaciones, descubrió que había despegado principalmente en Japón, y cuando cavó un poco más profundo, se dio cuenta de que esto se debía a que uno de los nodos más grandes estaba hecho de personas interesadas en lolicon. Lolicon (agárrense) es una rama del manga que consiste en dibujos sexualizados de chicas jóvenes. Twitter había eliminado

a los seguidores de lolicon, clasificando su pasatiempo como pornografía infantil, por lo que encontraron su camino hacia un lugar diferente y menos restrictivo. En Estados Unidos se peodujo una tendencia similar con los supremacistas blancos: tras ser expulsados por Discord, muchos de ellos fueron a Gab, otro nodo de Mastodon. Este patrón se repitió tras el asalto al Capitolio en los últimos días de la presidencia de Trump, con su banda de seguidores acérrimos saltando de Parler a Dlive, de Rumble a MeWe.

Le dije a Zuckerman que necesitaba algo un poco más orientado a lo social, un lugar en el mapa donde, por ejemplo, los organizadores de Black Lives Matter pudieran elaborar estrategias entre ellos sobre la mejor manera de influir en un consejo municipal local. «Taiwán». «Fíjate en Taiwán», dijo. Resulta que Taiwán ha estado realizando un experimento justamente con el tipo de plataformas que había estado investigando. Todo comenzó en 2014 con el Sunflower Movement («Movimiento del Girasol»), cuando un grupo de estudiantes ocupó el edificio del Parlamento en Taipéi durante tres semanas para protestar contra un proyecto de ley comercial que estaba a punto de firmarse con China, y que temían que le diera a la amenazadora superpotencia demasiada influencia sobre su país. Como parte de la estrategia del gobierno para resolver las tensiones creadas por el enfrentamiento, invitó a los activistas de Sunflower a diseñar una plataforma que facilitara la comunicación con los jóvenes de Taiwán. Un grupo de hackers de mentalidad cívica conocidos como «g0v» (pronunciado «Gov Cero») pronto creó vTaiwan, una herramienta de redes sociales para llevar a una franja más amplia de la población al proceso legislativo. Y para potenciar esta herramienta, se creó una plataforma llamada Pol.is, que parecía darles la vuelta a las redes sociales al incentivar la exposición de una gama más amplia de puntos de vista y opiniones, y ayudar a crear consenso.

En uno de los primeros usos de Pol.is, en 2015, el gobierno taiwanés se enfrentó a la cuestión de la regulación de Uber. [6] A los jóvenes les gustaba

el servicio, mientras que los taxistas locales estaban molestos por la competencia. Cualquiera que se preocupara por este tema y quisiera opinar era invitado a unirse al debate a través de Pol.is, donde tenían acceso a una serie de declaraciones que abarcaban todo el espectro de opinión: algunas proponían que Uber fuera prohibida por completo, otras insistían en que la decisión la debería tomar el mercado y otras se situaban en algún término medio («Creo que Uber es un modelo de negocio que puede crear empleos flexibles»). Los participantes también podían agregar sus propias declaraciones, pero no podían responder a las de otras personas, a las que solo podían indicar «De acuerdo», «En desacuerdo» o «Sin opinión». Pol.is luego usaba los datos acumulados para construir un mapa de opinión en tiempo real. Al principio, el debate se polarizó entre dos grandes facciones, una a favor y otra en contra de Uber, pero a medida que cada grupo buscaba atraer a otros, la gente comenzó a incluir declaraciones menos extremas, como «El gobierno debería establecer un régimen regulatorio justo» o «Debería estar permitido que un conductor individual se una a múltiples flotas y plataformas». El mapa comenzó a romperse, pasando de dos a siete grupos, cada uno de los cuales representaba una opinión que la mayoría de la gente consideraba razonable, y que acabó convirtiéndose en el punto de partida para la normativa real.

A pesar de que Pol.is se ha utilizado casi exclusivamente en este tipo de debates democráticos a gran escala, lo que inspiró la creación de la plataforma fue en realidad un movimiento social. Pol.is fue ideado por un puñado de frikis de las ciencias políticas con sede en Seattle, liderados por Colin Megill, que no llegó al proyecto con las habilidades de un programador, sino como alguien con un título en relaciones internacionales. Megill se decidió a desarrollarlo después de ver lo que les estaba sucediendo a los activistas: «Estaba viendo a un montón de personas en el movimiento Occupy Wall Street tratando de hablar todos a la vez, y nadie tenía idea de si estaban hablando en nombre de todos, pero todos pensaban

que efectivamente así era. Y ese movimiento acabó disolviéndose». Su siguiente punto de datos fue la plaza Tahrir. Twitter y Facebook eran básicamente un lugar para «peleas de almohadas», dijo. «Pero cuando se trataba de decir: "Redactemos una constitución", parecía evidente que esta herramienta no se creó para esto. Es solo para peleas de almohadas». [7]

Así pues, Megill y sus amigos reflexionaron cuidadosamente sobre cómo diseñar una plataforma que permitiera a las personas visualizar sus puntos de acuerdo y de discrepancia. La decisión de no permitir que los usuarios respondieran a las declaraciones de opinión de los demás fue muy meditada, y al aplicarse tuvo el efecto deseado. «Hay que imaginar las redes sociales como un estadio de fútbol. Si todos se limitan a gritarse de un lado al otro del estadio con todos los demás, el resultado es que se acaba peleando a puñetazos», dijo Megill. «Pero si cada comentario tiene que bajar al campo, y todo el mundo debe pasar por él en fila india para dar o no su aprobación, entonces se impone un cierto orden». Continúa habiendo interacción, «pero las interacciones están produciendo una gran cantidad de datos útiles». El grupo más grande que ha puesto a prueba a Pol.is ha sido un movimiento político alemán de izquierda, Aufstehen, en el que cerca de treinta mil personas elaboraron su propia plataforma.

Megill considera que los movimientos sociales, los impulsores del cambio, están limitados en sus acciones y en su capacidad de evolucionar y adaptarse porque dependen de herramientas que solo funcionan en un mundo en blanco o negro. Cuando se consigue discernir matices de diferencia, se abren nuevas estrategias y alianzas. «Vivimos en una única dimensión política porque nuestras categorías para expresarnos y nuestras herramientas para pensar sobre nosotros mismos y los demás son puramente unidimensionales», dijo.

Pol.is es sin duda una especie de red social, que los revolucionarios egipcios o los activistas de Black Lives Matter hubieran encontrado realmente útil, y que incluso podría haber ayudado a los médicos de urgencias que intentaban armonizar la orientación que estaban enviando a un público confundido y temeroso durante la pandemia. No obstante, también es esencialmente una aplicación de encuestas equipada con una excelente visualización de datos. Lo que la gente necesita es poder hablar.

Otro de los amplios territorios investigados por Zuckerman me pareció más prometedor: las aplicaciones de chat como WhatsApp, Discord, iMessage, Snapchat, Slack, Telegram y Signal. Zuckerman clasificó sus características definitorias en tres grupos, «privacidad, fugacidad y gobierno de la comunidad», algunas de las cualidades exactas que habían logrado que las formas predigitales de los medios interactivos fueran tan útiles. A finales de la década de 2010, las cuatro principales aplicaciones de mensajería habían superado a las cuatro principales aplicaciones de redes sociales en número de usuarios activos mensuales. Probablemente sea esta la razón por la que Mark Zuckerberg quiere reconducir a Facebook en esta dirección (y por la que su compra de WhatsApp en 2014 ahora parece tan inteligente).

Estas aplicaciones de chat, como ya hemos visto, pueden resultar muy útiles para representar en forma digital el tipo de pequeñas comunidades que los escritores de cartas, *samizdat* o fanzines crearon entre sí. Es un punto que a menudo se olvida, porque tendemos a concentrarnos en sus aspectos más oscuros: cómo evaden la vigilancia o proporcionan un espacio seguro a pedófilos o grupos de odio. Sin embargo, también permiten una cierta credibilidad e intensidad productiva. El creador de Signal, un anarquista escurridizo que se hace llamar Moxie Marlinspike, describió el papel de su plataforma en un perfil del diario *The New Yorker* en 2020. Ya que una aplicación como Signal es conocida por su cifrado hermético de extremo a extremo, es fácil olvidar para qué sirve todo este secreto e

imaginar lo peor. Pero Marlinspike considera la privacidad como un ingrediente necesario para el tipo de experimentación que hace posible el cambio social. «Si no estoy satisfecho con este mundo, y seguramente no lo estoy, el principal problema es que solo puedes desear mejoras en función de lo que sabes», dijo Marlinspike. «Tienes ciertas experiencias en este mundo, que producen ciertos deseos, y esos deseos reproducen el mundo. Nuestra realidad de hoy continúa reproduciéndose. Si eres capaz de crear diferentes experiencias que manifiesten diferentes deseos, entonces es posible que conduzcan a la producción de mundos diferentes». [8]

La aplicación de Marlinspike permite a las personas controlar el tamaño de sus espacios privados y quién puede entrar en ellos, garantizando que sus paredes estén insonorizadas. Para un grupo de disidentes, esto es algo maravilloso, pero también es extremadamente útil para cualquier grupo de personas que necesiten descubrir cómo van a desafiar un statu quo, o incluso simplemente convencerse a sí mismas de que pueden hacerlo.

Recientemente leí un artículo sobre Alyssa Nakken, que se había convertido en la primera mujer en la historia de las Grandes Ligas de Béisbol en ser entrenadora en el campo. Resulta que Alyssa forma parte de un grupo semisecreto de WhatsApp de mujeres que trabajan en el mundo del deporte. Inicialmente eran diez mujeres, pero el grupo creció hasta llegar a cuarenta y nueve en solo un año, y se ha convertido en un espacio para compadecerse, compartir historias y ofrecer apoyo. Es su forma de sobrevivir, e incluso posiblemente prosperar en una cultura fuertemente dominada por los hombres (es más fácil imaginar a una mujer presidenta que a una lanzadora femenina en las Grandes Ligas). El grupo, creado por una coordinadora de habilidades vitales de los Cleveland Indians, ha fomentado la solidaridad entre las mujeres, y ha funcionado como una plataforma de despegue desde la que infiltrarse en un mundo tan cerrado. «Esto es como otro tipo de familia», dijo Nakken. «Si hay algo que me está

pasando, puedo compartirlo con ellas, y me comprenden. Simplemente, lo entienden». [9]

¿Podría una plataforma más grande, como Facebook, crear estas oportunidades? Algunas personas me señalaron hacia China y su enormemente popular WeChat como un vistazo al futuro. WeChat comenzó en 2011 como una aplicación de mensajería, y finalmente asumió una serie de otras funciones, incluida la de plataforma de comercio electrónico adoptada por prácticamente todo el país. Parte de su éxito tiene que ver con la forma en que define las redes sociales: intencionadamente tienen un tamaño reducido y reflejan los contactos reales de una persona en el mundo real. Si dos personas realizan sendos comentarios sobre la misma publicación, y estas personas no están conectadas entre sí en la aplicación, nunca verán lo que escribió la otra. Debido a que WeChat no obtiene la mayor parte de sus fondos a través de la publicidad, nunca ha tenido un incentivo para maximizar la interacción. En otras palabras, la aplicación no está diseñada para presentar a los seres humanos entre sí (a pesar de que la utilizan más de mil millones de personas). Esto resulta muy atractivo para los chinos, que parecen preferirla a Weibo, la respuesta de China a Twitter. An Xiao Mina, un escritor que ha estudiado la internet china, me explicó que después de todo el troleo, la desinformación y las polémicas que se giraron en torno a Weibo (¿nos suena de algo?), hubo un «cambio hacia lo privado, donde la gente piensa que al menos tiene su propio pequeño oasis». [10]

Por supuesto, WeChat es un ejemplo algo engañoso, ya que la privacidad que experimentan sus usuarios es solo una ilusión. Los usuarios de WeChat están siendo observados en todo momento, gracias a un sistema de vigilancia llamado Skynet, programado para buscar frases, enlaces e imágenes políticamente sensibles, y lo bastante sofisticado como para detectar un simple chiste a expensas del líder Xi Jinping. [11] En los primeros meses del coronavirus, un grupo de vigilancia llamado Citizen Lab

descubrió que más de dos mil palabras clave relacionadas con la pandemia estaban siendo censuradas en WeChat. Entre ellas, figuraba el nombre de Li Wenliang, el médico de Wuhan que, al igual que Amanecer Rojo, trató de advertir a sus colegas sobre la aparición de una posible nueva enfermedad infecciosa, fue reprendido y luego murió por el propio virus unas semanas más tarde.

Tuve la oportunidad de examinar el mapa de redes sociales de Zuckerman durante mucho tiempo. Hay plataformas prometedoras, o rincones en las plataformas, incluso cuando las redes sociales en su conjunto parecen cada vez más dependientes del capitalismo y su conocida dialéctica: cuando una forma segura de obtener ganancias choca con lo que la gente realmente quiere y necesita, hay un reajuste para que el dinero siga fluyendo. ¿Facebook realmente se transformará en una serie de salones privados? No a menos que a esa compañía se le ocurra un modelo de negocio que haga que esos salones sean tan lucrativos como la plaza del pueblo. ¿Puede una aplicación de conversaciones protegidas como Signal seguir siendo una organización sin fines de lucro? Tal vez, pero si no se amplía, lo cual requerirá dinero, ¿cómo puede llegar a las personas que podrían verse beneficiadas por el aislamiento que ofrece?

Tal vez anhelar de esta manera un medio perfecto y mágico para el cambio social y político sea un error en sí mismo. La esperanza para el futuro podría provenir de un cambio de mentalidad, eliminando la ensoñación que ha coloreado gran parte de nuestro pensamiento sobre la comunicación en línea durante tanto tiempo, y aceptando por fin el hecho de que las plataformas no son neutrales. Internet es un mundo de martillos y destornilladores, sierras y alicates, cada uno con su propia función particular, útil para algunas tareas y completamente inútil para otras. Para las vanguardias actuales, como Rachel Gilmer o Miski Noor, esta es la idea esencial: que la forma y el alcance del cambio que buscan depende tanto de

estas herramientas como de su propia voluntad y deseo de cambio. Ahora saben que tienen que ser muy cuidadosas a la hora de elegir una u otra.

Echando la vista atrás, ¿cuáles fueron las recompensas de esa intensidad silenciosa cuando por fin logró alcanzarse? Ojalá la historia pudiera ofrecernos una respuesta clara y rotunda, con repique de campanas incluido, pero no es así como funciona el cambio, ni siquiera en las mejores circunstancias. Para discernir la continuación de las historias de incubación temprana y cómo podría ser el futuro, necesitamos sentirnos cómodos con el tipo de progreso que adquiere la forma de una carrera de relevos.

Cuando Mina Loy abandonó Florencia rumbo a Nueva York en 1916, en plena primera guerra mundial, durante las siguientes décadas se movió a través de una serie de enclaves bohemios, yendo y viniendo entre París y Manhattan, en compañía de escritores y artistas como Ezra Pound y Marcel Duchamp, disfrutando de una contracultura donde se sentía más libre. Aun así, nunca se atrevió a publicar su «Manifiesto feminista». Sus últimos años los pasó trabajando en ensamblajes de objetos encontrados, y murió en Aspen, Colorado, en 1966, tres años después de que Betty Friedan publicara *La mística de la feminidad*. El propio manifiesto de Mina fue finalmente incluido en una colección póstuma de sus escritos en 1982, y diez años más tarde un grupo de mujeres jóvenes, que se convertirían en Riot Grrrl, cumplieron en sus fanzines su mandamiento de dejar de buscar en los hombres su propia definición y de empezar a «buscar dentro de sí mismas» lo que eran en realidad. Así es como una idea radical, incubada en un lugar y tiempo concretos, es revelada casi cien años después. Para el caso, la cosmovisión maniquea y reaccionaria de los futuristas, que había inspirado la propia ruptura de Mina con las convenciones, guarda no poca semejanza con los conceptos que encendieron las pasiones de un grupo diferente de

jóvenes en sus foros de internet, también un siglo después, cuando la Rana Pepe se convirtió en su nuevo Mussolini.

En algunos casos, movimientos que parecían prometedores se ven socavados con el paso del tiempo, oscureciendo los propios avances que llegaron a representar en su día. Después de convertirse en el primer presidente de una Nigeria independiente, Nnamdi Azikiwe fue depuesto de su cargo por un golpe militar en 1966 y evitó por los pelos el destino de muchos de sus colaboradores: el asesinato. Murió en 1996, honrado como uno de los padres fundadores de su país, pero vivió lo suficiente para ver Nigeria deshecha por los conflictos tribales entre yorubas, igbos y hausas, precisamente el tipo de violencia sectaria que Zik había temido que pudiera impedir que los africanos alcanzasen una realización plena. Natasha Gorbanevskaya fue finalmente dada de alta del Hospital Psiquiátrico Especial de Kazán en 1972, poco más de un año después de su ingreso. Abandonó la Unión Soviética para siempre en 1975, mudándose a París, donde viviría el resto de su vida, aunque regresó a Moscú en 2013, más de una década después del comienzo del gobierno de Putin, para recrear la protesta de 1968 en la Plaza Roja en su cuadragésimo quinto aniversario. Natasha y un grupo de nueve amigos desplegaron una pancarta con el mismo lema, «Por tu libertad y la nuestra», y lo hicieron exactamente en el mismo lugar, junto a la losa de Lobnoye Mesto. Fueron detenidos inmediatamente por la policía, y Natasha murió unos meses después.

Sin embargo, la mayoría de las veces, las luchas del pasado simplemente continúan resurgiendo de formas ligeramente diferentes, aunque recurran a los mismos métodos para sembrar una resistencia. Más de un siglo y medio después de que Feargus O'Connor viajara por la campiña inglesa con su petición, exigiendo un gobierno más representativo para su pueblo, Stacey Abrams hizo lo mismo en el estado de Georgia. Después de 2011, cuando se convirtió en líder de la minoría de la Cámara de Representantes de Georgia, Abrams se propuso registrar a más personas de color en el censo electoral,

para que sus preocupaciones y demandas pudieran encontrar una voz más plena. Su primer paso, sin embargo, vino de los manuales que habían ayudado a sus padres, ministros de la Iglesia Metodista Unida, cuando buscaban reforzar su congregación: recomendaban mantener una conversación íntima y continua. Y eso fue lo que hizo Abrams. Sus organizadores programaron docenas de giras para escuchar a los electores, centradas en registrar nuevos votantes, guiarlos más allá de su sensación de impotencia y dejarles hablar sobre sus necesidades. Sin llamar mucho la atención y con un marco de tiempo previsto de una década, el equipo de Abrams hizo su trabajo de manera concienzuda y constante, que alcanzó su culminación cuando, en 2020, logró convertir Georgia —que había sido un estado sólidamente republicano durante más de dos décadas— en uno demócrata, con la incorporación de un millón de nuevos votantes desde las elecciones anteriores.

El enfoque de Abrams rima con el de O'Connor porque recoge ciertas mecánicas de cómo las nuevas ideas, como el derecho al voto para todos, se abren camino hacia la realidad. El cambio radical, el cambio que quita el estuco y llega a las vigas, que ofrece la oportunidad de vernos a nosotros mismos y nuestra relación con la naturaleza o con los demás de formas distintas, no comienza con gritos, sino con la deliberación, con un tempo que se va incrementando y un volumen que va aumentando a partir de un susurro. ¿De qué otra manera se puede comenzar a imaginar lo que aún no existe?

Cualesquiera que sean las nuevas formas que encontremos para forjar un camino más allá de nuestra cacofonía actual, deberemos tener esto en cuenta. Seguramente, también se deba asumir que ni siquiera hemos comenzado a imaginar qué territorios inexplorados de las redes sociales aparecerán en el futuro, y que quizá solo existan por ahora en la mente de algún programador desconocido. Podemos enfurecernos por ello, soñar como yo hago ocasionalmente con bolígrafos y máquinas de escribir, pero

internet, esta red de redes, es donde vivimos nuestras vidas en el siglo XXI. Y ha aniquilado casi por completo todos esos otros modos de comunicación. Por tanto, debemos asegurarnos de que siga abierta la posibilidad de que esos espacios permanezcan separados, especialmente en un mundo demasiado ruidoso que solo percibe los rincones oscuros como un peligro, pese a ser precisamente allí donde pueden darse las primeras inflexiones del progreso, y donde de hecho casi siempre se producen.

El cambio parece difícil de concebir de otra manera, porque el acto de entrar en esos círculos cerrados o semicerrados es precisamente lo que altera la identidad de manera fundamental. Enfrentarse a esa losa gris interminable de la realidad parece un ejercicio menos solitario, y desmenuzarla algo menos ridículo, ya que al hacerlo uno se convierte en otra cosa: en una persona sentada ante una mesa.

Agradecimientos

Estoy realmente agradecido por poder escribir libros. No me malinterpreten: sin duda hay angustia y frustración infinitas a lo largo de todo el camino; en un momento dado, mi esposa llegó incluso a decir que sentía que este libro era como una tercera persona en nuestro matrimonio, lo cual no es algo que nadie le guste oír. Es un maratón durísimo lleno de cuestas arriba, día tras día, a través de las dudas y las distracciones. Y, sin embargo, viviendo en un momento en el que el tiempo mismo se siente escaso, ¿qué mayor lujo y privilegio podría haber que trabajar en un esfuerzo creativo que requiere años de esfuerzo? Con mucha frecuencia he deseado fervientemente terminar de una vez, pero siempre me he recordado que el intenso compromiso que exige la redacción de un libro es precisamente su mayor fuerza. Con permiso de mi mujer, es necesario prácticamente casarse con el libro que estás escribiendo para mejorarlo y para crecer con él. Y realmente no tengo palabras para agradecer el hecho de estar en situación de poder hacer esto, de que mi sueño de la infancia de sumergirme por completo en un proyecto de la mente sea lo que es, parte de mi realidad como adulto.

Este libro ha sido elaborado a partir de investigaciones y entrevistas, y está respaldado por otros libros y otros pensadores. Los capítulos históricos se beneficiaron enormemente de fuentes secundarias. Algunos de estos expertos generosamente me brindaron su tiempo, como Malcolm Chase en el del cartismo, y Sara Marcus en el de Riot Grrrls. En el caso de otros académicos, después de pasar varios meses en compañía de sus

investigaciones, llegué a sentir que los conocía personalmente: Peter Miller, en el capítulo dedicado a Peiresc; Carolyn Burke, en el de Mina Loy; y Stephanie Newell, en el de los periódicos del África occidental colonial. Para los capítulos más contemporáneos, hablé con una gran cantidad de personas realmente útiles, que conversaron conmigo durante horas, incluso sabiendo que podrían no ver el libro terminado hasta pasados unos años. Muchos, aunque no todos, están en las notas, pero quería destacar en particular a John Coate, Wael Ghonim, Eva Lee y Rachel Gilmer.

Mi editora, Amanda Cook, ha creído en este proyecto desde que no eran más que ideas inconexas expresadas en voz alta mientras tomábamos un café juntos, y nunca ha dejado de alentarlo y compartir conmigo el sueño de su realización; incluso cuando mis propias dudas me inundaban, ella todavía podía verlo con claridad. Le debo muchísimo. Es una editora como ninguna otra: meticulosa, reflexiva e indefectiblemente honesta. Como escritor, considero que el hecho de caer en sus manos ha sido el acontecimiento más afortunado de mi vida. Sin su guía, hubiera sido imposible que este libro llegase a existir y a ser lo que es, y no hay nadie con quien hubiera preferido compartir este viaje que no sea Amanda.

En Crown, también me beneficié del increíble ojo clínico de Katie Berry, que leyó múltiples versiones del manuscrito y me salvó de mí mismo en numerosas ocasiones. También le estoy agradecido a dos excelentes verificadores de datos, Gabe Levine-Drizin y Jordan Reed, que revisaron el libro con enorme meticulosidad y rapidez.

Andrew Blauner, mi agente, ha sido un amigo fiel durante muchos años, siempre disponible para una inyección de moral.

Por absurdo que pueda parecer, para redactar este libro me vi obligado a obtener un doctorado, y durante los años de mi tesis he recibido un enorme apoyo de mis compañeros de facultad en la Universidad de Columbia, que se mostraron muy pacientes y comprensivos ante un padre de dos niñas con un trabajo diario que siempre tenía que entrar y salir corriendo de las clases.

Desde los primeros años de este proyecto hasta que empezó a tomar forma, Todd Gitlin y Michael Schudson han sido mis rabinos, siempre empujándome hacia un mayor rigor y ofreciéndome su inteligencia y perspicacia. Richard John y Andie Tucher también me ayudaron a abrirme camino a través del programa. Todo mi aprecio en particular a mis lugartenientes, Burcu Baykurt, Max Foxman y Joscelyn Jurich, que tuvieron que escuchar muchas iteraciones de esta idea a medida que avanzaba hacia una imagen más clara.

Un agradecimiento especial a mis primeros lectores, que también son algunos de mis más queridos amigos. Tengo la gran fortuna de conocer a personas muy brillantes, pero me he sentido especialmente feliz de poder aprovechar al máximo su generosidad y sabiduría: Emily Eakin, Jennifer Szalai y Brent Cunningham.

Justo el mismo mes en que firmé el contrato para escribir este libro, recibí una llamada ofreciéndome un trabajo en *The New York Times Book Review.* Siempre estaré agradecido a Pamela Paul por darme ese hogar. Mis colegas allí significan mucho para mí, y la misión que compartimos, nuestra frikismo desenfadado hacia los libros, me ha hecho sentir como el niño incómodo en la cafetería que finalmente ha encontrado una mesa para sentarse. Son mi gente.

Muchos amigos me han brindado aliento y apoyo crucial durante el camino, escuchándome en mis momentos de emoción y abatimiento, y siempre diciéndome que no me preocupase, que acabaría llegando al final: Jacob Levenson, Jason Zinoman, Kavitha Rajagopalan, Daniela Gerson, Lisa Goldman, Agata Lisiak, Adrian Tomine, Sarah Brennan, Alex Mindlin, Danielle Mindlin, Julian Kreimer, Allan Jalon, Nathaniel Popper y Elissa Strauss. Pude apoyarme en algunas de mis amigas más antiguas, Helen Frazier y Deanna Kakassy, y en algunas de mis amigas más recientes: Taffy Brodesser-Akner, maestra del maravillosamente interminable intercambio de textos.

Crear las condiciones necesarias para escribir un libro cuando no es tu trabajo a tiempo completo —¡ya me gustaría!— es siempre una cuestión de improvisación continua. No obstante, nada podría compararse o podría permitirme anticipar el año 2020. La fase más intensa de la redacción del libro ocurrió durante más de un año y medio cuando, poco antes del comienzo inminente de la pandemia, partí junto con mi esposa e hijas de nuestra casa en Brooklyn para unirme a una burbuja familiar en Los Ángeles. Pronto me encontré convirtiendo una autocaravana estacionada en el camino de entrada en un estudio de escritura improvisado. Tras ese año de aislamiento, todos acabamos estrechamente unidos. Y me vieron trabajar todos los días, y experimentaron conmigo la alegría de terminar por fin el manuscrito. Mi familia, siempre cálida y amorosa, se implicó de lleno en mi torturada vida creativa como nunca había hecho, y agradezco que todo ello les permitiera conocerme de manera más completa. La burbuja merece mi total reconocimiento: mis increíblemente comprensivos padres, Ami y Batia, junto con Natalie, Dave, Maya, Yareeve, Elle, Ben y Aviv. Por si fuera poco, siempre estuvieron allí para nosotros los integrantes de la familia Kolben: Alex y Nancy, Kevin y Michal, Avigayil y Yotam.

Mis hijas, Mika y Romi, presenciaron el proceso de redacción muy de cerca. Es difícil hablar de las ventajas de la pandemia, que causó tanto sufrimiento, pero la oportunidad de pasar tanto tiempo con estas chicas, de hacer cada comida juntos, leer y explorar juntos todos los días, fue un regalo inesperado y precioso. Están creciendo para ser seres humanos sólidos que tienen en abundancia la cualidad que más cuenta: la bondad. Me siento muy afortunado.

Y finalmente, mi esposa, Deborah Kolben, que nos mantiene a todos unidos. No estoy seguro de que ella supiera exactamente lo que le esperaba cuando decidió iniciar una vida conmigo, pero incluso cuando parecía imposible equilibrar todo, y malgastaba demasiado tiempo, nunca dejó de animarme a perseguir mi propia realización. Su agudeza, su sentido del

humor y su belleza me sostienen. He estado soñando desde el día en que nos conocimos con dedicarle un libro, y poder hacerlo por fin es lo más gratificante del mundo.

Notas

1. Saul Alinsky, *Rules for Radicals* (Nueva York: Random House, 1971), xx [hay trad. cast.: *Tratado para radicales*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2012].

2. Zeynep Tufekci, *Twitter and Tear Gas: The Power and Fragility of Networked Protests* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 2017), 75.

3. Marshall McLuhan, *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man* (Toronto: University of Toronto Press, 1962). [Hay trad. cast.: *La galaxia Gutenberg: Génesis del homo typographicus,* Barcelona: Círculo de Lectores, 1998.]

4. Neil Postman, *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business* (Nueva York: Viking, 1985), 7. [Hay trad. cast.: *Divertirse hasta morir: El discurso público en la era del «show business»,* Barcelona: La Tempestad, 2012.]

5. Robert Darnton, *Poetry and the Police: Communication Networks in Eighteenth-Century Paris* (Cambridge, Mass.: Belknap Press of Harvard University Press, 2010), 1 . [Hay trad. cast.: *La poesía y la policía: Las redes de comunicación en el París del siglo XVIII,* Madrid: Clave Intelectual, 2021.]

1. Peter N. Miller, *Peiresc's Europe: Learning and Virtue in the Seventeenth Century* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 2000), 38. Más información biográfica sobre Peiresc en otros libros de Miller: *Peiresc's Orient: Antiquarianism as Cultural History in the Seventeenth Century* (Farnham, R. U.: Ashgate, 2012); *Peiresc's Mediterranean World* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2015).

2. Peiresc a Gassendi, 29 de agosto de 1635, en *Lettres de Peiresc,* ed. Philippe Tamizey de Larroque (París, 1893), 4: 534-35. Una amplia selección de la correspondencia de Peiresc fue publicada en siete volúmenes por Philippe Tamizey de Larroque como *Lettres de Peiresc* (París, 1888-1898). Otra serie confeccionada por el mismo editor, *Les correspondants de Peiresc: Lettres inédites,* fue publicada en veintiuna entregas (París, 1879-1897; reimpresa en 2 vols., Ginebra, 1972).

3. Peiresc a Mersenne, 1 de septiembre de 1635, en *Correspondance du P. Marin Mersenne,* ed. Paul Tannery, Cornelis de Waard y Armand Beaulieu (París, 1932), 5: 374.

4. Peiresc a Gassendi, 29 de agosto de 1635, en *Lettres de Peiresc,* 4: 535.

5. Miller, *Peiresc's Europe,* 2.

6. David Freedberg, *The Eye of the Lynx: Galileo, His Friends, and the Beginnings of Modern Natural History* (Chicago: University of Chicago Press, 2003), 83.

7. Peiresc a Campanella, 3 de julio de 1635, en *Fra Tommaso Campanella ne'castelli di Napoli, in Roma ed in Parigi,* ed. Luigi Amabile, 2 vols. (Nápoles, 1887), 2: 256.

8. Miller, *Peiresc's Mediterranean World,* 28.

9. Seymour L. Chapin, «The Astronomical Activities of Nicolas Claude Fabri de Peiresc», *Isis* 48, n.o 1 (marzo de 1957): 15.

10. Carta de Peiresc, 20 de septiembre de 1611, citada en Pierre Humbert, «Le problème des longitudes entre 1610 et 1666», *Archives Internationales d'Histoire des Sciences* 2 (1948): 383-84.

11. Peiresc a Pace, 10 de enero de 1611, Bibliothèque Inguimbertine, Carpentras, MS 1875, fols. 105-6. La mayoría de las cartas de Peiresc que se conservan se encuentran en esta biblioteca; han sido digitalizadas y están disponibles en línea en el sitio web de Early Modern Letters.: emlo-portal.bodleian.ox.ac.uk/collections/?catalogue=nicolas-claude-fabri-de-peiresc#partners.

12. Lombard a Peiresc, 8 de enero de 1612, Bibliothèque Inguimbertine, MS 1803, fol. 254, citada en Miller, *Peiresc's Mediterranean World,* 244.

13. John Lewis, *Galileo in France: French Reactions to the Theories and Trial of Galileo* (Berna: Peter Lang, 2006), 142.

14. Miller, *Peiresc's Europe,* 50.

15. Ian F. McNeely y Lisa Wolverton, *Reinventing Knowledge: From Alexandria to the Internet* (Nueva York: W. W. Norton, 2008), 129.

16. *De la peroración del Discurso del Método (1637) de Descartes*, citada en Marc Fumaroli, «The Republic of Letters», *Diogenes* 143 (1988): 135-36.

17. Citado en Arnaldo Momigliano, *Classical Foundations of Modern Historiography* (Berkeley: University of California Press, 1990), 55.

18. Miller, *Peiresc's Europe*, 3.

19. *Ibid.*, 26.

20. Peiresc a Mersenne, 23 de julio de 1635, en *Correspondance du Mersenne,* 5: 332.

21. Pierre Gassendi, *The Mirrour of True Nobility and Gentility,* trad. William Rand (Londres, 1657), 162-63.

22. Miller, *Peiresc's Europe*, 82.

23. Peiresc a Gassendi, 19 de abril de 1635, en *Lettres de Peiresc*, 4: 477.

24. Peiresc a P. Dupuy, 4 de marzo de 1628, en *Lettres de Peiresc*, 1: 548.

25. Peter N. Miller, «Mapping Peiresc's Mediterranean: Geography and Astronomy, 1610-1636», en *Communicating Observations in Early Modern Letters, 1500-1575: Epistolography and Epistemology in the Age of the Scientific Revolution*, ed. Dirk van Miert (Oxford: Warburg Institute Colloquia, 2012), 16.

26. Peiresc a Hazard, 10 de julio de 1635, en *Bibliothèque Inguimbertine*, MS 1874, fol. 374r.

27. Peiresc a Celestin, 14 de noviembre de 1635, *Bibliothèque Inguimbertine*, MS 1874, fols. 396v-397r.

28. San Agustín, *El Enquiridión,* cap. 9, citado en Joyce Appleby, *Shores of Knowledge: New World Discoveries and the Scientific Imagination* (Nueva York: W. W. Norton, 2013), 3.

29. Descartes a Mersenne, febrero de 1634, en *Correspondance du Mersenne,* 4: 27.

30. Peiresc a P. Dupuy, 16 de agosto de 1633, en *Lettres de Peiresc*, 2: 582.

31. Peiresc a P. Dupuy, 6 de febrero de 1634, en *Lettres de Peiresc*, 3: 28.

32. D’Arcos a Peiresc, 30 de junio de 1634, en «Suite des lettres inédites de Peiresc, comuniqué par M. Millen», ed. Alexandre-Jules-Antoine Fauris de Saint-Vincens, *Magasin Encyclopédique* 5 (1806): 143-44, citado en Jane T. Tolbert, «Ambiguity and Conversion in the Correspondence of Nicolas-Claude Fabri de Peiresc and Thomas d’Arcos, 1630-1637», *Journal of Modern History* 13 (2009): 19.

33. Peiresc a Barberini, 5 de diciembre de 1634, citado en Maurice A. Finocchiaro, *Retrying Galileo, 1633-1992* (Berkeley: University of California Press, 2005), 54.

34. Peiresc a Barberini, 31 de enero de 1635, citado en Finocchiaro, *Retrying Galileo,* 55.

35. Galileo s Peiresc, 22 de febrero de 1635, en Galileo, *Dialogues, lettres choisies,* ed. Paul-Henri Michel (París, 1966), 422.

36. Peiresc a Celestin, 29 de abril de 1635, en *Lettres de Peiresc,* 7:856-57.

37. Peiresc a Michelange de Nantes, 1 de agosto de 1634, en *Correspondance de Peiresc avec plusieurs missionaires et religieux de l'ordre des Capucins, 1631-1637,* ed. Apollinaire de Valence (París, 1891), 82.

38. Peiresc a Vendôme, 17 de mayo de 1635, en Valence, *Correspondance de Peiresc,* 137.

39. Peiresc a Vendôme, 29 de septiembre de 1635, en Valence, *Correspondance de Peiresc,* 188.

40. Tolbert, «Ambiguity and Conversion in the Correspondence of Nicolas-Claude Fabri de Peiresc and Thomas d'Arcos», 6-7.

41. Peiresc a d'Arcos, 29 de abril de 1635, en *Lettres de Peiresc,* 7: 150.

42. Peiresc a d'Arcos, 11 de mayo de 1635, en *Lettres de Peiresc,* 7: 152-153.

43. Peiresc a M. de Nantes, 21 de agosto de 1636, en Valence, *Correspondance de Peiresc,* 257.

44. Peiresc a Fabre, 21 de mayo de 1636, Bibliothèque Nationale, París, MS Nouvelles acquisitions françaises, 5172, fol. 72v, citado en Miller, Peiresc's Mediterranean World, 136.

45. Peiresc a Constans, 22 de noviembre de 1635, Bibliothèque Inguimbertine, MS 1874, fol. 402v.

46. Miller, *Peiresc's Mediterranean World,* 351.

47. Peiresc a M. de Nantes, 21 de agosto de 1635, en Valence, *Correspondance de Peiresc,* 257.

48. Peiresc a Contour, 22 de noviembre de 1635, Bibliothèque Inguimbertine, MS 1874, fol. 401v.

49. Gassendi a Peiresc, s. f., Bibliothèque Inguimbertine, MS 1832, fol. 34v, citado en Miller, «Mapping Peiresc's Mediterranean», 26.

50. Peiresc a J. Dupuy, 12 de agosto de 1636, en *Lettres de Peiresc,* 7: 182.

51. Peiresc a d'Arcos, 20 de julio de 1636, en *Lettres de Peiresc,* 7: 182.

52. Miller, *Peiresc's Mediterranean World,* 1.

53. Momigliano, *Classical Foundations of Modern Historiography,* 54.

54. Jane T. Tolbert, «Fabri de Peiresc's Quest for a Method to Calculate Terrestrial Longitude», *Historian* 61, n.º 4 (verano de 1999): 818.

1. Malcolm Chase, *Chartism: A New History* (Mánchester, R. U.: Manchester University Press, 2007), 73.

2. *The Parliamentary Debates from the Year 1803 to the Present Time* (Londres: Hansard, 1839), 115: 226.

3. *Ibid.*, 227.

4. *Correspondence of the Right Honourable Edmund Burke,* ed. Charles William, Earl Fitzwilliam y Richard Burke (Londres: Francis & John Rivington, 1844), 2: 61.

5. Frank McLynn, *The Road Not Taken: How Britain Narrowly Missed a Revolution* (Londres: Bodley Head, 2012), 292.

6. Citado en James Epstein, *The Lion of Freedom: Feargus O'Connor and the Chartist Movement, 1832-1842* (Kent, R. U.: Croom Helm, 1982), 10.

7. William Lovett, *The Life and Struggles of William Lovett* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1920).

8. Citado en Chase, *Chartism*, 10.

9. Ramsden Balmforth, *Some Social and Political Pioneers of the Nineteenth Century* (Londres: Swan Sonnenschein, 1900), 189.

10. Feargus O’Connor, *A Series of Letters from Feargus O’Connor to Daniel O’Connell* (Londres: H. Heatherington, 1836), v.

11. McLynn, *Road Not Taken*, 284.

12. Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England*, trad. W. O. Henderson y W. H. Chaloner (Stanford, Calif.: Stanford University Press, 1958), 111. [Hay trad. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid: Akal, 2020.]

13. Chase, *Chartism*, 32.

14. Citado en Epstein, *Lion of Freedom,* 76.

15. «News of the Week», *The Spectator,* 29 de septiembre de 1835, 912.

16. R. G. Gammage, *History of the Chartist Movement, 1837-54* (Newcastle- on-Tyne: Browne & Browne, 1894), 94-95.

17. *Northern Star,* 23 de febrero de 1839, 4.

18. Dorothy Thompson, *The Chartists: Popular Politics in the Industrial Revolution* (1984; reimp., Londres: Breviary Stuff Publications, 2013), 60.

19. John Bates, *John Bates of Queensbury, Veteran Reformer* (Queensbury, 1895), 1, citado en Thompson, *Chartists,* 60.

20. *Northern Star,* 21 de abril de 1838.

21. Chase, *Chartism,* 64.

22. Cartas a la convención, citadas *ibid.*, 64.

23. *Sheffield Iris,* 3 de marzo de 1840.

24. Malcolm Chase, «What Did Chartism Petition For? Mass Petitions in the British Movement for Democracy», *Social Science History* 47, n.º 3 (otoño de 2019): 533.

25. *Northern Star,* 7 de mayo de 1842.

26. Chase, «What Did Chartism Petition For?», 535.

27. *Leicestershire Mercury,* 10 de noviembre de 1838.

28. Paul A. Pickering, «'And Your Petitioners, &c.': Chartist Petitions in Popular Politics, 1838-48», *English Historical Review* 116, n.º 466 (abril de 2001): 382.

29. Chase, «What Did Chartism Petition For?», 538.

30. *Western Vindicator,* 30 de marzo de 1839.

31. Lord Broughton, *Recollections of a Long Life,* vol. 5, *1834-1840,* ed. Lady Dorchester (Cambridge, R. U.: Cambridge University Press, 2011), 240.

32. Chase, *Chartism,* 78.

33. «Riots at Birmingham», *The Scotsman,* 10 de julio de 1839.

34. *The Trial of W. Lovett for a Seditious Libel* (Londres: Hetherington, 1839), 4.

35. *The Scotsman,* 22 de mayo de 1839.

36. *Northern Star,* 25 de julio de 1839.

37. *Northern Star,* 14 de septiembre de 1839.

38. Thompson, *Chartists,* 79.

39. Chase, *Chartism,* 113.

40. *Ibid.*, 116.

41. Cita de los Juicios Cartistas, 6, carta de J. Wafins, 6 de diciembre de 1839, en el caso de Joseph Davies, citado en David J. V. Jones, *The Last Rising: The Newport Chartist Insurrection of 1839* (Oxford: Clarendon Press, 1985), 153.

42. Chase, *Chartism,* 116.

43. Thomas Carlyle, *Chartism* (Londres: James Fraser, 1840), 6.

44. *London Examiner,* 10 de noviembre de 1839.

45. *Northern Star,* 23 de noviembre de 1839.

46. Chase, *Chartism,* 127.

47. *Northern Star,* 4 de enero de 1840.

48. *The Observer,* 12 de enero de 1840.

49. *The Chartist Riots at Newport* (Newport, R. U.: W. N. Johns, 1889), 64.

50. Lord Broughton, *Recollections of a Long Life,* 240.

51. Chase, *Chartism,* 139.

52. *Ibid.*

53. *Northern Star,* 17 de julio de 1841; A. Briggs, «Industry and Politics in Early Nineteenth-Century Keighley», *Bradford Antiquary,* n. s., 9 (1952): 314, citado en Chase, *Chartism,* 145.

54. *The Life and Correspondence of Thomas Slingsby Duncombe,* ed. Thomas H. Duncombe (Londres: Hurst and Blackett, 1868), 293.

55. *Barclay Fox's Journal,* ed. R. L. Brett (Londres: Bell & Hyman, 1979), 181.

56. Dorothy Thompson, *The Dignity of Chartism,* ed. Stephen Roberts (Nueva York: Verso, 2015), 4.

57. McLynn, *Road Not Taken*, 305.

58. *Northern Star*, 7 de marzo de 1840.

59. *Northern Star*, 25 de abril de 1840.

60. *York Gazette*, 6 de junio de 1840.

61. Chase, «What Did Chartism Petition For?», 22.

62. Pickering, «‘And Your Petitioners, &c.’» 371.

1. . *Corriere della Sera,* 13 de diciembre de 1913.

2. Material biográfico sobre Mina Loy de Carolyn Burke, *Becoming Modern: The Life of Mina Loy* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1996).

3. Esbozo biográfico (*c.* 1915) para el artículo de Carl Van Vechten «Some 'Literary Ladies' I Have Known», citado en Burke*, Becoming Modern,* 119.

4. Loy a Mabel Dodge Luhan, febrero de 1914, Mabel Dodge Luhan Papers, caja 24, carpeta 664, YCL MSS 196, Biblioteca de la Universidad de Yale. Consulté la versión digitalizada de las colecciones en la Biblioteca de la Universidad de Yale.

5. Günter Berghaus, *Futurism and Politics: Between Anarchist Rebellion and Fascist Politics, 1909-1944* (Providence: Berghahn Books, 1996), 23.

6. M. de Filippis, «Giovanni Papini», *Modern Language Journal* 28, n.º 4 (abril de 1944): 352.

7. Ardengo Soffici, *Fine di un mondo: Autoritratto d'artista italiano nel quadro del suo tempo* (Florencia: Vallecchi, 1955), 4: 328.

8. Günter Berghaus, *Italian Futurist Theatre, 1909-1944* (Oxford: Clarendon Press, 1997), 37.

9. Francis Simpson Stevens, «Today and the Futurists», *Florence Herald,* 27 de diciembre de 1913.

10. Del manifiesto «Le declamazione dinamica e sinottica», 11 de marzo de 1916, incluido en F. T. Marinetti, *Teoria e invenzione futurista* (Milán: Mondadori, 1968), 105-106.

11. Loy a Carl Van Vechten, 1914, Carl Van Vechten Papers, apartado 76, YCL MSS 1050, Biblioteca de la Universidad de Yale.

12. F. T. Marinetti, *Marinetti: Selected Writings* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1972), 14-15.

13. Lawrence Rainey, Christine Poggi y Laura Wittman, eds., *Futurism: An Anthology* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 2009), 62.

14. «Futurist Painting: Technical Manifesto», en Rainey, Poggi y Wittman, *Futurism,* 64.

15. «Futurist Sculpture», en Rainey, Poggi y Wittman, *Futurism,* 113.

16. Ernest Ialongo, *Filippo Tommaso Marinetti: The Artist and His Politics* (Teaneck, N. J.: Fairleigh Dickinson University Press, 2015), 19.

17. Berghaus, *Futurism and Politics,* 18.

18. Reacciones de prensa a *La donna è mobile* en Giovanni Antonucci, *Cronache del teatro futurista* (Roma: Abete, 1975), 35-41; Berghaus, *Italian Futurist Theatre,* 32-35.

19. Marinetti, *Marinetti: Selected Writings,* 17.

20. Martin Puchner, *Poetry of the Revolution: Marx, Manifestos, and the Avant-Gardes* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 2006), 5.

21. «Against Passéist Venice», en Rainey, Poggi y Wittman, *Futurism,* 67.

22. F. T. Marinetti, *Critical Writings,* ed. Günter Berghaus (Nueva York: Farrar, Straus y Giroux, 2006), 168.

23. Marjorie Perloff, *The Futurist Moment: Avant-Garde, Avant-Guerre, and the Language of Rupture* (Chicago: University of Chicago Press, 1986), 81.

24. F. T. Marinetti, *Let's Murder the Moonshine: Selected Writing,* ed. R. W. Flint (Los Ángeles: Sun & Moon Press, 1991), 80.

25. Loy a Mabel Dodge Luhan, febrero de 1914, Dodge Luhan Papers, caja 24, carpeta 664, YCL MSS 196.

26. Mina Loy, «First Costa Visit», en «Brontolivido», Mina Loy Papers, caja 1, carpeta 2, YCAL MSS 6, Yale University Library.

27. «Esau Penfeld», Loy Papers, caja 5, carpeta 134, YCAL MSS 6.

28. Mina Loy, «Aphorisms on Futurism», en *The Lost Lunar Baedeker: Poems of Mina Loy,* ed. Roger L. Conover (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1996), 149.

29. «Manifesto of the Futurist Woman», en Rainey, Poggi y Wittman, *Futurism,* 109.

30. Marshall Berman, *All That Is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity* (Nueva York: Verso, 1982), 25.

31. Mina Loy, «Notes on Johannes and Geronimo», en «Brontolivido», Loy Papers, caja 1, carpeta 6, YCAL MSS 6.

32. Giovanni Papini, *The Failure (Un uomo finito),* trad. Virginia Pope (Nueva York: Harcourt, Brace, 1924).

33. Citado en Walter L. Adamson, *Avant-Garde Florence: From Modernism to Fascism* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1993), 168.

34. Mina Loy, «Songs to Joannes», en *Lost Lunar Baedeker,* 53-70.

35. Loy, «First Costa Visit».

36. Giovanni Papini, «Il massacro delle donne», *Lacerba,* 1 de abril de 1914, citado en Adamson, *Avant-Garde Florence,* 178.

37. Mina Loy, «Rome», en «Brontolivido», Loy Papers, caja 1, carpeta 7, YCAL MSS 6.

38. *Ibid.*

39. Marinetti, *Critical Writings,* 208.

40. Robert Wohl, *The Generation of 1914* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1979), 169.

41. Giovanni Papini, «La vita non è sacra», *Lacerba*, 15 de octubre de 1913.

42. F. T. Marinetti, *Futurismo e fascismo* (Foligno: Campitelli, 1924), 96-97, citado en Wohl, *Generation of 1914,* 169.

43. Giovanni Papini, «Il dovere dell'Italia», *Lacerba*, 15 de agosto de 1914.

44. «Futurist Synthesis of War», en Rainey, Poggi y Wittman, *Futurism*, 363.

45. Mina Loy, «Italian Pictures», en *Lost Lunar Baedeker*, 9.

46. F. T. Marinetti, *Zang Tumb Tuuum* (Milán: Edizione Futuriste de «Poesia», 1914), 5.

47. Marinetti a Soffici, s. f., en *Archivi del futurismo*, ed. Maria Drudi Gambillo y Teresa Fiori (Roma: De Luca, 1962), 2: 344-45, citado en Selena Daly, *Italian Futurism and the First World War* (Toronto: University of Toronto Press, 2016), 18.

48. Mina Loy, «Vallombrosa», en «Brontolivido», Loy Papers, caja 1, carpeta 9, YCAL MSS 6.

49. G. C. Cook, *The Chicago Evening Post*, 25 de septiembre de 1914, 7.

50. Carl Van Vechten, *The Trend*, noviembre de 1914, 101.

51. Loy a Carl Van Vechten, s. f., Van Vechten Papers, caja 76, YCL MSS 1050.

52. «Futurist Men's Clothing: A Manifesto», en Rainey, Poggi y Wittman, *Futurism*, 194.

53. «The Antineutral Suit: A Manifesto», en Rainey, Poggi y Wittman, *Futurism*, 202.

54. «The Futurist Synthetic Theater», en Rainey, Poggi y Wittman, *Futurism*, 204.

55. *Ibid.*, 209.

56. Loy a Mabel Dodge Luhan, 1914, Dodge Luhan Papers, caja 24, carpeta 664, YCL MSS 196.

57. Ialongo, *Filippo Tommaso Marinetti,* 55.

58. Wohl, *Generation of 1914*, 172.

59. Loy a Mabel Dodge Luhan, 1914, *Dodge Luhan Papers*, caja 24, carpeta 664, YCL MSS 196.

60. Marinetti, *Let's Murder the Moonshine*, 80.

61. Mina Loy, «Feminist Manifesto», en *Lost Lunar Baedeker*, 153-56.

62. Aldo Palazzeschi, Giovanni Papini y Ardengo Soffici, «Futurismo e Marinettismo», *Lacerba,* 14 de febrero de 1915.

63. Loy a Mabel Dodge Luhan, *c.* 1914, Dodge Luhan Papers, caja 24, carpeta 664, YCL MSS 196.

64. Loy a Carl Van Vechten, s. f., Van Vechten Papers, caja 76, YCL MSS 1050.

65. *Ibid.*

66. *Ibid.*

1. Oficina de Registro Público, Oficina Colonial 96/714/6, Ordenanza de Facturas para Periódicos, Libros e Imprentas, Ordenanza del Código Penal (Enmienda), Control de Libros Importados, «Memo Signed Arthur Grey Hazlerigg», 26 de febrero de 1934, citado en Stephanie Newell, *The Power to Name: A History of Anonymity in Colonial West Africa* (Athens: Ohio University Press, 2013), pág. 65.

2. L. H. Ofuso-Appiah, *The Life and Times of J. B. Danquah* (Accra: Waterville Publishing House, 1974).

3. «Memo Signed Arthur Grey Hazlerigg», 26 de febrero de 1934, citado en Newell, *Power to Name*, pág. 11.

4. Oficina de Registro Público, Oficina Colonial 96/716/15, Control de la Prensa de la Costa de Oro: Ordenanza de Periódicos, Libros e Imprentas, 1934 (cerrada hasta 1985), «Memorandum by the Inspector General of Police [Henry W. M. Bamford] Regarding the Draft Bill (44a) Cited as the Newspapers, Books, and Printing Presses Ordinance, 1934», s. f., citado en Newell, *Power to Name*, 12.

5. Oficina de Registro Público, Oficina Colonial 96/714/6, Ordenanza de Facturas para Periódicos, Libros e Imprentas, Ordenanza del Código Penal (Enmienda), Control de Libros Importados, «Message from Shenton Thomas to Alex Fiddian», 2 de febrero de 1934, citado en Newell, *Power to Name*, 67.

6. Oficina de Registro Público, Oficina Colonial 96/716/15, Control de la Prensa de la Costa de Oro: Ordenanza de Periódicos, Libros e Imprentas, 1934 (cerrada hasta 1985), «Extract from a Note of a Meeting at the Colonial Office», 14 de junio de 1934, citado en Newell, *Power to Name*, 77.

7. Texto de una petición en oposición a la ley, Oficina de Registro Público, Oficina Colonial 96/714/6, 16, Ordenanza de Proyectos de Ley para Periódicos, Libros e Imprentas, Ordenanza del Código Penal (Enmienda), Control de Libros Importados, «Letter from James A. Busum to the Secretary of State for the Coloniess», 16 de febrero de 1934, citado en Newell, *Power to Name*, 32.

8. Stanley Shaloff, «Press Controls and Sedition Proceedings in the Gold Coast, 1933-39», *African Affairs* 71, n.º 284 (julio de 1972): 250.

9. J. B. Danquah, «The Gold Coast and Ashanti Delegation: A Gesture and a Lesson», *Keys: The Official Organ of the League of Colored People,* octubre-diciembre de 1934, 23-26.

10. Nnamdi Azikiwe, *My Odyssey: An Autobiography* (Nueva York: Praeger, 1970), 174.

11. *Ibid.*, 40.

12. *Ibid.*, 100.

13. *Ibid.*, 162.

14. *Ibid.*, 217.

15. *Ibid.*

16. Vincent C. Ikeotuonye, *Zik of New Africa* (Nueva York: P. R. Macmillan, 1961), 121.

17. Richard Wright, *Black Power* (Nueva York: Harper, 1954), 186.

18. *The African Morning Post,* 7 de julio de 1938, 3.

19. *The Gold Coast Leader,* 5 de julio de 1902, 4.

20. J. A. B. Jones-Quartey, *A Life of Azikiwe* (Nueva York: Penguin, 1965), 116-124.

21. *The African Morning Post,* 4 de octubre de 1937.

22. *The African Morning Post,* 5 de octubre de 1937.

23. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Nueva York: Verso, 1983), 6.

24. *Ibid.*, 44.

25. *The African Morning Post,* 4 de junio de 1935.

26. Mabel Dove, *Selected Writings of a Pioneer West African Feminist,* ed. Stephanie Newell y Audrey Gadzekpo (Nottingham, R. U.: Trent, 2004).

27. Marjorie Mensah, «Ladies' Corner», *The Times of West Africa,* 3 de noviembre de 1934, 2.

28. *The Times of West Africa,* 24 de abril de 1931, 1.

29. Asuana Quartey, carta al editor, *The Times of West Africa,* 21 de abril de 1931.

30. Marjorie Mensah, «Ladies' Corner», *The Times of West Africa,* 27 de abril de 1931.

31. Jinny Kathleen Prais, «Imperial Travelers: The Formation of West African Urban Culture, Identity, and Citizenship in London and Accra, 1925—1935» (PhD diss., University of Michigan, 2008), 291.

32. *The African Morning Post*, 29 de enero de 1938.

33. Jones-Quartey, *Life of Azikiwe,* 129.

34. Ikeotuonye, *Zik of New Africa,* 134.

35. Nnamdi Azikiwe, *Renascent Africa* (Accra: el autor, 1937), 21.

36. *Legislative Council Debates,* 21 de marzo de 1934, citado en Shaloff, «Press Controls and Sedition Proceedings in the Gold Coast», 246.

37. Oficina de Registro Público, Oficina Colonial 96/716/15, Control de la Prensa de la Costa de Oro: Ordenanza de Periódicos, Libros e Imprentas, 1934 (cerrada hasta 1985), «Memo from Arnold Hodson, Government House, Accra, to the Rt. Hon. Sir Philip Cunliffe- Lister, Secretary of State for the Colonies», 29 de noviembre de 1934, citado en Newell, *Power to Name,* 65.

38. Azikiwe, *My Odyssey,* 282.

39. *The African Morning Post,* 15 de mayo de 1936.

40. Shaloff, «Press Controls and Sedition Proceedings in the Gold Coast», 245.

41. Azikiwe, *My Odyssey,* 219.

42. Oficina de Registro Público, Oficina Colonial 96/729/31205/1936, Hodson a Cunliffe-Lister, 12 de febrero de 1936, citado en Shaloff, «Press Controls and Sedition Proceedings in the Gold Coast», 255.

43. Oficina de Registro Público, Oficina Colonial 96/731/31230/1937, extracto de Hodson a Bottomley, 14 de enero de 1936, citado en Shaloff, «Press Controls and Sedition Proceedings in the Gold Coast», 256.

44. Azikiwe, *My Odyssey,* 267.

45. *Ibid.*, 270.

46. *Ibid.*

47. *Zik: A Selection from the Speeches of Nnamdi Azikiwe* (Cambridge, R. U.: Cambridge University Press, 1961), 57.

48. Shaloff, «Press Controls and Sedition Proceedings in the Gold Coast», 258.

49. Jones-Quartey, *Life of Azikiwe,* 134.

50. Azikiwe, *My Odyssey,* 272.

51. El poema de Hughes sobre el arresto y juicio de Azikiwe se llamaba «Azikiwe en la cárcel» e incluía los siguientes versos «Los británicos dijeron a Azikiwe: / De sus excesos nos hemos cansado. / Lo vamos a detener / y dejarle bien asado. / Y Azikiwe respondió a los británicos: / Puede que sí; / ¡pero saldrá un asado muy duro / si intentan cocinarme a mí!!».

52. *Autobiography of Kwame Nkrumah,* 18-19.

1. 1. Natalya Gorbanevskaya, «Writing for ‘Samizdat’», entrevista con Michael Scammell, *Index on Censorship,* 1 de enero de 1977.

2. La información biográfica adicional sobre Gorbanevskaya procede de una historia transmitida de forma oral que fue publicada en YouTube y traducida para mí por Lillian Feldman: www.youtube.com/watch?v=8J0Nl52s8Ac.

3. Mark Hopkins, *Russia's Underground Press: «The Chronicle of Current Events*» (Nueva York: Praeger, 1983), 16.

4. «Something's with Me . .» y «And You . .», en *Making for the Open: The Chatto Book of Post-feminist Poetry,* ed. Carol Rumens (Londres: Chatto & Windus, 1985), 57-58.

5. Hopkins, *Russia's Underground Press,* 23.

6. Mencionado por Gorbanevskaya en una entrevista oral.

7. Natalya Gorbanevskaya, *Selected Poems* (Oxford, R. U.: Carcanet Press, 1972), 75.

8. Natalya Gorbanevskaya, «Free Health Service», *ibid.*, 75-105.

9. Hopkins, *Russia's Underground Press,* 17.

10. Las ediciones de la *Crónica de hechos actuales* fueron traducidas y publicadas en Peter Reddaway, *Uncensored Russia: Protest and Dissent in the Soviet Union* (Nueva York: American Heritage, 1972), 81.

11. Ludmilla Alexeyeva y Paul Goldberg, *The Thaw Generation: Coming of Age in the Post-Stalin Era* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1993), 206.

12. Hopkins, *Russia's Underground Press,* 17.

13. Además de Reddaway, *Uncensored Russia*, 456, todos los números de la *Crónica de Hechos Actuales* han sido digitalizados y puestos a disposición en línea: chronicle-of-current-events.com/.

14. Natalia Gorbanevskaya, *Red Square at Noon* (Nueva York: Holt, Rinehart & Winston, 1970), 33.

15. El texto de su carta de 1968 fue reimpreso en «The Sludge of Unbridled Lies», *The New York Times,* 15 de julio de 1970.

16. Gorbanevskaya, *Selected Poems,* 10.

17. Reddaway, *Uncensored Russia,* 53.

18. *Ibid.*, 54.

19. Vladimir Ilyich Lenin, *Where to Begin? Party Organization and Party Literature* (1901; reimp., Moscú: Progress Publishers, 1966).

20. Hopkins, *Russia's Underground Press,* xx.

21. Reddaway, *Uncensored Russia,* 58.

22. *Ibid.*, 165.

23. *Ibid.*, 116.

24. Gorbanevskaya, *Selected Poems,* 140.

25. Hopkins, *Russia's Underground Press,* 40.

26. *Ibid.*, 42-43.

27. Sidney Bloch y Peter Reddaway, *Psychiatric Terror: How Soviet Psychiatry Is Used to Suppress Dissent* (Nueva York: Basic Books, 1977).

28. Gorbanevskaya, *Selected Poems,* 108.

29. *Ibid.*, 145.

30. *Ibid.*, 11.

31. *Ibid.*, 123.

32. Bloch y Reddaway, *Psychiatric Terror,* 12, de *Crónica de Hechos Actuales,* n.º 10.

33. Gorbanevskaya, *Selected Poems,* 99.

34. Alexeyeva y Goldberg, *Thaw Generation,* 109.

35. *Crónica de Hechos Actuales,* n.º 18 (marzo de 1971), texto encontrado en la página web de *Chronicle of Current Events*: chronicle-of-current-events.com/2015/09/22/18-1-political-prisoners-in-psychiatric-hopitals-a-survey-of- documents/.

1. Tobi Vail, *Jigsaw,* n.º 2 (febrero de 1990). Vail ha publicado imágenes y transcripciones de los primeros números de su revista: jigsawscrapbook.blogspot.com/2009/09/jigsaw-2-theres-no-ideas-in-time.html.

2. Paul Tough, «Into the Pit», *The New York Times,* 7 de noviembre de 1993.

3. *Don't Need You: The Herstory of Riot Grrrl,* dirigida por Kerri Koch (Urban Cowgirl Productions, 2005).

4. Donna Dresch, *Chainsaw,* n.º 2 (*c.* 1990), citada en *The Riot Grrrl Collection,* ed. Lisa Darms (Nueva York: Feminist Press at CUNY, 2014), 23.

5. Vail, *Jigsaw,* n.^{o} 3.

6. Vail a Neuman, 9 de mayo de 1990, impreso en Darms, *Riot Grrrl Collection,* 28-29.

7. Wolfe, entrevista con el autor, 23 de febrero de 2018.

8. Sara Marcus, *Girls to the Front: The True Story of the Riot Grrrl Revolution* (Nueva York: Harper Perennial, 2010), 57.

9. Molly Neuman y Allison Wolfe, *Girl Germs,* no. 3 (*c.* 1992), reimpreso en su totalidad en Darms, *Riot Grrrl Collection,* 51-93.

10. Marcus, *Girls to the Front,* 46.

11. *The Punk Singer*, dirigida por Sini Anderson (Sundance Selects, 2013).

12. Mark Andersen y Mark Jenkins, *Dance of Days: Two Decades of Punk in the Nation's Capital* (Nueva York: Akashic Books, 2003), 310.

13. Marcus, *Girls to the Front,* 59-60.

14. Marcus, *Girls to the Front,* 82-83.

15. *Riot Grrrl,* n.º 1 (julio de 1991), reimpreso en Darms, *Riot Grrrl Collection,* 31.

16. Marcus, *Girls to the Front,* 81.

17. *Riot Grrrl,* n.º 2 (1991), citado en Marcus, *Girls to the Front,* 86.

18. Stephen Duncombe, *Notes from the Underground: Zines and the Politics of Alternative Culture* (Nueva York: Verso, 1997), 70.

19. Marcus, *Girls to the Front,* 91.

20. Joanna escribiendo para *Fantastic Fanzine,* n.º 3, en Zan Gibbs Riot Grrrl Collection, MSS.364, caja 2, carpeta 20, New York University.

21. Erika Reinstein, *Fantastic Fanzine,* n.º 2 (1992), citada en Kevin Dunn y May Summer Farnsworth, «We ARE the Revolution: Riot Grrrl Press, Empowerment, and DIY Self-Publishing», *Women's Studies* 41 (2012): 141.

22. Darms, *Riot Grrrl Collection,* 13.

23. Neuman y Wolfe, *Girl Germs,* n.º 3.

24. Nomy Lamm, *I'm So Fucking Beautiful,* n.º 2 (1994), reimpreso en Darms, *Riot Grrrl Collection,* 243-61.

25. Ramdasha Bikceem, *Gunk,* n.º 4 (*c.* 1993), reimpreso en Darms, *Riot Grrrl Collection,* 158.

26. Molly Neuman y Allison Wolfe, *Girl Germs,* n.º 4 (*c.*1993).

27. Emily White, «Revolution Girl-Style Now!», *LA Weekly,* 10-16 de julio de 1992.

28. *Ibid.*

29. Publicado en español con el título: *Reacción: La guerra no declarada contra la mujer moderna.* (*N. del t.*)

30. Dunn y Farnsworth, «We ARE the Revolution», 139.

31. Marcus, *Girls to the Front,* 166.

32. Elizabeth Snead, «Feminist Riot Grrrls Don’t Just Want to Have Fun», *USA Today*, 7 de agosto de 1992.

33. Kathleen Hanna y Melissa Klein, «Riot Grrrl! Meet the Teen Feminist Movement Storming the States», *Off Our Backs* 23, n.º 2 (febrero de 1993): 10.

34. Erika Reinstein, *Fantastic Fanzine,* n.º 3 (1993), citado en Kevin Dunn, *Global Punk: Resistance and Rebellion in Everyday Life* (Nueva York: Bloomsbury, 2016), 52.

35. Marcus, *Girls to the Front,* 198-99.

36. Molly Neuman *Riot Grrrl Collection*, Nueva York University, caja 3, carpeta 10.

37. Tobi Vail, *Jigsaw,* n.º 5 (*c.* 1993).

38. Marcus, *Girls to the Front,* 244.

39. *What Is Riot Grrrl, Anyway?,* reimpreso en parte en Darms, *Riot Grrrl Collection,* 184.

40. De *What Is Riot Grrrl, Anyway?,* citado en Marcus, *Girls to the Front,* 225.

41. Steve Hochman, «Mean, Mad, and Defiantly Underground», *Los Angeles Times,* 8 de noviembre de 1992.

42. Linda Keene, «Feminist Fury: ‘Burn Down the Walls That Say You Can’t’», *The Seattle Times,* 21 de marzo de 1993.

43. Louise Bernikow, «The New Activists: Fearless, Funny, Fighting Mad», *Cosmopolitan,* abril de 1993.

44. Nina Malkin, «It’s a Grrrl Thing», *Seventeen,* mayo de 1993.

45. Marcus, *Girls to the Front,* 237.

46. Dunn y Farnsworth, «We ARE the Revolution».

47. Marcus, *Girls to the Front,* 232.

48. *Ibid.*, 252.

49. Catálogo redactado de puño y letra de Hannam reimpreso en Darms, *Riot Grrrl Collection,* 161.

50. Rebecca Walker, «Becoming the Third Wave», *Ms.,* enero-febrero 1992, 39.

51. «Spice and All Things: In Their Own Words», *The Guardian,* March 11, 1997, A3.

1. Howard Rheingold, *The Virtual Community: Homesteading on the Virtual Frontier* (Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1993).

2. Coate, entrevista con el autor, 24 de septiembre de 2019.

3. Fred Turner, *From Counterculture to Cyberculture: Stewart Brand, the Whole Earth Network, and the Rise of Digital Utopianism* (Chicago: University of Chicago Press, 2006), 5.

4. Además de ser un apellido bastante común, el término *brand* significa precisamente «marca comercial» (*N. del t*.)

5. Katie Hafner, *The Well: A Story of Love, Death, and Real Life in the Seminal Online Community* (Nueva York: Carroll & Graf, 2001), 9-10.

6. Jim Windolf, «Sex, Drugs, and Soybeans», *Vanity Fair,* mayo de 2007.

7. Hafner, *Well*, 16.

8. *Ibid.*, 13.

9. Turner, *From Counterculture to Cyberculture,* 145.

10. Rheingold, *Virtual Community,* 26.

11. Howard Rheingold, «A Slice of My Life in My Virtual Community», en *High Noon on the Electronic Frontier: Conceptual Issues in Cyberspace,* ed. Peter Ludlow (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1996), 422; Rheingold, entrevista con el autor, 20 de septiembre de 2019.

12. Gans, entrevista con el autor, 3 de octubre de 2019.

13. «Temperatures Are Rising», *Backstage*, Topic #103, 22 de febrero de 1988.

14. Hafner, *Well*, 85.

15. *Ibid.*, 34-40. En su libro, Hafner utilizó pronombres femeninos para referirse a Smith, pero en una entrada de blog posterior a la publicación de The Well, Smith, que escribía mucho antes de la aparición de los pronombres de género neutro, se opuso a ser identificado de esta manera: «Aunque mi sexo es femenino, algo que nunca he negado, dejé de ser mujer en 1981, varios años antes de descubrir The Well, y nunca me he convertido en hombre, ni deseo ser conocido como hombre, o, para el caso, tampoco como mujer» (www.angelfire.com/bc3/dissident/).

16. John Seabrook, *Deeper: Adventures on the Net* (Nueva York: Simon & Schuster, 1997), 153.

17. Turner, *From Counterculture to Cyberculture,* 152.

18. Horn, entrevista con el autor, 4 de octubre de 2019.

19. Stacy Horn, *Cyberville: Clicks, Culture, and the Creation of an Online Town* (Nueva York: Warner Books, 1998), 247.

20. Marshall McLuhan y Quentin Fiore, *The Medium Is the Massage* (Nueva York: Bantam Books, 1967), 74.

21. John Coate, «A Village Called the WELL», *Whole Earth Review* (otoño de 1988): 84-87.

22. John Perry Barlow, «A Declaration of the Independence of *Cyberspace*», Davos, Suiza, 8 de febrero de 1996, www.eff.org/cyberspace- independence.

23. Eric E. Schmidt, «Eric Schmidt on How to Build a Better Web», *The New York Times,* 7 de diciembre de 2015, www.nytimes.com/2015/12/07/opinion/ eric-schmidt-on-how-to-build-a-better-web.html.

24. Rheingold, *Virtual Community,* 24.

25. Howard Rheingold, «What the WELL's Rise and Fall Tells Us About Online Community», *The Atlantic,* 6 de julio de 2012, www.theatlantic.com/technology/archive/2012/07/what-the-wells-rise-and-fall-tell-us-about-online- community/259504/.

26. Rheingold, *Virtual Community,* 6.

1. Wael Ghonim, *Revolution 2.0: The Power of the People Is Greater Than the People in Power* (Boston: Houghton Mifflin Harcourt, 2013), 54.

2. Susan Sontag, *Regarding the Pain of Others* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2003), 104. [Hay trad. cast.: *Ante el dolor de los demás*, Barcelona: DeBolsillo, 2010.]

3. Ghonim, *Revolution 2.0,* 43.

4. *Ibid.*, 60.

5. Información biográfica de Ghonim, entrevista con el autor, 10 de abril de 2016.

6. Ghonim, *Revolution 2.0,* 25.

7. *Ibid.*, 24.

8. *Ibid.*, 62.

9. *Ibid.*, 91.

10. *Ibid.*, 69.

11. Ayyash, entrevista con el autor, 18 de noviembre de 2019.

12. Linda Herrera, *Revolution in the Age of Social Media: The Egyptian Popular Insurrection and the Internet* (Nueva York: Verso, 2014), 15.

13. Ghonim, *Revolution 2.0,* 67.

14. *Ibid.*, 84.

15. Entrevista a Wael Ghonim, «The Facebook Dilemma», *Frontline,* 16 de mayo de 2018, transcripción publicada en línea: www.pbs.org/wgbh/frontline/interview/wael-ghonim/.

16. Ghonim, *Revolution 2.0*, 102.

17. *Ibid.*, 104.

18. *Ibid.*, 133.

19. *Ibid.*, 150.

20. *Ibid.*, 204.

21. Entrevista a Wael Ghonim, Dream TV, 7 de febrero de 2011, vídeo extraído de «Wael Ghonim Anoged Voice of the Revolution by Tahrir Square Faithful», *The Guardian,* 8 de febrero de 2011, www.theguardian.com/world/ 2011/feb/08/wael-ghonim-tahrir-square.

22. Ghonim, *Revolution 2.0,* 301.

23. Mark Landler, «Obama Seeks Reset in the Arab World», *The New York Times,* 12 de mayo de 2011. Se cita a Obama diciendo: «Lo que me gustaría es que los chicos de la calle ganen y que el tío de Google se convierta en presidente».

24. Ghonim, *Revolution 2.0,* 269.

25. Siva Vaidhyanathan, *Antisocial Media: How Facebook Disconnects Us and Undermines Democracy* (Oxford: Oxford University Press, 2018), 144.

26. Mansour, entrevista con el autor, 20 de noviembre de 2019.

27. Thanassis Cambanis, *Once upon a Revolution: An Egyptian Story* (Nueva York: Simon & Schuster, 2015), 106; Cambanis, entrevista con el autor, 14 de noviembre de 2019.

28. Cambanis, *Once upon a Revolution,* 5.

29. «Wael Ghonim's New Book "Revolution 2.0" Will Benefit Charity Work in Egypt», *MTV News,* 12 de mayo de 2011, web.archive.org/web/20120103163040/http://act.mtv.com/posts/wael -ghonims-new-book-revolution-2-0-will-benefit-charity -work-in-egypt/.

30. Gal Beckerman, «The New Arab Conversation», *Columbia Journalism Review,* enero/febrero 2007.

31. Mahmoud Salem, «You Can’t Stop the Signal», *World Policy Journal* (otoño de 2014).

32. Salem, entrevista con el autor, 12 de noviembre de 2019.

33. Cambanis, *Once upon a Revolution,* 200.

34. *Ibid.*, 164

35. David D. Kirkpatrick, *Into the Hands of the Soldiers: Freedom and Chaos in Egypt and the Middle East* (Nueva York: Viking, 2018), 286.

36. Wael Ghonim, «Let's Design Social Media That Drives Real Change», TED Talk, Ginebra, Suiza, diciembre de 2015, www.ted.com/talks/wael_ghonim_let_s_design_social_media_that_drives_real_change#t-12847.

37. De Ghonim, entrevista de *Frontline,* 16 de mayo de 2018: «En realidad, recuerdo que fue divertido en ese momento, porque pedí tomarme una foto con él, y no suelo colgar fotos en línea con personas que acabo de conocer. No hago eso. Permítanme no juzgar a otros que sí lo hacen; simplemente, yo no lo hago. Pero creo que Mark no se sentía cómodo con la idea, y dijo: "Oh, tomaremos la foto y te la enviaremos por correo". Y yo dije: "Claro, no hay problema". Sabía que nunca me la iban a enviar por correo, y efectivamente nunca lo hicieron».

38. Wael Ghonim, «Egypt's Revolution, My Life, and My Broken Soul», Medium, 20 de marzo de 2018, ghonim.medium.com/egypts-revolution-my-life-and-my-broken-soul-91fae189d778.

39. Mensaje de voz recibido por el autor, 2 de diciembre de 2019.

40. «Alaa Abd El Fattah: There's No Solution-We Need to Talk», *Mada,* 11 de mayo de 2019, www.madamasr.com/en/2019/05/11/feature/politics/video-alaa-abd-el-fattahs-interview-with-mada-masr-part-1/.

1. Acontecimientos del 13 de mayo de 2017, grabados en vídeo y subidos a la cuenta de Periscope de Richard Spencer: www.pscp.tv/RichardBSpencer/1mnGeEwMvdaGX?t=653.

2. El 9 de julio de 2021, tanto la estatua de Robert E. Lee como el monumento a Stonewall Jackson fueron retirados; Hawes Spencer y Michael Levenson, «Charlottesville Removes Statue at Center of 2017 White Nationalist Rally», *The New York Times,* 11 de julio de 2021.

3. Jonah Engel Bromwich, «White Nationalists Wield Torches at Confederate Statue Rally», *The New York Times,* 14 de mayo de 2017.

4. Vídeo de YouTube del puñetazo a Spencer: www.youtube.com/watch?v=aFh08JEKDYk.

5. Shane Bauer, «A Punch in the Face Was Just the Start of the Alt-Right's Attack on a Berkeley Protester», *Mother Jones,* 27 de abril de 2017, www.motherjones.com/politics/2017/04/berkeley-rally-alt-right-antifa-punch/.

6. John Sepulvado y Bert Johnson, «Californian Who Helped Lead Charlottesville Protests Used Berkeley as a Test Run», KQED, 14 de agosto de 2017, www.kqed.org/news/11611600/californian-who-helped-organize-charlotteville-protests-used-berkeley-as-a-test-run.

7. «Unite the Right: Towards Alt-Right Activism», *Occidental Dissent,* 10 de julio de 2017.

8. Dean Seal, «GOP's Stewart Rallies Against Lee Statue Removal», *Daily Progress,* 21 de febrero de 2017.

9. Las filtraciones obtenidas por Unicorn Riot están en su página web y en su lista de cientos de servidores de Discord: unicornriot.ninja/2017/charlottesville-violence-planned-discord-servers-unicorn-riot-reports/.

10. Abram Brown, «Discord Was Once the Alt-Right's Favorite Chat App. Now It's Gone Mainstream and Scored a New $3.5 Billion Valuation», *Forbes,* 30 de junio de 2020.

11. Hankes, entrevista con el autor, 23 de marzo de 2020.

12. Recopilación de las publicaciones de Discord del canal #general_01 del servidor de Charlottesville 2.0, que se puede encontrar en el sitio web de Unicorn Riot: discordleaks.unicornriot.ninja/discord/channel/33.

13. Greg Johnson, «White Nationalism, the Alt Right, and the Alt Light», *Counter-Currents,* 4 de enero de 2017, counter-currents.com/2017/01/white-nationalism-the-alt-right-and-the-alt-light/.

14. Chris Schiano, «LEAKED: The Planning Meeting That Led Up to Neo-Nazi Terrorism in Charlottesville», Unicorn Riot, 16 de agosto de 2017, unicornriot.ninja/2017/leaked-planning-meetings-led-neo-nazi-terrorism- charlottesville/.

15. La sección de la Liga Antidifamación de los «Proud Boys» incluye una descripción del proceso de iniciación: www.adl.org/proudboys.

16. «Feuding Rallies in DC Reveal Far-Right Group's Different Priorities», Liga Antidifamación, 27 de junio de 2017, www.adl.org/blog/feuding-rallies-in-dc-reveal-far-right-groups-different-priorities.

17. «New Alt-Right “Fight Club” Ready for Street Violence», Southern Poverty Law Center, 8 de Agosto de 2017, www.splcenter.org/fighting-hate/intelligence-report/2017/new-alt-right-%E2%80%9Cfight-club%E2%80%9D- ready-street-violence.

18. Southern Poverty Law Center sobre Michael «Enoch» Peinovich, www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/individual/michael-enoch- peinovich.

19. Condis, entrevista con el autor, 5 de febrero de 2020.

20. Glenna Gordon, «American Women of the Far Right», *The New York Review of Books,* 13 de diciembre de 2018.

21. Andrew Anglin, «A Normie's Guide to the Alt-Right», *The Daily Stormer*, 31 de agosto de 2016.

22. Canción popular del sur de Estados Unidos, que fue el himno no oficial del bando confederado durante la Guerra de Secesión. (*N. del t*.)

23. El relato de lo ocurrido ese día procede del informe independiente realizado por el fiscal federal Timothy Heaphy, quien entregó su informe de 220 páginas en diciembre de 2017.

24. Richard Spencer (@@RichardBSpencer), Twitter, 12 de Agosto de 2017 a las 12:38 p. m., twitter.com/RichardBSpencer/status/896410449654185984.

25. Feidt, entrevista con el autor, 7 de febrero de 2020.

26. Christine Hauser, «GoDaddy Severs Ties with Daily Stormer After Charlottesville Article», *The New York Times,* 15 de agosto de 2017.

27. Brown, «Discord Was Once the Alt-Right's Favorite Chat App».

28. Zack Beauchamp, «The Organizer of the Charlottesville Rally Just Got Humiliated by His Own Father», *Vox,* 15 de agosto de 2018, www.vox.com/policy-and-politics/2018/8/15/17692552/charlottesville-unite-the-right- jason-kessler-father.

29. «Full Text: Trump's Comments on White Supremacists, 'Alt-Left' in Charlottesville», *Politico,* 15 de agosto de 2017, www.politico.com/story/2017/08/ 15/full-text-trump-comments-white-supremacists-alt-left-transcript-241662.

1. Lee, entrevistas con el autor, 12 de noviembre y 4 de diciembre de 2020.

2. Matthew Mosk, Kaitlyn Folmer y Josh Margolin, «As Coronavirus Threatened Invasion, a New “Red Dawn” Team Tried to Save America», ABC News, 28 de julio de 2020.

3. Correo electrónico de Caneva, 16 de febrero de 2020. El texto filtrado de los correos electrónicos de Amanecer Rojo, que incluye los enviados desde el 28 de enero al 17 de marzo de 2020, fue publicado por *The New York Times,* int.nyt.com/data/documenthelper/6879-2020-covid-19-red-dawn-rising/66f590d5cd41e11bea0f/optimized/full.pdf#page=1.

4. Correo electrónico de Gerald W. Parker Jr., 12 de marzo de 2020.

5. Correo electrónico de Richard Hatchett, 28 de enero de 2020.

6. Correo electrónico de Matthew Hepburn, 28 de enero de 2020.

7. Correo electrónico de Carter Mecher, 28 de enero de 2020.

8. Correo electrónico de Carter Mecher, 29 de enero de 2020.

9. Correo electrónico de Carter Mecher, 20 de febrero de 2020.

10. Correo electrónico de Eva Lee, 18 de febrero de 2020.

11. Shannon K. Crawford, «What President Trump Said About the Coronavirus Versus What Bob Woodward Reported in Interviews: Timeline», ABC News, 10 de septiembre de 2020.

12. Correo electrónico de Eva Lee, 23 de febrero de 2020.

13. Correo electrónico de Robert Kadlec, 23 de febrero de 2020.

14. Correo electrónico de Eva Lee, 10 de febrero de 2020.

15. Transcripción de la actualización de información del CDC sobre la COVID-19, 25 de febrero de 2020, www.cdc.gov/media/releases/2020/t0225- cdc-telebriefing-covid-19.html.

16. Correo electrónico de Eva Lee, 7 de febrero de 2020

17. Correo electrónico de Carter Mecher, 3 de marzo de 2020.

18. Correo electrónico de Eva Lee, 28 de febrero de 2020.

19. Correo electrónico de David Gruber, 10 de marzo de 2020.

20. Correo electrónico de Eric McDonald, 7 de marzo de 2020.

21. Correo electrónico de Gerald W. Parker Jr., 11 de marzo de 2020.

22. Correo electrónico de Eva Lee, 5 de marzo de 2020.

23. Correo electrónico de Eva Lee, 3 de marzo de 2020.

24. Correo electrónico de Eva Lee, 12 de marzo de 2020.

25. Correo electrónico de «Desconocido», 11 de marzo de 2020.

26. Correo electrónico de Carter Mecher, 13 de marzo de 2020.

27. Correo electrónico de Carter Mecher, 17 de marzo de 2020.

28. Lawler, entrevista con el autor, 15 de noviembre de 2020.

29. Choo, entrevista con el autor, 10 de noviembre de 2020.

30. Spencer, entrevista con el autor, 17 de septiembre de 2020.

31. Craig Spencer (@@Craig_A_Spencer), Twitter, 23 de marzo de 2020, 12:09 a. m., twitter.com/craig_a_spencer/status/1242302403338219520.

32. «Portland Doctor Esther Choo Responds to Racism in the Emergency Room», *The Oregonian* (Portland, Ore.), 15 de agosto de 2017.

33. Libby Cathey, «Timeline: Tracking Trump Alongside Scientific Developments on Hydroxychloroquine», ABC News, 8 de agosto de 2020.

34. Neil Vigdor, «Man Fatally Poisons Himself While Self-Medicating for Coronavirus, Doctor Says», *The New York Times,* 24 de marzo de 2020.

35. Lisa Singh *et al.,* «A First Look at COVID-19 Information and Misinformation Sharing on Twitter», arXiv, 1 de abril de 2020.

36. Virginia Alvino Young, «Nearly Half of the Twitter Accounts Discussing “Re-opening America” May Be Bots», Carnegie Mellon University, comunicado de prensa, 20 de mayo de 2020.

37. Kass, entrevista con el autor, 17 de noviembre de 2020.

38. Bergstrom, entrevista con el autor, 11 de septiembre de 2020.

39. Rasmussen, entrevista con el autor, 3 de julio de 2020.

40. Kevin Schaul, Brittany Renee Mayes y Bonnie Berkowitz, «Where Americans Are Still Staying Home the Most», *The Washington Post,* 6 de mayo de 2020.

41. David Lazer *et al.,* «The State of the Nation: A 50-State Covid-19 Survey», Northeastern University, 20 de abril de 2020.

42. Bill Rankin, «Georgia Tech Continues to Deny Professor Lee Access to Fight COVID-19», *The Atlanta Journal-Constitution,* 23 de abril de 2020.

43. Jeffrey Mervis, «Georgia Tech Researcher Pays a High Price for Mismanaging an NSF Grant», *Science,* 29 de abril de 2020.

44. Correo electrónico de Eva Lee, 23 de marzo de 2020. Lee me entregó un conjunto de correos electrónicos de Amanecer Rojo, formado por una selección de mensajes del grupo del 19 de marzo al 24 de julio de 2020, no sin antes eliminar muchos de los nombres de otros participantes.

45. Correo electrónico de RH, 19 de marzo de 2020.

46. Correo electrónico de CMH, 15 de abril de 2020.

47. Correo electrónico de Eva Lee, 16 de abril de 2020.

48. Correo electrónico de WL, 17 de abril de 2020.

49. Correo electrónico de Eva Lee, 4 de mayo de 2020.

50. Jason Dearen y Mike Stobbe, «Trump Administration Buries Detailed CDC Advice on Reopening», Associated Press, 6 de mayo de 2020.

51. Noah Weiland, «How the C. D. C. Lost Its Voice Under Trump», *The New York Times,* 17 de diciembre de 2020.

52. Correo electrónico de Eva Lee, 18 de julio de 2020.

53. Morgan Chalfant, «Trump Attacks Whistleblower Bright as “Disgruntled Employee”», *The Hill,* 14 de mayo de 2020.

54. Bill Rankin, «Judge Thanks and Sentences Acclaimed GA Tech Coronavirus Researcher», *The Atlanta Journal-Constitution,* 12 de agosto de 2020.

55. *Ibid.*

56. Rankin, «Georgia Tech Continues to Deny Professor Lee Access to Fight COVID-19».

57. Foege, entrevista con el autor, 12 de noviembre de 2020.

58. Brett Murphy y Letitia Stein, «“It Is a Slaughter”: Public Health Champion Asks CDC Director to Expose White House, Orchestrate His Own Firing», *USA Today,* 6 de octubre de 2020.

1. Noor, entrevista con el autor, 22 de octubre de 2020.

2. Larry Buchanan, Quoctrung Bui y Jugal K. Patel, «Black Lives Matter May Be the Biggest Movement in U.S. History», *The New York Times,* 3 de julio de 2020, www.nytimes.com/interactive/2020/07/03/us/george-floyd-protests-crowd-size.html.

3. *Ibid.*

4. Noah Manskar, «Lululemon Slammed for Promoting Event to “Resist Capitalism”», *New York Post,* 11 de septiembre de 2020.

5. Thornton McEnery, «Jamie Dimon Drops into Mt. Kisco Chase Branch, Takes a Knee with Staff», *New York Post*, 5 de junio de 2020.

6. Kim Parker, Juliana Menasce Horowitz y Monica Anderson, «Amid Protests, Majorities Across Racial and Ethnic Groups Express Support for the Black Lives Matter Movement», Pew Research Center, junio de 2020.

7. Estadísticas sobre el uso de Twitter de Monica Anderson y Paul Hitlin, «Social Media Conversations About Race», Pew Research Center, agosto de 2016, www.pewresearch.org/internet/2016/08/15/social-media-conversations-about-race/; Niraj Chokshi, «How Twitter Hashtag Came to Define Black Lives Matter Movement», *The New York Times,* 23 de agosto de 2016.

8. Cullors, entrevista con el autor, 25 de octubre de 2019.

9. Cullors usó este término en su entrevista conmigo, aunque creo que más bien se refería a un una «marca registrada», que uno usaría para reclamar la propiedad de un logotipo o frase.

10. Deen Freelon, Charlton D. McIlwain y Meredith D. Clark, «Beyond the Hashtag», Centro de Medios e Impacto Social, Escuela de Comunicaciones, American University, Washington, D. C., febrero de 2016, cmsimpact.org/wp-content/uploads/2016/03/beyond_the_hashtags_2016.pdf.

11. McIlwain, entrevista con el autor, 11 de diciembre de 2019.

12. Michael D. Shear y Liam Stack, «Obama Urges Activists to Do More Than "Yelling"», *The New York Times,* 24 de abril de 2016.

13. John Eligon, «There Were Changes, but for Black Drivers, Life Is Much the Same», *The New York Times,* 7 de agosto de 2019.

14. Algo así como «Manténgase firme». Ley de defensa propia que, sobre el papel, autoriza a los habitantes del estado de Florida a protegerse con armas de fuego frente a amenazas que pudieran afectarlos a ellos o a sus propiedades. No obstante, un elevado porcentaje de la población se queja de que, en la práctica, dicha ley puede encubrir e incluso incentivar la violencia excesiva e indiscriminada contra individuos desarmados, especialmente de minorías étnicas, alegando sin una justificación clara que «temían por su vida», como en el caso citado a continuación. (*N. del t.*)

15. Gilmer, entrevistas con el autor, 20 de diciembre de 2019 y 2 de octubre de 2020.

16. Kate Aronoff, «Inside the Dream Defenders' Social Media Blackout», *Waging Nonviolence,* 30 de septiembre de 2015, wagingnonviolence.org/2015/09/inside-dream-defenders-social-media-blackout/.

17. Moore, entrevista con el autor, 10 de enero de 2020.

18. Jay Caspian Kang, «Our Demand Is Simple: Stop Killing Us», *The New York Times Magazine,* 10 de mayo de 2015.

19. *Ibid.*

20. Alicia Garza, «A Herstory of the #BlackLivesMatter Movement», *The Feminist Wire,* 7 de octubre de 2014, thefeministwire.com/2014/10/blacklivesmatter-2/

21. DeRay Mckesson, *On the Other Side of Freedom: The Case for Hope* (Nueva York: Viking, 2018), 168.

22. Noah Berlatsky, «Hashtag Activism Isn't a Copout», *The Atlantic,* 7 de enero de 2015, www.theatlantic.com/politics/archive/2015/01/not-just-hashtag-activism-why-social-media-matters-to-protestors/384215/.

23. Intervención de Agnew en una conferencia, «The Black Radical Tradition in Our Time», 7 de enero de 2016, Temple University, blackcommentator.com/637/637_up_you_mighty_race_selah_guest.html.

24. Taylor, entrevista con el autor, 20 de diciembre de 2019.

25. Jenna Worthem, «The Vision Forward», *The New York Times Magazine,* 30 de agosto de 2020.

26. Jon Collins, «Mpls. Council Moves to Shift $1.1 Million from Police Department», MPR News, 1 de diciembre de 2018, www.mprnews.org/story/2018/11/30/mpls-budget-amendment-removes-million-dollars-police.

27. «Minneapolis Mayor Booed out of Rally», *The New York Times,* 6 de junio de 2020, www.nytimes.com/video/us/politics/125225307178355/minneapolis-mayor-booed-out-of-rally.html.

28. Brandt Williams, «Veto-Proof Majority of Minneapolis Council Members Supports Dismantling Police Department», MPR News, 7 de junio de 2020, www.mprnews.org/story/2020/06/07/vetoproof-majority-minneapolis-council-members-gives-support-dismantling-police-department.

29. Leach, entrevista con el autor, 3 de noviembre de 2020.

30. Adele Peters, « This Atlanta Jail Will Transform into a Center for Justice and Equity», *Fast Company,* 15 de junio de 2020, www.fastcompany.com/90515296/this-atlanta-jail-will-transform-into-a-center-for-justice-and-equity.

31. Christopher Robbins, «New York State Legislature Votes to Repeal Law 50-A That Shields Police from Scrutiny», *Gothamist,* 9 de junio de 2020, gothamist.com/news/new-york-state-legislature-votes-repeal-law-50-shields- police-scrunity.

32. Frimpong, entrevistas con el autor, 23 de diciembre de 2019 y 29 de septiembre de 2020.

33. «Demonstrations and Political Violence in America: New Data for Summer 2020», ACLED, septiembre de 2020, acleddata.com/2020/09/03/demonstrations-political-violence-in-america-new-data-for-summer-2020/.

34. Karen Attiah, «Breonna Taylor Deserves Better Than Memes and Barbecues», *The Washington Post,* 22 de agosto de 2020.

35. Deja Thomas y Juliana Menasce Horowitz, «Support for Black Lives Matter Has Decreased Since June but Remains Strong Among Black Americans», Pew Research Center, 16 de septiembre de 2020, www.pewresearch.org/fact-tank/2020/09/16/support-for-black-lives-matter-has-decreased-since-june-but-remains-strong-among-black-americans/.

36. Eric Roper, «Poll: Cuts to Minneapolis Ranks Lack Majority Support», Minneapolis *Star Tribune,* 15 de agosto de 2020.

37. Astead W. Herndon, «A Quiet Retreat from “Defund” in Minneapolis», *The New York Times,* 27 de septiembre de 2020.

38. En el momento de escribir este artículo, una coalición de grupos activistas, incluido Black Visions, parece haber reunido suficientes firmas para solicitar la celebración de un referéndum en la votación de noviembre de 2021, referéndum que propondría cambios importantes en la policía en la ciudad, incluida la creación de un nuevo departamento de seguridad pública, y posibilitaría que el ayuntamiento eliminase el departamento de policía tal como está constituido en la actualidad; Liz Navratil, «Minneapolis Residents Will Likely Vote in November on Future of City's Police Department*»,* Minneapolis *Star Tribune,* 14 de mayo de 2021.

39. Jenny Gross and John Eligon, «Minneapolis City Council Votes to Remove $8 Million from Police Budget», *The New York Times,* 10 de diciembre de 2020.

1. Hannah Arendt, *The Human Condition* (Chicago: University of Chicago Press, 1958), 53. [Hay trad. cast.: *La condición humana,* Barcelona: Austral, 2020.]

2. Mark Zuckerberg, «A Privacy-Focused Vision for Social Networking», Facebook, 12 de marzo de 2019, www.facebook.com/notes/mark-zuckerberg/a-privacy-focused-vision-for-social-networking/ 10156700570096634/.

3. Ethan Zuckerman y Chand Rajendra-Nicolucci, «Beyond Facebook Logic: Help Us Map Alternative Social Media!», Knight First Amendment Institute de la Universidad de Columbia, 8 de octubre de 2020.

4. Chand Rajendra-Nicolucci y Ethan Zuckerman, «Local Logic: It’s Not Always a Beautiful Day in the Neighborhood», Knight First Amendment Institute de la Universidad de Columbia, 30 de noviembre de 2020.

5. Zuckerman, entrevista con el autor, 3 de diciembre de 2020.

6. Chris Horton, «The Simple but Ingenious System Taiwan Uses to Crowdsource Its Laws», *MIT Technology Review,* 21 de agosto de 2018.

7. Megill, entrevista con el autor, 8 de enero de 2021.

8. Anna Wiener, «Taking Back Our Privacy», *The New Yorker,* 19 de octubre de 2020.

9. James Wagner, «“They Just Get It”: How Women in M. L. B. Found Support in a Group Text», *The New York Times,* 19 de octubre de 2020.

10. Mina, entrevista con el autor, 23 de diciembre de 2020.

11. Louise Matsakis, «How WeChat Censored the Coronavirus Pandemic», *Wired,* 27 de agosto de 2020.

Antes de la tormenta. Los orígenes de las ideas radicales
Gal Beckerman

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Quiet Before. On the Unexpected Origins of Radical Ideas*

© Gal Beckerman, 2022

Publicado por acuerdo con Crown, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

© de la traducción, Iván Barbeitos, 2023

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta, Cardon Webb

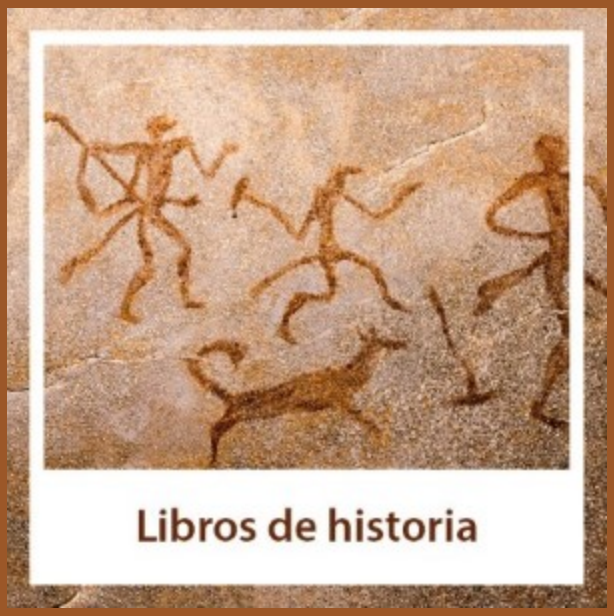
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero 2023

ISBN: 978-84-9199-508-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

«Una fascinante e importante exploración de cómo se incuban y difunden las ideas que cambian el mundo.» STEVEN PINKER

Los orígenes de las ideas radicales

ANTES DE LA TORMENTA

Gal Beckerman

CRÍTICA